

JUAN IGNACIO **PIOVANI** LETICIA **MUÑIZ TERRA**
coordinadores

¿CONDENADOS A LA REFLEXIVIDAD?

APUNTES PARA REPENSAR
EL PROCESO DE INVESTIGACIÓN
SOCIAL

Prefacio de **Michael Burawoy**

 **CLACSO**
Editorial Biblos

¿CONDENADOS A LA REFLEXIVIDAD?

**APUNTES PARA REPENSAR
EL PROCESO DE INVESTIGACIÓN
SOCIAL**

JUAN IGNACIO **PIOVANI** LETICIA **MUÑIZ TERRA**
coordinadores

¿CONDENADOS A LA REFLEXIVIDAD?

APUNTES PARA REPENSAR
EL PROCESO DE INVESTIGACIÓN
SOCIAL

Prefacio de **Michael Burawoy**



CLACSO

Editorial Biblos

2018

CLACSO - Secretaría Ejecutiva

Pablo Gentili - Secretario Ejecutivo

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Núcleo de producción editorial y biblioteca virtual:

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Núcleo de diseño y producción web:

Marcelo Giardino - Coordinador de Arte

Sebastián Higa - Coordinador de Programación Informática

Jimena Zazas - Asistente de Arte

Rosario Conde - Asistente de Programación Informática

Federico Banzato - Diseño

Luciano Tirabassi - Diseño de tapa

Lea Hafter - Corrección de textos

Creemos que el conocimiento es un bien público y común. Por eso, los libros de CLACSO están disponibles en acceso abierto y gratuito. Si usted quiere comprar ejemplares de nuestras publicaciones en versión impresa, puede hacerlo en nuestra Librería Latinoamericana de Ciencias Sociales.



Biblioteca Virtual de CLACSO www.biblioteca.clacso.edu.ar

Librería Latinoamericana de Ciencias Sociales www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE.

Primera edición

¿Condenados a la reflexividad? Apuntes para repensar el proceso de investigación social (Buenos Aires: Biblos; Buenos Aires: CLACSO, abril de 2018)

ISBN 978-987-691-642-4

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional



La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

¿Condenados a la reflexividad? apuntes para repensar el proceso de investigación social / Nicolás Aliano ... [et al.] ; compilado por Juan Ignacio Piovani ; Leticia Muñiz Terra. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO ; Buenos Aires : Biblos, 2018.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-722-323-1

1. Investigación. 2. Investigación Social. 3. Reflexiones. I. Aliano, Nicolás II. Piovani, Juan Ignacio, comp. III. Muñiz Terra, Leticia, comp.

CDD 301

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Decano

Dr. Aníbal Viguera

Vicedecano

Dr. Mauricio Chama

Secretaria de Asuntos Académicos

Prof. Ana Julia Ramírez

Secretario de Posgrado

Dr. Fabio Espósito

Secretaria de Investigación

Prof. Laura Lenci

Secretario de Extensión Universitaria

Mg. Jerónimo Pinedo

Instituto de Investigaciones en Humanidades
y Ciencias Sociales (UNLP-CONICET)

Directora

Dra. Gloria Chicote

Vicedirector

Dr. Antonio Camou

Centro Interdisciplinario de Metodología
de las Ciencias Sociales (CIMECS)

Directora

Amalia Eguía

Índice

[Prefacio: ciencia y reflexividad](#)

Michael Burawoy 12

[Introducción](#)

Juan Ignacio Piovani y Leticia Muñiz Terra 16

[Primera parte. La reflexividad en las ciencias sociales: miradas desde la sociología y la antropología social](#)

[Notas sobre la noción de reflexividad en sociología y en la obra de Bourdieu](#)

Denis Baranger 22

[“Volando rasantes”... etnográficamente hablando. Cuando la reflexividad de los sujetos sociales irrumpe en la reflexividad metodológica y narrativa del investigador](#)

Rosana Guber 52

[Segunda parte. Discusiones sobre la reflexividad en la perspectiva biográfica, etnográfica y en los métodos mixtos](#)

[Reflexividad en el proceso de investigación social: entre el diseño y la práctica](#)

Juan Ignacio Piovani 74

[Consideraciones sobre la reflexividad en el proceso de construcción de objetos de investigación biográficos](#)

Magdalena Lemus, Bárbara Guevara y Maria Eugenia Ambort 93

<u>Hacia un encuentro de reflexividades: la entrevista biográfica como interludio del proceso de investigación social</u>	
<i>Leticia Muñiz Terra, Juliana Frassa y María de la Paz Bidauri</i>	120
<u>Del análisis a la escritura de textos biográficos: el lugar de la reflexividad en las interpretaciones y puestas en montaje de las biografías</u>	
<i>Leticia Muñiz Terra y Eugenia Roberti</i>	147
<u>Nuevas fuentes de la imaginación sociológica: la operación reflexiva y la construcción del objeto etnográfico</u>	
<i>Paula Cuestas, Rodolfo Iuliano y Martín Urtasun</i>	169
<u>Reflexividad y roles en el trabajo de campo etnográfico</u>	
<i>Nicolás Aliano, Soledad Balerdi, Julia Hang y Nicolás Herrera</i>	198
<u>¿Un pase de magia? Ejercicios de reflexividad a través de dos procesos de análisis etnográficos</u>	
<i>Ornela Boix y Nicolás Welschinger</i>	223
<u>Métodos mixtos y reflexividad: explorando posibles articulaciones</u>	
<i>Javier Santos, Pilar Pi Puig y María Eugenia Rausky</i>	254
<u>Acerca de las/os autoras/es</u>	284

Prefacio: ciencia y reflexividad

Michael Burawoy

Como científicos sociales nos enfrentamos a un peculiar dilema: somos parte del mundo que estudiamos. Es como si estuviéramos en un autobús, abriéndonos paso a través de un denso tráfico, frenando en cada esquina para recoger y dejar pasajeros que se pelean, reflejo de la guerra que se desarrolla afuera. El bombardeo exterior nos va obligando a rediseñar nuestro autobús. Sus paredes están hechas de un fino papel que ya ha sido arrancado en algunas partes. Más allá de nuestros sueños y pretensiones, el nuestro no es un transatlántico que navega a través de aguas calmas.

Solo podemos hacer que las ciencias sociales avancen reconociendo nuestro dilema, estando en el mundo que estudiamos. Nos enfrentamos a una triple dialéctica. En primer lugar, una dialéctica *científica*: la interacción entre teoría y datos; en segundo lugar, una dialéctica *reflexiva*: la interacción entre participación y observación; en tercer lugar, una dialéctica *etnográfica*: la interacción entre las otras dos dialécticas, ciencia y reflexividad.

La ciencia en sí oscila entre dos polos opuestos, el empirista, en el que la teoría emerge como una tabula rasa desde los datos, y el teorista, en el que los datos brotan tabula rasa desde la cabeza del teórico. La práctica científica está siempre en el medio.

De acuerdo con lo que sabemos sobre historia y sociología de la ciencia, ella avanza a través de paradigmas o programas de investigación amplios pero bien definidos, que se asientan sobre un determinado conjunto de supuestos, en lo que Imre Lakatos llamó “heurística negativa”, supuestos que defendemos de la falsación mediante cinturones de teorías auxiliares diseñadas para absorber las anomalías externas y reconciliar las contradicciones

internas. La ciencia no es una máquina inductiva sino un programa de investigación progresivo.

Las disciplinas son comunidades que comparten un mismo entendimiento acerca de una serie de supuestos; tienen un proyecto en común, pero también son terrenos de competencia y lucha entre diferentes programas de investigación. Algunas disciplinas son autoritarias y están dominadas por un solo paradigma, como la economía neoclásica; otras, como la sociología, son más anárquicas y se componen de múltiples paradigmas en competencia.

Hay algunas disciplinas a las que podemos llamar posmodernas, como la antropología, que han promovido una rebelión contra la idea misma de disciplina y han procurado enterrar los restos de sus paradigmas, sus padres y madres fundadoras, más que construir a partir de ellos/as. Horrorizados frente a las condiciones coloniales de producción de su conocimiento, muchos antropólogos reclaman el rechazo de la dialéctica científica, reduciéndolo todo a la dialéctica reflexiva, una interacción que se desarrolla entre el participante y el observador. Estos posmodernos también suelen reducir aún más sus interpretaciones a una narrativa, entendida como el relato que los propios participantes se cuentan a sí mismos sobre sí mismos. Pueden incluso ver la antropología como una forma de investigación-acción en la que el observador se une a los participantes en un proyecto de transformación colaborativa. En el otro extremo del espectro reflexivo, se encuentran aquellos que reducen todo a sí mismos. En cualquiera de los casos la dialéctica científica resulta eclipsada.

En la posición diametralmente opuesta a la del posmodernismo se encuentran los positivistas, que piensan estar a bordo de un transatlántico, haciendo de cuenta que no existe una dimensión reflexiva y que podemos aislarnos exitosamente del mundo exterior, o al menos deberíamos intentarlo. Tendríamos que construir barreras –una torre de marfil– para aislarnos del mundo. El ojo sociológico apunta hacia el exterior, pero no mira hacia adentro, objetivando el mundo sin objetivarnos a nosotros mismos. Los positivistas sufren de un dualismo metodológico: lo que aplica a los otros no aplica a sí mismos. Ellos son las excepciones a sus propias teorías. Mientras los posmodernos se ahogan, los positivistas desafían la gravedad y saltan fuera del agua.

Entonces, ¿cómo podemos aferrarnos tanto a la ciencia como a la reflexividad? No es fácil. Implica que tenemos que sumergirnos de manera autoconsciente y simultánea en dos universos: el mundo interno de la ciencia,

asentado usualmente en la universidad o en algún instituto, y el campo etnográfico exterior. Se debe rendir cuentas tanto a los participantes como a los colegas observadores, y cada quien hace preguntas distintas. Los observadores quieren determinar nuestra contribución a la ciencia y al cuerpo de conocimiento académico existente; los participantes quieren saber de qué forma vamos a mejorar sus vidas. El científico quiere aprender de un caso para ver cómo encaja en algún programa de investigación, los participantes quieren aprender sobre el caso para encontrar la cura a una enfermedad particular. Ninguna de estas presiones puede ignorarse. Esa es la ventaja de trabajar colectivamente en un proyecto como el que se describe en este libro, en el que los etnógrafos se ven continua y doblemente exigidos a dar cuenta de lo que hacen, desplazándose en un ida y vuelta entre la comunidad académica y la comunidad de los sujetos. No hay escapatoria a la dialéctica etnográfica.

Por ello, cuando organizo un curso de etnografía –y esto aplica por igual a la observación participante y a las entrevistas en profundidad– cada semana, incluso quizás dos veces por semana, nos reunimos como científicos para compartir nuestras notas de campo, someternos al criterio de la teoría extendida y relacionar nuestro trabajo con los estudios de otros académicos. Cada semana, a su vez, estamos en el campo, involucrándonos con aquellos a quienes estudiamos, respondiendo a sus demandas, intereses y preguntas sobre su propio mundo.

Nuestras notas de campo capturan nuestra esquizofrenia. Escribimos sobre nuestro compromiso con aquellos que estudiamos, describiendo en detalle conversaciones, dramas, rituales, conflictos y demás, pero luego trazamos una línea y nos preguntamos qué hemos aprendido hoy en relación con las preguntas analíticas que nos planteamos, qué cuestiones permanecen poco claras y cuáles deberíamos enfocar en nuestra próxima visita al campo. El trabajo de campo se convierte en un experimento iterativo en el que tratamos de cerrar el círculo entre teoría y datos, mientras estamos sujetos todo el tiempo a relaciones dinámicas con los participantes, por un lado, y con los colegas científicos, por el otro. Esta presión insoportable y la ansiedad que produce generan una comprensión genuina. No habría ciencia si el etnógrafo no sufriera.

Para recordarnos a nosotros mismos que no somos una excepción a nuestras propias teorías, uno de los miembros del seminario puede tomarlo como objeto de observación. Todos aprendemos lo que significa ser estudiados,

experimentar la violencia simbólica que ejercemos sobre otros, e incluso podemos aprender a resistir la objetivación que realiza nuestro colega. El seminario se vuelve una riña de gallos. Podemos llegar a exigir la revisión de las notas de campo del etnógrafo, reclamando que se respeten nuestros intereses.

Nuestro etnógrafo totémico se atreve a diseccionar los sesgos ocultos que nos rehusamos a declarar y, en respuesta a su mirada, nos vemos de repente afirmando con desesperación que somos positivistas imparciales. Luchamos para hacer que nuestro etnógrafo nos rinda cuentas, pero descubrimos que no hay un “nosotros” –somos, después de todo, un grupo dividido, cada cual ocupado en la presentación de sí mismo–.

En cambio, si nuestro etnógrafo interno quiere preservar la amistad de sus colegas, puede intentar constituir al colectivo etnográfico como un grupo homogéneo en guerra con las aplastantes fuerzas externas a la universidad. La universidad impone todo tipo de restricciones: el control de los protocolos para la investigación con seres humanos, la preferencia por metodologías más positivistas, el desvío de energías en actividades complementarias, la evaluación de investigadores sobre la base de sus publicaciones, etc. Una vez más, queda en evidencia que la universidad está lejos de ser una plataforma neutral para la promoción de investigaciones imparciales. En cambio, es también un campo institucional de competencia, lucha y dominación; como dice Bourdieu, una “guerra de guerrillas”. Al examinar a la comunidad etnográfica descubrimos que la universidad está siendo azotada por las presiones conjuntas de la racionalización y la mercantilización, o bien la racionalización a través de la mercantilización o la mercantilización a través de la racionalización. Se trata, en definitiva, de las mismas presiones que, aunque con distintas formas, están siendo experimentadas en el campo más amplio de la investigación. Ya no podemos seguir viendo a la universidad, si es que alguna vez pudimos, por fuera o más allá de las catastróficas presiones del capitalismo contemporáneo.

Esta es la conclusión: si antes los científicos sociales podían elegir ser reflexivos, hoy estamos forzados a serlo. En el siglo XX la universidad fue una ciudadela protegida dentro de la cual el positivismo podía reinar; en el siglo XXI el capitalismo ha decretado que la universidad y sus habitantes ya no están protegidos. Somos todos participantes del mundo que estudiamos y, por lo tanto, la etnografía se ha convertido en el prototipo de toda ciencia.

Introducción

Juan Ignacio Piovani y Leticia Muñiz Terra

Este libro es resultado del proyecto titulado “La reflexividad metodológica en las ciencias sociales: análisis del proceso de investigación social”, acreditado en el marco del Programa de Incentivos del Ministerio de Educación de la Argentina y financiado por la Universidad Nacional de La Plata, que tuvimos el gusto de dirigir entre los años 2014 y 2015.

El texto forma parte del trabajo colectivo que realizamos en el marco del proyecto con un equipo de investigación interesado por el avance y desarrollo de los métodos de investigación en las ciencias sociales, radicado en el Centro Interdisciplinario de Metodología de las Ciencias Sociales (CIMECS), unidad de investigación del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS), dependiente de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina.

El objetivo principal del libro es presentar una revisión de la reflexividad metodológica que se desarrolla en los procesos de investigación social, aportando para ello un conjunto de consideraciones tanto teóricas como empíricas. Mientras que la exploración teórica se centra en el uso de la noción de reflexividad en la metodología, la sociología y la antropología, el análisis empírico propone un análisis de la importancia de la reflexividad en tres aproximaciones específicas: la perspectiva biográfica, la etnografía y los métodos mixtos.

Partiendo de la presunción de que no existe una única manera de concebir y abordar la reflexividad metodológica, el libro interpela a las ciencias sociales e invita a preguntarse si en el marco de estas disciplinas los procesos de investigación social están condenados a la reflexividad.

En el prefacio, el reconocido sociólogo británico Michael Burawoy responde a este interrogante señalando que, en el siglo XXI, en un contexto en que las universidades y las investigaciones están fuertemente condicionadas por el mercado, los científicos sociales están obligados a ser reflexivos, siendo conscientes de los condicionamientos que el capitalismo impone a las disciplinas y a los procesos de construcción de conocimiento.

Ahondando en las cuestiones teóricas, en la primera parte del libro, titulada “La reflexividad en las ciencias sociales: miradas desde la metodología, la sociología y la antropología social”, se presentan dos capítulos específicos que fueron escritos por Denis Baranger y Rosana Guber, distinguidos investigadores de la Universidad Nacional de Misiones y del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), respectivamente, a quienes ya habíamos invitado con anterioridad para intercambiar ideas y argumentaciones con el equipo de investigación en el marco del panel “Revisitando la reflexividad metodológica: coincidencias y controversias en las ciencias sociales contemporáneas”, llevado a cabo en las VIII Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata en el año 2014.

El capítulo 1, titulado “Notas sobre la noción de reflexividad en sociología y en la obra de Bourdieu”, escrito por Denis Baranger, se preocupa inicialmente por los distintos significados de la noción de reflexividad en la sociología, para luego abocarse a describir algunos elementos del contexto en el cual el conocido pensador francés Pierre Bourdieu adoptó el término reflexividad, y a señalar el papel que ha jugado este concepto en la disciplina sociológica.

En el capítulo 2, titulado “‘Volando rasantes’... etnográficamente hablando. Cuando la reflexividad de los sujetos sociales irrumpe en la reflexividad metodológica y narrativa del investigador”, Rosana Guber se preocupa por mostrar algunas articulaciones conceptuales al interior de la etnografía, señalando su relación con la reflexividad. En particular, argumenta que además de la multiplicidad de aspectos que suele contemplar la reflexividad, tales como el género, la “raza”, la etnicidad y la persona del investigador, en la perspectiva etnográfica existen otras dimensiones importantes a considerar tales como el campo, la teoría y la elaboración del texto. Para ello presenta algunas cuestiones teóricas y empíricas que permiten develar su original mirada sobre la reflexividad en la perspectiva etnográfica.

En la segunda parte del libro, “Discusiones sobre la reflexividad en la

perspectiva biográfica, etnográfica y en los métodos mixtos”, se presentan capítulos que ponen el foco en el proceso de investigación social y que abordan la cuestión de la reflexividad en relación con la construcción del objeto, el trabajo de campo y la interpretación y escritura de los textos científicos; aunque esta última división del proceso de investigación es meramente analítica, pues las tres instancias tienden a confluír de manera articulada a lo largo de las investigaciones, se centra la mirada en cada una de ellas por separado, con el fin de aportar una interpretación más profunda, a partir de una serie de reflexiones basadas en hallazgos empíricos específicos.

En el capítulo 3, titulado “Reflexividad en el proceso de investigación social: entre el diseño y la práctica”, Juan Ignacio Piovani aborda el problema de la reflexividad metodológica a partir de la consideración del proceso de investigación social como objeto de estudio, y señala algunas cuestiones relevantes, que pueden surgir del ejercicio reflexivo, para pensar las decisiones involucradas en el diseño de la investigación y sus complejas relaciones (no lineales) con la práctica de la investigación. Este capítulo, además, opera como presentación de la segunda parte del libro, en la medida en que problematiza las diferentes instancias del proceso de investigación –construcción del objeto; trabajo de campo; análisis, interpretación y escritura– en las que ponen el foco los capítulos siguientes.

En el capítulo 4, titulado “Consideraciones sobre la reflexividad en el proceso de construcción de objetos de investigación biográficos”, Magdalena Lemus, Bárbara Guevara y María Eugenia Ambort recuperan y analizan tres experiencias empíricas en las que construyeron objetos de investigación biográficos. En particular muestran las decisiones que tomaron en relación con la construcción de sus objetos, poniendo en juego en dicho proceso la reflexividad metodológica.

En el capítulo 5, “Hacia un encuentro de reflexividades: la entrevista biográfica como interludio del proceso de investigación social”, Leticia Muñiz Terra, Juliana Frassa y María de la Paz Bidauri se preguntan por la manera en que la perspectiva biográfica habilita la reflexividad metodológica en el momento del trabajo de campo, caracterizado por la utilización de la entrevista biográfica como principal técnica metodológica. Para ello presentan un análisis de la reflexividad del narrador y del investigador durante el trabajo empírico, articulando dichos argumentos con ejemplificaciones concretas provenientes de sus investigaciones.

En el capítulo 6, titulado “Del análisis a la escritura de textos biográficos: el lugar de la reflexividad en las interpretaciones y puestas en montaje de las biografías”, Leticia Muñoz Terra y Eugenia Roberti se proponen indagar sobre la reflexividad, centrándose en la última etapa del proceso de investigación con historias de vida. En particular, analizan los *tres momentos* que, según ellas, están involucrados en el proceso de interpretación de relatos e historias de vida: la etapa de registro y transcripción, el posterior trabajo interpretativo que caracteriza a la fase analítica de una investigación y, finalmente, la instancia de presentación de los datos o puesta en montaje del texto biográfico.

En el capítulo 7, “Nuevas fuentes de la imaginación sociológica: la operación reflexiva y la construcción del objeto etnográfico”, Paula Cuestas, Rodolfo Iuliano y Martín Urtasun exploran el modo en que la operación reflexiva, al enfocarse en las actividades referidas a la construcción del objeto etnográfico, puede representar un aporte a la imaginación teórica y empírica. Para ello presentan la categoría bourdieana de reflexividad, realizan un breve recorrido por la forma en que se ha abordado este tema en una serie de publicaciones actualmente en uso en la enseñanza de la investigación en ciencias sociales y muestran los alcances de esta pregunta reflexiva al analizar la construcción de sus nuestros propios objetos de estudio.

En el capítulo 8, titulado “Reflexividad y roles en el de trabajo de campo etnográfico”, Nicolás Aliano, Soledad Balerdi, Julia Hang y Nicolás Herrera parten de cuatro experiencias etnográficas, recuperando diferentes situaciones de interacción en sus trabajos empíricos, con la idea de abordar la relación entre la reflexividad y los roles en el trabajo de campo etnográfico. En particular, problematizan algunos rasgos del proceso mediante el cual investigadores e interlocutores asignan y negocian diversos roles de manera dinámica durante dicho trabajo.

En el capítulo 9, “¿Un pase de magia? Ejercicios de reflexividad a través de dos procesos de análisis etnográfico”, Ornela Boix y Nicolás Welschinger abordan el problema de la reflexividad en el proceso de análisis y textualización de los datos en la perspectiva etnográfica. Para ello focalizan su mirada en el diario de campo como texto fundamental para toda etnografía y en el vínculo de este diario con el informe final de la investigación. Cruzando así la literatura metodológica especializada con sus investigaciones etnográficas,

desarrollan un ejercicio de reflexividad vinculando las dimensiones analítica y textual de la etnografía.

Finalmente, en el capítulo 10, que se titula “Métodos mixtos y reflexividad: explorando posibles articulaciones”, Javier Santos, Pilar Pi Puig y María Eugenia Rausky analizan cómo y en qué medida la reflexividad puede contribuir a la robustez de los estudios basados en enfoques metodológicos mixtos. Más específicamente, se interrogan acerca de la posibilidad de incluir la pregunta por la reflexividad en investigaciones basadas en abordajes mixtos y aportan ideas sobre sus usos e implicancias en este tipo de investigaciones. Para ello, señalan inicialmente algunas de las características clave de los métodos mixtos y, desde allí, indagan acerca de la presencia, usos y condiciones de posibilidad de la reflexividad en la producción de conocimiento basada en métodos mixtos.

Primera parte

La reflexividad en las ciencias sociales: miradas
desde la sociología y la antropología social

Notas sobre la noción de reflexividad en sociología y en la obra de Bourdieu

Denis Baranger

La forma de reflexividad por la que abogo es distintiva y paradójica por ser *fundamentalmente antinarcisística*. La reflexividad psicoanalítica es mejor tolerada y recibida porque si los mecanismos que nos hace descubrir son universales, también están ligados a una única historia: la relación con el padre es siempre una relación con un padre singular en una historia singular. Lo que hace a la ausencia de encanto, a la pesadumbre incluso, de la auténtica reflexividad sociológica es que nos hace descubrir cosas que son *genéricas*, compartidas, banales, lugares comunes.

P. Bourdieu y L. Wacquant,
Una introducción a la sociología reflexiva, p. 118.

Comenzaré considerando brevemente el trayecto de algunos de los distintos significados de la noción de reflexividad en la sociología, los cuales, al menos en el nivel en que trataré la cuestión, no son fundamentalmente diferentes de los registrados en la antropología. Luego me abocaré a describir elementos del contexto que llevaron a la adopción del término por Bourdieu y el papel fundamental que ha jugado la noción todo a lo largo de su obra su obra. Finalmente discutiré algunas de las críticas de la que fue objeto la concepción bourdieusiana de la reflexividad y su ejercicio.

Los sentidos de la reflexividad en sociología

Los usos del término reflexividad en sociología son muy variados. Así Michael Lynch daba rienda suelta a su punto de vista escolástico al desgranar un

“inventario de reflexividades” para demostrar “la diversidad de significados y usos del concepto” (2000, p. 27). Lynch distinguía analíticamente seis tipos principales de reflexividad –mecánica, sustantiva, metodológica, meta-teórica, interpretativa y etnometodológica– que se subdividían a su vez para dar lugar a quince sub-clases. Para Lynch, la de Bourdieu pertenecería entonces a la especie “objetivación reflexiva”, entendida como una subclase del género “reflexividad meta-teórica”. En cambio, Giddens cultivaría una “reflexividad hermenéutica”, una variedad de la clase “reflexividad interpretativa”; en tanto que Garkinkel, claro está, practicaría una “reflexividad etnometodológica”.¹ Lynch es etnometodólogo, por lo que no puede sorprender que sus referencias a antropólogos no sean las más numerosas, y que en *su tipología* no aluda al tipo de “reflexividad narcisística” merecedora de la condena de Bourdieu.

Por mi parte, creo constructivo dividir los usos del término en dos grandes categorías:

a) Por un lado estaría la reflexividad sustantiva, “teórica”, entendida como una característica real de los actores sociales (Schütz, Garfinkel), y/ o de las sociedades, y específicamente del tipo de sociedades modernas (en Giddens, Lash y Beck). Un tema que hace fundamentalmente a la filosofía de la acción social.

b) Por el otro la reflexividad epistémica o metodológica, aquella que es puesta en juego por el investigador y, eventualmente, por la comunidad científica, sobre la cual nos proponemos discutir aquí.

Dentro de la reflexividad metodológica Lynch habla de “auto-consciencia metodológica”, señalando que “al nivel más mundano de la metodología de la ciencia social, la reflexividad se ha convertido en un rasgo canónico de la observación participante” que implica “ser consciente de los propios supuestos y prejuicios, y focalizar en las incertidumbres, las posibles fuentes de sesgos (*bias*), y los problemas de acceso y reactividad” (Lynch, 2000, p. 29).

El argumento de Lynch no carece de interés, y su sentido se explicita totalmente en el título de su *paper* “En contra de la reflexividad como una virtud académica y como fuente de un conocimiento privilegiado”.

¹ En este tipo de inventarios siempre se corre el riesgo de no lograr la exhaustividad. Así, por ejemplo, Lynch no hace mención alguna de la autorreflexión de Adorno y Horkheimer que bien podría ser considerada como otro tipo de reflexividad (Gambarotta, 2014).

En general se suele reconocer que el término de reflexividad ingresó a la sociología de la mano de Karl Mannheim como parte de su propuesta de sociología del conocimiento tendiente a indagar en las determinaciones sociales del conocimiento. En este marco la reflexividad surgió naturalmente como la consecuencia lógica de reconocer que, si todo conocimiento está históricamente determinado, el propio pensamiento también ha de estarlo (Caron, 2013, p. 58), anticipándose por así decirlo a la definición de David Bloor.² Por otra parte, en la perspectiva fenomenológica de Schütz y luego con Garfinkel, la reflexividad será en primer lugar una capacidad que se les adjudica a los agentes sociales de monitorear sus propias acciones, reconociendo en ellos a sociólogos prácticos. Garfinkel definirá a la etnometodología como el estudio de los etnométodos puestos en práctica por los actores sociales en su vida cotidiana. Pero en un sentido más amplio, según Lapassade, “la reflexividad es, al igual que la indexicalidad, constitutiva del lenguaje y de las descripciones del mundo que produzco: si describo una situación, contribuyo a la constitución de la situación que estoy describiendo. El periodista que describe el acontecimiento en curso contribuye a la producción de este acontecimiento” (1991, p. 82).

La sociología reflexiva de Gouldner, en cambio, exhibe hoy en día la marca de su nacimiento al calor de las movilizaciones en los campus norteamericanos en contra de la intervención en Vietnam.³ Se trató de una sociología “profética”, que abogaba por una “transformación existencial, cuasimesiánica”, como dice Wacquant (2005, pp. 72-73). Y lo cierto es que el propio Gouldner (1973, p. 445) la definía como una “sociología moral”. La sociología reflexiva de Gouldner era antes que nada una reflexión sobre su propia sociología, una tarea imposible de realizar según él, pero que había decidido emprender para facilitar la labor de sus críticos, hasta el punto de escribir acerca de sí mismo en tercera persona. La sociología reflexiva sería su modo de encarar una indispensable sociología de la sociología (1973, p. 443). La misión de la sociología reflexiva era

² Para Bloor, la sociología del conocimiento “debe ser reflexiva. En principio sus patrones de explicación deberían ser aplicables a la sociología misma (...) de otro modo, la sociología sería una refutación viva de sus propias teorías” (1998, p. 38).

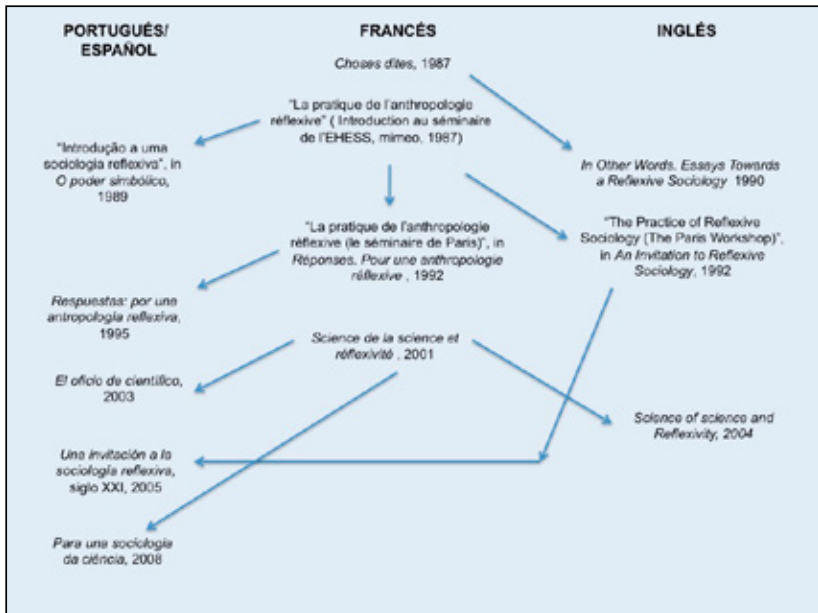
³ Lynch ni siquiera menciona a Gouldner.

(...) transformar al sociólogo, penetrar profundamente en su vida y en su labor diaria, enriquecerlo con nuevas sensibilidades y elevar su conciencia a un nuevo nivel histórico (...) es y tendría que ser una sociología radical (...) una sociología reflexiva tiene como misión histórica trascender la sociología tal como existe en la actualidad (Gouldner, 1973: 444).

¿Sociología reflexiva o antropología reflexiva?

Yves Gingras observa correctamente que el término reflexividad es de tardía aparición en la obra de Bourdieu y que “puede ser interpretado como un efecto de *feed-back* de la circulación internacional de su obra, particularmente en el campo sociológico anglosajón en el que este término estuvo muy en boga a partir de fines de los años 1980” (Gingras, 2004, pp. 338-339). Así señala Gingras que en la base *Sociofile* de un promedio de cuatro resúmenes de artículos anuales con la palabra reflexividad en la década de 1970 se pasó a más de 35 en los años noventa (2004, p. 339).

Figura 1: El término “reflexividad” en diversos títulos de Bourdieu



Fuente: elaboración propia

Gingras afirma que en los títulos de los libros de Bourdieu el término recién apareció en la traducción inglesa de *Cosa dichas (In Other Words. Essays Toward a Reflexive Sociology, 1990)* y luego en *An Invitation to Reflexive Sociology (1992)*. Afirmación exacta, pero que merece ser matizada, puesto que ya en 1987 “lo reflexivo” estaba presente –como se puede observar en la Figura 1– en el título de la versión inicial francesa mimeografiada de ese último texto.

Lo cierto es que, hasta entonces, Bourdieu no había necesitado recurrir a esa expresión, por lo cual cabe interrogarse acerca de las razones que llamaron a su adopción en una coyuntura determinada. Creemos que puede explicarse por el auge de la noción de reflexividad en la academia norteamericana, auge a la vez coetáneo del crecimiento del postmodernismo en algunos sectores de la misma. Si consideramos las variaciones en los títulos en los que aparece el término *reflexividad*, llama la atención su asociación con diferentes denominaciones disciplinares. En efecto, *An invitation...* y el original francés titulado *Réponses. Pour une anthropologie réflexive* (Bourdieu, 1992), son básicamente el mismo texto, pero mientras que el primero aboga por una “sociología reflexiva” el segundo toma partido por una “antropología reflexiva”. Aunque no se puede excluir del todo la hipótesis de que se haya tratado de decisiones de las editoriales involucradas, todo ocurre como si Bourdieu hubiera elegido jugar en el terreno de la sociología en Estados Unidos y en Brasil y en el de la antropología en Francia. Es claro que este hecho puede ser tomado en primer lugar como una muestra más de la poca sustancia que le adjudicaba Bourdieu a la distinción entre estas dos disciplinas. El caso estaría ejemplificando la aspiración de Bourdieu a una ciencia social única por encima de las diferencias disciplinares (ver *infra*). No se habría tratado, pues, de hacer pasar en un lado como antropología lo que en el otro es sociología (o la inversa): para Bourdieu ambas disciplinas eran una sola, al menos epistemológicamente consideradas.⁴ Aun así, es posible preguntarse por qué la elección realizada fue esa y no la inversa (antropología en EE.UU. y sociología en Francia), y las respuestas posibles son múltiples. Podría ser

⁴ Esta posición ya era visible cuando coetáneamente a *El oficio de sociólogo*, escrito en colaboración con Passeron (1968), Bourdieu publicaba como único autor (1968) un artículo en el que retomaba formulaciones idénticas a las de esa obra, aunque refiriéndolas ya a la antropología.

simplemente que en el “Seminario de Chicago” (que constituye la primera parte de ambos textos) eran más numerosos los sociólogos, mientras que el “Seminario de París” (la segunda parte) en la EHESS convocaba a un público disciplinariamente más variado.⁵ Debemos asumir que, en estas materias, Bourdieu tendía a comportarse como un perfecto actor racional, y que, consciente de la importancia de esta decisión para su proyección internacional, habrá meditado cuidadosamente su movida. Es plausible pensar que en Estados Unidos la sociología se le aparecía como un terreno más propicio para hacer pie, que la antropología, campo en el cual no disponía de tantos contactos. En sociología podía contar con el reconocimiento de figuras importantes, a las que se acababa de sumar un personaje de la talla de James S. Coleman⁶, uno de los máximos referentes de la muy denostada *Rational Action Theory*. Si recordamos, por otra parte, que Bourdieu sostenía una concepción urgentista de la epistemología, por la cual lo que correspondía era jugar siempre estratégicamente en contra del principal peligro coyuntural,⁷ podemos formular alguna otra hipótesis en ese sentido. Así, para Bourdieu en Estados Unidos la preferencia por la sociología era un medio para diferenciarse del posmodernismo que había invadido la antropología en mayor grado que la sociología.⁸ Bourdieu fue explícitamente crítico de:

la forma de “reflexividad” representada por esa especie de observación autofascinatoria y los sentimientos del observador que recientemente se

⁵ Analizando las condiciones de importación del pensamiento de Bourdieu a Norteamérica, Calhoun observaba: “Una diferencia importante a este respecto entre los universos intelectuales emisor y receptor es que las fronteras entre sociología, antropología, historia y filosofía son mucho más difíciles de ser franqueadas en los Estados Unidos” (1993, p. 241).

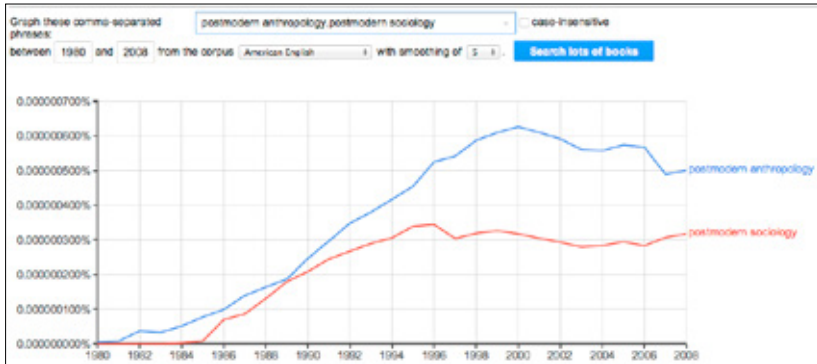
⁶ Con quien acababa de compartir la organización de un coloquio en Chicago y la edición posterior del correspondiente volumen (Bourdieu y Coleman, 1991), en el cual la contribución de Bourdieu versaba sobre las posibilidades de constitución de un campo mundial de la sociología.

⁷ “En cada período el *Oficio* requeriría ser escrito diferentemente. Las proposiciones epistemológicas son generadas al reflexionar sobre la práctica científica –una reflexión siempre orientada por los peligros más acuciantes en ese momento” (1992, p. 252).

⁸ En una nota, no exenta de ironía, en la que relataba las alternativas del *Affaire Sokal*, Wacquant se refirió a “aquellos (numerosos en literatura, antropología, geografía y en ciertos sectores de la historia [pero no en sociología-DB]) que apostaron su carrera y su reputación a una adhesión fervorosa al ‘postmodernismo’” (1997, p. 9).

ha puesto de moda entre los antropólogos norteamericanos (...) quienes, habiendo agotado aparentemente los encantos del trabajo de campo, se han puesto a hablar de ellos mismos en lugar de hablar de sus objetos de investigación (2005, pp. 118-119).

Figura 2: Porcentajes de postmodern anthropology y postmodern sociology (1980-2008)



Fuente: Elaboración propia en el Google Books Ngram Viewer (<https://books.google.com/ngrams>).

Si se admite que el postmodernismo puede explicarse como una reacción –ciertamente desmedida– en contra de la hegemonía en los Estados Unidos de la epistemología positivista heredera del Círculo de Viena,⁹ es comprensible que no haya alcanzado el mismo éxito en el campo francés de las ciencias sociales, y en particular en la antropología francesa. Allí el postmodernismo no produjo los mismos estragos, probablemente porque la

⁹ Carlos Reynoso ha criticado la epistemología del postmodernismo antropológico: “la negación de un conocimiento objetivo de los hechos sociales es un postulado que se debe analizar tomando en cuenta no solo lo que afirma, que es sensato, sino las consecuencias y corolarios que de él se desprenden, que ya no lo son tanto. El posmodernismo, y en especial sus elaboraciones más extremas, afirman, en síntesis, que ‘todo vale’, que cualquier visión de la realidad es por igual digna de crédito, que no existe ningún procedimiento que garantice la verdad de lo que se afirma. (...) Del carácter construido de una teoría, que nadie discute, se ha deducido que es posible y quizá legítimo construir lo que se quiera. Da lo mismo demostrar una afirmación que tejer una fantasía, señalar un hecho incontestable que insinuar una evocación imaginaria” (1996, p. 57).

hegemonía del *mainstream* epistemológico nunca fue absoluta, de modo que las críticas al mismo no constituían una novedad, en tanto que en sus extremos relativistas colisionaba con una tradición fuertemente racionalista.

La opción de Bourdieu por la sociología sería entonces la elección de una base más sólida como la defensa de una *ciencia* social en contra del postmodernismo. Hay que tener en cuenta además que la propia inserción de la obra Bourdieu en los EE.UU. tuvo lugar en gran parte en el seno de los departamentos de Letras y en el ámbito de los *Cultural Studies*. Para Bourdieu era fundamental no dejarse encerrar en la amalgama, realizada bajo el rótulo de *French Social Theory*, entre su pensamiento y los de Foucault, Derrida, Lyotard, Baudrillard, Lacan o Deleuze. El “Seminario de Chicago” en *An Introduction...* debe ser visto entonces, bajo este aspecto, como una suerte de manifiesto antipostmodernista.

Wacquant está en lo cierto cuando afirma que Bourdieu se ocupó siempre de reflexividad, mucho antes de hacer uso del término.¹⁰ La reflexividad entendida como el imperativo de analizar la relación del científico social a su objeto, es una cuestión a la que Bourdieu se enfrentó desde los inicios mismos de su carrera. Se la puede observar tan pronto como en 1963 al presentar la segunda parte de *Trabajo y trabajadores en Argelia*. Allí polemizaba con M. Leiris, para quien “toda investigación llevada a cabo en la situación colonial estaría afectada de una impureza esencial” (citado en Bourdieu, 1963, p. 257). Pero acaso, pregunta Bourdieu,

(...) ¿esta complicidad original es de una naturaleza distinta de la que liga a su clase al sociólogo que estudia su propia sociedad? ¿Si las barreras de clase separan a los individuos de una misma sociedad, las solidaridades de clase no tienden a aproximar, más allá de la barrera colonial, a individuos de sociedades diferentes? (1963, p. 258).

De paso, se vuelve a observar aquí, desde el principio, la puesta en cuestión de las diferencias entre etnología y sociología. Asumiendo la definición antigua de la antropología como la ciencia de los bárbaros, o sea de *los otros*: ¿Cuáles serían los límites entre ellos y *nosotros*? ¿A quién deberemos consi-

¹⁰ “Si hay alguna característica que hace sobresalir a Bourdieu en el paisaje de la teoría social contemporánea, es su obsesión por la reflexividad” (Wacquant, 2005, p. 69).

derar como “el otro” (o “la otra”): a los Qom, al barón del conurbano bonaerense, al patrón de la multinacional fabricante de automotores, a mi vecino de enfrente? En este caso también la cuestión pasa por la introducción de cortes relativamente arbitrarios en una continuidad.

Y de allí en adelante, toda la trayectoria posterior de Bourdieu estará signada por una obsesión por la reflexividad. Bourdieu tuvo el talento para capitalizar su propia experiencia, fruto de una trayectoria social improbable:

Mi discurso sociológico está separado de mi experiencia personal por mi práctica sociológica, que a su vez es en parte el producto de una sociología de mi experiencia social. Y nunca he dejado de tomarme a mí mismo como objeto, no en un sentido narcisista sino como representante de una categoría (Bourdieu y Wacquant, 2005, pp. 285-286).

La indagación en el Bearne de su infancia comenzada con “Celibato y conducción campesina” (1962), sería definida luego como una suerte de experimentación epistemológica.¹¹ Y luego los trabajos sobre la educación, la universidad, las *Grandes Écoles* serían otros tantos mojones en dirección a la consecución de un mayor dominio sobre su propia implicación en esos universos.

Reflexividad en la epistemología

Es evidente que la idea de reflexividad, entendida como el retorno sobre sí mismo del sujeto del conocimiento, es más afín al racionalismo francés (y, en general, a la filosofía “continental”) que al empirismo anglosajón pre-postmodernista. Para el empirismo, en el límite, cualquier intromisión del sujeto es pecaminosa: no puede más que producir una *contaminación* de la “base empírica” atentando contra el dogma de la “inmaculada percepción”.¹² Mientras que, para Bourdieu,

¹¹ “El regreso a los orígenes va parejo con un regreso, pero controlado, de lo reprimido. De todo ello apenas quedan huellas en el texto. (...) algunos comentarios finales, imprecisos y discursivos, sobre la distancia que media entre la visión primera y la visión erudita permiten adivinar el propósito de reflexividad que presidía inicialmente toda la empresa (para mí se trataba de hacer un *Tristes trópicos* al revés)” (2004, p. 14, otros comentarios sobre esta cuestión en el mismo texto, pp. 80-85).

¹² En *El oficio...* (1968, p. 64), Bourdieu y Passeron hicieron uso de esta expresión tomada del *Zaratustra* de Nietzsche.

El sueño positivista de una perfecta inocencia epistemológica oculta en efecto que la diferencia no se da entre una ciencia que opera una construcción y una que no lo hace, sino entre la que lo hace sin saberlo y aquella que, a sabiendas, se esfuerza por conocer y por controlar lo más completamente posible sus propios actos, inevitables, de construcción y los efectos que producen de modo igualmente inevitable (1993, p. 904).

Las ideas epistemológicas de Bourdieu se enraízan en la tradición francesa de historia y filosofía de las ciencias, rebautizada como *racionalismo histórico* por el mismo Bourdieu (Bourdieu y Wacquant, 2005, p. 7). En esta tradición hay que atender especialmente a la figura de Bachelard, quien, en su obra de *La formación del espíritu científico* propugnaba la introducción de la terapia psicoanalítica en la epistemología (Bachelard, 1979). El psicoanálisis de Bachelard, como observaba Lecourt (1975) –en aquel entonces un joven discípulo de Althusser–, muy poco tenía que ver con el de Freud, no reteniendo de este más que la idea de representaciones inconscientes que pudieran devenir en obstáculos epistemológicos y obturar el proceso de objetivación. Básicamente el psicoanálisis del espíritu científico perseguiría el mismo propósito que enunciara Freud en su célebre fórmula (“hacer consciente lo inconsciente”), para así lograr un análogo efecto terapéutico.

Reflexividad es la vuelta del sujeto sobre el proceso de conocimiento y, por ende, sobre sí mismo. En Bachelard se trata del psicoanálisis del espíritu científico en general. Asumiendo ese cometido, mucho antes de utilizar el término *reflexividad*, Bourdieu en *El oficio de sociólogo* de 1968 –junto a J.-C. Passeron y a J.-C. Chamboredon– ya hablaba de socioanálisis y ya definía a la sociología de la sociología como una dimensión ineludible del conocimiento sociológico.

El gran enemigo de la reflexividad es Popper, más allá de que su posición, como se verá, no deje de tener puntos en común con la de Bachelard y la de Bourdieu con relación a la cuestión de la objetividad científica. En el capítulo 23 de *La sociedad abierta...* (el mismo capítulo citado por Bourdieu para fundamentar el carácter intersubjetivo de la objetividad científica en *El oficio de científico*), Popper desacreditaba totalmente la idea del socioanálisis expresada por Mannheim:

La sociología del conocimiento cree que puede alcanzarse el mayor grado de objetividad mediante el análisis, a través de la inteligencia libremente equilibrada, de las diversas ideologías ocultas y de su arraigo en lo inconsciente. El camino hacia el verdadero conocimiento parece consistir en la revelación de los supuestos inconscientes, una suerte de psicoterapia, por así decirlo, o mejor aún, si se me permite, de socioterapia. Sólo aquel que ha sido socioanalizado o que se haya socioanalizado a sí mismo, habiéndose liberado de ese complejo social, es decir, de su ideología social, puede alcanzar la síntesis superior del conocimiento objetivo (Popper, 1991, p. 383).

Y continuaba: “Si la objetividad científica se fundara, como supone ingenuamente la teoría sociológica del conocimiento, en la imparcialidad o la objetividad del hombre de ciencia, entonces tendríamos que decirle adiós sin dilación” (p. 385). Para concluir:

(...) la objetividad se halla íntimamente ligada al *aspecto social del método científico*, al hecho de que la ciencia y la objetividad científica no resultan (ni pueden resultar) de los esfuerzos de un hombre de ciencia individual por ser ‘objetivo’, sino de la cooperación de muchos hombres de ciencia. Puede definirse la objetividad científica como la intersubjetividad del método científico (p. 386).

Algunos han observado que la crítica de Popper se basaba en una lectura cuanto menos superficial de Mannheim y que no hacía justicia a sus ideas. En realidad, para Mannheim “la sociología del conocimiento no fue ni un sustituto para la investigación directa ni una alternativa para la epistemología” (Morrow, 1973, p. 67)¹³.

No puede sorprendernos el que Popper anatematizara a Mannheim, cuyas ideas exhalaban un inconfundible tufillo de marxismo y de psicoanálisis, justamente las dos “seudociencias” en contra de las cuales se propuso construir su epistemología. Popper además sostenía a rajatabla la oposición –atribuida por lo general a Hans Reichenbach– entre el contexto del descubrimiento y el de la justificación, concepción solidaria de una representación del método

¹³ Ver también Little, 1975.

como una sucesión de etapas independientes: primero se formula la hipótesis, luego se la pone a prueba, en vistas a su corroboración o falsación. Obsérvese que Popper, al propugnar en su *Lógica de la investigación científica* la “Eliminación del psicologismo”¹⁴, no negaba la posibilidad de una psicología del conocimiento cuyo cometido fuera el de determinar –en el contexto del descubrimiento– cómo se originan las teorías científicas. Lo que no aceptaba Popper –en el contexto de la justificación (el único del cual consideraba legítimo ocuparse)– era que además del tipo de crítica producto de la correcta aplicación del *modus tollens*, hubiera espacio para una argumentación ajena a la lógica del método hipotético-deductivo que pudiera ser ejercida individualmente. Con lo cual hay que concluir que no hay lugar en su pensamiento para una reflexividad entendida como el trabajo de la mente del científico sobre sí misma que pudiera ser objeto de la epistemología. Simplemente Popper afirma que esto queda fuera de alcance del “análisis lógico de la investigación científica”.

Ahora bien, solo en la perspectiva estrecha de la epistemología cultivada por Popper cabe menospreciar ese tipo de tarea. En efecto, admitiendo que la aceptación-rechazo de la teoría deberá estar sujeta en última instancia al juicio intersubjetivo comunitario, no se ve qué perjuicio podría derivarse de que el científico individual –físico o sociólogo– “adelante” (por así decirlo) la tarea, desbrozando el terreno de posibles errores a ser superados, simultáneamente a la elaboración de su teoría, y por ende con anterioridad a su sometimiento al veredicto de la contrastación de la hipótesis mediante su cotejo con enunciados básicos. Y este es el punto de vista que tomaba Bachelard, radicalmente opuesto a Popper sobre esta cuestión. Sin embargo, es importante notar que en ningún momento afirmaba Bachelard que el psicoanálisis individual de la propia mente por parte del científico individual fuera suficiente para garantizar la objetividad del conocimiento, ni tampoco pretendía que este auto-psicoanálisis individual tuviera que hacerse público.

Por otra parte, Bachelard y Bourdieu no están muy lejos de pensar la objetividad como intersubjetividad: en la *cité* científica para el primero –el *cogito* debe dejar el lugar al *cogitamus* (Bachelard, 1986, p. 57)–, en el campo científico para el segundo.

¹⁴ Es el título del apartado 2 del primer capítulo de su obra inaugural (1967, p. 30).

Los niveles de la reflexividad

El uso que hace Bourdieu del término es algo laxo. Así, en un texto de circunstancia titulado “Un progreso de la reflexividad” –se trata de hecho de un brevísimo prólogo a un libro metodológico– Bourdieu escribía:

(...) la reflexión sobre el método de análisis de los datos empíricos –el análisis factorial clásico o el análisis de correspondencias– no se separa de la reflexión sobre los objetos y los objetivos de la investigación –en particular, la puesta al día de los principios generadores y organizadores de las diferencias entre opiniones o entre prácticas. Así se borra la frontera, tan funesta, que se traza a veces, sobre todo en los países anglosajones, entre lo que se denomina “metodología” y “teoría” (1992, p. 7).

Para concluir luego sobre la necesidad “del equipamiento intelectual que solo puede ser provisto por *el retorno reflexivo* sobre esos instrumentos y que es la condición de su utilización metódica” (1992, p. 8). Es claro que la *reflexión* sobre los conceptos y métodos a poner en obra en una investigación es algo deseable; pero en este caso, al menos a primera vista, no parecería necesario aludir a la idea de reflexividad, excepto si consideramos que se trata de suspender la reflexión sobre el objeto *real*, para retornar a una reflexión sobre los instrumentos *incorporados* por el sociólogo o psicólogo social para abordar ese objeto.

En numerosas ocasiones tanto Bourdieu como Wacquant han abordado la noción con mayor profundidad y especificidad, planteado siempre la necesidad de ejercer la reflexividad en tres niveles distintos.¹⁵

¹⁵ Así, en *Meditaciones Pascalianas* (1997) Bourdieu propiciaba el retorno sobre presupuestos pertenecientes a tres órdenes diferentes: “primero, partiendo de lo más superficial, aquellos asociados a la ocupación de una posición en el espacio social, y a la trayectoria particular que condujo a ella, así como la pertenencia a un sexo (que puede afectar de múltiples maneras la relación al objeto, en la medida en que la división del trabajo sexual se inscribe en las estructuras sociales y en las estructuras cognitivas, al orientar por ejemplo las elecciones de objeto). Luego están aquellos que son constitutivos de la *doxa* propia a cada uno de los diferentes campos (religioso, artístico, filosófico, sociológico, etc.) y, más precisamente, aquellos que cada pensador en particular debe a su posición en un campo. Y finalmente los presupuestos constitutivos de la *doxa* genéricamente asociada a la *skholé*, al ocio, que es la condición de la existencia de todos los campos sabios” (1997, p. 22). Ver también Bourdieu (1987, pp. 112-113; 2003, p. 163) y Bourdieu y Wacquant (2005, pp. 73-74).

1) El primer nivel es el que más obviamente recuerda a la concepción marxista de la ideología de la que también se inspirara Mannheim (discípulo y amigo de Lukács), y hace referencia a los condicionamientos que devienen de la posición ocupada por el sociólogo en el espacio social (posición en un sentido un poco ampliado, respecto al marxismo, puesto que no tiene que ver solamente con la posición en las relaciones de producción como determinante de la clase social, sino también con el género, la etnia, etc.). Así, por ejemplo, Althusser relataba, siguiendo a Engels, cómo Ricardo “producía” la plusvalía –del mismo modo que Priestley producía el oxígeno– pero sin *descubrirla*, sin poder reconocerla como tal (Althusser, 1968, p. 16), debido a “su piel burguesa”. Sin embargo, tomar en cuenta solo este nivel expone al sociólogo a lo que Bourdieu denominaba el paralogismo del “cortocircuito”, consistente en postular una determinación mecánica de la clase social al producto cultural (2005, p. 114).

2) De ahí la introducción decisiva del segundo nivel que tiene que ver con la posición del sociólogo dentro del campo de las ciencias sociales o del campo intelectual, y de la posición de este en relación al campo del poder, posiciones que están mediando siempre la eficacia del primer nivel de determinación. En efecto, se parte de la hipótesis de que, existiendo en el campo una homología entre la estructura de las posiciones y la estructura de la tomas de posición, estas últimas se encuentran fuertemente determinadas por los conflictos endógenos entre las posiciones pertenecientes al campo, cuya autonomía es relativa. Aquí es donde se torna más original la idea de Bourdieu sobre la determinación estructural, lo que le lleva a ampliar el alcance de la reflexividad abarcando esta nueva dimensión.

3) Finalmente, el sesgo más importante a superar es el que deviene de la falacia escolástica, consistente está en la confusión de la teoría con la práctica. Hay una distancia irreductible de la práctica a la teoría. Se trata, como decía Marx a propósito de Hegel, de no confundir las cosas de la lógica con la lógica de las cosas. Esto aparece claramente en la crítica de Bourdieu al estructuralismo y a su noción de regla: los agentes sociales no actúan del modo en que lo hacen porque se estén ateniendo a reglas, lo que supondría adjudicarle un status ontológico al modelo construido por el científico para dar cuenta de la práctica.

La reflexividad debe obrar hasta en los actos más elementales de la investigación, para despejar los errores inducidos en el primer nivel por la posición

social del investigador. Así, al discutir con estadísticos del INSEE los criterios de codificación para encuestas de consumo, Bourdieu les hacía ver que,

(...) al construir una clase “frutas” en la que se incluían bananas, naranjas, mandarinas, limones, manzanas, etc, o una clase “judías” [*haricots*] agrupando tanto las judías verdes [chauchas] como las blancas [porotos] se prohibían hallar la menor correlación con la clase social, o con el ingreso, en la medida en que la banana es la anti-manzana y en que lo que impulsa a consumir muchas bananas lleva a consumir pocas manzanas e inversamente, y lo mismo para las judías verdes y las blancas (...). Las operaciones elementales de la investigación son actos de constitución – es decir que apuntan objetivamente, aún si quien las opera lo ignora, a imponer una visión del mundo, lo que es un acto político–; es posible sospechar que quien las ejecuta lo haga guiado por intereses ocultos, por un inconsciente social. Es por ese lado, por ejemplo, que cabe indagar el principio de la relación entre el modo de hacer ciencia y la posición en el espacio social. Quien coloque bananas y papas en la misma bolsa, prohibiéndose así hallar una correlación significativa entre esos consumos y la clase social, tal vez esté siendo guiado por un inconsciente social, más inteligente, más poderoso que él. De este modo liquida el pensamiento en términos de clase más poderosamente y de modo mucho más eficaz, que por medio de grandes discusiones teóricas, puesto que la clasificación de los productos parece perfectamente científica, no habiendo hecho intervenir en momento alguno una conciencia crítica (2015, 19- may-1982).

En lo que hace a su auto-análisis, sobre el primer y el segundo nivel, Bourdieu se ocupó en varios textos de la constitución de su habitus, a partir de sus experiencias familiares y escolares iniciales, y luego de su incorporación al campo de la filosofía y de las ciencias humanas. Son los temas del capítulo inicial de *Cosas dichas* (1987), que retornaría en el primer *Post-scriptum 1* del primer capítulo de sus *Meditaciones...* (1997), y finalmente en su *Esbozo para un auto-análisis* (2004).

En Francia, venir de una provincia distante, haber nacido al sur del Loira, lo dota a uno de ciertas propiedades que no carecen de paralelo con la situación colonial. Otorga un tipo de externalidad objetiva y subjetiva y

pone a uno en una relación particular con las instituciones centrales de la sociedad francesa y, por tanto, con la institución intelectual. Formas sutiles (y no tan sutiles) de racismo social vuelven a uno muy perspicaz: que nos recuerden constantemente nuestra otredad despierta una permanente vigilancia sociológica. Ayuda a percibir cosas que los demás no pueden ver o sentir. Ahora bien, es cierto que soy un producto de la *École normale* que traicionó a la *École normale*, pero había que ser de la *École normale* para escribir sobre ella semejantes cosas sin parecer motivado por el resentimiento (2005, p. 293).

Cuando Bourdieu habla de las propiedades genéricas comunes y banales que toma en cuenta en su socio-análisis es para diferenciarse del estilo confesional propio de la concepción de la reflexividad de los antropólogos postmodernos; él en cambio nos previene acerca de que nos ofrecerá apenas “confesiones impersonales” (1997, p. 44).¹⁶

Pero este auto-análisis, es también un socio-análisis, en la medida en que se basa en conceptos sociológicos y que aporta conocimientos cuyo alcance desbordan el caso de su propia persona.

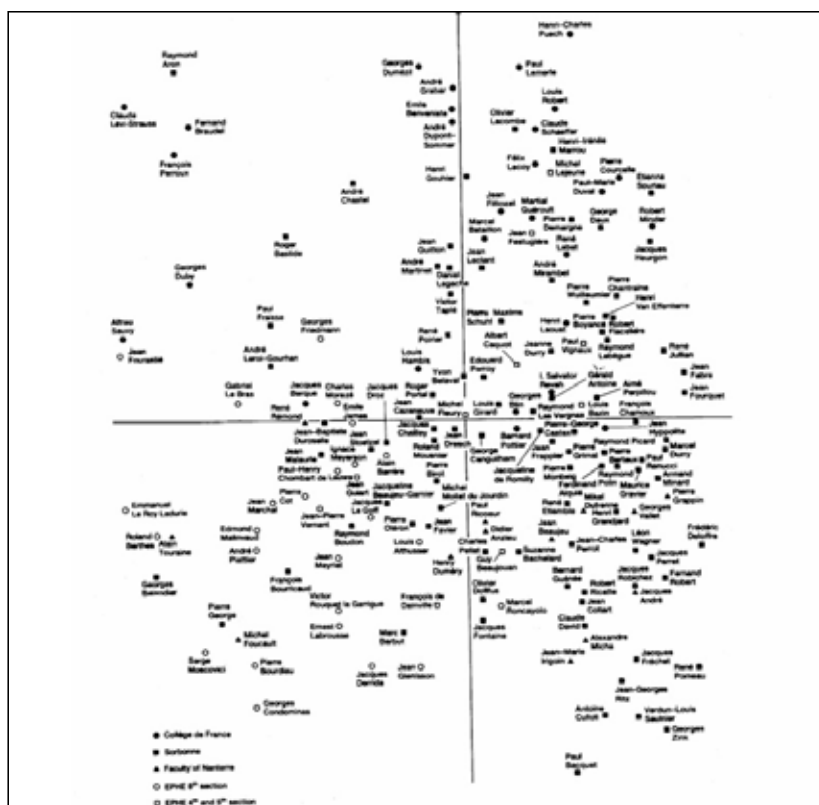
Una de las cosas que a menudo irritan a la gente es que cuando me analizo a mí mismo –*Homo Academicus* contiene páginas y páginas sobre mí en la medida en que yo pertenezco a la categoría que denomino los “oblatos”– digo, hablando de mí, la verdad acerca de otros. (...) puedo ser objetivado *como cualquier otro* y, como cualquier otro, tengo el gusto y las preferencias, las simpatías y antipatías que corresponden de manera general a mi posición en el espacio social. Estoy socialmente clasificado y sé precisamente qué posición ocupó en las clasificaciones sociales (Bourdieu y Wacquant, 2005, p. 286).

Es así que en *Homo Academicus* Bourdieu recurrió a una técnica estándar –el Análisis de Correspondencias Múltiples– para exhibir su propia ubicación en el espacio de las ciencias humanas de la Universidad de París previamente a la crisis de mayo de 1968. En este caso, la analogía con la

¹⁶ En Bourdieu está muy claro que el auto-análisis es un medio y jamás un fin en sí mismo. Por lo contrario, lo que caracteriza a la reflexividad narcisista postmoderna es que “es en sí misma su fin y no desemboca en ningún efecto práctico” (2003, p. 156).

representación del espacio social mayor elaborada en *La distinción* (1979) funcionó perfectamente: en el eje vertical los profesores se ordenan por el volumen global de su capital académico, mientras que en el horizontal lo hacen por la composición del capital académico (los “puros” a la izquierda, los “temporales” hacia la derecha). Bourdieu está ubicado *abajo* y a la *izquierda*, en el sector sudoeste,¹⁷ en una posición doblemente dominada por su escaso capital académico (en aquella época) y su nulo capital temporal.

Figura 3: El espacio de las Facultades de Humanidades de la Universidad de París



Fuente: Bourdieu, 2008, p. 290.

¹⁷ Casualmente es la misma posición relativa que ocupa la región del Bearne en el mapa de Francia.

En varias ocasiones mencionó Bourdieu a la investigación en su Bearne natal como una suerte de experimentación sobre el trabajo de reflexividad, se trataba sobre todo una indagación sobre la investigación y el investigador. Ello le permitió mostrar que uno de los recursos más raros del dominio práctico del oficio del sociólogo –lo que se suele denominar intuición– puede ser el uso científico de una experiencia social, la cual mediante su previo sometimiento a la crítica sociológica, es susceptible de llegar a transformarse de hándicap en capital. Así, fue un comentario banal, *familiar*, de su madre, lo que en aquella época desencadenó las reflexiones que condujeron a Bourdieu al abandono del modelo estructuralista de la regla en provecho de la noción de estrategia. Ocurrió cuando la madre de Bourdieu le comentó “Los Fulanos se han descubierto muy parientes de Mengano, desde que hay un *polytechnicien*¹⁸ en su familia”. Un comentario perteneciente al orden del cotilleo, que solo podía darse en una situación natural de “familiaridad familiar”, como dice Bourdieu.¹⁹ Un comentario realizado en un contexto doméstico, pero que al caer en los oídos de quien justamente se encontraba debatiéndose en un intrínquilis teórico vino a iluminarlo sobre los modos en que los agentes viven prácticamente el parentesco. Constituía un ejemplo perfecto de la distancia entre el modelo y la práctica, que lo llevaría a Bourdieu a desarrollar el tema de “los usos sociales del parentesco” en *El sentido práctico* (1980): no es la genealogía producida por el antropólogo lo que cuenta, sino las estrategias que pueden poner en juego los agentes tomando las categorías instituidas de parentesco como un recurso posible de ser activado (o no). Descubrimiento que fue a la vez de una gran relevancia epistemológica, puesto que se trata de una expresión muy clara de la falacia escolástica. Los ejemplos acerca de los efectos nefastos del intelectualismo aparecen recurrentemente en las obras de Bourdieu.²⁰

¹⁸ Un egresado de la muy prestigiosa *École Polytechnique* (una de las *Grandes Écoles*).

¹⁹ Ver el relato del caso por parte de Bourdieu (2000, p. 53 y 2004, pp. 85-86).

²⁰ En su *Curso de Sociología General*, retoma el ejemplo del parentesco: “Encontrándose fuera del juego, el investigador nada tiene que hacer de lo que existe fuera de los usos cognitivos. Por ejemplo, el hecho de que estudia las relaciones de parentesco, no para casar mejor a su hija, sino para comprender de qué tipo de casamiento se trata, induce un efecto de distorsión esencial en la relación entre encuestador y encuestado: la gente no se plantea así el problema del parentesco, solo se lo plantean de ese modo en presencia del científico” (2015: 91).

Otro buen ejemplo del imperativo de reflexividad lo encontramos en el penúltimo curso de Bourdieu en el *Collège de France*, sobre la revolución simbólica que produjo Manet dando nacimiento al campo de la pintura. Allí comenta un artículo de su colega y amigo Jacques Thuillier en el que este, para dar cuenta del funcionamiento de los talleres tradicionales de pintura de los *peintres pompiers*²¹ en la segunda mitad del siglo XIX, recurre a la analogía con las actuales clases preparatorias (las llamadas *Khâgnes*) a las Grandes Écoles. “Pienso que tiene razón y que al mismo tiempo se equivoca al utilizar como instrumento de análisis un instrumento que no está analizado, vale decir su propia relación a las clases preparatorias a las grandes escuelas a las que, por ser oriundo de ellas, ama mucho –lo que no es el caso de todo el mundo” (2013, p. 166). Bourdieu, admite concordar en este punto con los etnometodólogos: en el requisito previo de “un análisis de los instrumentos de análisis, de las teorías espontáneas, de las teorías populares que ponemos en obra para analizar al mundo social, las que son el producto, en general no analizado, del mundo social que pretenden analizar” (2013, pp. 166-167). Para el caso, el problema de Thuillier no es el recurso a esa analogía, sino la utilización irreflexiva que hace de la misma. Un uso provechoso de esa analogía supondría basarse en una visión más desencantada de esas grandes escuelas, como la que el propio Bourdieu desarrolló en *La nobleza de Estado* (1989). Así se podría mostrar que

(...) los talleres son lugares de formación generales que presentan propiedades generales, que encarnan una forma específica de institución de las que son bastante conocidas las propiedades generales que son aquellas de las escuelas de élite. En situaciones y universos extremadamente diferentes, se encuentran propiedades relativamente invariantes (2013, p. 167).

Burawoy contra Bourdieu: reflexividad individual y reflexividad colectiva

Todos estos ejemplos muestran claramente los beneficios para la práctica científica de una reflexividad alcanzada mediante el socio-análisis que los científicos sociales realicen sobre sí mismos.

²¹ Literalmente “pintores bomberos”. El *art pompier* es una expresión despectiva para referirse a obras de tipo académico, sobre temáticas históricas o alegóricas, o sea “conteniendo gentes vestidas a la usanza antigua” (Bourdieu, 2013, p. 17).

El problema es que en reiteradas ocasiones se ha planteado la necesidad de que dicho socio-análisis se ejercite en el nivel del campo científico. Ya en *An Invitation...* Wacquant sostenía que “no es el inconsciente individual del investigador sino el inconsciente epistemológico de su disciplina lo que debe ser exhumado” (Wacquant, 2005, p. 77). Afirmación que muestra bien el problema. Suponiendo que existiera un único inconsciente epistemológico –lo que es sumamente dudoso en el campo de las ciencias sociales– ¿cómo pretender que los colegas competidores estén poniendo permanentemente en cuestión el conjunto de presupuestos (el “inconsciente”) disciplinar que se encuentra en la base de su práctica?

En un ejercicio magistral de reflexividad no nombrada, Lévi-Strauss (2003) pudo concebir al totemismo como una ilusión ideológica (un típico producto escolástico, podría haber dicho Bourdieu), mostrando que la función latente de esta noción no analizada era sostener la primacía de lo civilizado sobre lo primitivo. Algo, pues que devenía de una falta de objetivación de los propios sujetos antropólogos objetivantes, puesto que se sustentaba en una proyección negativa de estos en su objeto. Pero esto no parece ser algo que pueda acontecer todos los días.

M. Burawoy, en el libro que le dedicó a Bourdieu junto a A. von Holdt, incurre con frecuencia en paralelos no poco sorprendentes y harto discutibles –por decir lo menos entre su pensamiento y el de figuras como Marx, Gramsci, Fanon, Freire, Beauvoir, Mills, y el mismísimo Parsons.²² Burawoy destaca varias paradojas en el pensamiento de Bourdieu, las cuales devendrían de la contradicción entre su teoría y su práctica científica, acotando que, según la propia teoría de Bourdieu, ello sería esperable, ya que “existe siempre una brecha entre la teoría y la práctica” (2012, p. 21). Se observa en la base del razonamiento de Burawoy un procedimiento algo tramposo: lo que para Bourdieu es un hiato irreductible entre la teoría y la práctica –en el sentido de que la segunda no puede deducirse simplemente de la primera, en tanto no media pues una relación lógica entre ambas– en Burawoy se convierte en una contradicción, que podrá ser interpretada luego tanto en un sentido lógico como ético.

²² En su reseña de esta obra bizarra, Emirbayer (2014) muestra la tendencia de Burawoy a presentar a Bourdieu como una síntesis de todos los defectos que le han sido achacados: reproductivista, elitista, arrogante, antidemocrático, ahistórico, machista, funcionalista, antiagente.

En especial, Burawoy señala una paradoja en lo que hace a la reflexividad, que sería del tipo “haz lo que yo digo pero no lo que yo hago”.²³ Porque, según él, Bourdieu habría fracasado en la aplicación a su persona del imperativo de reflexividad. Y no es que Burawoy no haya leído *Homo Academicus* donde se presentaba el plano factorial referido al espacio de la Academia de París (ver *supra*), ni la entrevista inicial con Axel Honeth en *Cosas dichas* (“Fieldwork in philosophy”), o *la Esquisse pour une auto-analyse* (2004) publicada póstumamente. Es más bien que Burawoy considera que todo ello no sería suficiente, en términos de su interpretación de lo que serían los propios estándares de Bourdieu. Por momentos, Burawoy parece caer en la trampa postmodernista de considerar que las confesiones personales deberían poseer un valor cognitivo por sí mismas, que serían merecedoras de un status privilegiado (con lo que retornaríamos a Lynch). Así, Bourdieu sería “el gran exponente de la reflexividad, que sistemáticamente desapueba el test de la reflexividad. No descubrimos nunca ninguna referencia, ya no análisis, de sus relaciones con mujeres (o varones)” (2012, p. 125). Si esto es lo que busca Burawoy es seguro que no lo encontrará. Nadie más opuesto a este estilo de reflexividad que Bourdieu, fuertemente opuesto a cualquier exhibición de su vida familiar y de su intimidad.²⁴

¿Es que acaso los resultados de la investigación deberían publicarse acompañados de exaltaciones de la reflexividad practicada, al estilo de: “miren lo reflexivo que soy, comprueben cómo efectivamente he logrado una plena objetivación de mi relación al objeto como lo plantea la objetivación participante”, etc.?

Otros aspectos de la crítica de Burawoy pueden ser considerados más seriamente, como cuando afirma que:

Por un lado, [Bourdieu] argumenta que un análisis del campo académico en el que uno opera es una precondition del conocimiento científico. Por

²³ Esta paradoja ya era señalada por Swartz (1997, p. 281), al observar que Bourdieu “raramente identifica su propia posición dentro del campo intelectual o aquellos factores que verosímelmente han conformado o aún limitado su propia perspectiva”.

²⁴ Al punto tal que su simpatética biografía ni siquiera pudo establecer si Bourdieu era hijo único (Lescourret, 2008, p. 35), una propiedad psicosocial que bien podría tener alguna utilidad para comprender su derrotero intelectual.

el otro, él mismo no emprende ni un análisis de su propia ubicación en el campo de la sociología, ni tampoco un análisis del propio campo de la sociología francesa, como si ninguno de sus competidores fuera merecedor de un examen serio (2012, p. 20).

El argumento acerca del menosprecio de sus competidores es un lugar común por parte de todos aquellos –no son pocos– que consideran que, en el fondo, para Bourdieu la única sociología merecedora de ese nombre era la propia.²⁵ Sin embargo, esta hipótesis exigiría soslayar algunos hechos. Así, por ejemplo, aunque Bourdieu podía polemizar vehementemente con Goffman, eso no le impidió ocuparse de publicar lo principal de su obra en la colección *Le sens commun* en *Les éditions de Minuit* que él dirigía, y finalmente escribir su necrológica en *Le Monde*, celebrando “el producto más ideal de una de las maneras más originales y más raras de practicar la sociología”. Todo lo cual sin duda alguna era indicativo del reconocimiento de la plena pertenencia de Goffman al campo de la sociología. También el episodio de su encuentro con Coleman abona la idea de que Bourdieu estaba dispuesto a admitir –e incluso a bregar por– la constitución de un campo de la sociología que debería incluir a pensadores de ideas muy diferentes a las suyas.

Por otra parte, no está dicho, salvo ocasionalmente, que el campo de referencia tenga que ser el de la sociología estrictamente. ¿Bourdieu juega en el campo de la sociología, en el de las ciencias sociales, o en ambos? ¿Acaso la suya no es una “empresa de investigación difícil de encerrar en las disciplinas”? (Bourdieu, 2005 [1992], p. 8) ¿Qué hay de los antropólogos, lingüistas o politólogos? En el último libro que publicara en vida (*El oficio de científico...* 2003 [2001]), se refería indiferentemente a la sociología y a la ciencia social.

Burawoy intenta además elaborar una explicación de las razones que lo habrían llevado a Bourdieu a proceder del modo erróneo en que lo hizo. Transgrediendo el “principio de caridad”, Burawoy no vacila en sostener:

²⁵ El mismo Passeron –luego de su postrera reconciliación con Bourdieu– continuaba incurriendo en esta interpretación (Baranger, 2004, p. 377); por su parte, Alexander inquiría “¿Por qué las observaciones emanadas de su propio trabajo habrían de ser más críticas, y por ende más verdaderas, que aquellas de cualquier otro practicante de la ciencia social?” (1995, p. 184).

(...) el interés de Bourdieu en la reflexividad –i.e. en evaluar científicamente el estado de la sociología y de su posición en esta– colisiona con sus intereses en tanto actor, principalmente la acumulación de capital académico, lo que supone elevar el status de la sociología y su propia posición en ella. Para lograr estos cometidos, Bourdieu moviliza el capital cultural derivado de su grado de filosofía en la *École Normale Supérieure* y edifica una escuela de sociología con su propio vocabulario, metodología, teoría, revista, etc. Lo que supone el desconocimiento de los otros y el ejercicio de la dominación sobre ellos, lo cual, de tener éxito, no se corresponde con el proyecto de reflexividad y pone en peligro el mismo proyecto de ciencia (2012, pp. 20-21).

En suma, le enrostra una voluntad consciente de *distinción* para producir su descalificación de Bourdieu en el plano moral.

Burawoy mantiene un interés propio en el conocimiento reflexivo en tanto diferente al conocimiento instrumental. En el espacio de propiedades en el que presenta su tipología de las formas de división del trabajo académico, la reflexividad aparece en dos celdas, que consisten en “el diálogo ya sea entre los sociólogos mismos acerca de los fundamentos de su disciplina (sociología crítica) o entre los sociólogos y sus públicos (sociología pública)” (2012, p. 166). Para Bourdieu, está claro que toda ciencia social digna de ese nombre debería ser a la vez crítica y pública.

Ahora bien, la cuestión radica en si los resultados del socio-análisis referidos a la estructura del campo y a la propia inserción en él deberían hacerse públicos. Aquí no se trata ya de una reflexividad narcisista, dedicada a la exposición de intimidades propias aptas para alimentar oscuras pulsiones voyeristas, sino de proporcionar elementos que el mismo Bourdieu considera fundamentales para ser tomados en cuenta en la evaluación de los conocimientos producidos.

En efecto, Bourdieu insiste reiteradamente en entender a la reflexividad “como una experiencia colectiva” (1997, p. 12). Una tarea que sería de la incumbencia del

conjunto de los involucrados en el campo científico; y que se realiza mediante el juego de la competencia que los une y los opone, cuando las condiciones están dadas para que esta competencia obedezca a los impe-

rativos de la polémica racional y que cada uno de los participantes tenga interés en subordinar sus intereses “egoístas” a las reglas de la confrontación dialógica (1997, p.142).

En los términos en que la describe –polémica racional, confrontación dialógica–, la reflexividad no deja de evocar al *racionalismo crítico* pregonado por Popper. Excepto por este detalle: es mucho más simple ponerse de acuerdo sobre la admisibilidad de “enunciados básicos” y sobre reglas lógicas, que sobre un rango no acotable de fenómenos personales y contextuales, que en su interpretación estarán remitiendo en última instancia a diferentes concepciones filosóficas acerca de la naturaleza de la acción social.

Bourdieu considera que este es uno de sus principales aportes, al mismo tiempo que es consciente de que:

Cualquier conquista individual de la reflexividad (como el descubrimiento de la ilusión escolástica), por la lógica misma de la competencia es susceptible de convertirse en un arma en la lucha científica imponiéndose a los demás. Nadie puede forjar armas susceptibles de ser utilizadas en contra de sus adversarios sin exponerse a que esas armas sean inmediatamente apuntadas en contra de él mismo (1997, p. 142).²⁶

La vigilancia epistemológica sociológicamente pertrechada que cada investigador puede ejercer por su propia cuenta no podrá menos que verse reforzada por la generalización del imperativo de reflexividad y la divulgación de los instrumentos indispensables para obedecerla, pues solo esa generalización será capaz de instituir la reflexividad como una ley común del campo, que, de ese modo, se verá abocado a una crítica sociológica de todos por todos capaz de intensificar y de redoblar los efectos de la

²⁶ En la edición original de *Homo Academicus* el plano factorial realizado sobre la universidad de París, aparecía como un agregado al final del libro y ni siquiera era mencionado en el índice, siendo que además los profesores estaban identificados solo por sus iniciales. Hubo que esperar hasta 1988 para que Bourdieu publique en la edición inglesa el gráfico con los nombres y apellidos completos. En una entrevista, Bourdieu rememoraba: “(...) brindo instrumentos de análisis e instantáneamente la gente los utiliza en contra mío. Guardé el libro en mis cajones durante cinco años, no podía publicarlo –sobre esto, el psicoanalista ciertamente tendría cosas que decir–, no podía sacarlo, lo llevé tres veces a mi editor, y lo traía de vuelta porque me daba miedo, etc.” (2001, p. 27).

crítica epistemológica de todos por todos. Esta concepción reformista de la reflexividad puede ser, para cada investigador y, a fortiori a la escala de un colectivo, como un equipo o un laboratorio, el principio de una especie de prudencia epistemológica que permita adelantar las probables oportunidades de error o, en un sentido más amplio, las tendencias y las tentaciones inherentes a un sistema de disposiciones, a una posición o a la relación entre ambos (2003, p. 159).

Todo ello apunta a que, idealmente, los resultados de la reflexividad deberían hacerse públicos, como reclama Burawoy. Sin embargo, hay al mismo tiempo en Bourdieu una conciencia de que en la realidad de los campos de las ciencias sociales, las condiciones para un diálogo racional entre las partes no están dadas. Bourdieu insistió recurrentemente en los riesgos implicados en cualquier conquista individual de la reflexividad por parte suya: por la lógica misma de la competencia en el campo era susceptible de convertirse en un arma en su contra.

Conclusión: reflexividad interminable

Al problema de la inexistencia de un *nomos* unificado para la sociología, se suma la dificultad de delimitar los campos de la sociología, de las ciencias sociales y el intelectual, los que se interpenetran todos unos a otros. Las condiciones para el ejercicio racional de la polémica no están dadas, porque los campos a los que se refiere Bourdieu no están suficientemente constituidos como tales, ni han alcanzado el grado de autonomía requerido para estar en condiciones de cumplir adecuadamente con su función.

El bosón de Higgs es un tema sobre el que se puede discutir apasionadamente entre físicos; y aunque en la sociedad pueda dar lugar a absurdos mediáticos como la llamada “máquina de dios”, a estos nadie les concederá atención dentro de la disciplina, ya que en este aspecto existe un alto grado de autonomía de la física. En cambio, en los campos de las ciencias sociales el “derecho de entrada” es inexistente a los efectos prácticos, de modo que sobre el terrorismo yihadista, por ejemplo, cualquiera puede opinar, siendo muchos incluso los que consideran que es preferible no consultar a los sociólogos al respecto. La idea –por llamarla de algún modo– es que, ante crímenes tan aberrantes, cualquier tentativa de explicación está de más, ya que podrá

funcionar como una justificación de los mismos.²⁷ Ante el mal absoluto, solo cabría la condena total, y cualquier intento de determinar racionalmente los factores que están operando es leído como una traición (con lo cual, claro está, se renuncia a toda posibilidad de elaborar respuestas más eficaces para controlar esos actos).

En *Ciencia de la ciencia y reflexividad*, Bourdieu procedía a sistematizar las características distintivas del campo científico, para lo cual se servía de una comparación con el campo artístico. Esto le permitía establecer tres propiedades fundamentales del campo científico: 1) el acceso limitado, lo que hace que cada investigador tienda a no tener más receptores que los investigadores más adecuados para entenderlo, pero también para criticarlo y refutarlo (aunque, como él mismo aclaraba algunas páginas más adelante, también en la lucha artística en sus estados más avanzados existe una limitación del acceso); 2) el hecho de que la lucha científica, a diferencia de la lucha artística, tiene como objetivo el monopolio de la representación científicamente legítima de lo “real”; y 3) el hecho de que los competidores por este monopolio de la representación legítima de la realidad objetiva disponen de un inmenso equipo colectivo de construcción teórica y de verificación o falsificación empírica cuyo dominio se exige a todos los participantes en la competición (2003, pp. 123-125).

Por otra parte, en su curso inmediatamente anterior en el *Collège de France*, Bourdieu describía la revolución simbólica operada por Édouard Manet que condujo al surgimiento del campo artístico a partir de un estado anterior en el cual el arte funcionaba más con características de *cuerpo*, semejante a una iglesia:

Había un único *nomos* y, en estado de anomia, ya no hay *nomos*. O más bien hay *nomoi*: principios de construcción y de evaluación diferentes
(...) Resumida en términos de modelo es la historia del paso de un arte

²⁷ Así, un primer ministro de Francia ha llegado a asimilar *explicación* con *justificación*, lo que produjo la legítima indignación de Bernard Lahire (Saint-Martin, 2016). Bourdieu observaba: “todo el mundo se siente con derecho a intervenir en la sociología y a meterse en la lucha a propósito de la visión legítima del mundo social, en la que también interviene el sociólogo, pero con una ambición muy especial, que se concede sin problemas a todos los restantes científicos pero que, en su caso, tiende a parecer monstruosa: decir la verdad, o, peor aún, definir las condiciones en las que puede ser dicha” (2003, p. 152).

centralizado alrededor de un *nomos* único hacia un campo de producción artística en el que se enfrentan varios *nomoi* o, para retomar la metáfora religiosa, es la transición del monoteísmo al politeísmo con sus dioses inciertos y múltiples (2013, p. 216).

Lo cual nos lleva a pensar que, si es cierto que existen campos científicos que se caracterizan por la existencia de *nomos* unificados, en el caso de las ciencias sociales la situación podría ser vista más semejante al campo artístico. Es el gran tema del pluralismo teórico y de la multiplicidad de paradigmas, que lleva a que sea problemático separar la paja del trigo, determinando quién es un científico social y quién no. Sin un *nomos* unificado, imposible de alcanzar, simplemente no hay manera de asegurar el necesario grado de autonomía del campo;²⁸ y sin autonomía del campo será inevitablemente limitado el papel que pueda jugar la reflexividad a nivel colectivo. La conclusión última de Bourdieu era pesimista:

Por el hecho de que la verdad del mundo social es un objeto [*enjeu*] de luchas en el mundo social y en el mundo (sociológico) abocado a la producción de la verdad sobre el mundo social, la lucha por la verdad del mundo social carece necesariamente de final, es interminable. (Y la ciencia social jamás llegará al final de su esfuerzo por imponerse como ciencia) (2003, p. 197).

También el socio-análisis es interminable.²⁹

Bibliografía

- Alexander, J. C. (1995). *Fin de Siècle Social Theory. Relativism, Reduction, and the Problem of Reason*. Londres: Verso.
- Althusser, L. y Balibar, E. (1968). *Lire le capital*. París: François Maspéro, 2 vols.
- Bachelard, G. (1979[1938]). *La formación del espíritu científico. Contribución*

²⁸ En 1968, *El oficio de sociólogo* representó la tentativa de elaboración de una suerte de *metanomos*, con la propuesta de una teoría del conocimiento sociológico codificada en una serie de principios, pero Bourdieu muy rápidamente renunció a la posibilidad de una solución de este tipo.

²⁹ Bauman habla de la crítica sociológica (perpetuamente inacabada, al igual que el psicoanálisis freudiano, en principio inacabable) (2014, pp. 41-42).

- a une psicoanálisis del conocimiento objetivo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bachelard G. (1986[1949]). *Le rationalisme appliqué*. París: PUF.
- Baranger, D. (2004). De El oficio del sociólogo a El razonamiento sociológico. Denis Baranger entrevista a Jean-Claude Passeron. *Revista Mexicana de Sociología*, 65(2), 369-403.
- Bloor D. (1998[1971]). *Conocimiento e imaginario social*. Barcelona: Gedisa. En P. Bourdieu, A. Darbel, J. P. Rivet y C. Seibel, *Travail et travailleurs en Algérie*. París y La Haya: Mouton.
- Bourdieu, P. (1968). Structuralism and Theory of Sociological Knowledge, *Social Research*, 35(4), 681-706.
- Bourdieu, P. (1979). *La distinction. Critique sociale du jugement*. París: Minuit.
- Bourdieu, P. (1980). *Le sens pratique*. París: Minuit.
- Bourdieu, P. (1987). *Choses dites*. París: Minuit.
- Bourdieu, P. (1989). *La noblesse d'état. Grandes écoles et esprit de corps*. París: Minuit.
- Bourdieu, P. (1992). Préface. Un progrès de la réflexivité. En W. Doise, A. Clemence y F. Lorenzi-Cioldi, *Représentations sociales et analyses de données* (pp. 7-8). Grenoble: Presses Universitaires de Grenoble.
- Bourdieu, P. (1993). Comprendre. En P. Bourdieu, *La misère du monde* (pp. 903-939). París: Seuil,
- Bourdieu, P. (1997). *Méditations pascaliennes*. París: Seuil.
- Bourdieu, P. (2003). L'objectivation participante. *ARSS*, 150, 43-58.
- Bourdieu, P. (2003[2001]). *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad* (Curso del Collège de France 2000-2001). Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2004). *Esquisse pour une auto-analyse*. París: Raisons d'agir.
- Bourdieu, P. (2004[2002]). *El baile de los solteros*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2008 [1987]). Posfacio. En P. Bourdieu, *Homo academicus*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2013). *Manet: une révolution symbolique. Cours au Collège de France (1998-2000)*. París: Raisons d'agir/Seuil.
- Bourdieu, P. (2015). *Sociologie générale, volume 1 - Cours au collège de France 1982-1984*. París: Seuil.
- Bourdieu, P. (con L. J. D. Wacquant) (1992). *Réponses. Pour une anthropologie réflexive*. París: Seuil.

- Bourdieu, P. y Coleman, J. S. (1991). *Social Theory for a Changing Society*. Boulder, San Francisco y Oxford: Westview Press.
- Bourdieu, P. y Krais, B. (1991). Meanwhile, I have come to know all the diseases of sociological understanding. En P. Bourdieu, J.-C. Chamboredon y J.-C. Passeron, *The Craft of Sociology*. Nueva York: Walter de Gruyter.
- Bourdieu, P. y Spire, A. (2001). *Entretien*. París: Editions 00h00.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2005 [1992]). *Una introducción a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. J. D. (1992). *An Invitation to Reflexive Sociology*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J.-C. y Passeron, J.-C. (1968). *Le métier de sociologue*. París: Mouton-Bordas.
- Burawoy, M. y Von Holdt, K. (2012) *Conversations with Bourdieu. The Johannesburg Moment*. Johannesburgo: Wits University Press.
- Caron, C. O. (2013). *Reflexivity at Work: Making Sense of Mannheim's, Garfinkel's, Gouldner's and Bourdieu's Sociology*. (Tesis Doctoral en Sociología). Universidad de Carleton. Ottawa. Canadá.
- Calhoun, C. (1993). Bourdieu in America: Notes on the Transatlantic Importation of Social Theory. En C. Calhoun, E. Lipuma, M. Postone, *Bourdieu: Critical Perspectives* (pp. 235-262). Chicago: The University of Chicago Press.
- Emirbayer, M. (2014). Michael Burawoy and Karl von Holdt, Conversations with Bourdieu: The Johannesburg Moment. Johannesburgo, Wits University Press, 2012, en *Sociologica*, 3.
- Gambarotta, E. (2014). *Hacia una teoría crítica reflexiva. Max Horkheimer, Theodor W. Adorno y Pierre Bourdieu*. Buenos Aires: Prometeo.
- Gingras, Y. (2004). Réflexivité et sociologie de la connaissance scientifique. En L. Pinto, G. Sapiro y P. Champagne (Dir.), *Pierre Bourdieu, sociologue* (pp. 337-347). París: Fayard. (hay trad. esp., Buenos Aires, Nueva Visión, 2007).
- Gouldner, A. W. (1973 [1970]). *La crisis de la sociología occidental*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lapassade, G. (1991). *L'ethnosociologie. Les sources anglo-saxonnes*. París: Méridiens Klincksieck.
- Lecourt, D. (1975). *Bachelard o el día y la noche. Un ensayo a la luz del materialismo dialéctico*. Barcelona: Anagrama.

- Lescourret, M. A. (2008). *Pierre Bourdieu*. París: Flammarion.
- Lévi-Strauss, C. (2003 [1962]). *El totemismo en la actualidad*. México: FCE.
- Little, I. L. (1975). Popper and Mannheim's Sociology of Knowledge. *Proceedings of the New Mexico Texas Philosophical Society* (pp. 31-36). Lubbock.
- Lynch, M. (2000). Against Reflexivity as an Academic Virtue and Source of Privileged Knowledge. *Theory, Culture and Society*, 17(3), 26-54.
- Morrow, R. A. (1973). *Conjectures without Refutations: Karl Popper's Criticisms of Mannheim's Sociology of Knowledge*. (Tesis de Maestría). Universidad de British Columbia. Recuperada de https://circle.ubc.ca/bitstream/handle/2429/33193/UBC_1973_A8%20M67.pdf?sequence=1> el 12-nov-2014.
- Popper K. R. (1967 [1934, 1958]). *La lógica de la investigación científica*. Madrid: Tecnos.
- Reynoso, C. (1996). Presentación. En C. Reynoso (Comp.), *El surgimiento de la antropología posmoderna* (pp. 11-60). Barcelona: Gedisa.
- Saint-Martin, A. (2016). La sociologie sans excuses. *La Vie des idées*. Recuperado de <http://www.laviedesidees.fr/La-sociologie-sans-excuses.html>.
- Swartz, D. (1997). *Culture and Power. The Sociology of Pierre Bourdieu*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Wacquant, L. J. D. (1997). Les dessus de l'affaire Sokal. I. Une parodie postmoderne en actes. *Liber*, 30, 9-10.
- Wacquant, L. J. D. (2005[1992]). Hacia una praxeología social: la estructura y la lógica de la sociología de Bourdieu. En P. Bourdieu y L. Wacquant, *Una introducción a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.

“Volando rasantes”... etnográficamente hablando. Cuando la reflexividad de los sujetos sociales irrumpe en la reflexividad metodológica y narrativa del investigador

Rosana Guber

El concepto de “reflexividad” se ha instalado en las Ciencias Sociales y las Humanidades de la mano de otro término, la “etnografía”, y de los métodos cualitativos. En este capítulo¹ quisiera llamar la atención acerca de algunas articulaciones conceptuales al interior de la etnografía y en su relación con la reflexividad, que por no tenerse en cuenta acaban reproduciendo aquellos patrones de conocimiento social que dichas nociones pretenden replantear, como el objetivismo, la distancia social y el etnocentrismo. Sugiero que la enorme popularidad que adquirieron la etnografía y la reflexividad en los últimos veinte años en la Argentina se concentró en cierta perspectiva sobre la metodología como si esta se limitara a autorizar la inclusión de la persona del investigador en la “aplicación” de ciertas técnicas –entrevista en profundidad y observación participante–, inclusión tan eludida por las formulaciones positivistas del conocimiento social. Ciertamente, el género, la “raza”, la etnicidad y otros aspectos de la persona del investigador inciden,

¹ El mismo material empírico fue base de otras interpretaciones (UNSAM, 2013; Inter-University Seminar on Armed Forces and Society, Chicago, 2013; en el volumen editado por Helena Carreiras, Celso Castro y Sabina Frederic, *Researching the Military*-Routledge, 2016; Guber 2016). Agradezco a Antonio ‘Tony’ Zelaya por invitarme a hacer la investigación que dio origen a este texto, al Comodoro Ernesto Haggi por compartir su original investigación en pleno escenario bélico, y al CONICET por su financiación (PIP 0026).

afectan y modelan el trabajo de campo y, por lo tanto, la investigación. Pero esto no es todo ni es suficiente para comprender cabalmente la complejidad intersubjetiva del conocimiento social hasta sus últimas consecuencias. Además de la persona del investigador, la reflexividad contempla el campo, la perspectiva teórica y la elaboración del texto donde se expresarán los conocimientos producidos en dicha investigación. A hacer etnografía se aprende leyendo teoría, otras etnografías y haciendo trabajo de campo, de manera que la reflexividad abarca también los modos en que emprendemos el campo y en que acometemos la redacción y la lectura del texto final nuestro y de los demás. Me interesa aquí analizar cómo la reflexividad no solo debe ser analizada para comprender la producción subjetivada (del investigador) de los “datos de campo”, sino que debe ser incorporada para articular y comprender las distintas fases de la investigación etnográfica como un proceso totalizador que alcanza, incluso, a las convicciones y las prácticas académicas más enraizadas. En este movimiento postulo que el campo afecta nuestras nociones y prácticas del llamado “método etnográfico”, tanto como nuestras capacidades de elaborar y leer las conceptualizaciones en el texto resultante.

No solo conceptos

Esta postulación parte de reconocer articuladamente el triple sentido de un término. Los antropólogos entendemos por “etnografía” un cierto enfoque disciplinar, una perspectiva metodológica y un género textual. Como enfoque, la etnografía analiza procesos o fenómenos sociales desde la perspectiva de sus miembros, con relativa autonomía del marco teórico del investigador. Como texto, la etnografía es una presentación escrita (hoy también visual) en la que el antropólogo trata de representar, describir o traducir una cultura o cierto aspecto de una cultura a lectores que, en principio, no están familiarizados con ella (Van Maanen, 1995, p. 14). Como método, la etnografía abarca muy distintas actividades y procedimientos conocidos como cuestionarios, encuestas, entrevistas en profundidad, historias de vida y todo aquello que uno hace en el campo y que los antropólogos ubicamos bajo el rótulo de “observación participante”. Estas actividades tienen lugar mientras los investigadores vivimos junto a o cerca de nuestros “nativos” por un período relativamente extendido en el tiempo. La información obtenida se convierte en datos que constituyen la evidencia de una tesis que se presenta y desarrolla

a lo largo de un texto etnográfico. En suma, la etnografía es una descripción del comportamiento social en una cultura particular, que resulta del trabajo de campo extendido y generalmente presencial (Van Maanen, 1988).

Ahora bien, además del nombre, ¿qué tienen en común estas tres acepciones? Podría decirse que comparten una forma particular de producir conocimiento social a través de la experiencia directa con los sujetos sociales que desea conocer (Hastrup & Hervik, 1994).

Efectivamente, las descripciones etnográficas que los antropólogos exponemos en nuestras construcciones argumentales llamadas etnografías requieren encuentros cara a cara con sujetos sociales a los que designamos, en nuestra jerga, como “los Otros”. Esas descripciones están orientadas por problemas de orden teórico que giran en torno a la comprensión de las prácticas y conceptos con que ellos viven y piensan.² En su famoso texto “Desde el punto de vista del nativo: sobre la naturaleza de la comprensión antropológica” (1983), el antropólogo estadounidense Clifford Geertz advertía junto a Heinz Kohut la distinción entre “conceptos de experiencia cercana” y de “experiencia distante”.³

Un concepto de experiencia cercana es, básicamente, el que alguien –un paciente, un sujeto, en nuestro caso un informante– podría él mismo y sin esfuerzo usar para definir lo que él o sus compañeros ven, sienten, piensan, imaginan y así siguiendo, y que él podría entender cuando se aplique de modo similar a los demás. Un concepto de experiencia distante es aquel que los especialistas de un tipo u otro –un analista, un experimentador, un etnógrafo, incluso un cura o un ideólogo– usan para avanzar hacia sus objetivos científicos, filosóficos o prácticos (1983, p. 57; mi traducción).

“Usados espontáneamente, de un modo poco consciente de sí mismo, como coloquialmente” (1983, p. 58), los conceptos de experiencia cercana nos dan claves fundamentales para comprender, elaborar y hasta discutir no-

² Para una crítica al uso segregado que suele hacerse de la etnografía como método para replicar la perspectiva nativa, ver Balbi (2012).

³ Esta distinción remite a otras distinciones similares como *emic-etic*, interno-externo, subjetivo-objetivo, entre otras.

ciones teóricas abstractas. ¿Para qué? Como dice la antropóloga brasileña, Marisa Peirano, para construir una teoría más genuinamente universal con conceptos cada vez menos etnocéntricos (1992).

Los conceptos de experiencia cercana a los que accedemos leyendo etnografías, usando teoría social y, sobre todo, “estando allí”, es decir, teniendo experiencia directa (cercana) con los sujetos de estudio, están entretnejidos con la reflexividad del investigador, es decir, con sus construcciones culturales y con su persona social desde las cuales se aventura a conocer. Pero, así dicha, esta formulación es demasiado general, porque no nos permite entender cómo el investigador, con su lucidez teórica pero también con sus cegueras y sorderas etno y socio-céntricas puede ser capaz de reconocer y de acceder a esos conceptos de experiencia cercana que no contemplaba ni preveía encontrar, para luego integrarlos adecuadamente en su comunicación textual.

En este capítulo me gustaría empujar la distinción de Kohut/Geertz hacia las otras dos acepciones de etnografía, como método y como texto. Hacer etnografía es más que el aprendizaje conceptual que media entre el conocimiento académico teórico y el conocimiento de otras culturas. Requiere aprender a hacer cierto tipo de investigación y a escribir cierto tipo de texto que se caracteriza, entre otras cosas, por carecer de un molde preestablecido.

Numerosos libros sobre métodos cualitativos y etnográficos presentan las aproximaciones de los científicos sociales al campo como instrumentos o herramientas neutrales y replicables por otros investigadores para recolectar datos de sus informantes. El mensaje es que toda técnica –entrevista en profundidad, observación participante, etc.– “correctamente aplicada” es útil independientemente del tema de investigación o de la persona del investigador, siempre y cuando cumpla con los principios de confiabilidad y validez.⁴ Las críticas al positivismo vinieron de los individualistas metodológicos (etno-metodólogos, interaccionistas simbólicos, analistas conversacionales), de los antropólogos trabajando “en casa” (Jackson, 1987) y concentrándose en el impacto del género, la raza, las emociones, la etnicidad y el compromiso político en sus relaciones de campo (Altorki & El Solh, 1988; Kulick & Willson, 1995, Lutz & Abu-Lughod, 1990; Nordstrom & Robben, 1995) y de las autoras feministas (Behar & Gordon, 1995). De esta

⁴ Para una crítica a esta perspectiva ver Briggs (1986).

crítica surge, por ejemplo, que la observación participante puede facilitar o no las aproximaciones según el investigador encaje en una categoría social bienvenida o temida por la comunidad. Hace ya mucho tiempo, el antropólogo norteamericano Gerald Berreman (1962) señalaba esta cuestión a raíz de su trabajo de campo en el Himalaya, al que analizó desde la perspectiva de Erving Goffman. Las autobiografías de campo son muy ilustrativas al respecto, porque presentan en carne y hueso los avatares humanos de los malos entendidos y las hiperidentificaciones que subyacen a toda relación humana. Esas autobiografías muestran que estos avatares no resultan de una aplicación errada de las recetas metodológicas que aprendemos en los manuales, sino de las dinámicas de la vida cotidiana en el campo y de las nociones y prácticas locales que constituyen las relaciones sociales en esa comunidad. Y resultan también de los hábitos y nociones que los investigadores aprendemos en nuestra sociedad y en nuestro sector social. Por eso, para producir conocimiento social, los etnógrafos debemos “aprender a aprender” a conocer y actuar, o al menos entender las formas en que los nativos conocen y actúan, como diferentes de los modos nativos y académicos del propio investigador. A esta comprensión no se accede desde una perspectiva general, esto es, desde las leyes universales de la Ciencia, sino analizando cómo las posiciones socialmente específicas se van encarnando en el investigador y en sus sujetos sociales y esto a lo largo del proceso de investigación, es decir, desde el campo hasta la escritura. El etnógrafo produce un conocimiento cualitativamente diferente cuando relaciona sus nociones teóricas con las nociones teóricas y prácticas de los muchos Otros con los que convive en el campo, y cuando estas nociones Otras lo instruyen no solo en la cuestión teórico-académica sino también en sus propias formas de aprender, comunicar y leer los formatos académicos.

La mayoría de los textos sobre “reflexividad” analizan cómo la persona del investigador modela la escena etnográfica y los datos empíricos. Sin embargo, el camino inverso, es decir, cómo impactan las situaciones etnográficas en sus propias nociones de la práctica y la conceptualización etnográficas, recibe menos atención (ver Favret-Saada, 1990; Robben, 2007; Guber, 2014). ¿Acaso la observación participante es la misma cuando se aplica a distintos grupos humanos? Y si es diferente, ¿sigue siendo “observación participante”? ¿Qué tipo de persona admite conducirnos al fondo de sus ideas y de su vida?

Y si se niega a hacerlo, ¿por qué insistimos en hacerle una “entrevista en profundidad”? Es que las técnicas no solo sirven para “recolectar datos”. Esta expresión, recolección de datos, ha sido muy criticada por suponer que los investigadores accedemos desde “ninguna parte” a la gente que investigamos y por suponer que esta reaccionaría por el bien de la Ciencia, “proveyéndonos información” independientemente de quiénes seamos nosotros para ella y de la situación de nuestra interacción. La ponderación tecnocrática implícita en el rimbombante título “Métodos de Recolección de Datos” desconoce que discursos y prácticas resultan de la coproducción, armoniosa o no, de contextos de interacción (Berreman, 1962; Briggs, 1986; Robben, 2007; Guber, 2001 y 2004).

Aunque somos seres académicos y “tecno-dependientes”, los etnógrafos aprendemos muy rápidamente que para saber sobre nuestros temas de investigación no solo debemos registrar lo que los sujetos hacen y dicen sino también, quizás fundamentalmente, analizar las formas diferentes que ellos y nosotros tenemos de conocer y dar a conocer nuestro conocimiento. Este aprendizaje lleva un proceso que impacta en cómo concebimos, aprendemos y enseñamos las nociones académicas sobre lo que hacemos para conocer y, particularmente, sobre aquello que llamamos “metodología”. Según mi experiencia, ninguno de los llamados “métodos etnográficos” permanece idéntico a través de las situaciones y los grupos humanos concretos. Para convertirse en formas significativas de interacción para nuestros interlocutores, la observación participante y las entrevistas necesitan comprenderse a la luz de esos contextos particulares. Las técnicas, igual que las nociones teóricas, se desarrollan desde reflexividades contrastantes, las de los “nativos” y la del investigador. Los encuentros producen datos sensibles al contexto de donde provienen, contribuyendo con conceptos de experiencia cercana que los investigadores articularemos con conceptos de experiencia distante. Y el modo de advertirlos es reconociendo la existencia de “métodos de experiencia cercana”. El punto de este capítulo es que reconocer estos métodos, como el que presentaré aquí, permite iluminar por así decirlo, las “técnicas de experiencia distante” como las que aprendemos en los cursos, esas que se formulan de manera impersonal y en términos abstractos (LA encuesta, LA entrevista, LA observación participante) haciendo del trabajo de campo una instancia menos logocéntrica y “más genuinamente universal”, y por lo tanto más y

mejor integrada al argumento etnográfico. En este capítulo mostraré que la etnografía entendida como método y como comprensión del texto etnográfico se convirtió, en mi trabajo y en algunos de mis cursos, en “un tipo de vuelo”.

Una invitación a la experiencia

Soy una mujer antropóloga y argentina: aparentemente soy una nativa nacional de mi investigación. Sin embargo, en mi investigación concreta sobre los pilotos de combate de la Fuerza Aérea (en adelante FAA) que combatieron en la Guerra de Malvinas en 1982, también era una extraña, una “civil” sin parientes en las Fuerzas Armadas ni participantes en el teatro bélico. Excepto en los servicios médicos, las mujeres argentinas no tomaron parte de las acciones militares en el Teatro de Operaciones del Atlántico Sur; tampoco las hubo como pilotos. Menos aún como “pilotos de caza” o “cazadores”, como se los designa según su especialidad.⁵ En términos argentinos y probablemente, al menos, en el Cono Sur, los militares debieran constituir mi Otro radical, como para la gran mayoría del mundo académico y muy especialmente en las ciencias sociales y en las humanidades. Quizás por eso, y por las herencias sangrantes de su paso por el poder estatal, se ha dedicado tan poca atención a la etnografía y a los estudios micro-sociológicos de los militares en América Latina. Mis investigaciones sobre Malvinas estaban cerca y lejos de los militares, pero esa cercanía o esa distancia no siempre era lo que parecía y, sobre todo, no estaba conceptualizada en función de mis trabajos. Fue esta paradoja de ser una académica argentina habituada a mirar lo castrense de reojo y sin embargo interesada en entender qué hicimos los argentinos con nuestra única guerra internacional en el siglo XX, la que estuvo en el corazón de un desafío que decidí aceptar.

En 2008 Antonio ‘Tony’ Zelaya me mandó un email ponderando mi artículo “Bautismo de fuego, Gracia de Dios” (2007) que publicó la revista colombiana de antropología *Tabula Rasa*. En ese texto yo analizaba un proceso bastante complejo por el cual la FAA daba sentido a Malvinas, la guerra que había terminado en una capitulación nacional y, a la vez, la que marcó el comienzo del fin del último gobierno de facto en la Argentina, el auto-

⁵ En la Argentina el “cazador” es una categoría dentro de otra más general, el “piloto de combate” aunque, como en otros países, los “cazadores” se consideran un tipo distinto de guerrero del aire signado por el coraje contra todo tipo de riesgo y el acendido individualismo.

denominado *Proceso de Reorganización Nacional*. La FAA le daba significado a la Guerra de Malvinas en base al valor de sus pilotos contra la todopoderosa flota de la OTAN, las pinturas del pintor aeronáutico Exequiel Martínez (Martínez, 2012; Guber, 2013) y la imagen metafórica del halcón transmitida por numerosas imágenes y, sobre todo, por la publicación de volúmenes con testimonios de sus oficiales, suboficiales y soldados en la pluma del entonces Capitán Pablo M. Carballo (1983 y las sucesivas reediciones). Ahora, en 2008, Tony me pedía que recuperara su experiencia de cazador y halcón, como exclusivamente suya, es decir, del Grupo 5 de Caza⁶ de la V Brigada Aérea de Villa Reynolds, en la provincia cuyana de San Luis. Su nominación de “halcones” deriva de los aviones que volaron en 1982, los A-4B “Skyhawks”, comprados por el gobierno argentino a mediados de los 1960 a la McDonnell Douglas Corporation. En su correo electrónico, entonces, Tony me proponía recuperar la dimensión humana de su experiencia bélica, aun cuando esa experiencia se basara en la destrucción de otros humanos por medio de una aeronave, el cazabombardero liviano más antiguo de la aviación de caza argentina en esa guerra (DEHFAA, 2005; Peacock, 1986).

Las Islas Malvinas vienen siendo reclamadas por la Argentina desde que una corbeta británica con el sugerente nombre de la musa griega de la Historia, Clío, tomó el pequeño poblado isleño Puerto Luis, en 1833, y expulsó a la administración rioplatense. A fines de 1981 y después de 148 años de infructuosos intentos de negociar la devolución del archipiélago por Gran Bretaña, la Junta militar decidió retomarlas por la fuerza y convocar a una administración argentino-británica supervisada por las Naciones Unidas. El conflicto escaló gracias a las agendas políticas de dos gobiernos extremadamente impopulares en sus respectivos frentes internos: la tercera Junta del PRN encabezada por el Ten. Gral. L. F. Galtieri y el gobierno neoconservador de la Primer Ministro Británica M. Thatcher.

Londres movilizó más de cien buques de todo tipo, incluyendo fragatas y destructores. Tras una campaña de 45 días, el General británico Jeremy Moore tomó la capital isleña que desde 1845 fue Port Stanley, rebautizado como

⁶ Grupo 5 de Caza se refiere al Grupo Aéreo de una unidad o Brigada Aérea, donde se vuela un cierto tipo de avión. Otro es el Grupo Técnico, que se ocupa del mantenimiento y reparación de la flota de aviones, y otro el Grupo Base, que se ocupa de todo lo relativo a lo edilicio, el abastecimiento y el personal de la unidad.

Puerto Argentino tres semanas después del 2 de abril. Desde la apertura de las hostilidades, el 1° de mayo, la Fuerza Aérea, el socio menor (en antigüedad y poder) del triángulo castrense (con la Armada y el Ejército), participó en todo el conflicto. Su intervención incluía al Grupo 5 de Caza, que por entonces volaba los A-4B Skyhawks, aviones norteamericanos nacidos a mediados de 1950 para la Guerra de Corea pero que se estrenaron en Vietnam. En el conflicto sudatlántico, los A-4B solo usaron cañones y, sobre todo, bombas de 500 y 250 kg, tal como se emplearon en la Segunda Guerra Mundial. Aun cuando su equipamiento estaba ya superado por el desarrollo de la industria bélica internacional, los A-4B lograron hundir 5 de los 7 buques de distinto tipo, alcanzados por las fuerzas argentinas, y pusieron fuera de combate a 3 de los 5 atacados por la aviación nacional. Además, el Grupo 5 de Caza casi barrió al Estado Mayor británico en Monte Kent el 13 de junio, es decir, el anteúltimo día de aquella breve guerra.

Así que en 2008, Zelaya, quien fuera capitán en el Escuadrón II de A-4B en 1982, quería que yo escribiera sobre los “verdaderos halcones”, en parte porque sentía que el rótulo se había extendido en demasía a todo el personal de la Fuerza implicado en el conflicto: Mirage III, Dagger M-V, A-4C, los bombarderos pesados MK Canberra, los aviones de ataque IA Pucará, los aviones de transporte C-130 y de reabastecimiento KC-130 Hércules, los Fokkers y los helicópteros, entre otros. También quería comunicar que el coraje militar no surgía de una pasión suicida, tal como se sobreentendía cuando se identificaba a los pilotos argentinos con los *kamikaze* de las Misiones Especiales japonesas de la Segunda Guerra Mundial.

Levanté el guante y me interné en siete años de investigación, atravesando distintos aspectos de la experiencia armada de aquellos oficiales en el escenario sudatlántico (Guber, 2016). Obviamente debí enfrentar algunos problemas metodológicos. ¿Cómo podría yo trabajar con hechos ocurridos 30 años atrás? Si la antropología requiere que sus trabajadores de campo “estén allí” y hagan observación participante, ¿qué haría yo con una guerra en la que no había participado, salvo como ciudadana, televidente y lectora de los diarios en la (aparente) seguridad de un departamento de la Capital Federal? ¿Qué aprendería de mis interlocutores, la mayoría de los cuales ya se había retirado de la Fuerza y, para peor, sin los A-4B en servicio?

La respuesta estaba allí, en la misma formulación de Tony: “la experien-

cia humana de los verdaderos halcones en la guerra”. Él y sus camaradas entendían que los pilotos de A-4B diferían de otros pilotos de la FAA y del arma aeronaval de la Armada que voló los A-4Q y los Super-Éténdards equipados con misiles aire-mar Exocet. Tony entendía esa diferencia como “experiencia”. En este contexto, “experiencia” cobraba tres sentidos: conocimiento vivencial, conocimiento obtenido desde el des-conocimiento y conocimiento que mantenía su vigencia hasta la actualidad. Los sujetos de tal experiencia eran agentes humanos dotados de capacidades de aprendizaje por medio de las cuales se las arreglaban para confrontar a un enemigo poderoso, entrenado y tecnológicamente superior. Esta definición conllevaba una importante decisión: pelear un enemigo mejor equipado en un medio para ellos, los pilotos de la FAA, desconocido.

Esta fuerza fue creada como “Secretaría Aeronáutica” por el presidente Juan D. Perón en 1947 como la tercera Fuerza Armada de la República Argentina. Después del golpe de estado que lo depuso en setiembre de 1955, la FAA fue acotada a operar en el espacio aeroterrestre, y autorizada a tomar parte de operaciones navales como fuerza auxiliar de la Armada. Un decreto del Estado Mayor Conjunto de 1969 establecía que la FAA no desarrollaría medios propios para operar sobre el mar (Aranda, 2007). Por eso, al momento de estallar el conflicto armado con Gran Bretaña, la FAA solo estaba equipada con armamento destinado a operaciones sobre tierra, no al ataque de buques de Guerra, para lo cual tampoco estaba entrenada.

Los pilotos pasaron el mes de abril de 1982 estudiando siluetas de fragatas en la guía *Jane's*, una publicación popular de vehículos de todo tipo y para todo uso, y entrenando con un barco encallado en la costa patagónica, desde que se incendió a comienzos del siglo XX con su carga de carbón para la población de Río Gallegos, en la provincia de Santa Cruz. Mientras tanto, pilotos de la VI Brigada Aérea que volaba los Mirage-V Dagger tuvieron una breve práctica sobre una fragata tipo 42 de la Armada Argentina. En su despedida, la escuadrilla de aviones se aproximó al buque en vuelo rasante y levantó bien encima del barco como saludo final de la operación. Los radares del buque no detectaron su aproximación. Este dato se convirtió en un elemento crucial para futuras operaciones en el teatro de operaciones: volar rasantes en la aproximación al objetivo, y levantar vuelo encima de él para arrojar las bombas. Los radares de los barcos británicos no podían detectar a

sus atacantes sino cuando ya era demasiado tarde. Vale aclarar que “detectar” electrónicamente significa “enganchar” al atacante con el letal sistema misilístico Sea Dart y Sea Wolf, y dispararle un proyectil casi certero, como de hecho sucedió muchas veces durante el conflicto con las consiguientes bajas.

Volar lo desconocido

El 1º de mayo, cuando estallaron las hostilidades y se produjeron las primeras bajas argentinas, incluyendo las de la FAA, los A-4Bs no entraron en combate. Su primera operación contra la Flota Real fue al mediodía del día 12 de ese mes. Dos escuadrillas⁷ con indicativo (seudónimo de guerra) *Cuña* y *Oro* partieron de la base aérea de Río Gallegos, para atacar dos fragatas que bombardeaban Puerto Argentino, sede del gobierno isleño argentino y que Gran Bretaña pretendía retomar de inmediato. La literatura militar dice que cuatro *Cuñas* llegaron al área después de reaprovisionarse de combustible, y fueron atacados por la fragata tipo 42 HMS Glasgow y por la tipo 22 HMS Brilliant; tres de los cuatro aviones atacantes fueron derribados, con el 1er Teniente Bustos, y los Tenientes Ibarlucea y Nívoli a bordo de sus respectivos A-4. Mientras tanto, los cuatro *Oros* reabastecieron, llegaron al objetivo peinando las olas y saltando para atacar. Sus bombas rebotaban cerca de los buques y solo una atravesó la HMS Glasgow. En su camino dañó una sala de máquinas y el boquete de entrada y salida se encontraba en la línea de flotación, por lo que fue enviada a Gran Bretaña para su reparación.

La historia de “las bombas que no explotaban” se repitió hasta el hartazgo en la crítica de la postguerra. Según la opinión pública, las bombas no explotaban porque estaban obsoletas. La verdad es que las bombas Mk 17 de 500 kg (1000 libras) eran demasiado para blancos terrestres (duros) y, por lo tanto, pesadas para alojarse y explotar dentro de aquellas embarcaciones

⁷ En tiempos de paz, en los sesenta, las brigadas argentinas tenían el Grupo Aéreo dividido en dos escuadrones de 4 escuadrillas integradas por 4 oficiales. Cada escuadrilla estaba compuesta por dos secciones (de dos integrantes) y era conducida por su líder o guía: el de escuadrilla era el número 1 y el de la sección, el número 3, cada cual con sus numerales. Esta formación fue alterada según los requerimientos prácticos de la guerra y las pérdidas crecientes. La FAA perdió 55 hombres de los cuales, no casualmente, 36 eran oficiales. La V Brigada a la que pertenecía Zelaya perdió 9.

livianas que se movían ágilmente por el mar. Sin embargo, otro obstáculo se puso de manifiesto en aquella misión.

Tras volar rasantes sobre el océano para evitar ser “vistos” por los radares enemigos, estos cazadores debían saltar sobre las fragatas y arrojar sus bombas. Al hacerlo se encontraron con que sus parabrisas ovales frontales estaban cubiertos por una capa blancuzca que les impedía la visión. Los pilotos debían inclinarse para ver la pista por los vidrios laterales, hechos de material plástico, y aterrizar exitosamente. Tras la llegada constataron que esa capa blancuzca era una costra de sal.

El 1er Ten. Bioquímico Ernesto Haggi fue asignado para encontrar la solución. Este Doctor en Bioquímica de la Universidad Nacional de Córdoba, y experto en la glándula hipófisis, se había alistado en la FAA para mantener a su familia. Aceptó incluso irse a un destino apartado y “tranquilo” como Río Gallegos, al sur de la Patagonia y encarar una vida muy diferente a la académica que hasta entonces había llevado en Córdoba. Pero 1982 mutó la tranquilidad del lejano Sur en un teatro bélico central para el país y el mundo. Ante la nueva “misión” Haggi procedió como sabía: hacer una breve investigación experimental en su pequeño laboratorio, recreando las condiciones de vuelo y ataque, con centrifugadora, jeringas, difusores y tubos de ensayo. Recogió agua de la ría Gallegos, la dispersó sobre pequeños vidrios para muestras y análisis de microscopio, reproduciendo los efectos del vuelo rasante y la bruma sobre el avión y la luneta oval. Luego echó oxígeno sobre los vidriecitos mojados, recreando el efecto del viento relativo cuando los aviones saltaban sobre los barcos. Haggi vio que se formaba una capa sucia de sal, por lo cual empezó a buscar un spray de silicona que usaba para impermeabilizar los tubos de vidrio donde guardaba muestras de sangre para hacer recuentos de plaquetas y que debían estar absolutamente secos. En la salida siguiente, los parabrisas de los A-4 fueron diseminados con ese aerosol y ninguno volvió blanco (Haggi, 2014; Guber, 2016).

La costra salina y el experimento de Haggi mostraron dos cosas: que los A-4Bs habían entrado en un medio desconocido que no era ni totalmente aéreo ni totalmente naval, y que con sus experiencias personales los A-4Bs habían descubierto la bruma y controlado uno de sus peligrosos efectos. Es interesante que, al menos según la memoria de los aeronáuticos, los pilotos

aeronavales de la Armada no contaban todavía con un antídoto para la sal sobre el parabrisas de los A-4Qs, aun cuando el medio oceánico les era por demás familiar. Parecía evidente que los A-4Qs, casi idénticos a los A-4B, no habían volado así de bajo antes de la guerra. En efecto, estando a punto de empezar su breve investigación, alguien le dijo a Haggi que no se esforzara porque los “*navies*” tampoco habían encontrado el antídoto.

La sal en el parabrisas y la investigación del científico cordobés tornado en aeronáutico también mostraban la determinación de la FAA de entrar en guerra en un medio ajeno que, hasta entonces, solo había pertenecido a otra institución armada. Los pilotos de la FAA exploraban un nuevo hábitat en toda su extensión y en sus tres dimensiones. El vuelo bajo los protegía de los radares y los misiles, pero este refugio los dejaba al borde del abismo. Tocar las olas significaba chocar contra el mar. Dado que los A-4s no llevaban radio-altímetros –que quizás ni hubieran usado para evitar ser localizados por los radares británicos–, los pilotos recordaron su alta dependencia del “ojímetro”, una expresión irónica para referir al órgano normal de la visión como si fuera un recurso de alta tecnología. Cuando le dije a quien en 1982 había sido Vice-Comodoro y adscripto al Escuadrón II, Manuel Mariel, que podía imaginar el riesgo de volar rasantes sobre las turbulentas olas del Atlántico Sur, me señaló que el problema no era el mar revuelto, porque a las olas se les veían las crestas; era el océano quieto el que se cubría de bruma, lo cual no permitía distinguir el cielo del mar. “El horizonte nos quedaba acá”, me dijo Mariel levantando la mano de canto sobre su frente, como sumergido más que volando sobre el mar.

El experimento de Haggi sirvió para proteger la visión (y la vida) de los pilotos. Sin embargo, la costra de sal denunciaba una transformación. Después de volar a través de la bruma, la aeronave debía emerger limpia para que el piloto pudiera ver, atacar, escapar, volver a la base y aterrizar. Pero esto solo ocurría con los parabrisas. El resto del avión llevaba la costra salina como un abrazo naval que amenazaba con devorarse un ser aéreo. Dos ambientes pertenecientes a dos jurisdicciones distintas se reunían por obra de la naturaleza... humana. Los pilotos de la FAA aprendían y ganaban experiencia en y sobre un medio que para ellos era de lo más exótico, y lo hacían volando rasantes sobre el mar y conectando dos medios segregados o fragmentados por doctrina y reglamentación castrense.

Des-fragmentación

A diferencia de las divisiones propuestas desde la organización estatal, los antropólogos solemos encarar las dimensiones sociales (economía, religión, educación, salud, política, defensa, etc.) como entretreídas. Será por eso que los antropólogos somos seres “des-fragmentadores”. Siguiendo a Tim Ingold (2000), la des-fragmentación también puede extenderse al medio habitado por los seres humanos y seres no humanos (por ejemplo, los pájaros) y los objetos (aviones, buques, bombas).

Es interesante que en la jerga militar de la FAA se llame “Orden Fragmentaria” a una orden para ejecutar una misión. En el caso aeronáutico, durante la Guerra de Malvinas, la Orden Fragmentaria era una instrucción que provenía de los altos mandos y que informaba acerca del horario de partida y de llegada al objetivo, el tipo de operación (naval, terrestre, interceptación, exploración, etc.), el número de escuadrillas y de miembros, la localización exacta del objetivo y del Hércules reabastecedor, la ruta hacia el enemigo, y el tipo de armamento a utilizar. Los miembros de una misión no eran informados acerca de las anteriores o las subsiguientes; estaban “fragmentados” unos de otros. Solo el Estado Mayor de la Fuerza Aérea asentado en Comodoro Rivadavia, 750 km al norte de Río Gallegos, tenía el panorama general de la batalla. La noción de totalidad parecía ajena a los oficiales subalternos que operaban en el nivel táctico. Sin embargo, ellos debían recrear una cierta idea de totalidad dentro de los confines de sus propias misiones, para proceder eficazmente. Esta noción no se limitaba al itinerario lineal, también incluía los sentimientos y percepciones de un espacio aeronaval que les resultaba extraño y que estaban convirtiendo en propio, es decir, en un lugar.

El medio al que ingresaban tenía varias capas constituidas por distintas altitudes y eventualidades. Tras abandonar la base trepaban a 10.000 pies. Cerca de la Zona de Exclusión Total definida por Gran Bretaña en el mes de abril, reabastecían con el Hércules KC-130 que los estaba esperando (en el aire) y descendían en vuelo rasante (en adelante RAS, tal como lo dicen los pilotos), entre 3 y 10 metros sobre el nivel de las olas. A medida que se aproximaban al objetivo, al que podían confundir con un islote rocoso según la visibilidad, saltaban sobre las fragatas, lanzaban las bombas, escapaban RAS, volvían a reabastecer en caso de necesidad y regresaban a la base. Dos fases eran particularmente peligrosas aquí: el vuelo RAS, que como vimos

podía confundirlos y sumergirlos en el choque contra el mar, y el salto de ataque porque los exponía a los radares de los sistemas misilísticos y a la artillería anti-aérea de los buques. En efecto, acercarse al objetivo y atacarlo “poniendo la bomba con la mano” eran dos situaciones en que la mayoría de los pilotos perdieron la vida y sus máquinas.

La costra salina, entonces, ponía de manifiesto un medio de transición ni totalmente acuático ni totalmente aéreo, la bruma, que me sugirió otra perspectiva para concebir mi trabajo etnográfico.

Des-fragmentando los métodos de trabajo de campo.

Bronislaw Malinowski, el antropólogo polaco-británico, fue el primero en explicitar las bases del trabajo y el texto etnográficos en *Argonauts of the Western Pacific* publicado en 1922. En su introducción explicaba que “la magia del etnógrafo” residía en el trabajo de campo intensivo y prolongado con los nativos, mediante la observación y la participación, el registro y el aprendizaje de la lengua. Esta introducción fue el primer texto metodológico en la materia y, por mucho tiempo, la única guía para los jóvenes antropólogos que partían al campo con poca o ninguna instrucción.

Por mi parte, en más de tres décadas enseñando método y escritura etnográfica, rara vez enseño la aplicación de una “técnica”. Más bien, creo dedicarme a discutir las condiciones que cada trabajo de campo genera para exponer y aprehender articulaciones interesantes y para la toma de decisiones de cara al conocimiento antropológico y el sustrato socio-cultural del etnógrafo. La noción de reflexividad es importante aquí porque ayuda a integrar estos aspectos supuestamente personales y comprender cómo se da el flujo de la investigación empírica a través de interacciones sociales. Las palabras, las imágenes, las situaciones significan cosas diferentes para el investigador y sus sujetos de estudio, sobre todo al comenzar la investigación, pero pueden volverse cada vez más mutuamente inteligibles en su decurso. En este proceso, el trabajo de campo no solo afecta la teoría social; también modifica los modos en que la gente a la que queremos conocer se define en nuestra presencia.

Fue precisamente lo que sucedió cuando Zelaya me hizo la invitación. Mi/nuestra investigación duró siete años, durante los cuales conversé con él y con muchos otros, la mayoría ex pilotos de caza. En ese lapso, Tony también me hizo sugerencias, aun cuando no sabía, porque no podía saber, en qué re-

sultaría todo eso. Tampoco yo. Sí sabíamos que yo era una civil argentina que había decidido levantar el guante de su desafío y acometido la investigación desde una nueva perspectiva, no solo alimentada por la teoría antropológica sino también por métodos basados en la experiencia de primera mano. Tan pronto como empecé a analizar las misiones de los A-4Bs y los procesos de desfragmentación que llevaban a cabo los pilotos en el combate aéreo y en el medio, me di cuenta de que los cursos habituales sobre métodos en ciencias sociales nos llevan a extraer (fragmentar) procedimientos que son acciones que surgen de nuestra vida diaria y de nuestras reflexiones corrientes, como hablar, escuchar, preguntar, observar y participar. Los métodos suelen enseñarse aislándolas, como si se tratara de artefactos sin pasado, ni cultura, ni situación. Sin embargo, “en los tiempos de Malinowski, los antropólogos trabajaban de otra manera: partían al campo sin instrucciones específicas salvo llevar muchos blocks de papel, lápices y zapatillas” (Wax, 1971). Tales sugerencias abandonaban al novato a su suerte y a la lógica del “nadas o te ahogas”, pero lo obligaban a re-socializarse en un nuevo ambiente, probablemente exótico. Siguiendo el viejo credo antropológico, si las personas se pueden adaptar a nuevos sistemas naturales y culturales, también pueden hacerlo los académicos jóvenes. Aún inadvertidos de cuanto les sucedería en el campo, los estudiantes de aquellos tiempos terminaron escribiendo muy buenas tesis sobre los grupos humanos más diversos. Sus etnografías eran soberbias interpretaciones que contenían una vasta gama de temáticas y datos reunidos en sus trabajos de campo, aun cuando no supieran en el momento para qué los registraban, ni mucho menos adónde irían a parar en sus escritos finales. Nuestros primeros antropólogos dejaron un legado gigantesco sobre las vidas de otros pueblos, pero también sobre cómo conectar aspectos que otros campos académicos solían separar o fragmentar (por ejemplo, economía, política, religión, etc.). Los antropólogos hemos desarrollado una gran capacidad para reconstruir las articulaciones sociales y des-fragmentar la comprensión de las vidas de los pueblos y, al hacerlo, también des-fragmentamos los procedimientos metodológicos como técnicas de trabajo de campo y las convertimos en expresiones de la vida diaria, la nuestra y la de los Otros en sus propios medios. Así, fue solo buscando los modos de conversar sobre lo ocurrido en 1982 que pude entender cómo contaban las individualidades, los conceptos y a quién le correspondía hablar sobre Malvinas.

Conceptos y métodos de experiencia cercana para leer y hacer etnografía

Estaba promediando un curso sobre lectura y método etnográfico en la Maestría de Antropología de la Universidad Nacional de Córdoba. Los estudiantes debían hacer reseñas sobre etnografías que analizábamos conjuntamente. Pero algo no funcionaba: en sus informes optaban por relatar las escenas de campo con lujo de detalles, perdiendo de vista el nivel de la conceptualización teórica y el eje teórico del argumento, o bien optaban por generalizar teóricamente perdiendo de vista a la gente. De pronto, y como en un arranque al finalizar una clase, los miré a todos y les dije: “¡Miren! Ustedes tienen que hacer como hacían los pilotos en Malvinas: tienen que volar rasantes” y dibujé las distintas alturas de vuelo en la pizarra explicando el porqué de cada una. También expliqué lo de la costra de sal como evidencia de cuán bajo volaban.

Terminada la clase me quedé pensando en lo que les había dicho, y se me ocurrió que el trabajo del etnógrafo se parecía al de los A-4s en la guerra. Los antropólogos partimos de las universidades cultural y socialmente cerca de nuestros hogares y cultura. Partimos a nuestras misiones investigativas con alguna lectura general sobre las experiencias de otros, pero debemos reabastecernos alto en el cielo con teoría proveniente de libros y artículos sobre algo que tenga que ver con nuestros temas. Luego bajamos al campo. No somos parte de él y le tememos a lo exótico y a su fatal atracción. Podemos peinar las olas de las ceremonias y la vida cotidiana, e incluso nos las arreglamos para sentirnos “en casa”, pero no debemos ignorar dos riesgos: ser expulsados o identificarnos con el Otro. Ambos riesgos pueden desviarnos del objetivo, la tesis. Luego, cuando empezamos a ver el objetivo/blanco, el buque-Otro, entramos en otra fase peligrosa: lanzar una idea, una respuesta a la pregunta inicial, o su reformulación. Así, para producir una tesis que nos aprueben jurados y colegas, necesitamos dejar el campo y establecernos en un escenario analítico no sé si más seguro, pero sí lejos de los buques y el mar.

Esta analogía aeronáutica puede parecer inapropiada y hasta políticamente incorrecta, ya que los etnógrafos no representamos nuestra labor en términos militares (aunque algunos términos metodológicos provienen sin duda del vocabulario castrense: “campo”, “arena”, “conseguir informantes”, “estrategia de investigación”, etc.). Aquí me gustaría destacar dos similitudes

que involucran las nociones de totalidad y de des-fragmentación vividas a través de aquellos pilotos de caza y de mí como antropóloga. Primero, ambos encaramos una misión en su totalidad, lo cual requiere distintas relaciones de proximidad y distancia con nuestros objetos-sujetos-blancos. A diferencia de muchos sociólogos y de los comandantes de la fuerza, en nuestra investigación es el mismo agente, el piloto y el etnógrafo, quien abandona el ámbito familiar, decide ir hacia e internarse en un nuevo medio, y regresar para dar la información, analizar los datos y escribir el texto etnográfico. El mismo agente busca una comprensión involucrada, más que una relación externa presentada como objetiva. Esto significa que, como esos pilotos, los etnógrafos dejan el claro espacio por encima de las nubes, bajan a través de las capas nubosas y se acercan al mar, pero no se sumergen en él.

Segundo, igual que los etnógrafos, los pilotos de caza experimentan la superficie oceánica tan cerca como pueden, volando rasantes o peinando las olas; al hacerlo sus aeronaves parecen ser devoradas por el medio naval. Pese a que el 1er Teniente Haggi encontró el antídoto para la costra salina, todo el avión mostraba diversos impactos del medio oceánico: pájaros, proyectiles, sal y materia aeromarítima. Toda la experiencia de la misión afectó, y de este modo modificó, la naturaleza del avión y de su piloto, o más exactamente, la naturaleza de esa doble entidad que es el piloto-avión.

Como ya muchos antropólogos han comenzado a aceptar, una clave de la creatividad intelectual y de la precisión metodológica reside en comprender cómo los académicos somos afectados por nuestras misiones etnográficas (Favret-Saada, 1990). Otros científicos sociales ven esto como un sesgo subjetivo, pero la etnografía nos cambia y ya no volveremos a ser como antes de partir. Somos también entidades dobles: vamos al campo con la creencia de que solo llevamos nuestra carga intelectual, nuestra mente profesional; también llevamos nuestras cargas civiles, personales e históricas. Es desde este ser humano-profesional que conducimos nuestras rutinas con los Otros, igual que el miedo, la alegría, la excitación, la determinación, la fe y el terror junto al entrenamiento profesional en las misiones de los pilotos al Atlántico Sur. Esto es de lo que está hecha la experiencia. Esta es la razón por la cual Tony Zelaya me pidió recuperar la dimensión humana de su experiencia militar como piloto de caza. Quería decir una forma de aprender mientras actuaba (observación, participación), una forma de saber y de acercarse a

lo desconocido a través de la restitución de un tipo alternativo de totalidad, un tipo de vuelo logrado a través de la des-fragmentación. En vez, mis estudiantes empezaron a aprender trabajo de campo y escritura etnográficos a través de una metáfora aeronáutica que evoca la angustia, el alerta y la gloria de conocer otra gente, el desafío movilizador que levantan los antropólogos cuando deciden cruzar el Rubicón de la misión etnográfica. Caminos abiertos a interpretaciones múltiples y articulaciones inesperadas.

Habían pasado varios meses y Ernesto, uno de mis estudiantes de Córdoba, no terminaba de entregar su reseña final. Con esto pendiente yo no podía cerrar mis calificaciones del curso, de manera que le escribí demandándole el trabajo. Al rato recibí la siguiente respuesta: “Disculpe profesora, pero no he podido entregar. Es que desde que me separé hace un año ando con la luneta tapada”

Bibliografía

- Altorki, S. and Fawzi El-Solh, C. (eds.) (1988). *Arab women in the field: studying your own society*. Syracuse: Syracuse University Press.
- Aranda Durañona, O. L. (2007). *Y la guerra contaminó los cielos. Evolución del pensamiento doctrinario aeronáutico*. Buenos Aires: Dirección de Estudios Históricos FAA, Biblioteca Nacional de Aeronáutica.
- Balbi, F. A. (2012). La integración dinámica de las perspectivas nativas en la investigación etnográfica. *Intersecciones en Antropología*, 13(2), 485-499.
- Behar, R. & Gordon, D. (1995). *Women Writing Culture*. Berkeley: University of California Press.
- Berreman, G. D. (1962). Behind Many Masks. *Society for Applied Anthropology*, 4.
- Briggs, C L. (1986). *Learning how to Ask*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Carballo, P. M. (1983). *Dios y los halcones*. Buenos Aires: Ediciones Halconcielo.
- DEHFAA - Dirección de Estudios Históricos de la Fuerza Aérea Argentina (2005). *Historia de la Fuerza Aérea Argentina. La aviación de caza 1912-1982*. Tomo IV. Buenos Aires: Fuerza Aérea Argentina.
- Favret-Saada, J. (1990). About participation. *Culture, Medicine and Psychiatry*, 14, 189-199.

- Geertz, C (1983). *Local knowledge*. New York: Basic Books.
- Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Editorial Norma.
- Guber, R. (2004). *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Guber, R (2008). Bautismo de fuego y gracia de Dios. Las bellas memorias aeronáuticas de la guerra de Malvinas. *Tabula Rasa*, 6, 221-262.
- Guber, R (2013). Espejos Hiperrealistas. Los testimonios al óleo del historiador Exequiel Martínez. *Iluminuras*, 4(34), 324-354. Recuperado de <http://seer.ufrgs.br/index.php/iluminuras/article/view/44403/28079>.
- Guber, R (2d.) (2014). *Prácticas etnográficas*. Buenos Aires: IDES-Miño y Dávila editores.
- Guber, R. (2016). *Experiencia de halcón*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Haggi, E. (2014). Aporte para solucionar el inconveniente del depósito de salitre marino en el parabrisas de los aviones de combate. *Actas del III Congreso Internacional de Historia Aeronáutica*. Buenos Aires: DEHFAA.
- Hastrup, K. & Hervik, P. (Eds.) (1994). *Social Experience and Anthropological Knowledge*. London: Routledge.
- Ingold, T. (2000). *The Perception of the Environment. Essays on livelihood, dwelling and skill*. London: Routledge.
- Jackson, A. (ed.) (1987). *Anthropology at Home*. London: Tavistock Publications.
- Kulick, D. & Willson, M. (1995). *Taboo. Sex, identity and erotic subjectivity in anthropological fieldwork*. London: Routledge.
- Lutz, C. A. & Abu-Lughod, L. (eds.) (1990). *Language and the politics of Emotion*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Malinowski, B. (1987 [1922]). *Los argonautas del Pacífico Occidental*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Martínez, E. (2012). *La aviación de Malvinas en la pintura de Exequiel Martínez*. Buenos Aires: Editorial de Arte Manrique Zago.
- Nordstrom, C. & Robben, A. C. G. M. (1995). *Fieldwork under Fire. contemporary studies of violence and survival*. Berkeley: University of California Press.
- Peacock, J. L. (1986). *The Anthropological Lens. Harsh Light, Soft Focus*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rivas, S. (2012). *Wings of the Malvinas. The Argentine Air War over the Falklands*. Manchester: Hikoki Publications.

- Robben, A. C. G. M. (2007). Ethnographic Seduction, Transference, and Resistance in Dialogues about Terror and Violence in Argentina. En A. C. G. M. Robben & J. A. Sluka (Eds.), *Ethnographic Fieldwork, an Anthropological Reader* (pp. 159-176). New York: Blackwell Publishing.
- Van Maanen, J. (1988). *Tales of the Field. On Writing Ethnography*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Van Maanen, J. (Ed.) (1995). *Representation in Ethnography*. Three Oakes: Sage.
- Wax, R. (1971). *Doing Fieldwork. Warnings and Advice*. Chicago: The University of Chicago Press.

Segunda parte

Discusiones sobre la reflexividad en la perspectiva
biográfica, etnográfica y en los métodos mixtos

Reflexividad en el proceso de investigación social: entre el diseño y la práctica

Juan Ignacio Piovani

En este capítulo se abordan las complejas relaciones que existen entre diseño y práctica en el marco del proceso de investigación social a partir de una perspectiva inspirada en la reflexividad metodológica. Este ejercicio intelectual implica dar cuenta de la estructura de dicho proceso y de las decisiones fundamentales que orientan el diseño y, consecuentemente, la práctica de la investigación.¹

Antes de avanzar con estos temas resulta oportuno realizar algunas aclaraciones preliminares, dado que el término reflexividad, como señala Lynch (2000), se ha usado en las ciencias sociales y humanas de muchas maneras; entre otras, como herramienta metodológica, como una propiedad sustantiva de los sistemas sociales o como una fuente de “iluminación” individual. En el caso de este capítulo ya hemos adelantado que se alude a la reflexividad metodológica, que se funda en la autocrítica o, como afirma Hidalgo (2006), en un “pensar en lo que se hace” (como investigadores y sobre la investigación). Sin embargo, este pensar en lo que se hace puede tener múltiples connotaciones: por ejemplo, puede remitir a un “relato de los entretelones de la investigación” (Hidalgo, 2006) o referirse, en particular en la antropología, a la “capacidad de ‘reflexionar’, ‘objetivar’ o ‘concebir’ el propio lugar en el

¹ La distinción entre diseño y práctica tiene, en cierto sentido, un carácter más bien analítico, ya que el diseño también podría considerarse una práctica. En todo caso, se trata de una práctica previa o anticipatoria con relación al trabajo de campo (en sentido amplio) y es justamente la relación entre “anticipación” y “concreción” lo que aquí se pretende abordar.

campo y la incidencia de las condiciones socioculturales del/a investigador/a en el texto final, dando cuenta más acabada y problemáticamente de un proceso de conocimiento (...) intersubjetivo entre investigador/a y sujetos de estudio” (Guber, 2014, p. 16). Si bien no se pretende desconocer todo aquello que potencialmente aportan estas formas de entender la reflexividad para un ejercicio más crítico de la investigación social, cabe señalar que en este caso no se hace referencia tanto a la actitud del investigador que reflexiona sobre su práctica de investigación concreta, sino al examen de lo que significa el proceso de investigación desde un punto de vista metodológico, invitando a una recuperación de la Metodología en su sentido etimológico, es decir, como análisis crítico de los caminos (métodos) que se emplean en las ciencias sociales para producir y validar conocimiento, lo que incluye el estudio de los supuestos de tales métodos, de los procesos socio-históricos implicados en su construcción y aceptación, y de su relación con diferentes posicionamientos teóricos y epistemológicos.

Lynch (2000) cuestiona que la reflexividad sea una fuente de ventajas metodológicas, y afirma que se trata en cambio de una característica normal e inevitable de toda acción. Sin embargo, muchos (por ejemplo, Kaplan, 1964; Marradi, 2002) han señalado la frecuente carencia de reflexividad metodológica en la investigación social, en el sentido que le hemos conferido. Esto se manifiesta, entre otras cosas, en la tendencia a concebir acrítica y rígidamente el proceso de investigación –como una mera sucesión de pasos predefinidos– y en el recurso ritualista a métodos y técnicas, independientemente del tipo de preguntas que se formule.

La reflexividad que aquí se propone se orienta a favorecer un análisis del proceso de investigación que ponga en evidencia su no linealidad, así como la inevitable presencia de los conocimientos personales y tácitos (en el sentido de Polanyi, 1958, 1966) y el carácter recursivo que, aunque en distintos grados, siempre se da en la relación diseño/práctica de la investigación. Como ya se señalara, esto se basa en la invitación a recuperar para la Metodología su sentido etimológico, situándola, además, en una permanente tensión dialéctica entre los polos de un *continuum* representados, por un lado, por los postulados epistemológicos que hacen posible el conocimiento social y, por el otro, por las técnicas de investigación (Marradi, 2002). Como señala Bruschi (1991), si la Metodología abandona su lado epistemológico se reduce a

una tecnología que pierde control intelectual sobre el proceso de conocimiento; pero si se abandona el lado técnico se transforma en una pura reflexión filosófica sobre las ciencias sociales, incapaz de incidir en las actividades de investigación empírica.

En línea con esta actitud de examinar nuestras propias decisiones y prácticas científicas resulta fundamental comenzar por la definición de algunas palabras clave. Por un lado, porque en las ciencias sociales –y no solo en ellas– a menudo un mismo término se utiliza para referirse a cosas diferentes (como ya se ha señalado, por ejemplo, en el caso de la “reflexividad”). Por otro lado, porque las definiciones conceptuales están vinculadas con tradiciones científicas, con distintas formas de entender la ciencia y la realidad y, por lo tanto, una definición implica una toma de posición.

En el contexto de este artículo se va a utilizar el término “investigación” en un sentido relativamente amplio. A través de una primera aproximación enciclopédica se lo puede definir como un proceso sistemático y organizado por medio del cual se busca descubrir, interpretar o revisar ciertos hechos, y cuyo producto es un mayor conocimiento de ellos. Este proceso involucra una gran cantidad de decisiones y acciones articuladas y con distintos niveles de complejidad. Desde un punto de vista restrictivo –en el marco de la concepción tradicional de la ciencia²– se considera en particular al conjunto de decisiones y actividades orientadas a establecer relaciones causales entre distintos aspectos de la realidad bajo estudio o, al menos, al control empírico (e impersonal) de hipótesis, es decir, de conjeturas que postulan cierto tipo de relación entre determinados aspectos de la realidad observable. Se prefiere no adoptar este sentido limitado de la expresión “investigación científica” no solo debido a diferencias con la idea de ciencia que le subyace, sino también por la razón más instrumental de que una definición tan restrictiva nos enfrentaría a una serie de dificultades insalvables para el tipo de trabajo que se realiza habitualmente en las ciencias sociales, y al que igualmente llamamos investigación. Se definirá, en cambio, como un proceso que involucra un conjunto de decisiones y prácticas (que a su vez conllevan la puesta en juego de instrumentos conceptuales y operativos específicos) que se despliegan a lo

² También llamada concepción estándar, canónica o heredada (*received view*). Sobre esta visión de la ciencia véase Outhwaite (1987); Piovani (2002); Marradi, Archenti y Piovani (2007).

largo del tiempo y por las cuales se conoce –lo que puede significar describir, analizar, explicar, comprender, interpretar– algunas situaciones de interés cuya definición y delimitación (o construcción) forma parte de las decisiones aludidas. Debe quedar claro que se está hablando de investigaciones empíricas, es decir, aquellas en las que se establece algún tipo de relación observacional con la situación de interés (o con algunos de sus aspectos).

Retomando la cuestión de la reflexividad metodológica, se propone pensar la investigación como un objeto de indagación: ¿qué cosas hacen (y dicen hacer) las/os científicas/os sociales cuando investigan? Para responder se podría comenzar simplemente por enumerar todas las prácticas involucradas, luego de aislarlas analíticamente: formulan preguntas; buscan, leen y fichan textos; discuten perspectivas teóricas; diseñan instrumentos de recolección de datos (por ejemplo cuestionarios); realizan observaciones directas; utilizan softwares de análisis (cuantitativo y/o cualitativo); escriben *papers*, entre muchas otras.³ Estos pocos ejemplos son suficientes para mostrar que no todas las acciones son de un mismo tipo o apuntan a cumplir los mismos objetivos. Entonces, para comprender qué es lo que se hace cuando se investiga, además de enumerar acciones y decisiones, puede resultar oportuno conocer el sentido de las mismas, sus encadenamientos, articulaciones y recursividades, así como su organización jerárquica con respecto a ciertos fines, poniendo en evidencia el carácter instrumental que la mayoría de estas prácticas adquiere con relación al cumplimiento de los objetivos de tipo cognoscitivo que podrían considerarse, metafóricamente, en la “cúspide” de un proceso de investigación, y que se relacionan estrechamente con las siguientes cuestiones: ¿qué conocimientos aportará esta nueva investigación, y sobre qué aspectos de la realidad social?

Así, por ejemplo, se puede pensar que la visita a una biblioteca universitaria es una de las prácticas que, potencialmente, permite buscar, seleccionar y acceder a materiales científicos cuya lectura y análisis crítico, a su vez, resulta fundamental para la construcción de un estado del arte que, por su parte, hace posible situar intereses de investigación puntuales en el marco de un

³ Este listado tiene fines únicamente ilustrativos. Es evidente que no todas las tareas enumeradas se presentan en una misma investigación puntual, o se repiten idénticamente de un estudio a otro.

campo problemático y ponerlos en diálogo con contribuciones precedentes. Pero, por otro lado, también ayuda a tomar nota de la forma en que se han definido y abordado ciertos problemas de indagación afines a los propios, y sobre cómo se han utilizado algunos conceptos y métodos. Y todo esto con el potencial de contribuir a darle forma al objeto mismo de una investigación y al modo de hacerlo operativo desde el punto de vista de la construcción de una respuesta teórica y empíricamente fundada, siguiendo aquellos caminos (métodos) que forman parte del acervo compartido por la comunidad académica en una disciplina determinada.

Estas acciones que se han descrito en el ejemplo no son fines en sí mismos, sino que tienen claras connotaciones instrumentales a los efectos del cumplimiento de los objetivos cognoscitivos de la investigación. Además, ellas cobran sentido en el marco de la investigación que las orienta y para la cual se desarrollan (en el ejemplo, la visita a la biblioteca se hace primordialmente para buscar textos científicos que resulten relevantes para esa investigación, no para satisfacer otros fines que podrían considerarse, en este caso, secundarios). Por otra parte, dichas acciones presentan articulaciones, encadenamientos y recursividades, es decir que, en ocasiones, no se agotan en sí mismas, sino que pueden habilitar nuevas acciones de un mismo u otro tipo (por ejemplo, la visita a la biblioteca podría permitir seleccionar un texto cuya lectura movilice nuevas búsquedas bibliográficas más acotadas, o podría iluminar un aspecto no contemplado previamente, contribuyendo a redefinir o ajustar el objeto de investigación en construcción).

Habiendo señalado la posibilidad de aislar analíticamente las decisiones y acciones puntuales que caracterizan el proceso de investigación, interesa ahora trascender esa mera enumeración, nucleándolas –a partir de sus encadenamientos y articulaciones– en categorías conceptuales más abstractas que permitan hacer inteligible tal proceso, poniendo en evidencia en qué consiste desde un punto de vista estructural (más allá del reconocimiento de que cada investigación social es, por definición, única y diferente de las otras, aún en el caso de repeticiones de indagaciones precedentes). En este sentido, con fines analíticos y didácticos, se propone una representación estructural del proceso de investigación a partir de núcleos decisionales, relacionados entre sí, que dan cuenta de lo que se hace cuando se investiga y que condensan las múltiples decisiones y prácticas de investigación de diferentes niveles y tipos.

En primer lugar, se sostiene que algunas de las cosas que hacen los investigadores, aunque tengan diversos alcances, apuntan a posibilitar la construcción de objetos de indagación, dado que aquellas cuestiones que le interesan a las ciencias sociales, aun teniendo un claro anclaje en lo que genéricamente llamamos “realidad social”, no se encuentran organizadas “espontáneamente” como las definimos y abordamos en la ciencia. Y esto constituye el primero de los núcleos estructurales del proceso de investigación, en el marco del cual se resumen prácticas tales como la formulación de preguntas teóricas y/o empíricas, la enunciación de objetivos cognoscitivos, la proposición de respuestas anticipadas –hipótesis–, la definición de conceptos teóricos clave, la revisión de antecedentes, etc. Este núcleo, además, tiene una función rectora en el proceso de investigación, ya que todas las otras decisiones y acciones que le sigan estarán condicionadas por su operacionalización⁴ y apuntarán, por lo tanto, a hacer posible el estudio de dicho objeto.

Así, y con el fin de producir respuestas en relación con sus objetos de indagación, que se refieren a fenómenos específicos relativos a unidades determinadas y situadas en contextos espacio-temporales concretos, los investigadores definen y ponen en práctica estrategias que permitan explorarlos empíricamente, entrando en contacto observacional –directo o mediado– para “recolectar datos” (según la terminología metodológica clásica) sobre aquellas cuestiones que delimitan el foco de interés de la investigación. La recolección o producción (de datos, informaciones, etc., según la perspectiva que se adopte) constituye otro núcleo del proceso de investigación.

Pero para que dicho contacto observacional sea factible también se deberá seleccionar “casos” (sujetos, grupos, barrios, escuelas, fábricas, etc.) que se inscriben en (o algunas ocasiones conforman) las situaciones sociales de interés, en el marco de las cuales podrán desplegarse las estrategias de recolección, ya sea que se trate de una encuesta, por ejemplo, o de una observación participante. En este proceso de selección, que define otro de los núcleos que se proponen, confluyen una serie de decisiones y prácticas con

⁴ Se habla en este caso de ‘operacionalizar’ el objeto para referirse al proceso por el cual se lo hace operativamente investigable. Nótese que en la literatura metodológica el término ‘operacionalización’ tiene comúnmente en un sentido más restringido: el proceso de selección de indicadores (referentes empíricos) de una propiedad conceptual abstracta (Lazarsfeld, 1973). Más adelante se usará también el término en este sentido.

características específicas, que se ajustan a criterios diferenciales según el tipo de estudio, pero que resultan insoslayables en la investigación empírica.

El interjuego entre las estrategias de recolección (por ejemplo una entrevista) y los casos seleccionados concretos (por ejemplo un entrevistado) caracteriza lo que se conoce tradicionalmente como “trabajo de campo”, que a su vez hace posible la producción de una multiplicidad de informaciones que tendrán que ser analizadas e interpretadas a los efectos de construir una respuesta empíricamente fundada para el problema de investigación planteado, y que se será un componente central de la comunicación científica, materializada en artículos, libros, ponencias, etc.

En resumen, se plantea que los núcleos estructurales fundamentales de toda investigación social empírica, definidos a partir de las decisiones y prácticas que llevan a cabo los investigadores, aunque adquieran connotaciones especiales y requieran de soluciones teóricas, metodológicas y técnicas diferentes según el tipo de investigación del que se trate, pueden definirse como: CONSTRUCCIÓN DEL OBJETO (y, a partir de su operacionalización)⁵; SELECCIÓN; RECOLECCIÓN – TRABAJO DE CAMPO; ANÁLISIS – INTERPRETACIÓN; ESCRITURA – COMUNICACIÓN.

Esta caracterización del proceso de investigación que se está presentado alude, como ya ha quedado en evidencia, a una variedad de decisiones y prácticas complejas que, según el consenso existente en la literatura metodológica, pueden y deben anticiparse en un ejercicio de diseño. Y, en efecto, la idea que muchos científicos sociales comparten es que la investigación empieza en el mismo momento en que se la comienza a plantear o a concebir. Como se podrá constatar, el diseño de la investigación se asemeja a la idea que se tiene de diseño en otros ámbitos de la actividad humana, incluso en aquellos de la vida cotidiana con los que estamos más familiarizados. Una analogía muchas veces útil puede establecerse con el diseño de una casa: este no es la casa en sí, como objeto tangible, sino una anticipación modélica y abstracta de ella, una representación esquemática de cómo será, y un detalle de las acciones necesarias para poder construirla, convirtiéndola así en un objeto tangible. El grado de detalle de esta anticipación modélica puede variar desde un simple bosquejo –en el que se plasman algunas ideas generales orientadoras de aque-

⁵ En ocasiones se refiere a esto como “desarrollo del problema de investigación”.

llo a lo que se aspira— hasta un conjunto de planos, imágenes simuladas de exteriores e interiores, preselección de materiales, presupuestos, etc., que con gran nivel de detalle permitirán, por un lado, guiar el proceso de construcción efectivo, y por el otro, dar una idea clara de cómo será la obra terminada.

En la investigación empírica, esta anticipación en abstracto de las decisiones que se van a tomar durante su curso también puede variar. En este caso, tal variación se dará en función del grado de detalle y explicitación que las decisiones teóricas y metodológicas adquieran antes de establecer algún tipo de contacto observacional con los fenómenos de interés. Esta concepción del diseño tiene dos consecuencias importantes. Por definición, no es posible una actividad de investigación no diseñada; lo que pueden existir, en cambio, son actividades de investigación con distintos grados o niveles de diseño. Por otra parte, desde el punto de vista del grado de detalle del diseño de la investigación, no se puede pensar en tipos cerrados, sino en un *continuum* de diseños posibles.

Este *continuum* está limitado por dos polos antagónicos que habitualmente se conocen como “diseño estructurado” y “diseño emergente” (Valles, 1997). En el primer extremo todo está absolutamente planificado de antemano. La investigación implicará solamente una fiel ejecución del plan, sin recurrir a soluciones no previstas. En el segundo extremo, en cambio, nada está planificado: las decisiones que harán posible la investigación irán “emergiendo” durante el proceso mismo, a partir de los dictados que surjan del trabajo observacional de campo.

Se prefiere conceptualizar a estos polos como tipos ideales, dado que en la práctica no se puede concebir una investigación que —por más prolija y completamente planificada que esté— no exija decisiones posteriores mientras se va desarrollando, no presente situaciones imprevistas o demande del conocimiento personal y tácito de aquellos que la llevan adelante —en momentos insospechados— para que el proceso llegue a buen puerto. Por su parte, un modelo en el que todas las decisiones vayan emergiendo durante el proceso mismo de investigación tampoco es imaginable, ya que siempre habrá al menos un mínimo de decisiones previas que hagan posible la investigación.

En conclusión, llevada a sus últimas consecuencias, la idea de diseño estructurado no es realista; es solo una consecuencia de los múltiples intentos de reducir la práctica científica a la completa certeza, a lo explicitable, al

conocimiento impersonal formalizado. La idea de diseño emergente, por su parte, es una contradicción en los términos, ya que implica la negación de la idea misma de anticipación modélica: ¿en qué sentido se puede hablar del diseño de algo que no ha sido diseñado? Cabe señalar al respecto que el diseño emergente, supuestamente “liberador” de las ataduras de concepciones rígidas heredadas del Positivismo (que exigen estrictos diseños de contrastación de hipótesis), también ha sido severamente criticado, porque tiende a promover un tipo de investigación a-teórica, en la cual todo “surge” de los datos, como si la realidad “hablara por sí misma”. Desde este punto de vista, en el plano epistemológico, el diseño emergente resulta consistente con una forma de inductivismo ingenuo.

En la práctica real de la investigación se dan situaciones intermedias entre estos polos ideales, así como diferentes combinaciones de algunas de las características de cada uno de ellos. Lo que se plantea entonces es la idea de “diseños flexibles”, que pueden ser más o menos estructurados –como se decía más arriba– según el grado de detalle que adquiera la planificación previa. Se asume, sin embargo, que independientemente del tipo de investigación, existe un “mínimo” de diseño con decisiones que se pueden agrupar en cuatro grandes conjuntos, siguiendo algunos de los núcleos estructurales fundamentales con los que se ha definido el proceso de investigación social:

- Decisiones relativas a la construcción del objeto / delimitación del problema a investigar
- Decisiones relativas a la selección
- Decisiones relativas a la recolección
- Decisiones relativas al análisis

Si bien todas ellas están presentes de algún modo u otro en el diseño de la investigación, adquirirán diferentes características en cada caso particular. Resulta útil para clarificar esta cuestión una distinción ya presente en la filosofía griega clásica: acto y potencia. A continuación, se presentan dos ejemplos –uno relativo a las decisiones de selección y otro a las de recolección– que permitirán esclarecer este argumento, tomando como referencia situaciones típicas de estudios cuantitativos o cualitativos de las ciencias sociales:

1) La selección de los sujetos a encuestar en el marco de un sondeo de opinión (investigación típicamente cuantitativa) se realiza habitualmente an-

tes de comenzar el trabajo de campo, especialmente si se pretende tener cierto control sobre las posibilidades de generalización de los resultados obtenidos en la muestra. Obviamente, sin una muestra de sujetos a encuestar no es posible encuestarlos. En este caso, la selección es ya acto en la fase de diseño: la muestra es un producto tangible (por ejemplo, un listado de personas) y esto puede haber sido el resultado de complejos procedimientos de selección sin que haya mediado un acercamiento directo a la población de referencia. En otros casos, estas decisiones de selección están tan solo vislumbradas, son mera potencia. Pensemos en un trabajo etnográfico (investigación distintivamente cualitativa), en el que las observaciones de campo serán complementadas con entrevistas en profundidad, porque esto ha sido considerado pertinente en relación con los objetivos cognoscitivos que se persiguen. Imaginemos incluso que se ha delineado una estrategia y un conjunto de criterios para seleccionar a los entrevistados. Sin embargo, la materialización del sujeto a entrevistar muy probablemente no se logre hasta tanto no se adquiera un conocimiento directo, a través de la observación de campo, de las personas que conforman una situación social específica. En otras ocasiones, los resultados de dicha observación podrían cambiar el panorama preliminarmente vislumbrado, haciendo necesaria una revisión de los criterios acerca de quiénes entrevistar, teniendo en cuenta el lugar que las distintas personas ocupan en la situación de interés.

2) Para realizar el sondeo al que se viene haciendo referencia se recurrirá a un cuestionario estandarizado que ha sido cuidadosamente diseñado de antemano (incluso puesto a prueba para controlar su efectividad). Si bien estas pruebas previas implican, en general, algún tipo de contacto directo con sujetos análogos a aquellos a quienes está destinado, el instrumento de recolección de informaciones –el cuestionario– es un producto concreto que ha sido diseñado íntegramente antes de llevar a cabo el trabajo de campo. La recolección se limitará a aplicar de un modo uniforme el mismo cuestionario a todas las unidades de la muestra, siguiendo idéntico orden y utilizando incluso las mismas palabras, que son las que han sido escogidas en la redacción de las preguntas. Aquí, como se puede constatar fácilmente, muchas de las decisiones de recolección, especialmente las relativas al instrumento que la hará posible, son acto como resultado del diseño: sin cuestionario no es posible realizar las encuestas. En cambio, pasando ahora al ejemplo de las en-

entrevistas en profundidad, el contenido y orden específico de las preguntas no termina de develarse hasta tanto estas no hayan sido realizadas. La entrevista también se diseña y, entre otras cosas, esto significa elaborar una guía orientadora, que será más específica y detallada cuanto más se sepa del tema y de los sujetos a entrevistar. Pero la guía, aún en los casos de máximo nivel de detalle posible, no incluye todas las cuestiones que probablemente emerjan durante la entrevista ni prescribe un orden determinado para abordarlas. La riqueza de la entrevista está en que, en cuanto situación de interacción social, permite acceder a cierto tipo de informaciones para las cuales no se contaba con un instrumento previo completamente definido. De haberlo, dejaría de ser una entrevista en profundidad para pasar a ser una encuesta. En este caso, entonces, nos encontramos con una combinación variable de decisiones que son acto en el diseño y otras que tan solo son potencia y que cobran acto al realizar la entrevista.

Las decisiones de selección (de personas, pueblos, espacios, momentos, documentos, etc.), de recolección (¿por qué medios se obtendrá la información necesaria a los fines de la investigación?) y de análisis (¿qué técnicas y herramientas serán empleadas para ordenar, resumir, dar sentido a la información recolectada?) dependen del problema que se aborde. Por lo tanto, antes que nada, los diseños de investigación incluyen cuestiones relativas a la delimitación del problema de interés que, como se ha sugerido, condicionará el resto de las decisiones, especialmente en la medida en que todas ellas deberán ser instrumentales al logro de los objetivos cognoscitivos que el problema planteado conlleva.

En general, las investigaciones comúnmente llamadas cuantitativas requieren de diseños más estructurados: por sus características y por su naturaleza –tal como hemos visto en los ejemplos– exigen contar de antemano no solo con una reflexión genérica acerca de qué se necesitará hacer, desde el punto de vista técnico-metodológico, sino con instrumentos concretos sin los cuales el trabajo observacional de campo no resultaría posible. En efecto, al momento de la recolección de información ya se debe contar con un equipo de trabajo entrenado, con una muestra, con un cuestionario estructurado y estandarizado, todo esto resultado de una planificación meticulosa. Desde un punto de vista técnico, entonces, este diseño más estructurado no solo es posible sino también necesario cuando se piensa en un estudio en el que se

pueden “aislar” analítica y operativamente los distintos aspectos del proceso de investigación, y para el que se consigue incluso dividir el trabajo, vinculando cada una de las tareas con personas y grupos relativamente independientes. Por ejemplo, en el caso del sondeo, parte del trabajo –la recolección de informaciones– es realizada en general por un grupo de personas que no ha participado activamente en el diseño del cuestionario y que tampoco se involucrará en el análisis estadístico de sus resultados.

Las investigaciones comúnmente llamadas cualitativas, en cambio, se prestan habitualmente a diseños más flexibles: hay cuestiones que se pueden definir de antemano, pero hay muchas otras que no pueden ser resueltas con anticipación y que se decidirán a lo largo del proceso de investigación y en función del acercamiento a los objetos o sujetos de interés. Esto es así porque hay procesos, detalles, dimensiones fundamentales para la investigación que solo pueden descubrirse mientras se observa directamente a los sujetos en sus espacios cotidianos, o cuando se entabla un diálogo con ellos. En estos casos se va a requerir de un mínimo de decisiones previas de diseño que orienten el estudio (y que fundamentalmente, entre otras cosas, justifiquen la opción por este tipo de recorrido investigativo), pero también habrá otro tipo de decisiones que se irán tomando mientras se desarrolla la investigación, incluso atendiendo a procesos recursivos. Maxwell (1996) ha propuesto en este sentido el concepto de “diseño interactivo”: un modelo holista y reflexivo de investigación en el que sus diferentes instancias se relacionan y afectan mutuamente sin seguir una lógica secuencial. En efecto, en estas investigaciones no resulta fácil separar los distintos aspectos del proceso: selección, recolección y análisis, al menos en algunos sentidos, suelen tener una relativa simultaneidad. Tampoco es habitual operar una tajante división del trabajo: es el mismo equipo, o incluso el investigador en soledad, quien diseña y ejecuta, selecciona, recolecta, analiza y escribe.

Como se indicó más arriba, la primera y fundamental cuestión en un diseño de investigación –que va a orientar y condicionar el resto de las decisiones– es la delimitación de un “problema de investigación”: ¿qué es exactamente lo que se desea conocer, y por lo tanto investigar? Valles (1997) indica que la formulación del problema es “un proceso de elaboración que va desde la idea (propia o ajena) inicial de investigar sobre algo, hasta la conversión de dicha idea en un *problema investigable*” (p. 83). Estas ideas iniciales pueden

concebirse como “temas de investigación” –mucho más generales que los problemas, y no directamente abordables– que se relacionan con determinados “recortes” de la realidad propios de la estructura y del estado de desarrollo de la disciplina científica dentro de la que se inscribe el investigador, y/o de lo que habitualmente se conoce como “agenda de investigación” (cuestiones reconocidas como prioritarias en un lugar y momento específicos).

La elección de un tema es, por lo tanto, una elección condicionada. En un sentido general, se puede afirmar que todo proceso de investigación se da en el marco de un contexto –cultural, social, político, económico e institucional– que configura las condiciones históricas que lo hacen posible (Samaja, 2002). En un sentido más específico, y por más independientes que pretendamos ser en la elección de un tema, este proceso va a estar influido por la tradición de la disciplina en la que se inscribe⁶, por la “biografía académica”, el modo y las características que haya adquirido la socialización científica del investigador (qué perspectivas, lecturas, autores, conceptos, etc., le son familiares y han moldeado su forma de entender la realidad), y por otros aspectos más mundanos, pero no menos decisivos, como, por ejemplo, el financiamiento selectivo dado por los organismos de gestión de la actividad científica, junto con sus correspondientes términos de referencia.

Ahora bien, estos grandes temas de interés de una disciplina en un momento determinado, como ya se indicó, no son directamente investigables, entre otras cosas por su grado de abstracción, complejidad y amplitud. Sin embargo, todo tema puede llegar a convertirse en un problema de investigación; es decir, puede dar lugar a una pregunta o a un conjunto articulado de preguntas específicas que se puede abordar e investigar empíricamente. Para esto será necesario identificar propiedades conceptuales que, al realizar la investigación, van a constituir el foco de la observación empírica, y fijar límites temporales y espaciales (ámbito) en el marco de los cuales serán analizadas las propiedades conceptuales en cuestión, y sus relaciones.

Un problema, entonces, siempre se define y construye a partir de un tema más amplio. Esto implica, fundamentalmente, un movimiento progresivo

⁶ Nos referimos a las tradiciones como resultado de construcciones sociales sedimentadas; se trata en definitiva de formas de entender y abordar la realidad compartidas por (parte de) la comunidad científica de una disciplina en un momento y lugar dados, y que marcarán los límites dentro de los cuales es posible concebir un problema de investigación.

desde lo abstracto y general del tema hacia lo concreto y específico del problema. Pero el problema de investigación no surge espontáneamente, de un momento a otro. Su proceso de construcción, en cambio, puede ser extremadamente complejo y no lineal, e implica la puesta en juego tanto de saberes tácitos como de la experiencia; no hay una técnica –en el sentido de Gallino (1978), es decir, un conjunto de procedimientos formalizados e impersonales compartidos y de uso recurrente– para la formulación de problemas de investigación.

Para decidir la estrategia metodológica y escoger los instrumentos adecuados a los objetivos resultará necesario desentrañar el problema de investigación y analizar todas sus consecuencias en términos de una posible respuesta empíricamente construida. En algunas ocasiones existe una respuesta tentativa, incluso antes de establecer una relación observacional (empírica) con los aspectos de interés de la realidad social. Desde cierto punto de vista, se puede afirmar que siempre existirá algún tipo de supuesto –en sentido amplio– acerca de aquello que se investiga. Los supuestos son inherentes al planteo de las preguntas de la investigación, al menos en la medida en que están implícitos en las definiciones y perspectivas teóricas desde las cuales se las construye. Sin embargo, estos supuestos no siempre adquieren un grado de articulación tal como para poder plantearse como “hipótesis”, es decir, como conjeturas que postulan un cierto tipo de relación entre los aspectos observables que el problema de investigación ha delimitado. Contra la idea más ampliamente difundida, Singleton *et al* (1993) afirman que las hipótesis, entendidas en sentido estricto, bien pueden ser el resultado de una investigación más que su disparador inicial. En otras ocasiones, ellas no se hacen explícitas desde un principio e igualmente guían, de manera tácita, todas las actividades de investigación. Independientemente del grado de formalización de la hipótesis, se coincide con Maxwell (1996) en otorgar al problema el lugar central y la función rectora en la investigación: podemos no tener respuestas previas claras sobre un fenómeno bajo estudio, pero no podemos no contar con preguntas que orienten su abordaje y hagan posible su delimitación.

Con el fin de hacer operativo un problema de investigación se lo puede pensar como la explicitación del interés del investigador por conocer “algo” de “alguien”. Ese “algo” (o “qué”) se expresa a través de las propiedades conceptuales (y sus relaciones) cristalizadas verbalmente en las preguntas

que guían la investigación. Por otra parte, ese “algo” se puede pensar como atributo o característica de un “alguien”⁷, un “quién” que está temporal y espacialmente situado, y que técnicamente, en cuanto definición abstracta, se denomina “unidad de análisis”, al menos en la metodología tradicional.

Con respecto al “algo” de interés, se deberá comenzar por su conceptualización. Se trata de dar definiciones precisas de qué se entiende en el contexto de la investigación por aquellos términos clave que expresan verbalmente el foco de nuestra atención. Estas definiciones, en su conjunto, conformarán un “marco conceptual”. El estado de la cuestión podrá constituirse en fuente de referencia para tales definiciones, permitiendo identificar perspectivas teóricas empleadas en trabajos anteriores y ayudando a definir los términos clave con relación a sus usos previos en la disciplina. Pero es importante no confundir el estado de la cuestión con lo que tradicionalmente se denomina “marco teórico”, es decir, el “corpus de conceptos de diferentes niveles de abstracción articulados entre sí que orientan la forma de aprehender la realidad” (Sautu *et al.*, 2005, p. 34), y que, en el nivel más concreto, incluye al marco conceptual.

Habitualmente, las definiciones conceptuales son muy abstractas y entonces se deberá seleccionar, especialmente en el caso de investigaciones de tipo cuantitativo, los indicadores o referentes empíricos de ese “algo” que ahora ya representamos a través de definiciones conceptuales precisas (véase Lazsarsfeld, 1973). En otras palabras, se requiere llevar al plano de lo observable ese “algo” abstracto a través de un proceso de operacionalización, y luego elegir las herramientas adecuadas para observarlo. Estas operaciones se insertan en aquel conjunto de decisiones que hemos denominado “de recolección”. En el caso de las investigaciones cualitativas el trabajo de campo adquiere una centralidad mucho mayor, y no se rige por procesos de operacionalización estructurados o por instrumentos estandarizados. Aun así, también en estas investigaciones el diseño exige pensar aquellas estrategias que, en el marco del trabajo de campo, harán posible la producción de informaciones relevantes a los fines de la investigación.

⁷ Decimos “alguien” para referirnos a las unidades de interés, pero éstas no tienen que ser necesariamente personas; podrían ser instituciones, familias, pueblos, naciones, productos de la cultura, etc.

Pero también se deberá operacionalizar aquél “alguien” de interés que hemos mencionado más arriba. Nuevamente en este punto aparecen diferencias importantes en relación con los criterios y los instrumentos que la hacen posible según el tipo de investigación de que se trate. En las investigaciones cuantitativas será fundamental, en primer lugar, una clara y precisa definición conceptual de la unidad de análisis. En la práctica esto implica decidir criterios de inclusión y exclusión –categoriales, temporales y espaciales–, ya que toda unidad puede concebirse como especie de un género que la contiene. Este sistema de criterios categoriales, espaciales y temporales también permitirá identificar la población, es decir, el conjunto de todos los casos concretos que se correspondan con la definición conceptual que se haya dado de la unidad de análisis, y que será el marco de referencia para las generalizaciones que el estudio apunte a establecer. En la mayoría de las situaciones, la población de interés resulta inabarcable con los recursos disponibles para la investigación. Esta limitación exigirá seleccionar alguno (o algunos) de sus miembros a los fines de observación e indagación. Por lo tanto, parte del diseño de la investigación consistirá en la construcción de una muestra, que en estos casos seguirá la lógica probabilística. Si bien esta no es la única operación de selección presente en una investigación, es sin dudas una de las más cruciales, y se inserta en el marco de lo que hemos llamado genéricamente “decisiones de selección”. Cabe recordar, como ya hemos anticipado, que estos criterios de selección no son “universales”, y retomamos este punto para enfatizar que en las investigaciones cualitativas estas cuestiones no se resuelven apelando a muestras probabilísticas, sino que existen estrategias específicas dentro del abanico de opciones metodológicas reconocidas, tales como las muestras intencionales y bola de nieve, entre otras.

Volviendo a las investigaciones cuantitativas, solo cuando todas estas decisiones apenas descritas hayan sido resueltas será posible realizar el trabajo de campo, que en este caso podría limitarse, por ejemplo, a la aplicación de un cuestionario estandarizado a la muestra seleccionada. Pero resulta oportuno recordar que el prerrequisito de que todas estas decisiones sean acto en la instancia de diseño se da solo en algunos tipos de investigación específicos. En muchas otras ocasiones, el trabajo de campo no depende de que todas las decisiones de recolección y selección hayan sido tomadas con antelación, sino que, por el contrario, es el desarrollo de dicho trabajo, con una cen-

tralidad decisiva, el que hace posible que muchas de ellas se completen y adquieran su forma definitiva. Sin embargo, esta diferencia entre estilos de investigación, en lo que concierne al trabajo de campo, no afecta el hecho de que los resultados de las prácticas de recolección de información –que será obviamente información relevante sobre los “alguien” y con respecto al “algo” de interés– deberán ser procesados, ordenados, sistematizados, analizados e interpretados. Estas operaciones constituyen el núcleo de lo que se ha denominado “decisiones de análisis”, que su vez habilitarán posibles estrategias de escritura y comunicación de los resultados de la investigación y del proceso de investigación mismo.

Se ha sostenido que toda investigación puede entenderse estructuralmente a partir de núcleos interrelacionados que permiten hacerla inteligible, ordenando analíticamente el complejo entramado de decisiones y prácticas que se ponen en juego en el proceso de investigación. Sin embargo, es importante resaltar que este proceso complejo excede los recursos instrumentales o técnicos de los que dispone la metodología de las ciencias sociales. Se insiste en esto dado que en no pocas ocasiones se reduce el entramado de decisiones y acciones implicadas en el proceso de conocimiento, muchas veces basadas en saberes personales y tácitos, a una mera cuestión técnica –impersonal, objetiva– de producción y análisis de datos.

Ahora bien, que el proceso de investigación esté atravesado por conocimientos personales y tácitos (no explicitados y difícilmente explicitables) no significa que sea completamente caótico, desordenado o imprevisible. Por el contrario, este proceso puede ser planificado. En este sentido, se ha planteado que no se puede llevar adelante la investigación sin algún grado de diseño, entendido como anticipación modélica de las decisiones y prácticas implicadas. Pero el diseño tiene limitaciones que se vuelven evidentes cuando se lo reduce exclusivamente a decisiones teóricas y metodológicas en abstracto. Dado que la ciencia es una práctica institucionalizada, para que un diseño de investigación sea operativo ha de materializarse en un proyecto, y entonces deberán también tenerse en cuenta los marcos institucionales en los que se desarrolla, con sus regulaciones, esquemas de financiamiento, instancias de gestión, control y evaluación, etc., así como la dimensión temporal de las actividades y sus relaciones de precedencia o simultaneidad.

Para finalizar, parece oportuno señalar dos riesgos –que desde otro punto

de vista se pueden concebir como desafíos– relacionados con los modos de resolver las complejas relaciones entre diseño y práctica en el proceso de investigación desde una perspectiva reflexiva. Por un lado, la postergación indefinida de las prácticas de investigación hasta tanto se logre formalizar un diseño acabado, sin considerar que tal diseño es por definición irrealizable, perdiendo entonces la oportunidad de que, a partir de una postura flexible y recursiva, las mismas prácticas contribuyan incluso a darle forma, al menos en algunos casos, a los objetos de indagación que se construyen. Por otro lado, el riesgo opuesto, es decir, el de anticipar en exceso las prácticas de campo, desconociendo el grado en que ellas son orientadas por la teoría, así como la importancia de fundarlas en una cuidadosa planificación, y perdiendo de vista las formas en que la reflexividad metodológica puede contribuir a llevarlas a cabo con un mayor nivel de control intelectual. En definitiva, la tensión metodológica entre epistemología y técnica se hace nuevamente presente: la metodología debe entenderse como un saber a la vez teórico, práctico y reflexivo que contribuye a resolver, en cada instancia de investigación concreta, la brecha entre los fundamentos más abstractos del conocimiento social y las técnicas instrumentales que se ponen en juego para producirlo y validarlo.

Bibliografía

- Bruschi, A. (1991). Logica e metodologia. *Sociologia e ricerca sociale*, 41, 30-55.
- Gallino, L. (1978). *Dizionario di Sociologia*. Turín: UTET.
- Guber, R. (2014). Introducción. En R. Guber (Comp.). *Prácticas etnográficas. Ejercicios de reflexividad de antropólogas de campo*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Hidalgo, C. (2006). Reflexividades. *Cuadernos de Antropología Social*, 23. Recuperado de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1850-275X2006000100004&lng=es&nrm=iso.
- Kaplan, A. (1964). *The Conduct of Inquiry*. San Francisco: Chandler.
- Lazarsfeld, P. (1973). De los conceptos a los índices empíricos. En R. Boudon y P. Lazarsfeld. *Metodología de las ciencias sociales*. Barcelona: Laia.
- Lynch, M. (2000). Against Reflexivity as an Academic Virtue and Source of Privileged Knowledge. *Theory, Culture & Society*, 17, 26-54.

- Marradi, A. (2002). Método como arte. *Papers*, 67, 107-127.
- Marradi, A., Archenti, N. y Piovani, J. I. (2007). *Metodología de las ciencias sociales*. Buenos Aires: Emecé.
- Maxwell, J. (1996). *Qualitative Research Design. An Interactive Approach*. Thousand Oaks: Sage.
- Outhwaite, W. (1987). *New Philosophies of Social Science: Realism, Hermeneutics and Critical Theory*. London: Macmillan.
- Piovani, J. I. (2002). Idee di scienza nella comunità accademica inglese. *Sociologia e ricerca sociale*, 23(67), 91-116.
- Polanyi, M. (1958). *Personal Knowledge. Towards Post-Critical Philosophy*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Polanyi, M. (1966). *The Tacit Dimension*. Chicago: University of Chicago Press.
- Samaja, J. (2002). Concepto, método y sentido de la investigación científica. En H. D. Dei (Ed.). *Pensar y hacer en investigación*. Buenos Aires: Docencia.
- Sautu, R., et al. (2005). *Manual de metodología*. Buenos Aires: CLACSO.
- Singleton, R. A. Jr., et al. (1993). *Approaches to Social Research*. Nueva York: Oxford University Press.
- Valles, M. S. (1997). *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis.

Consideraciones sobre la reflexividad en el proceso de construcción de objetos de investigación biográficos

Magdalena Lemus, Bárbara Guevara y Maria Eugenia Ambort

Punto de partida

Este capítulo, al igual que todo el libro, es el producto de un ejercicio intelectual colectivo de pensar qué es la reflexividad y cuál es su relevancia en los procesos de investigación en ciencias sociales. Transitar ese proceso de estudio, debate, discusión entre pares, puesta en común de experiencias y anécdotas sobre lo-que-nos-pasa cuando investigamos fue en gran medida llevar a la práctica diversas operaciones reflexivas, en cada uno de los momentos de la investigación. Este ejercicio nos interpela como investigadoras, portadoras de una subjetividad, de una historia, de posiciones en el campo científico y fuera de él, de una clase social, de un género, y nos permite comenzar a percibir y desandar cómo estos factores no solo intervienen sino que son parte constitutiva del proceso de investigación.

Anticipando algunas conclusiones, podemos decir que consideramos que la práctica de la reflexividad constituye un factor clave en la construcción de una objetividad propia de las ciencias sociales, basada en la capacidad de objetivación individual y colectiva de los sujetos investigados y los sujetos que investigan.

En este capítulo nos centramos en analizar el ejercicio reflexivo propio del proceso de construcción de los objetos de investigación, haciendo hincapié en las particularidades de los objetos biográficos desde una perspectiva cualitativa. La reflexividad es un término con múltiples acepciones y vertien-

tes, de allí proviene también su riqueza y el interés por estudiarlo en profundidad. En nuestro caso adoptaremos el punto de vista de Bourdieu (2005) por sus aportes para pensar la reflexividad en las ciencias sociales.

El enfoque biográfico se orienta a comprender procesos sociales a partir del modo en que estos se articulan, en el tiempo y el espacio, en las biografías personales. En palabras de Ferrarotti, al adoptar este enfoque se persigue “interpretar la objetividad de un fragmento de historia social partiendo de la subjetividad no eludida de una historia individual” (citado en Correa, 1999, p. 3). En este sentido, se parte de la idea de un sujeto que es hacedor de su experiencia, en el marco de prácticas culturales específicas, así como de procesos sociales, económicos y políticos a nivel macro y meso que constituyen el marco, y muchas veces condicionamiento, de la acción. En relación con esto, una de las potencialidades del enfoque es su intento permanente por articular la agencia de los actores con la estructura (Márquez, 1999).

Los acontecimientos importantes, así como los procesos de transición en la vida de las personas que pueden devenir en puntos de inflexión en sus trayectorias, ocupan un lugar destacado en la perspectiva biográfica. Allí los actores movilizan recursos y desarrollan estrategias para afrontar la situación, quedando muchas veces al descubierto las lógicas de la acción así como el entramado de relaciones en las que están inmersos, con sus limitaciones y posibilidades, y los constreñimientos estructurales que los condicionan (Mora Salas y de Oliveira, 2014, p. 260). Dependiendo del peso relativo que el investigador le otorgue a la relación entre agencia y estructura, se desprenden distintas líneas interpretativas dentro del enfoque biográfico. Así, si bien hay ciertos consensos en torno a la idea del actor que vive y narra sus experiencias, también existen diferencias en torno al modo en que se interpretan los relatos de los individuos y la entidad de los mismos, y al rol de los investigadores en el momento de encuentro con los entrevistados, distinguiéndose corrientes más cercanas al subjetivismo, por un lado, y al estructuralismo, por el otro.¹

¹ Mientras las corrientes más ligadas al subjetivismo tienden a construir sus explicaciones poniendo en el centro de la escena los sentidos de la acción señalados del individuo, las más cercanas al estructuralismo suelen dotar de más peso a la estructura social y los condicionamientos a la agencia, construyendo quien investiga encadenamientos de acontecimientos que no necesariamente coinciden con las causalidades señaladas por el/la entrevistado/a. Por ejemplo, Godard

La noción de “reflexividad” y los interrogantes en torno a qué significa y cómo ponerla en marcha no ha sido ampliamente abordada en la perspectiva biográfica, como sí lo ha sido en la antropología, en general, y en la etnografía, en particular.² Sin embargo, se encuentra en la misma una preocupación por el análisis de las posiciones de investigadores/as y participantes, así como del proceso de construcción del conocimiento (Bertaux, 1999; Correa, 1999), que consideramos tienen gran potencialidad para pensar los procesos de investigación. Estos autores han puesto el acento en el modo en que se articulan nuestras trayectorias de vida y de formación como investigadores/as, en el marco de las cuales nos apoyamos y nutrimos de ciertas perspectivas teóricas, con los intereses y problemáticas que nos movilizan y preocupan. En este sentido, Correa ha señalado que quien investiga no solo se implica sino que se ve “afectado, conmovido, transformado” (1999, p. 2), por lo que una cuestión clave es “develar la subjetividad inherente al acto de investigar y estudiar la reciprocidad de esta actividad” (1999, p. 3). Sin embargo, en líneas generales, la reflexividad en el enfoque biográfico suele asociarse principalmente a las particularidades del método relativas a las estrategias de construcción de información (el relato biográfico, la historia de vida, la autobiografía, etc.), o al momento de encuentro durante la entrevista biográfica.

Teniendo en cuenta este espacio vacío en la reflexión teórica de la perspectiva biográfica es que desarrollamos en este capítulo un análisis sobre la reflexividad en la construcción de los objetos biográficos, apoyándonos fundamentalmente en nuestras propias experiencias como investigadoras. La escasez de trabajos académicos desde esta perspectiva que aborden el proceso de investigación en su totalidad implicó un esfuerzo analítico mayor que para otros momentos de la investigación, y es por eso que consideramos necesario comenzar a poner en discusión este hecho.

En este capítulo discutimos de qué manera ponemos en juego nuestra reflexividad al momento de construir el objeto de estudio desde el enfoque biográfico, proceso que en algunas ocasiones tendemos a naturalizar, opacan-

(1998) puede ser identificado dentro de la corriente estructuralista, mientras que el trabajo de Leclerc Olive (2009) se puede inscribir entre los enfoques subjetivistas.

² En otros capítulos de este libro se presentan discusiones sobre la reflexividad en el método etnográfico.

do las decisiones que allí tomamos. Teniendo en cuenta lo señalado, comenzamos presentando la perspectiva de Bourdieu sobre la reflexividad (apartado 2) para luego dar lugar a consideraciones acerca de las características de los objetos biográficos (apartado 3). A continuación, recuperamos nuestras propias experiencias como jóvenes investigadoras presentando algunas dimensiones que forman parte de la operación reflexiva en la definición de nuestros problemas de investigación y unidades de análisis (apartado 4). Por último, presentamos las conclusiones.

La perspectiva bourdeana de la reflexividad³

La propuesta del sociólogo francés, condensada en gran medida en “El oficio del científico” (Bourdieu, 2003) nos invita a entender la reflexividad como un mecanismo de vigilancia epistemológica, a través del cual objetivar a los sujetos objetivantes de la realidad social. Es decir, objetivarnos a nosotros/as mismos/as, los investigadores e investigadoras, en tanto somos al mismo tiempo instrumentos de observación y de análisis de la realidad, y actores socialmente construidos, ocupando posiciones sociales y adoptando puntos de vista determinados. Para Bourdieu (2003), la condición de objetividad en ciencias sociales, de constituir la como un campo de conocimiento autónomo, con alguna autoridad para referirse a “la verdad” respecto de la realidad social, estará dada por la capacidad de las comunidades científicas de convertir a la práctica reflexiva en parte de su habitus científico. No como una reflexión *ad hoc*, sino como una parte constitutiva de nuestro quehacer en los distintos momentos de la investigación.

En ese sentido, propone una objetivación en tres niveles:

a) Objetivar nuestra posición en el campo social, es decir, nuestro origen, trayectoria, clase social, círculos de pertenencia, género, etnia, adhesiones sociales o religiosas, etc., que son en general las más visibles y por ello más comúnmente objetivadas (o menos peligrosas para Bourdieu);

b) Objetivar nuestra posición en el campo científico, es decir, explicitar

³ Valiéndonos de los niveles propuestos por Bourdieu (2003) para pensar la reflexividad, entendemos que nuestra opción por su perspectiva tiene lugar en contextos académicos, como las ciencias sociales en la Argentina contemporánea, en donde la obra del sociólogo francés goza de gran prestigio y legitimidad. En especial, podría ser señalado como uno de los pioneros en la problematización de la cuestión de la reflexividad desde la Sociología.

las tradiciones y modas intelectuales existentes, filiaciones académicas o disputas institucionales que intervienen en las decisiones teóricas y metodológicas que adoptamos;

c) Objetivar nuestra pertenencia al universo escolástico-epistemológico, es decir, poner sobre la mesa que la objetividad en tanto punto de vista “puro” sobre la realidad social es una ilusión, y que aquello que podremos llegar a decir sobre ella es más bien una construcción social.

Esta reflexividad, no obstante, no refiere a un ejercicio narcisista ni a una explicitación de la intimidad de quien escribe, sino que se trata de un proceso colectivo, que Bourdieu (2003) ha denominado “socioanálisis”. Esto no es más que hacer una “sociología de la sociología” en la que el investigador o investigadora es capaz de objetivarse en cuanto sujeto objetivante, poniendo a disposición las herramientas de la disciplina para desnaturalizar su propia práctica.

En tanto práctica constitutiva del habitus científico, la reflexividad atravesada –o debería atravesar– de manera transversal todas las decisiones, actividades y etapas de la investigación.

En *Una invitación a la sociología reflexiva* (Bourdieu y Wacquant, 2005) Bourdieu hace alusión específicamente a la construcción del objeto de estudio, señalando que se trata de “la operación más crucial y más ignorada de la investigación”. Es precisamente a partir de esta construcción que determinado método de muestreo o técnica de recolección o análisis de datos se vuelve imperativa, y no a la inversa. Bourdieu es muy crítico de las tradiciones académicas que, cerradas en sí mismas, hacen que los investigadores o investigadoras no se permitan ser interpeladas por sus objetos, por los problemas o necesidades que se les presentan, pero que no se adecuan a lo que se encuentran acostumbradas a hacer. Adoptar la reflexividad y el auto-socioanálisis como parte de nuestro habitus sociológico y científico implica entonces un constante llamado a la curiosidad, para no acostumbrarnos a lo conocido, a lo fácil; y al mismo tiempo a un estado de alerta que nos permita desnaturalizarnos en tanto actores sociales dentro de un campo determinado. En el caso particular del momento de construcción del objeto en el proceso de investigación, la reflexividad nos invita a realizar una operación sobre nosotras mismas, que permita dar cuenta del proceso de construcción de ese objeto. Objetivar las idas y vueltas entre las inquietudes y motivaciones por las que recortamos

un objeto y problema de investigación determinados, las revisiones bibliográficas y teóricas que nos llevan a reformularlos, y la contrastación con las primeras aproximaciones en el campo, nos permite no dar por sentado ese objeto. La vigilancia epistemológica consiste entonces en poner en común, en primer lugar para nosotras mismas y luego para la comunidad científica con la que dialogamos, las condiciones de formulación de aquello que en “los *papers*” aparece como algo ya cerrado y bien definido.

Apuntes sobre las características de los objetos de investigación en el enfoque biográfico

Cuando hablamos del enfoque biográfico nos referimos a una particular manera de abordar la realidad social, centrada en la comprensión de procesos sociales atravesados por el movimiento, el cambio, la transformación en el tiempo y el espacio, a partir de las interpretaciones de los actores que vivieron los distintos procesos, es decir, sus protagonistas. Es justamente esta dimensión la más difícil de abordar en las diferentes instancias de construcción de la pregunta y el problema de investigación. Llegar a la elaboración de un objeto que dé cuenta de las transformaciones a lo largo del tiempo y en el espacio, que nos permita comprender los procesos de cambio y movilidad espacial y temporal, es una de las dificultades más frecuentes cuando se trabaja desde el enfoque.

Franco Ferrarotti sostiene que las historias de vida en la investigación social tienen la capacidad de expresar lo vivido cotidiano de las estructuras sociales, para lo cual resulta fundamental tener en cuenta la necesaria vinculación entre texto y contexto en tanto condicionamiento recíproco. De aquí se desprende la idea de que “el hombre no es un dato, sino un proceso, y que las ‘leyes’ que tienen que ver con él, no pueden ser *timeless* y *spaceless*, válidas en cualquier contexto e intemporales” (2011, p. 101).

Este enfoque diacrónico que caracteriza la construcción de los objetos de estudio biográficos se articula además en tres niveles de análisis que nos posibilitan trabajar sobre la organización temporal de las existencias: el tiempo macrosocial o contextual-histórico, el tiempo mesosocial o institucional, y el tiempo microsociales, que es el de los individuos en la vida cotidiana, el ciclo vital de las personas (Muñiz Terra, 2012). Somos nosotros/as en tanto investigadores/as quienes, a partir de las historias de vida particulares que co-

construimos en el trabajo de campo, realizamos luego en la etapa de análisis, la articulación con los niveles meso y macro.

Esta particularidad de la perspectiva nos permite comprender los procesos sociales en sus diferentes niveles, a través de la construcción de trayectorias personales o colectivas y la consiguiente articulación de elementos objetivos y subjetivos. Consideramos que esta es una de las principales fortalezas del enfoque biográfico, ya que habilita el diálogo estructura-individuo, abordando así una de las tensiones constitutivas de la sociología. De esta manera, sin anular el peso de los condicionamientos estructurales (de hecho adquieren un lugar central en algunas propuestas dentro del enfoque biográfico), se parte de la premisa de que el individuo es autor de su experiencia. En este sentido, Bertaux considera que una condición fundamental para la producción de los relatos de vida (una de las técnicas que propone el enfoque biográfico) por parte de los/as entrevistados/as es “haber interiorizado *la postura autobiográfica*; que nos tomemos por objeto, que nos veamos a cierta distancia, que se haya formado una conciencia reflexiva que trabaje con el recuerdo y que la memoria misma se transforme en acción” (1999, p. 14).⁴ Esta idea de “un “yo” (*self*) que ha participado de los sucesos o experiencias recogidos en un texto” (Sautú, 1999, p. 22), es compartida por las distintas versiones del enfoque biográfico y constituye el corazón de la perspectiva.

La biografía como fuente para comprender los fenómenos sociales conlleva un recorte necesario de la historia de vida cuando la construimos como objeto de investigación. Es por ello que tomamos algunas dimensiones de la misma para constituir las diversas trayectorias entrecruzadas, a partir de recortes temporales (en términos de grupos de edad, generaciones, grupos sociales que vivieron un mismo período de tiempo, etc.), sociales (en términos de clases, por ejemplo), laborales, espaciales, entre otros. En la construcción del objeto biográfico, es necesario tener en cuenta además que el relato de vida, aquello que obtengamos como resultado de la entrevista biográfica, es una ficción construida conjuntamente entre el investigador o investigadora y los actores participantes, para los fines de la investigación. Con esto queremos remarcar además que se trata de una historia de vida atravesada por la

⁴ Como veremos en las próximas páginas, tanto la idea de un “*self*” como de “postura autobiográfica” pueden resultar un tanto problemáticas con algunos objetos de investigación.

memoria, es decir, que el recuerdo y el olvido se transforman en desafíos a considerar en las diferentes etapas de la investigación.

A partir de una revisión sobre nuestra propia experiencia en la construcción de objetos biográficos –y sin intención de ser exhaustivas, pero sí de dar cuenta de un ejercicio de reflexividad–, podemos afirmar que, en nuestros estudios, la adopción del enfoque biográfico emerge del encuentro de diversos elementos, en donde se conjugan las pertenencias institucionales a ámbitos de investigación, los propios intereses académicos y el diálogo con “el campo”. En este sentido, la participación en proyectos de investigación que han llevado adelante estudios desde la perspectiva biográfica ha contribuido a modelar el modo en que miramos y tratamos de comprender los problemas sociológicos, otorgándole al tiempo y el espacio, así como a la articulación entre individuo y estructura, un lugar central, enfatizando en su articulación. Esto nos ha llevado a construir problemas e interrogantes de investigación que ponen el foco en desentrañar procesos, transiciones y transformaciones a lo largo del tiempo y el espacio. Junto con esto, el trabajo de campo ha dado lugar a reformulaciones del problema de investigación y del abordaje metodológico, haciéndonos optar por diferentes estrategias.⁵

En este sentido, la reflexividad cobra una dimensión fundamental a la hora de efectuar una vigilancia epistemológica que garantice una reciprocidad entre los presupuestos de quien realiza la investigación y aquello que los actores sociales significan y reconocen como relevante en sus trayectorias. La articulación entre niveles de interpretación y temporalidades a los que hicimos referencia anteriormente no es evidente, sino que es construida por el investigador o investigadora y parte justamente de una toma de posición teórica, política, epistemológica, con un mayor o menor nivel de consciencia o explicitación. El llamado a la reflexividad como práctica incorporada propone justamente que ese lugar, objetivo y subjetivo, en el campo social y en el campo académico, que ocupamos como investigadores/as sea puesto de manifiesto, como parte de las variables que intervienen en el proceso de investigación en su totalidad, desde la construcción del objeto hasta el análisis de la información.

⁵ En los diseños de investigación flexibles, el proceso de construcción del objeto y problema de investigación se nutre del encuentro y está sujeto a cambios y reformulaciones que surgen del trabajo de campo, a partir de la interacción con los actores, con sus prácticas y sus trayectorias (Piovani, 2007).

Ejercicios reflexivos a partir de experiencias de investigación desde la perspectiva biográfica

El proceso de construcción del objeto de investigación implica múltiples decisiones: definimos qué estudiar, con quiénes, a la vez que identificamos aquello que no podremos abarcar. Estas decisiones las realizamos afectados/as por nuestros intereses y motivaciones, a la luz de posicionamientos políticos y académicos, pertenencias de clase y de género, entre otras. Aquí también juegan un rol clave las teorías: las generales en tanto “un conjunto de proposiciones lógicamente interrelacionadas que se utilizan para explicar procesos y fenómenos” (Sautú *et al.*, 2010, p. 29), y las sustantivas, aquella caja de herramientas “conformada por proposiciones teóricas específicas a la parte de la realidad que se pretende estudiar” (Sautú *et al.*, 2010, p. 29), que nos permite aproximarnos a un problema de investigación específico.

En este apartado presentamos nuestras experiencias acerca de las operaciones reflexivas llevadas a cabo en la construcción de nuestros objetos de investigación desde la perspectiva biográfica. Cabe aclarar que las consideraciones que aquí presentamos en torno a la reflexividad fueron realizadas conjuntamente con el proceso de construcción de nuestros objetos, en el marco de investigaciones aún en curso, lo cual presenta algunas ventajas y desventajas. Por un lado, el proceso de construcción y las operaciones reflexivas se retroalimentan continuamente, posibilitándonos intervenir en el curso de nuestra investigación, en el momento en que se está llevando a cabo. A su vez, la cercanía temporal entre la construcción y la reflexividad facilita la reconstrucción detallada de los pasos y decisiones que tomamos, las cuales con el tiempo tendemos a naturalizar u olvidar. Estas ventajas también pueden convertirse en desventajas, en tanto posiblemente al momento de construir el objeto demos por sentado un conjunto de valoraciones, afirmaciones y acciones como investigadoras que, con la distancia temporal, podamos identificar, desnaturalizar y analizar de qué manera intervinieron en la investigación.

A continuación, desandamos el camino recorrido en la definición de qué y con quiénes investigar, para intentar iluminar ciertos aspectos del proceso de construcción de los objetos que permitan realizar un aporte sobre algunas de las múltiples dimensiones que entran en juego.

En el primer ejemplo, abordamos reflexivamente la contienda de la construcción de un objeto de investigación colectivo (la familia), y las preguntas

que nos llevaron a intentar contar de manera orquestada la historia del grupo familiar para comprender el problema de la movilidad social. Estas inquietudes, a su vez, hacen foco particularmente en cómo las relaciones y posiciones de género juegan un papel fundamental a la hora de delimitar con quiénes investigamos, cómo y desde dónde lo hacemos, tensionando tanto las relaciones de género que existen al interior de los hogares, como las posiciones que ocupamos a la hora de interactuar en el campo.

A partir de la pregunta por la producción y reproducción de las desigualdades en el campo educativo, nos embarcamos en la construcción de trayectorias educativas de jóvenes en contextos de pobreza como objeto de investigación. En este caso, el ejemplo ilumina el proceso de articulación entre discusiones bibliográficas, motivaciones personales de la investigadora y emergentes del campo que llevó a la adopción de la perspectiva biográfica como un modo de articular espacio-temporalmente las tensiones entre los aspectos subjetivos y objetivos de la experiencia educativa de los y las jóvenes, así como su relación con las estrategias desplegadas en el seno de las familias. Asimismo, presentamos los desafíos de abordar “la juventud” como recorte del objeto, especialmente desde la perspectiva biográfica, en la cual el recorrido vital es clave para poder reconstruir una historia de vida.

En el último caso, abordamos la construcción de un objeto de investigación a partir de la relación entre la apropiación de las tecnologías digitales y su vínculo con las desigualdades contemporáneas. Allí indagamos en las operaciones reflexivas que intervienen en el proceso de definir conceptos, abordajes y perspectivas teóricas a partir de un análisis crítico de la bibliografía especializada sobre el vínculo entre desigualdad y tecnologías. En este sentido, las discusiones sobre la medida de la igualdad y de la desigualdad respecto del acceso a la tecnología cobran especial relevancia. En particular, analizamos las trayectorias de apropiación de las tecnologías digitales de jóvenes de clase media alta, lo que lleva a problematizar la propia posición de la investigadora en relación tanto a los jóvenes como a los dispositivos tecnológicos, y las posiciones de clase que se conjugan a la hora de relacionarse con ellos.

El proceso de movilidad social de familias horticultoras

Las entrevistas biográficas en profundidad presuponen una habilidad narrativa por parte de los/as entrevistados/as, una capacidad de describir su

propio pasado a través de un relato mínimamente coherente que articule los acontecimientos más relevantes de su memoria personal y subjetiva: ese *self* capaz de, de alguna manera, observarse a sí mismo en cuanto individuo para contar su propia historia. A continuación, traemos a colación un ejemplo de investigación en el cual, trabajando desde la perspectiva biográfica, tensionamos doblemente la idea de individuo.

En “El proceso de movilidad social en el cinturón hortícola platense, 1990-2015. Historias de vida de familias horticultoras de origen boliviano en el Gran La Plata”, me propongo reconstruir historias de vida no ya individuales sino colectivas⁶, entendiendo que el grupo familiar concebido como una unidad posee, a través del relato de sus miembros, una historia para contar, y que esto a su vez nos permitirá comprender en profundidad el proceso de movilidad social en la horticultura platense. Por otro lado, trabajo con un sujeto –horticultores/as migrantes de origen boliviano– que proviene de un estrato social y cultural que no acostumbra a pensarse a sí mismo en los términos occidentales de la subjetividad individual. Por consiguiente, el ejercicio de pensarse y repensarse de una manera narrativa, lineal e individual –propia de una cultura y una clase social, tal vez más cercana a la práctica del psicoanálisis– aparece como una propuesta nueva y extraña, diferente a sus formas cotidianas de comunicarse, de comprender y contar su historia, que se pone en marcha exclusivamente bajo el dispositivo de la entrevista biográfica.

El objetivo de la investigación, como mencionamos, es aportar a la comprensión del proceso de movilidad social en el cinturón hortícola platense. Una primera observación es que, si bien existen análisis cuantitativos sobre esta estructura productiva y sus transformaciones (Benencia, 1997; Benencia y Quaranta, 2006; García y Kebat, 2008; García, 2011a), son pocos los trabajos referidos a este proceso desde un enfoque cualitativo, es decir, que tengan en cuenta el punto de vista de los propios actores respecto de su paso por los distintos estratos de la escala social. Esto me llevó necesariamente a realizar un análisis longitudinal, es decir, que transcurre a lo largo de un período de tiempo. La perspectiva biográfica nos provee de las herramientas adecuadas para realizar este tipo de análisis, ya que permite recuperar desde

⁶ Vale mencionar que existen entre los trabajos clásicos del enfoque biográfico historias de vida colectivas, como *Los hijos de Sánchez* de Oscar Lewis (1964), aunque no es lo más común.

el presente la memoria de los sucesos del pasado a la luz de los acontecimientos históricos, a través de relatos subjetivos. Es en el ida y vuelta entre las revisiones bibliográficas y las visitas en terreno, a través de la interacción con los actores al compartir su cotidianidad y conocer de manera situada sus condiciones de vida y sus historias, combinadas con discusiones teóricas y políticas sobre cómo dar cuenta de la mejor manera posible de una realidad compleja y dinámica, que se va construyendo lo que delineamos como nuestro objeto de estudio.

Conocer a través de la revisión bibliográfica (Benencia, Quaranta y Souza Casadinho, 2009; García, 2011b; Feito 2013), pero sobre todo en las visitas a distintas quintas del periurbano platense, la situación de precariedad de las condiciones de vida y de trabajo de estas familias, situación que se mantiene en los distintos estratos de la estructura social hortícola, me llevó a preguntarme primero –de manera más personal y relacionada con el “ser afectada” (Favret-Saada, 2005)– cómo era esto posible; para luego dar lugar a la pregunta de cómo sería posible aportar a la comprensión de este fenómeno desde las ciencias sociales.

Pensar el problema de investigación desde la perspectiva biográfica tuvo que ver con que tanto la movilidad social como las migraciones son *procesos*, que transcurren a lo largo del tiempo y para los cuales los estudios diacrónicos –a través del análisis de la trayectoria laboral y migratoria–, se presentan como un área fértil de trabajo. Por otro lado, una característica central de las quintas hortícolas del periurbano platense es que pertenecen a la denominada agricultura familiar, es decir, la principal fuente de mano de obra proviene de los miembros de la familia. Además, en las quintas, el ámbito productivo (invernáculos, parcelas a campo, galpones) y reproductivo (casillas para vivienda, espacios comunes) se encuentran físicamente en el mismo lugar y profundamente imbricados. Esto hace que la dinámica del grupo familiar despliegue sus estrategias productivas y reproductivas de una forma particular, actuando como un equipo de trabajo y con una dinámica mucho más colectiva, quizás, que en otros contextos.

Esta primera percepción sobre la forma de organizar la vida cotidiana y el trabajo en las quintas hortícolas me llevó a cuestionar la manera en que habían sido estudiadas las mismas en otros trabajos de investigación, tomando como unidad de análisis a “los productores”, jefes de familia. En ese sentido,

comencé a percibir un fuerte sesgo en relación al abordaje de las quintas como ámbitos estrictamente productivos, cuyos referentes son además, en general, varones. Considero que esta forma particular de construir el objeto de investigación a través de un recorte productivo-masculino, invisibiliza tanto la esfera reproductiva como el aporte de trabajo del resto del grupo familiar, y fundamentalmente a las mujeres).

El esfuerzo por construir estas historias de vida colectivas tiene entonces el doble propósito de: 1) abonar a la inclusión de la perspectiva de género como un eje transversal, en el cual no nos centremos únicamente en las problemáticas de las mujeres, sino que podamos comprender cómo se construyen los roles femeninos y masculinos en la interacción entre varones y mujeres, los lugares que ocupa cada uno/a, y las relaciones de poder que se juegan en esas relaciones; y 2) dar cuenta de la interdependencia fundamental entre las esferas del trabajo productivo y reproductivo (o doméstico), históricamente invisibilizada en las formas capitalistas de concebir la producción del valor.

Pensando esta situación a través de los niveles de la reflexividad propuestos por Bourdieu, he de mencionar en primer lugar mi posición como mujer a la hora de insertarme en un campo de investigación “masculinizado”, ya sea tanto porque los objetos de estudio que lo encarnan (los productores, que fueron además mis primeros interlocutores) como también los sujetos que han encabezado en general las investigaciones sobre estos temas son varones. Mi primera inquietud, la inquietud del escritorio, giró entonces en torno a la pregunta de por qué en lo que leía se hacía referencia casi exclusivamente a los varones a la hora de hablar del trabajo familiar en las quintas, de describir situaciones, problemáticas, contextos, etc., tanto en estudios cualitativos como cuantitativos.

Una segunda inquietud, que surge de las visitas al territorio, vino de la mano de la pregunta por cómo era posible hablar de los problemas en torno a la producción, las condiciones de trabajo, la comercialización, la propiedad de la tierra o la toma de decisiones en la quinta, sin relacionarlo con las condiciones en que se desarrolla la vida cotidiana del grupo familiar: la capacidad de consumo, la división del trabajo doméstico, la crianza y las tareas de cuidado o la distribución del tiempo libre. Aunque no de manera lineal, creo que esta inquietud también se relaciona con mi condición de mujer, tanto por los roles que ocupo por ser mujer en el trabajo doméstico y que me predisponen

a percibir determinadas cuestiones, como por la posibilidad de relacionarme e identificarme con las productoras en tanto mujeres. A través de diversos encuentros he podido compartir conversaciones, inquietudes, experiencias que se desarrollaron al interior de sus hogares, y a los que difícilmente un investigador varón podría acceder, por el solo hecho de ser varón. Por esta razón, sostengo que contar la historia de “el productor”, del jefe de la familia, como en general sucede, para dar cuenta de las características o las particularidades de la agricultura familiar es cuanto menos, sesgado, ya que invisibiliza este entramado de dinámicas grupales que son en definitiva las que definen a los establecimientos familiares como tales.

Del mismo modo, las posiciones que ocupó en el campo y en cada una de estas relaciones en tanto mujer, pero también como universitaria, como parte de un equipo “técnico”, como investigadora o como militante, habilitan el acceso a determinadas situaciones, a establecer determinado tipo de vínculos y mantener ciertas conversaciones, y, como contracara, obturan la posibilidad de otro tipo de vinculaciones que, evidentemente, quedarán por fuera de la investigación, pero que es necesario, a modo de “vigilancia epistemológica”, reconocer y problematizar.

Trayectorias educativas de jóvenes en contextos de pobreza

Mencionamos anteriormente, recuperando la propuesta de Bourdieu sobre la reflexividad, que se trata de un proceso reflexivo que nos impulsa a cuestionarnos sobre la construcción del objeto de estudio identificando diferentes dimensiones y niveles de análisis. Presentamos en este caso algunas consideraciones en relación a la construcción de las trayectorias escolares de los jóvenes como objeto de estudio, en el marco de una investigación que busca analizar el desarrollo de las mismas en contextos de pobreza, poniendo el foco de interés en las representaciones y estrategias familiares desarrolladas en relación a la experiencia escolar de los jóvenes.

En un escenario de ampliación del acceso a la educación secundaria, impulsada por las transformaciones de las últimas décadas, y que impacta directamente sobre los sectores sociales tradicionalmente excluidos de este nivel de la educación formal, se vuelve central la pregunta por la producción y reproducción de las dinámicas de desigualdad en relación al campo educativo. Considerando que la mayor parte de las familias en situación de

pobreza ha tenido un contacto mínimo con este nivel escolar, el objetivo de la investigación apunta a conocer bajo qué formas se da la adaptación subjetiva de las mismas a las dinámicas de la escuela media y de qué modo se acompañan los recorridos de los jóvenes. La elección y definición del concepto de “trayectorias educativas” devino como resultado de la articulación entre discusiones teóricas sobre el concepto, perspectivas analíticas en relación a la problemática de investigación, y aquellas reformulaciones que surgen del contacto directo y cotidiano en el campo.

Es la opción de trabajar sobre la idea de procesos a partir de la articulación de las dimensiones temporales lo que habilitó la consideración de la perspectiva biográfica (en tanto abordaje cualitativo) para el análisis de las trayectorias escolares, así como la posibilidad de incluir los imaginarios, aspiraciones, sentidos y representaciones que se ponen en juego en las acciones concretas, a partir de la combinación de los elementos tanto objetivos como subjetivos de las biografías. Por otro lado, en tanto enfoque relacional, esto habilita también a reflexionar sobre las tramas de relaciones en las que los individuos están inmersos en su cotidiano en las diferentes dimensiones que cobra su historia de vida.

Cuando en los trabajos sobre trayectorias escolares se las analiza en tanto recorridos que realizan los jóvenes en términos de entradas, salidas y repeticiones en el sistema educativo, se induce a considerarlos de manera aislada, como experiencias a-relacionales (Santillán, 2012), producto de las acciones individuales de los sujetos. Como resultado de ello, el “éxito” o “fracaso” escolar se aborda a partir de los problemas particulares del alumno, dejando así por fuera del análisis no solo el contexto y los actores intervinientes en las definiciones de estas trayectorias, sino también los aspectos subjetivos que se ponen en juego. En el caso concreto de la escuela secundaria, donde la idea de “fracaso” es una constante en los discursos docentes (particularmente en los sectores más vulnerables), resulta interesante desarrollar otras perspectivas de análisis que no reproduzcan la culpabilización individual sobre las acciones de los sujetos y den lugar a la consideración de los recorridos experienciales y de apropiación de prácticas, en virtud de sus cursos de acción y a partir de las múltiples relaciones que estrechan con diversos espacios y actores sociales (Santillán, 2012).

Por otro lado, es mi condición de *outsider* del mundo escolar, es decir,

de socióloga que estudia desde afuera de la escuela las trayectorias escolares, lo que me permite poner el foco en otras relaciones y actores sociales que no han sido visibilizados en las investigaciones sobre la temática, corriéndome así de la idea de trayectorias individuales e independientes. Aquí cobra fundamental importancia la familia como uno de estos “otros actores” a considerar por fuera de la escuela, no solo en la medida en que se trata de jóvenes en la “edad teórica” escolar, que habitan en su mayoría en la casa familiar, sino porque además son las familias quienes sostienen y transmiten ciertos sentidos sobre la educación, desplegando a su vez estrategias a nivel del conjunto familiar para hacer posible la escolarización. Muy a pesar de las ideas difundidas en los discursos del sentido común sobre la “ausencia”, la falta de colaboración, la desidia frente a la educación de los hijos, las familias funcionan como soporte de las trayectorias de los jóvenes desplegando estrategias (en el cotidiano y a largo plazo) para hacer posible la escolaridad de los mismos (Cerletti, 2006). No nos referimos aquí al sujeto de investigación como un sujeto colectivo –como en otros casos mencionados en este trabajo– aunque la familia se vuelve una dimensión fundamental para entender la trayectoria individual. Si bien nuestro objeto de estudio son las trayectorias escolares de los jóvenes, sostenemos una perspectiva que permite dar cuenta del conjunto de representaciones y estrategias familiares como uno de los soportes de las mismas.

Se vuelve necesario explicitar algunas de las condiciones de mi lugar en el campo, que se relacionan con la conformación del objeto de estudio. Me refiero aquí a mi conocimiento previo y vinculación con las familias del barrio a partir del trabajo continuo durante varios años en un proyecto de extensión que habilita el contacto cotidiano con las mismas, a través de las cuestiones vinculadas con la educación de los niños y jóvenes.⁷ La pregunta por las trayectorias escolares desde una perspectiva no escolar, en el que las familias cobran un papel fundamental, nace profundamente vinculada con esta posición previa en el campo, donde antes que investigadora soy una interlocutora frecuente de niños, jóvenes, madres y padres en relación a temáticas escolares.

⁷ Proyecto de extensión “Educación y Promoción de derechos en los barrios El Mercadito y La Unión” (FaHCE-UNLP), que articula diferentes actividades y talleres en el barrio hace más de 10 años. Allí me desempeñé como parte de los talleres, donde una de las actividades principales es el apoyo escolar.

Merece una mención particular en esta exposición las implicancias que conlleva trabajar con jóvenes como sujetos de la investigación. Una ventaja que nos habilita la perspectiva biográfica es, justamente, que permite recuperar la idea de temporalidades incluso en relación al futuro, lo cual se vuelve una dimensión fundamental cuando trabajamos con jóvenes (Machado Pais, 2007). En este sentido, tal como veremos en el siguiente ejemplo, procurando un corrimiento de la mirada adultocéntrica sobre la juventud, constituimos a los jóvenes como sujetos con agencia y foco de interés en sí mismos (Chaves, 2005). Esto implicó revisar nuestras propias miradas y las perspectivas actuales del campo de investigación sobre la juventud, así como también los discursos mediáticos hegemónicos a partir de los cuales se han construido “representaciones conflictivas de las conductas ‘desviadas’ del joven” (D’Elia y Chaves, 2009) que contribuyen a su estigmatización y estereotipación. Reflexionamos sobre el modo de conceptualizar a los jóvenes, recuperando aquellas perspectivas en donde son considerados como actores que construyen sus mundos y generan interpretaciones, atravesados por los procesos sociales, culturales, económicos y políticos de la época en la que viven y de la que los precedió, por la fragmentación social y la desigualdad, pero también por privilegios y ventajas, imbuidos en redes de interdependencia que pueden actuar como posibilidad pero también como condicionantes. En relación con esto, recuperamos lo señalado por Gonzalo Saraví quien considera que tanto la niñez como la juventud constituyen momentos clave en la biografías ya que “las oportunidades y estreñimientos vividos en esta etapa marcan profundamente las posibilidades y condiciones futuras de bienestar e inclusión; las condiciones estructurales en este período dejan una fuerte impronta para el resto de la vida” (2015, p. 31).

Son estas discusiones y decisiones teóricas y metodológicas las que dan forma al objeto de estudio particular de esta investigación, donde las trayectorias escolares no serán reducidas al análisis de los recorridos o itinerarios individuales de los sujetos a través de las instituciones escolares, y donde las familias se vuelven actores relevantes de estos procesos, en tanto soportes de las trayectorias, incluso en los sectores más pobres de la sociedad.⁸

⁸ Cabe señalar aquí que los estudios en relación al vínculo familias y escuela secundaria se han concentrado en los sectores medio-alto y altos (Villa, 2010; Gessaghi, 2010; Ziegler, 2007),

Poner en práctica la reflexividad en nuestras investigaciones implica también dar cuenta de las condiciones que hacen posible así como de aquellas que limitan la definición de nuestros objetos, relacionadas con nuestra posición en el campo académico en el cual estamos insertas.

En este sentido, es necesario tomar en consideración que se trata de una investigación en el marco de una beca doctoral que habilita la dedicación exclusiva al trabajo de investigación y la participación en diferentes proyectos y equipos. Esto último se vuelve relevante además porque es lo que permite la exposición y discusión constante del trabajo entre colegas, así como definiciones de las perspectivas teóricas abordadas y delimitaciones del campo de análisis.

Desigualdad social y trayectorias de apropiación de tecnologías digitales de jóvenes de clases medias altas

Como señalamos al comienzo de esta sección, las teorías juegan un papel clave en nuestras investigaciones, son, entre tantas cosas, los cimientos sobre los cuales edificamos nuestros objetos de estudio. Es por ello que en este apartado nos enfocamos en las contribuciones de algunas discusiones teóricas (sobre desigualdad y apropiación de las tecnologías digitales) para la construcción de nuestro objeto de investigación y la delimitación de la unidad de análisis. A su vez, recuperando la propuesta de Bourdieu (2003) acerca de la necesidad de objetivar nuestras distintas posiciones, señalamos las condiciones de producción de nuestra investigación, así como las tensiones relativas a nuestra posición social.

La investigación a la que haremos referencia se propone analizar las articulaciones entre desigualdad social y tecnologías digitales a través del estudio de las trayectorias de apropiación de estas tecnologías por parte de jóvenes de clases medias altas en La Plata y Gran La Plata. Este estudio, aún en curso, se lleva adelante en el marco del Doctorado en Ciencias Sociales (FaHCE, UNLP), con dedicación exclusiva y financiamiento del CONICET⁹

debido al peso que adquiere la tradición familiar educativa en estos sectores. En las clases más pobres, la pregunta por la escuela secundaria ha tomado en cuenta otras dimensiones de análisis, considerando a las trayectorias escolares de manera más bien individual.

⁹ Beca doctoral para Temas Estratégicos, 66 meses de duración.

y se inscribe en una serie de proyectos de investigación afines¹⁰, dentro de los cuales se ha adoptado una perspectiva socio antropológica (Winocur, 2009) y retomado el concepto de “apropiación” (Thompson, 1998; Winocur, 2009) para indagar, desde el enfoque biográfico, en el vínculo entre los individuos y las tecnologías. Estas experiencias previas han tenido un carácter performativo, tanto a nivel teórico como práctico. Nos han llevado a preguntarnos no solo por los usos presentes de las tecnologías sino por los modos en que las personas se vinculan con estas a lo largo del tiempo y el espacio. Es decir, desde los usos que hacen –y las motivaciones de ello–, las representaciones que construyen y los significados que otorgan, de manera procesual y teniendo en cuenta las transformaciones a lo largo de las trayectorias vitales. A su vez, nos han brindado la posibilidad de llevar adelante la confección de guiones y la realización de entrevistas biográficas, ganando experiencia en la materia, lo cual fue un factor decisivo al momento de decidir trabajar con este enfoque en la investigación doctoral.

La elección de una perspectiva socio antropológica (Winocur, 2009) para estudiar los modos en que los individuos se relacionan con las tecnologías teniendo en cuenta sus experiencias y el contexto en el cual se inscribe el uso de las tecnologías, y del concepto de apropiación (Thompson, 1998; Winocur, 2009) se inscribe en un conjunto de interrogantes y debates que vienen teniendo lugar en el campo académico. En las últimas décadas, en los estudios sociales sobre las tecnologías y, en particular, en los que indagan en sus articulaciones con las desigualdades sociales, se ha manifestado la necesidad de diseñar abordajes que se enfoquen no solo en los aspectos mensurables de los accesos y habilidades, sino en las calidades y tipos de los mismos (Di Maggio, Hargittai, Celeste y Shafer, 2001). Junto con esto, diferentes autores han destacado que los vínculos con las tecnologías se construyen de manera procesual a lo largo de nuestra vida, en el marco de entramados culturales y familiares (Winocur, 2009), volviéndose necesario desarrollar estudios situados de las prácticas tecnológicas (Carter Ching y Vigdor, 2005; Burrell, 2009) que busquen comprender de qué manera las tecnologías digitales son parte de la textura de la vida cotidiana (Silverstone, 2004). En este contex-

¹⁰ Equipo “TICs de la vida cotidiana” (IdIHCS - UNLP/CONICET) dirigido por el Dr. Sebastián Benítez Larghi.

to, se ha comenzando a conceptualizar el vínculo entre las personas y las tecnologías en términos de “apropiación”, entendido como un proceso tanto simbólico como material, por medio del cual un sujeto o grupo toma el contenido significativo de un artefacto y lo hace propio (Thompson, 1998, p. 17). Así, la apropiación se construye sobre la base de experiencias presentes y pasadas con diversas tecnologías, así como de expectativas, nociones previas e ideas, tanto individuales como familiares, sobre estos artefactos (Cabrera Paz, 2009; Winocur, 2009). Teniendo en cuenta lo señalado, la construcción de “trayectorias de apropiación de las tecnologías digitales por jóvenes de clases medias altas” como objeto de investigación implicó, en el marco de un equipo de investigación, diversas definiciones teóricas y metodológicas, las cuales analizaremos a continuación.

Como señalamos en apartados anteriores, una de las características de los objetos biográficos es la centralidad que tiene la dimensión temporal para la explicación de los procesos sociales. En este sentido, a partir de la construcción de trayectorias de apropiación de las tecnologías digitales buscamos comprender cómo de forma diacrónica se construyen vínculos, prácticas y representaciones de las tecnologías. Esto implicó identificar retrospectivamente: espacios y temporalidades, actores, saberes, usos significativos, así como prácticas y relaciones habilitadas o condicionadas en relación a las tecnologías. De esta manera, la cuestión del acceso que ha sido largamente señalada como uno de los aspectos centrales del vínculo con las tecnologías pasa a ser entendida en contexto, poniendo de relieve los significados heterogéneos del acceso-no acceso, así como de los procesos que en relación a ello tienen lugar.

A su vez, consideramos que, dado el carácter ubicuo y muchas veces naturalizado de los vínculos con las tecnologías, indagar directamente por los artefactos tecnológicos nos devolvería respuestas cerradas que solo podrían comprender los usos desde su dimensión instrumental, en lugar de permitirnos desentrañar significados, representaciones y sentires respecto a estos dispositivos. Esto nos llevó a pensar que tanto las representaciones como los usos presentes de las tecnologías deberían ser rastreados en las biografías en relación con procesos más amplios de producción del conocimiento, de sociabilidad, de subjetivación, de diferenciación y distinción, de desarrollo de habilidades, de acceso a la información, entre otros. Las implicancias de

esta decisión se hicieron palpables cuando, para construir las trayectorias de apropiación de las tecnologías digitales, se hizo necesario antes indagar en los recorridos escolares, en la historia familiar, en las mudanzas y migraciones, en las prácticas de esparcimiento y tiempo libre, entre otras.

Ahora bien, una vez definido qué entendíamos por “trayectorias de apropiación de las tecnologías digitales” realizamos un recorte por grupo etario (jóvenes), clase social (media alta) y ubicación espacial (La Plata y Gran La Plata). En estas últimas decisiones tuvo un lugar central la perspectiva teórica desde la cual entendemos la desigualdad social como un proceso multidimensional y relacional que debe ser abordado de manera situada (Scott, 1994; Reygadas, 2008) y que, por lo tanto, nuestras indagaciones no solo se deben dirigir hacia el polo desfavorecido de esa relación, sino también hacia quienes gozan de mayores ventajas y privilegios en la sociedad (Scott, 1994; Bayón, 2013; Saraví, 2015). En el caso del estudio sobre los usos sociales de las tecnologías digitales, esto implica problematizar no solo la carencia de capitales informáticos (Selwyn, 2004), sino también la abundancia de los mismos y las implicancias de esto. En este sentido, la operación reflexiva estuvo orientada a desandar las propias asunciones respecto a “cuál es la medida” de igualdad- desigualdad en relación a las tecnologías, así como a intentar construir interrogantes sobre el vínculo entre tecnologías y desigualdad distintos de los dominantes en el campo de estudio (acceso-no acceso), y que estuvieran orientados a comprender de qué manera se entraman la apropiación de las tecnologías digitales y experiencias juveniles caracterizadas por el bienestar económico, amplias posibilidades de consumo y la abundancia, entre otras cosas, de dispositivos tecnológicos.

Sin embargo, esta definición no fue únicamente producto de opciones teóricas sino que implicó también revisar la propia posición social y recorrido con las tecnologías. En este sentido, mientras mi edad y clase social aparecían en mi imaginario como aspectos que me iban a permitir generar empatía, entender los códigos y universo de significación de los jóvenes, también eran señales de “alarma” en tanto me podían llevar a la naturalización de condiciones de apropiación y prácticas con las tecnologías. Junto con esto, mi historia personal con las tecnologías y lo que a partir de su uso se había habilitado (o inhabilitado), debía volverse objeto de objetivación, ya que allí residirían gran parte de mis valoraciones y representaciones en torno a las tecnologías.

Se requería así una operación reflexiva a partir de la cual pudiera dar cuenta de mis propias condiciones de acceso y de aprendizaje, del contexto familiar que me había acercado y posibilitado los primeros encuentros con la computadora, así como las amigas que luego me habían “iniciado” en los canales del chat y las búsquedas por la web, de mis primeros acercamientos a los teléfonos celulares hasta tener uno propio y lo que ello había significado para mí en plena adolescencia.

Consideraciones finales

A lo largo del presente capítulo abordamos la cuestión de la reflexividad en el proceso de construcción del objeto de investigación desde el enfoque biográfico, en su vertiente cualitativa. Como la indagación sobre la reflexividad en los distintos momentos del proceso de investigación constituye un área aun poco explorada en la perspectiva biográfica, las aproximaciones que aquí presentamos se basan en nuestras propias experiencias.

Nuestro propósito ha sido visibilizar los diversos aspectos que intervienen en la construcción del objeto y que generalmente quedan opacados tanto en las prácticas de investigación como al momento de presentación de las producciones. Para ello, hemos introducido algunos aspectos distintivos del modo en que Bourdieu entiende la reflexividad (apartado 2). A continuación desarrollamos algunas de las características de los objetos de investigación desde el enfoque biográfico (apartado 3). En especial, destacamos el lugar de la dimensión temporal y la articulación de niveles micro (subjetivos), meso (institucionales) y macro (contextual-histórico) en la construcción de interrogantes que den lugar a abordajes biográficos (Muñiz Terra, 2012). En el apartado 4 presentamos algunos ejemplos de operaciones reflexivas, intentando dar cuenta de las dificultades con las que nos encontramos y las reformulaciones que “vivieron” nuestros objetos de investigación. A partir de los ejemplos, abordamos distintas dimensiones que intervinieron en este ejercicio de reflexividad –como el género, la clase, la articulación entre subjetividad y estructura, las unidades de análisis colectivas, la juventud como sujeto, las discusiones teóricas– a la hora de construir objetos biográficos.

Consideramos que la reflexividad en ciencias sociales implica un ejercicio de objetivación de nuestra posición social, de nuestra posición en el campo académico, y de nuestras propias asunciones sobre la construcción

del conocimiento científico (Bourdieu, 2003). No se trata simplemente de reflexionar sobre el proceso de investigación sino de hacerlo de una forma consciente y sistemática, con el objetivo de efectuar una vigilancia epistemológica que tienda puentes entre la teoría y la práctica, entre las decisiones teóricas y metodológicas y la subjetividad de quien está investigando, humanizando y contextualizando aquellas definiciones que intervienen en el proceso de construcción del conocimiento. En ese sentido, la escritura de este capítulo fue un ejercicio colectivo que nos permitió asumir y explicitar el conjunto de decisiones que tomamos a lo largo de nuestras investigaciones y que, de lo contrario, suelen quedar opacadas cuando rápidamente naturalizamos las implicancias de asumir tal o cual perspectiva teórica, los recortes y selecciones realizadas, y los intereses y motivaciones detrás de nuestros objetos de investigación. Es decir, tendemos a pasar por alto las subjetividades, en tanto actores sociales y actores dentro de un campo académico, detrás de los procesos de investigación y de producción del conocimiento.

Retomando nuevamente a Bourdieu (2003), cuando hablamos de vigilancia epistemológica nos referimos a adoptar una postura crítica permanente respecto de la posición que ocupamos como investigadoras o investigadores durante todo el proceso de construcción de conocimiento y sobre nuestras prácticas durante el trabajo de campo. Esto implica dar cuenta del carácter co-construido del conocimiento sobre lo social, de las limitaciones de nuestro abordaje, de las dificultades y los condicionamientos del proceso de investigación, reconociendo y objetivando la subjetividad que subyace a todas las decisiones tomadas durante ese proceso. De acuerdo con Bourdieu y Wacquant:

La conclusión de esto no es que el conocimiento teórico no valga nada sino que debemos conocer sus límites y acompañar todas las explicaciones científicas con una explicación de los límites y limitaciones de las explicaciones científicas: el conocimiento teórico debe un gran número de sus propiedades más esenciales al hecho de que las condiciones en las cuales se produce no son las de la práctica. (2005, p. 116).

En este sentido, destacamos la potencialidad de la reflexividad para la producción de un conocimiento objetivo, colectivamente reconocido como tal, en ciencias sociales. Al mismo tiempo, consideramos que las operaciones

reflexivas en la instancia de construcción del objeto nos permiten poner de relieve las condiciones de esta producción, así como el modo en que nuestra subjetividad y nuestra posición en el campo científico se ponen en juego en ese proceso.

Bibliografía

- Bayón, M. C. (2013). Hacia una sociología de la pobreza: la relevancia de las dimensiones culturales. *Estudios Sociológicos*, XXXI(91), 87-112.
- Benencia, R. (1997). De peones a patrones quinteros. Movilidad social de familias bolivianas en la periferia bonaerense. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 35, 63-101.
- Benencia, R. y Quaranta, G. (2006). Mercados de trabajo y economía de enclave. La “escalera boliviana” en la actualidad. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 20(60), 413-431.
- Benencia, R., Quaranta, G. y Souza Casadinho, J. (2009). *Cinturón Hortícola de la Ciudad de Bs.As. Cambios sociales y productivos*. Buenos Aires: Editorial CICCUS.
- Bertaux, D. (1999). El enfoque biográfico, su validez metodológica, sus potencialidades. *Proposiciones*, 29.
- Bourdieu, P. (2003). *El oficio del científico. Ciencia de la ciencia y la reflexividad*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.
- Burrell, J. (2009). The Field Site as a Network: A Strategy for Locating Ethnographic. *Field Methods*, 21(2), pp. 181-199. DOI: 10.1177/1525822X08329699
- Cabrera Paz, J. (2009). Profesores Analógicos, Estudiantes Digitales: Una tensión cultural para la gestión pública de las TIC en Educación. Proceedings of the 3rd ACORN-REDECOM Conference, Ciudad de México, 22 y 23 de Mayo.
- Carter Ching, C. & Vidor, L. (2005). Technobiographies: Perspectives from Education and the Arts. *First International Congress of Qualitative Inquiry*, University of Illinois at Urbana-Champaign.
- Cerletti, L. (2006). *Las familias ¿un problema escolar? Sobre la socialización escolar infantil*. Buenos Aires-México: Noveduc.

- Chaves, M. (2005). Juventud negada y negativizada. *Última década*, 23, 9-32.
- Correa, R. (1999). La aproximación biográfica como una opción epistemológica, ética y metodológica. *Proposiciones*, 29.
- D'Elia, M. L. y Chaves, M. (2009). La construcción mediática de la escuela secundaria, la juventud y los adolescentes. Primer Encuentro de Juventud y Medios e Industrias Culturales. Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP), La Plata, 9 y 10 de septiembre.
- Di Maggio, P., Hargittai, E., Celeste, C., y Shafer, S. (2001). Digital Inequality: From Unequal Access to Differentiated Use. En K. Neckerman (Ed.), *Social Inequality* (pp. 355-400). New York: Russell Sage Foundation.
- Favret-Saada, J. (1990). Être Affecté. *Gradhiva: Revue d'Histoire et d'Archives de l'Anthropologie*, 8, 3-9.
- Feito, M. C. (2013) (Coord.). *Migrantes bolivianos en el periurbano bonaerense. Memorias, producciones, trabajo y organizaciones*. Buenos Aires: Ediciones INTA.
- Ferrarotti, F. (2011). Las historias de vida como método. *Acta Sociológica*, 56, 95 - 119.
- García, M. (2011a). Análisis de las transformaciones de la estructura agraria hortícola platense en los últimos 20 años. El rol de los horticultores bolivianos. Tesis de Doctorado en Ciencias Agrarias y Forestales, UNLP.
- García, M. (2011b). Proceso de acumulación de capital en campesinos. El caso de los horticultores bolivianos de Buenos Aires (Argentina). *Cuadernos de desarrollo rural*, 8(66), 47-70.
- García, M. y Kebat, C. (2008). Transformaciones en la horticultura platense. Una mirada a través de los censos. *Revista Realidad Económica*, 237, 110-134.
- Gessaghi, V. (2010). La educación de las "clases altas" argentinas: límites a las tendencias integradoras del sistema educativo (1880-1945). *Revista del Instituto de investigaciones en Ciencias de la Educación*, XVII(28), 27-50.
- Godard, F. (1998). Uso de las historias de vida en las Ciencias Sociales. En T. Lulle, P. Vargas y L. Zamudio (Coords.), *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales*. Colombia: Anthropos. Serie II.
- Leclerc-Olive, M. (2009). Temporalidades de la experiencia: las biografías y sus acontecimientos. *Iberofórum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, 8, 1-39.

- Lewis, O. (1964). *Los hijos de Sánchez*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Machado Pais, J. (2007). *Chollos, chapuzas, changas. Jóvenes, trabajo precario y futuro*. Barcelona: Anthropos.
- Márquez, F. (1999). Relatos de vida entrecruzados: trayectorias sociales de familia. *Proposiciones*, marzo.
- Mora Sala, M. y de Oliveira, O. (2014). ¿Ruptura o reproducción de las desventajas sociales heredadas? Relatos de vida de jóvenes que han vivido situaciones de pobreza. En M. Mora y O. De Oliveira (Coords.), *Desafíos y Paradojas. Los Jóvenes frente a las Desigualdades Sociales* (pp. 245 - 312). México: Colmex.
- Muñiz Terra, L. M. (2012). Carreras y trayectorias laborales: una revisión crítica de las principales aproximaciones teórico-metodológicas para su abordaje. *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, 2(1), 36-65.
- Piovani, J. I. (2007). El diseño de investigación. En A. Marradi, N. Archenti y J. I. Piovani, *Metodología de las ciencias sociales*. Buenos Aires: Emece.
- Reygadas, L. (2008). *La Apropiación. Destejiendo las redes de la desigualdad*. México: Anthropos/UAM–Iztapalapa.
- Santillán, L. (2012). *Quiénes educan a los chicos. Infancia, trayectorias educativas y desigualdad*. Buenos Aires: Biblos.
- Saraví, G. (2015). De la desigualdad a la fragmentación. En *Juventudes Fragmentadas. Socialización, Clase y Cultura en la Construcción de la Desigualdad* (pp. 25-56). México: FLACSO/CIESAS.
- Sautú, R. (1999). Estilos y prácticas de la investigación biográfica. En R. Sautú (Comp.), *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores* (pp. 21-60). Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Sautú, R., Boniolo, P., Dalle, P. y Elbert, R. (2010). La construcción del marco teórico en la investigación social. *Manual de metodología. construcción del marco teórico, formulación de los objetivos y elección de la metodología* (pp. 25-68). Buenos Aires: Prometeo libros.
- Selwyn, N. (2004). Reconsidering Political and Popular Understandings of the Digital Divide. *New Media and Society*, 6(3), 341–362.
- Scott, J. (1994). *Poverty and Wealth. Citizenship, Deprivation, and Privilege*. New York: Longman.

- Silverstone, R. (2004). *¿Por qué estudiar los medios?* Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Thompson, J. (1998). Comunicación y Contexto Social. En *Los media y la modernidad* (pp. 25-68). Barcelona: Paidós.
- Villa, A. (2010). Distinción y destino. Aportes de la educación a la construcción social de los privilegios: el caso de las familias tradicionales platenses. Tesis de doctorado en Ciencias Sociales, Flacso, Buenos Aires.
- Winocur, R. (2009). *Robinson Crusoe ya tiene celular: la conexión como espacio de control de la incertidumbre*. México: Siglo XXI: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.
- Ziegler, S. (2007). Los de excepción: un retrato de las elecciones escolares de las familias de sectores favorecidos en la Ciudad de Buenos Aires y el conurbano bonaerense. En M. Narodowsky y M. Gómez Schettini (Comps.), *Escuelas y familias. Problemas de la diversidad cultural y justicia social*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Hacia un encuentro de reflexividades: la entrevista biográfica como interludio del proceso de investigación social

Leticia Muñiz Terra, Juliana Frassa y María de la Paz Bidauri

Introducción

Las reflexiones metodológicas recientes realizadas tanto desde el campo de la antropología como desde la sociología han puesto de relieve la centralidad del encuentro entre el investigador y los sujetos investigados en la instancia del trabajo de campo. Se ha señalado así que el valor de la reflexividad en esta etapa es fundamental tanto para el propio devenir del trabajo empírico como para la construcción del objeto de investigación y el posterior análisis de los datos.

Hablar de reflexividad en las ciencias sociales significa hablar de múltiples acepciones. Tal como señala Baranger en el capítulo 1 del presente libro, los usos del término han sido, en sociología, muy variados, pudiendo encontrarse, por un lado, una línea de trabajo que adopta una mirada *teórica* de la reflexividad, señalando que la misma es una característica inherente a los actores sociales y/o a las sociedades modernas (Garfinkel, Shutz, Giddens, etc.) y, por otro lado, otra línea de estudios que opta por una mirada *metodológica*, sosteniendo que la reflexividad es más bien una estrategia puesta en juego por el sociólogo durante el proceso de investigación social (Bourdieu, Waquant).

En este capítulo asumimos, a partir de los desarrollos teóricos de Giddens, que los actores sociales son seres reflexivos, es decir que poseen capacidades para comprender su experiencia y la de los otros actores. En su intento por incorporar la preocupación por la reflexividad en la teoría de la acción, Giddens

reconoce la “capacidad de autorreflexión de los agentes humanos para ser monitores de su propia conducta” (1977, p. 72). Comprender el significado de las acciones y las comunicaciones de otros es, entonces, un elemento integral de las competencias de los actores sociales, donde el lenguaje ocupa un lugar central, ya que la comprensión supone la utilización de categorías lingüísticas articuladas con normas (colectivas) tácitamente conocidas.

Sin embargo, en términos analíticos, Giddens distingue la existencia de dos aspectos de la reflexividad: la del observador social y la de los actores cuya conducta él pretende analizar.

La reflexividad del investigador/observador social consiste en ser consciente de su posición en el espacio social, adoptando, a lo largo de su investigación, una mirada crítica que cuestione su mundo de representaciones para poder aprehender y comprender las particularidades de las biografías que pretende analizar. En este sentido, “las explicaciones de las acciones comunes que realiza el investigador son en sí mismas una realización práctica monitoreada reflexivamente” (Giddens, 1977, p. 76).

Entendida como una estrategia de “vigilancia epistemológica”, la reflexividad del investigador debería expresarse, según Bourdieu (1997) en tres niveles diferenciados: la reflexividad sobre los condicionamientos que devienen de la posición ocupada por el investigador en el espacio social, la reflexividad sobre la posición que ocupa el sociólogo dentro de las propias ciencias sociales, y la reflexividad en relación a la potencial confusión entre los puntos de vista del sociólogo (teoría) y la realidad social (práctica). Asimismo, resulta importante señalar que dicha reflexividad puede resultar condicionada o propiciada tanto por el investigador, a partir de su intervención en el encuentro comunicativo, como por las disímiles posiciones de poder (de clase, género, generación, etc.) ocupadas por ambos participantes que entran en interacción al momento de la entrevista.

Ahora bien, pensar la reflexividad en el marco de la perspectiva biográfica significa ocuparse de una cuestión que, aunque se encuentra habitualmente presente en los estudios que adoptan esta aproximación, no ha sido explícitamente abordada en su especificidad. Dada esta situación, en este capítulo enfocamos la mirada en dicha problemática, pretendiendo responder los siguientes interrogantes: ¿cuáles son las particularidades que asume la reflexividad en el marco del trabajo de campo en este enfoque?, ¿cuáles son

los rasgos característicos que posee la reflexividad del investigador a lo largo del trabajo empírico?, ¿qué particularidades presenta la reflexividad de la persona que narra su vida?

Si bien no es posible ni deseable trazar fronteras precisas entre los distintos momentos de una investigación, más aún reconociendo la flexibilidad de la aproximación cualitativa en ciencias sociales (Piovani, 2007), en este capítulo nos concentramos en el momento del *trabajo de campo biográfico* con la idea de realizar un análisis en profundidad de la reflexividad en esta instancia empírica, para enriquecer y potenciar el uso de la misma en el marco de esta perspectiva. El trabajo de campo biográfico será concebido como un momento de investigación planificado donde el investigador “sale al encuentro” de los Otros y co-construye, a partir de dicho encuentro, los datos a analizar. Concretamente, nos referimos al proceso que se inicia con el contacto de los sujetos seleccionados, continúa con la realización de la/s sesión/es de entrevista/s y finaliza cuando se alcanza la saturación teórica de la muestra.

Para alcanzar nuestro objetivo realizamos, en primer lugar, una breve presentación de dicha perspectiva y su instrumento privilegiado, la entrevista biográfica. En segundo término, presentamos un análisis en torno a la reflexividad del narrador y del investigador durante el trabajo de campo. En tercer lugar postulamos una serie de ejemplificaciones concretas provenientes de investigaciones realizadas por nuestro equipo de investigación en los últimos años sobre trayectorias laborales de los sectores petrolero, metalúrgico y gasífero. Finalmente señalamos algunas conclusiones provisorias.

La entrevista biográfica

La perspectiva biográfica, en tanto aproximación teórico-metodológica que permite comprender distintos problemas de la realidad social a partir de la reconstrucción y análisis de historias de vida que expresan la articulación de los condicionamientos objetivos con las representaciones, decisiones y acciones subjetivas a lo largo del tiempo, puede valerse de múltiples fuentes de información tales como: documentos personales, fotografías, periódicos, encuestas de calendario, entrevistas biográficas, etc. Esta última técnica aparece como un dispositivo muy enriquecedor ya que permite recuperar la vida de los actores sociales una vez que ya ha ocurrido, es decir, a posteriori. Representa una forma de estudio en la cual se trabaja al final del proceso y se interroga sobre el pasado.

La entrevista biográfica puede adquirir distintas características de acuerdo con el tipo de instrumento que se utilice. Así, mientras algunas investigaciones realizan entrevistas biográficas semiestructuradas, otros estudios desarrollan entrevistas biográfico narrativas. Esta distinción resulta significativa por la mirada que adquieren con relación a la forma en que se puede construir el conocimiento.

Así, las entrevistas biográficas semiestructuradas, que han sido también llamadas *entrevista en profundidad* (Valles, 1997; Ruíz Olabuénaga, 2012) y *entrevista etnográfica de historia de vida* (Sautú, 1998) se sustentan en una guía de preguntas confeccionada por el investigador en función de sus supuestos teóricos previos y en sus prenociones en relación a la historia de vida del actor social. Su realización consiste en un diálogo abierto entre entrevistador y entrevistado, con pocas pautas, en el que la función básica del entrevistador es incitar al entrevistado a proporcionar respuestas claras, que sean cronológicamente precisas (aspecto esencial del enfoque biográfico, teniendo en cuenta la relevancia de la dimensión temporal), y en las que se explicita de forma amplia las referencias a terceras personas, ambientes, y lugares en donde transcurren los diversos acontecimientos biográficos (Pujadas Muñoz, 1992). El papel jugado por las prenociones del investigador adquiere aquí un rol central con relación a la orientación de los temas narrados en el encuentro.

Las entrevistas biográfico-narrativas han sido, por su parte, también nominadas relatos de vida (Bertaux, 1999), entrevistas biográficas interpretativas (Denzin, 1989), o entrevistas narrativas autobiográficas (Shütze, 2010). Estas entrevistas comienzan con una narración autobiográfica improvisada, en la que el narrador debe explayarse sin interrupciones sobre su historia de vida o algún aspecto de ella, previa explicitación del entrevistador del objetivo de la investigación, así “(...) el entrevistado desborda el control de situación de entrevista y habla libremente” (Bertaux, 1993, p. 29). La idea central es que esta narración de las experiencias personales se realiza sin guías de preguntas, por lo cual supone una aproximación a los hechos experimentados por los sujetos sin mediación de los supuestos teóricos del investigador (Shütze, 2010).

Es necesario recordar que es, siempre, el propio investigador quien debe decidir metodológicamente qué tipo de entrevista utilizar, pudiendo a su vez combinarlas en distintos momentos de una misma interlocución. La aplica-

ción de una u otra entrevista se vincula en primer lugar con la manera en que se pretende construir conocimiento. Si bien ambas buscan captar la propia perspectiva de los actores, creemos que en la entrevista biográfica semiestructurada la narración está en parte conducida por los intereses y el mundo de representaciones del investigador, mientras que en la entrevista biográfico-narrativa el narrador estructura de una manera singular su relato, tanto en lo que a la jerarquización y secuenciación de acontecimientos refiere como a las conexiones que se establecen entre los mismos.

Ahora bien, ya sea debido tanto a una decisión previa como a la dinámica del trabajo de campo, resulta importante señalar que, aunque en este último tipo de entrevista el investigador intente controlar o poner en suspenso sus supuestos teóricos para propiciar el relato, esto no significa que quede “borrado” de la escena. Es decir, si bien una mirada precipitada plantearía que en la entrevista biográfico-narrativa el investigador se desdibuja, por el contrario, creemos que ese investigador, desde su propia reflexividad e indagación, promueve la reflexividad de quien narra y es por ello mismo que se encuentra presente y “condiciona” el acto narrativo. De esta forma, la interacción que se produce en el proceso de investigación promueve la reflexividad del actor social, que se despliega en el mismo transcurrir de la narración ante la presencia particular e inevitable del investigador.

Si bien desde la perspectiva biográfica se supone que todo ser humano posee capacidad de reflexión, creemos que, en el marco de una entrevista biográfica, quien narra despliega una reflexión especial sobre su propia vida ya que, en palabras de Bertaux “(...) el sujeto no recita su vida, sino que reflexiona sobre ella mientras la cuenta” (1999, p. 10). Este tipo especial de reflexión, que denominaremos *reflexividad*, llevada a cabo por el narrador, es promovida por el investigador desde el momento en que lo invita a participar de la investigación y se desarrolla, concretamente, en ese contexto.

En segundo lugar, resulta también importante señalar que el tipo de entrevista que se adopte se vincula con las posibilidades y limitaciones que presenta el trabajo de campo biográfico. Así, mientras en algunos estudios el acceso a la realización de entrevistas resulta relativamente sencillo porque las personas a entrevistar muestran cierta disposición para contar su historia, ya que conocen previamente al entrevistador, en otras investigaciones la realización de las entrevistas resulta más dificultosa dado el desconocimiento previo

de quien realiza la entrevista. Asimismo, es necesario recordar que no todas las personas tienen la misma capacidad y disposición discursiva, situación que también puede condicionar el tipo de dispositivo que se utilice.

Por otro lado, una particularidad del trabajo con entrevistas biográficas es la posibilidad de realizar una segunda y tercera entrevista con el mismo narrador para comprender en profundidad procesos o situaciones que fueron solo mencionadas en el primer encuentro comunicativo y que el entrevistador considera relevante recuperar.

Ahora bien, más allá de estas características, resulta significativo mencionar que la entrevista biográfica, con sus distintos instrumentos, es una invitación que se realiza al actor social a pensar y narrar su vida. Lo interesante radica aquí, en recuperar cómo el entrevistado desarrolla su reflexividad, repensando y narrando su propia vida, otorgándole un sentido y planteando relaciones causales y temporales entre los distintos eventos evocados y relacionados (Piña, 1986, p. 25), en el marco de la investigación en la que se encuentra participando.

La temporalidad adquiere, en esta perspectiva, un lugar central, dado su énfasis en el carácter diacrónico. Es en el relato biográfico que el narrador, desde su presente, se pregunta por su pasado y, a la vez, hace referencia a sus expectativas hacia el futuro. Siguiendo a Mallimaci y Giménez Béliveau,

la construcción del tiempo biográfico es subjetiva, y cargada de sentidos que pueden escapar a las cronologías: los actores elaboran sus nociones del tiempo, a partir de percepciones que están situadas, desde el punto de vista de las pertenencias sociales, económicas, culturales, étnicas, de género (2006, p. 192).

La temporalidad permite comprender no solo la estructuración de la historia de vida del actor social con sus distintos acontecimientos y etapas sino, también, vincular esos períodos recuperados subjetivamente por el narrador con los diferentes momentos históricos en que esa vida tuvo lugar, operación que permite al investigador comprender ese relato como parte de un proceso histórico-social, es decir, como un reflejo de su época (Ferrarotti, 1981).

Finalmente, una consideración importante puede hacerse respecto a la narración de acontecimientos inesperados que implican rupturas en las historias de vida. Estos acontecimientos, que han sido nominados como puntos de

inflexión (Elder, 1985; Hareven y Masoaka, 1988) o bifurcaciones (Godard, 1998; Leclerc Olive, 2009; Bidart, 2006) son relevantes en tanto irrumpen en la temporalidad narrada durante las entrevistas y marcan posibles cambios de rumbo.

Entre la reflexividad del sujeto narrador y la reflexividad del sujeto investigador

Reconstruir y analizar el mundo de representaciones que poseen los actores sociales sobre sus propias acciones implica considerar, como señalamos en la introducción, que son seres reflexivos, es decir, que tienen capacidad y disposición para comprender su experiencia y la de otros actores sociales. Ahora bien, ese proceso reflexivo (que entenderemos aquí como reflexividad) adquiere características distintivas en el marco de un dispositivo biográfico narrativo.

Por ello, señalar que la entrevista biográfica es una invitación que recibe el sujeto por parte del investigador para reflexionar acerca de su propia vida, implica considerar que en el momento del encuentro (cuando la entrevista tiene lugar), la interlocución biográfica propicia la reflexividad de quien narra y la reflexividad de quien escucha. Para el narrador, la reflexividad comienza cuando es convocado a contar su historia y continúa durante la entrevista y posteriormente a ella. Para el investigador, la reflexividad, si bien se inicia cuando delimita su problema de investigación¹, adquiere características distintivas durante las diferentes etapas del trabajo de campo.

De esta forma, para el narrador, la reflexividad se inicia en el preciso instante en que es convocado para ser entrevistado. Es en ese mismo momento que comienza a repensar su trayectoria vital, dejando aflorar de su memoria los recuerdos de tiempos y situaciones pasadas. Esta instancia será nominada por nosotros como momento *emergente* del proceso de reflexividad, en la cual el sujeto entrevistado simplemente rememora, de manera desordenada, rápido y casi sin esfuerzo, eventos, sentimientos, emociones que la invitación a la interlocución sobre su historia personal, o una dimensión específica de esta, hace emerger en el narrador. Luego, durante la entrevista, expresa esos

¹ Para un mayor detalle de este momento de investigación y su relación con la reflexividad, véase el capítulo correspondiente a la construcción del objeto en el presente volumen.

recuerdos y otros que van surgiendo mediante un relato que le permite construir una historia más o menos coherente. En ese relato no hay “una verdad que tenga que aflorar, sino solo experiencias escogidas en la memoria y conectadas entre sí narrativamente” (Lindón, 1999, p. 299).

Ahora bien, es preciso no olvidar que los recuerdos que emergen de la memoria, aquello que se expresa en el relato, es pensado y construido por el narrador en función de quién es el sujeto para quien se narra. Así, al igual que en otro tipo de entrevistas realizadas en el marco de las metodologías cualitativas, la forma en que el investigador se presenta, expresa los objetivos de su trabajo y realiza la invitación para la realización de la entrevista, condiciona aquello que el narrador elige contar, consciente o inconscientemente. En relación con este condicionamiento, la particularidad del trabajo de campo biográfico consiste en el esfuerzo que debe hacer el narrador para contarle al investigador, de una manera clara, los diferentes acontecimientos, emociones, ideas y comportamientos rememorados en su historia de vida y la forma en que estos se fueron entrelazando a lo largo del tiempo.

Dicha narración, que se construye a partir del lenguaje propio del entrevistado, expresa la manera en que el actor social reflexiona sobre su propia vida. Pero en esa narración no solo repiensa y da sentido a su vida, sino que además la construye discursivamente. La biografía no existe entonces por sí sola, sino a partir de su construcción como relato (Ricoeur, 1995).

Es en el proceso mismo de esa narración que el sujeto realiza un montaje de situaciones, personas, espacios, etc., construyéndose a sí mismo “como un personaje central”. Ese montaje, que se desarrolla considerando quién es el interlocutor, no debe ser entendido desde una intención de engaño o manipulación (Lindón, 1999) ni de exceso de coherencia (Bourdieu, 1986), sino como un proceso narrativo mediante el cual el sujeto vuelve a pensar su historia y la manera en que esta se hilvana con la temporalidad. Este segundo momento de reflexividad lo denominaremos *discursivo*, en tanto se produce *in situ* a lo largo de la entrevista, donde el sujeto, al entrar en diálogo con el entrevistador, construye un relato propio.

Habitualmente, la configuración de los acontecimientos que se narran ya han sido contados por el actor social a otras personas y en otros contextos. Estos relatos previos constituyen según Leclerc-Olive (2009) “estructuras pre narrativas de la experiencia” que el dispositivo de investigación biográfico

ayuda a recuperar, despertando recuerdos e invitando a rearticularlos entre sí en la temporalidad.

Ahora bien, el acto de volver a pensar la propia vida en la entrevista biográfica, de desarrollar reflexividad sobre la manera en que los distintos acontecimientos, emociones, ideas y conductas configuran la trama particular que adquirió la trayectoria vital, es realizado desde el presente, es decir, desde las representaciones actuales que tiene el narrador. Estas representaciones, que pueden ser pensadas como un conjunto de ideas, valores y acciones construidas conjuntamente con otros actores sociales en distintos espacios (Moscovici, 1989), han sido elaboradas y sedimentadas a lo largo del tiempo y propician la reconstrucción e interpretación del pasado y del presente y estimulan la configuración de proyecciones futuras. Como señala Leibovici (1979: 38) “la memoria está hecha de pasado perdido y encontrado para permitir que el futuro ocurra”. Así, como destaca Lindón, cuando el narrador vuelve a pensar su biografía, reflexiona sobre ella a partir de esquemas cognoscitivos incorporados con posterioridad a los eventos narrados, pero anteriores al presente. Esto no tiene que considerarse como un rasgo indeseable o una limitación de este enfoque, sino como una particularidad inherente a los estudios que miran el pasado.²

En su relato, el actor social entrevistado recupera su trayectoria vital inscribiéndola en un determinado contexto social, pues la memoria de los hechos recordados forma parte del colectivo social al que el narrador pertenece. De esta forma, si bien es el narrador quien rememora, el recuerdo forma parte de la memoria de los grupos a los que pertenece. En palabras de Halbwachs “mientras la memoria colectiva permanece y extrae su fuerza desde su base en un conjunto coherente de personas, son los individuos como miembros del grupo los que recuerdan” (2011, p. 22). De esta forma, mediante el uso del lenguaje y la memoria, el relato contribuye a reconstruir y comprender el espacio y la estructura social en el que la historia de vida tiene lugar.

Finalmente, el dispositivo biográfico puede también propiciar el desa-

² No es el propósito de este apartado discutir la potencialidad de la recuperación de la memoria en los estudios sociales, sino únicamente señalar que en la reflexividad del dispositivo biográfico opera la recuperación de la memoria con sus potencialidades y limitaciones. Para un mayor conocimiento de las discusiones sobre el estudio del pasado y la memoria ver Ricoeur, 1995, Halbwachs, 2011, etc.

rollo de la reflexividad luego de la entrevista biográfica y/o entre esta y un segundo encuentro comunicativo. En ese momento posterior, el narrador continúa repensando su trayectoria vital, reinterpretando muchas veces las experiencias ocurridas en distintos momentos de su vida. Podemos nominar a este tercer y último momento de reflexividad como *de resignificación*.

El dispositivo biográfico puede así generar para el narrador una posibilidad de ejercer la reflexividad sobre las distintas etapas de su vida, propiciando una relectura de la trama articuladora de las mismas, que, si bien en algunas oportunidades puede generar angustia o malestar, otras veces puede potenciar una reinterpretación de la trayectoria vital en función de las proyecciones futuras del propio narrador.

Por otro lado, la reflexividad del investigador, entendida como una herramienta de vigilancia epistemológica que permite al académico objetivar la propia práctica sociológica llevando a cabo un auto-análisis constante (Bourdieu y Wacquant, 2005), siguiendo los tres ejes señalados en la introducción de este capítulo, se despliega durante el trabajo de campo biográfico también en distintos momentos.

El primer momento se inicia cuando el investigador debe tomar una serie de decisiones en relación con su trabajo de campo. Definir a quiénes va a entrevistar, cómo se presentará y realizará la invitación y en dónde y de qué manera se desarrollará la interacción, constituyen instancias que lo invitan a poner en juego una reflexividad de tipo preliminar, decisoria y *anticipatoria* al trabajo empírico.

En la investigación biográfica, decidir a quiénes se va a invitar a relatar su vida tiene una importancia central, pues los narradores deben tener una “buena historia para contar”³. Por otro lado, la instancia de decisión relativa a cómo se realizará la invitación para el encuentro es también central, dado que el investigador debe desplegar su reflexividad para definir la manera en que intentará generar lazos de confianza y transmitir la importancia y los fines que la entrevista biográfica tiene para su trabajo. Asimismo, el momento y el lugar en que el encuentro narrativo será desarrollado resultan relevantes, en

³ Para un mayor desarrollo del tema véase Ruíz Olabuénaga (2012), quien construye una tipología del protagonista de la historia de vida en función de su carácter marginal, de excelencia o de normalidad.

tanto el espacio y el tiempo pueden propiciar o condicionar el relato de quien lo enuncia. Finalmente, los dispositivos que se decidan utilizar, ya sea la realización de una entrevista biográfica semiestructurada o de una entrevista biográfica narrativa, también deben ser objeto de una decisión reflexiva por parte del investigador, en tanto, como ya se ha visto, una y otra pueden propiciar o condicionar la construcción de conocimiento que se genere en el encuentro.

El segundo momento de la reflexividad para el investigador se produce en el encuentro mismo, *in situ*. En esa relación comunicativa que se establece en una entrevista biográfica, el investigador puede y debe dejarse sorprender por la narración, intentando poner en suspenso tanto su sentido común como sus construcciones teóricas previas en relación con la historia relatada. Esa disposición receptiva de quien escucha abre las puertas al mundo de representaciones del otro y permite comprender en profundidad el relato. Esta apertura a los otros, a su historia y a la posibilidad de reformular las prenociones, forma parte de la reflexividad que realiza el investigador en el momento del encuentro biográfico, y podemos denominarla de tipo *dialogica*, ya que se produce mientras acontece el intercambio conversacional y tiene su origen en la propia escucha e interpretación de lo narrado por el entrevistado.

En esta instancia, es necesario asumir una estrategia de condescendencia con el narrador para disminuir al máximo el condicionamiento que suelen traer aparejadas tanto las relaciones simbólicas y lingüísticas de poder (Bourdieu y Wacquant, 2005) como las características diferenciales existentes entre narradores e investigadores con relación al género, el origen de clase, los efectos de generación y/o la diferencia étnica.

Una vez que ha concluido el encuentro narrativo, el investigador se enfrenta ante el tercer momento de reflexividad, durante el cual debe revisar sus preguntas iniciales, analizar los conocimientos construidos, vincular ese material con información proveniente de otras fuentes, ya sean primarias o secundarias, y decidir si resulta necesario acceder a un nuevo encuentro para pedir ampliaciones y conversar con el “otro” acerca de su interpretación científica. En caso de que este nuevo encuentro fuera necesario, la reflexividad vuelve a reactivarse para luego sí dar por finalizado este tercer momento de reflexividad que podemos denominar *analítica*. Así el investigador revé los objetivos de investigación, vincula el relato construido con datos extraídos de otras fuentes e interpreta la historia de vida del narrador, ahora a la luz de

nuevas nociones e hipótesis originadas en el propio trabajo de campo.

Como resulta evidente, la reflexividad es una característica inherente al trabajo de campo biográfico. Dicha reflexividad adquiere particularidades y momentos distintivos en función de quién sea el sujeto reflexivo. Así, mientras el narrador desarrolla una reflexividad sobre su propia historia en tres tiempos analíticos diferentes y consecutivos, el investigador despliega una reflexividad orientada a poner en cuestión y objetivar su propia práctica y el lugar que como investigador tiene en el trabajo empírico a lo largo de tres tiempos cualitativamente diversos, pero entrelazados en la práctica.

Algunas pistas para pensar la reflexividad metodológica en el trabajo de campo biográfico

Asumiendo, entonces, la reflexividad como un proceso central en la perspectiva biográfica, que, en el contexto de investigación, promueve el desarrollo de una reflexión del sujeto entrevistado sobre su propia vida y una reflexión del entrevistador sobre su investigación, nos proponemos aquí señalar y desagregar algunos ejes sobre las prácticas concretas realizadas por cada uno de estos actores.

Para ello nos valdremos de nuestras propias experiencias investigativas sobre trayectorias laborales de trabajadores/as de sectores industriales (petrolero y metalúrgico del Gran La Plata, y gasífero de Tandil),⁴ retomando ejemplos correspondientes tanto a notas de campo como a fragmentos de entrevistas que consideramos ilustrativos de lo que queremos señalar. Para favorecer la claridad expositiva retomaremos los tres momentos/tiempos de la reflexividad desarrollada, por un lado, por los narradores y, por otro lado, por el investigador que identificamos anteriormente. Cabe resaltar que estos *tiempos* son meras construcciones heurísticas que obedecen a un objetivo analítico (el de pensar la reflexividad en la perspectiva biográfica) y que nunca se observan como tiempos consecutivos reales en el trabajo de campo.

En cuanto al primer momento de la *reflexividad del narrador*, aquella que comienza cuando es convocado para ser entrevistado, creemos que es una instancia relevante, ya que la manera en que haya recibido la invitación,

⁴ Nos referimos específicamente a las investigaciones: Muñiz Terra (2012), Frassa (2004) y Bidauri (2016).

y de parte de quién, invitan y condicionan al actor a repensar su trayectoria vital. La forma en que haya recibido el convite, es decir, aquello que el investigador haya mencionado en el momento en que convoca a la persona, y la existencia de un vínculo previo o no entre ambos interlocutores, propicia que la memoria de determinadas situaciones pasadas se active de manera distinta. Los siguientes ejemplos iluminan estas afirmaciones:

Hace unos años, en una investigación biográfica con trabajadores, realizamos invitaciones para que nos cuenten sus historias de vida. Algunos de ellos eran previamente conocidos por las investigadoras y otros no. La consigna de la invitación era igual para todos y lo que difería era nuestra vinculación con ellos, pues mientras algunos eran completos desconocidos, otros eran vecinos del barrio en el que vivíamos.

En los casos en que no existía un conocimiento de las investigadoras la invitación fue aceptada y el trabajo reflexivo previo del narrador se advirtió en frases, expresadas antes de comenzar las entrevistas y recuperadas en nuestros registros de campo, tales como “mi vida es común, no tiene nada de especial”, o “no sé bien en qué puedo ayudarte con contarte mis años de trabajo en la empresa” (nota de campo, entrevistas a trabajadores del sector petrolero). En estos casos, la reflexividad tenía claramente que ver con comprender que su vida podía ser objeto de interés para una investigación social, pero sin advertir claramente por qué motivo. Esa manera de repensar su historia estaba así más en función de ser útil al entrevistador que de repensarla para sí.

En contraposición, en los casos en que existía un conocimiento previo entre el narrador y el entrevistador, la invitación a contar su vida propició una reflexividad previa en relación con los acontecimientos transitados, a las tristezas y alegrías vividas (y compartidas). Este proceso pudo ser advertido cuando, al realizarse la entrevista, los trabajadores comentaban “estuve conversando con Sergio acerca de nuestra carrera en la empresa, sobre los buenos y malos momentos que atravesamos allá”, o “desde que me dijiste de la entrevista me puse a recordar el momento de la privatización..., busqué el telegrama de despido para acordarme bien cuándo fue” (nota de campo, entrevistas a trabajadores del sector petrolero).

Este primer tiempo de la reflexividad del narrador, que hemos denominado *emergente*, adquiere importancia en tanto opera de distinta forma en la activación del recuerdo y predispone a los entrevistados de diferente manera.

Ahora bien, es en el encuentro para realizar la entrevista que el segundo momento de reflexividad (*discursivo*) tiene lugar en el narrador, en tanto constructor de un relato. Es en ese momento en el cual el actor social va expresando sus recuerdos y reconstruyendo su historia de manera más o menos coherente temporalmente para el entrevistador, que opera un proceso de análisis e interpretación de su vida. La narración biográfica conlleva muchas veces una valoración y comprensión de la propia trayectoria vital que no se tenía antes de haber narrado su historia en el marco de una entrevista biográfica. El siguiente ejemplo ilustra esta cuestión, a la vez que ilumina sobre la reflexividad en torno a la cuestión temporal que estructura la trayectoria laboral del propio entrevistado:

Nota de campo: (...) acordamos un encuentro para el sábado a la mañana. Alejandro me advirtió que seguramente él no me iba a poder ser de mucha utilidad porque no había tenido un recorrido muy amplio en la empresa...

Entrevistado: Bueno, ahí es donde yo te decía que mi recorrido fue ehm no, no, no tuve oportunidad de palpar o de ver muy cristalizado eso porque lo que fue realmente la empresa estatal, mi recorrido, fue bastante breve fueron cuatro años nada más, después la privatización (...). No, no, la trayectoria de él es muy larga, esa sí es larga (en referencia a un ex jefe), y la de Gutiérrez también (...). Capaz que yo te estoy contando cosas que otros por ahí no te las contaron, pero bueno...

Entrevistadora: Por eso, pero es interesante la historia de cada uno.

Entrevistado: Claro, la historia mía es distinta ¿viste? (...). Claro, al principio yo te decía breve, pero no fue tan breve porque en definitiva estamos hablando 14 años, uno dice breve y sí, no, no, a lo que son las relaciones laborales de hoy de breve no tiene nada, al final me convenciste (...) (Fragmento de entrevista a Alejandro, trabajador del sector gasífero).

Asimismo, las ausencias de situaciones o eventos en el relato construido por el entrevistado son, también, datos biográficos relevantes de analizar, ya que no solo es significativo lo que se recuerda sino también lo que, sorprendentemente, se olvida. Lo “no relatado”, lo “no contado” por el narrador es, quizás, el límite más difícil de franquear en el proceso de reflexividad que ocurre en la entrevista biográfica. A menudo, en nuestras investigaciones

sobre trayectorias laborales, hemos encontrado este tipo de ausencias con relación al trabajo: “Me llama la atención que ningún entrevistado detalla rigurosamente el período de crisis de la empresa: las suspensiones, las marchas pidiendo por la preservación de los puestos de trabajo. Parecería que es un período doloroso, que se trata de olvidar” (Nota de campo, investigación sobre trabajadores del sector metalúrgico).

Si bien el relato es el dispositivo de mayor importancia en este segundo momento de reflexividad, los propios trabajadores, a medida que narraban su historia, iban aportando otros materiales que les ayudaban a recordar y reconstruir su trayectoria laboral: instrumentos de trabajo preservados frente a la noticia de quiebra de la empresa, cuadernillos de cursos de capacitación, carta de renuncia de afiliación gremial o de reconsideración frente al despido, medallas otorgadas por los años de antigüedad en la empresa, etc.

Finalmente, en cuanto al tercer momento de reflexividad, aquel que puede desplegar el narrador luego que la entrevista biográfica ha tenido lugar, resulta relevante señalar que el mismo es importante en tanto el narrador continúa repensando su trayectoria vital, reinterpretando muchas veces las experiencias ocurridas en distintos momentos de su vida. En nuestras investigaciones con trabajadores pudimos aprehender este momento *de resignificación*, por ejemplo, cuando en el momento de realizar la segunda entrevista algunos trabajadores nos alcanzaron revistas institucionales de la empresa en la que trabajaban para reafirmar las argumentaciones elaboradas en la primera entrevista, así como fotografías de sus lugares de trabajo, o cuando nos sugirieron contactar a otros trabajadores por ellos conocidos para continuar con el estudio. Estos gestos nos dieron indicios del proceso de reflexividad post-narrativo que había promovido la entrevista.

Así, es de destacar que, hacia el momento de cierre de la entrevista, los trabajadores entrevistados decían frases tales como “Mirá vos todo lo que te conté”, “Me hiciste acordar de muchas cosas” o “Lo de la empresa ya está, ya es pasado, lo superé”, haciendo referencia así a que el propio encuentro comunicacional había servido para tomar conciencia de las experiencias vividas.

En otros casos, este momento de reflexividad posterior a la entrevista puede implicar no solo una resignificación del pasado sino, también una proyección hacia el futuro. Por ejemplo, en la presentación de los resultados de investigación sobre las trayectorias laborales de ex-trabajadores metalúrgicos

(Frassa, 2008), que se realizó en la delegación municipal local y con la presencia de los actores entrevistados durante el estudio, uno de ellos planteo públicamente la necesidad de dar publicidad al citado informe para poner nuevamente en funcionamiento a la empresa, que hacía diez años se encontraba en quiebra y prácticamente desmantelada. Este anhelo también fue expresado por dos esposas de ex trabajadores de dicha empresa. Estas demandas, insospechadas por la investigadora, pueden comprenderse plenamente a la luz de esta instancia del proceso de reflexividad, el cual brindó las condiciones de posibilidad para que (re)emergieran dichos deseos.

En cuanto a la *reflexividad del investigador* podemos señalar que, en el primer momento *anticipatorio*, el investigador diseña una estrategia para la realización de las entrevistas biográficas que supone la explicitación de criterios y la reflexión sobre su toma de decisiones. De nuestras experiencias de investigación podemos señalar que entre los aspectos más relevantes a decidir en esta instancia se encuentran la definición de la muestra de entrevistados, el rediseño de la muestra en el caso de hallar limitaciones empíricas, la estrategia de acercamiento a los sujetos (modalidad de presentación del investigador, explicitación de los objetivos y condiciones de la entrevista, definición del grado de proximidad/distancia con los entrevistados, etc.), la consideración de particularidades (discursivas, sobre todo) propias de los grupos específicos a investigar, las condiciones temporales-espaciales del encuentro con el entrevistado y la consideración de otras “voces” en el relato biográfico de los entrevistados (por ejemplo, la intervención de las esposas de los trabajadores que comparten el momento de la entrevista), entre otros.

Esta toma de decisiones puede ser ejemplificada a través de la siguiente nota de campo:

Me siento muy cómoda con los trabajadores y noto en ellos un gran interés en recuperar la historia de la empresa y de “contar su historia”, tal como alguno me ha dicho, cuando les digo que quiero analizar el trabajo que hacían en la empresa. Por otro lado, creo que me ven bastante “simétricamente” ya que ninguno ha marcado diferencias de estatus o conocimientos. Yo, por mi parte, para poner en cuestión reflexivamente mi posición en la estructura social, me propuse al inicio de la entrevista hablar de cuestiones privadas también (dónde vivo, de qué trabajo, anéc-

dotas sobre algún tema tratado, algún problema que se me presenta). Me visto de manera informal y voy a hacer las entrevistas en bicicleta.

Varias entrevistas las llevo a cabo en las viviendas de los trabajadores y en presencia de algún miembro de su familia (esposa, hijos, nietos) lo cual inicialmente me incomodaba (intenté buscar soledad con el entrevistado), y me hacía pensar que era un sesgo para el relato que el sujeto estaba narrando. Sin embargo, luego comprendí que la participación de las esposas de los entrevistados era en realidad una oportunidad, pues aportaban datos muy interesantes a la conversación que los hombres no me relataban. Por ejemplo, estrategias económicas de supervivencia familiar, estados de ánimo de los maridos cuando se quedaron sin empleo, planes laborales futuros, fechas precisas sobre distintos eventos, etc. Por esta razón decidí incorporar estas voces emergentes a la muestra de entrevistados, en tanto aportan datos relevantes para el análisis (Notas de campo, investigación sobre trabajadores del sector metalúrgico).

El segundo momento de la reflexividad del investigador, que hemos denominado *dialógico*, es, quizás, el más instantáneo y dinámico, ya que opera en simultáneo al desarrollo del relato del entrevistado.

Ya sea que se utilicen entrevistas biográficas semiestructuradas o entrevistas biográfico-narrativas, es indispensable la escucha atenta y abierta del otro. Esto permite poner necesariamente en cuestión los preconceptos, teorizaciones e hipótesis propias que son resignificadas a la luz del testimonio y se expresan en la reformulación y/o emergencia de nuevas preguntas. Esta escucha atenta debe estar presente en todo momento para aprehender los distintos ejes que el narrador desarrolla a lo largo de la entrevista e intentar explorar y profundizar sobre los hilos temáticos que atraviesan esa historia de vida.

En las entrevistas biográficas, tres cuestiones son particularmente sensibles a este ejercicio reflexivo: las hipótesis sobre la temporalidad subjetiva, los hitos o mojones de bifurcación en las biografías y las relaciones causales entre los acontecimientos narrados en las trayectorias.

Frente a aquellos eventos importantes que el narrador haya mencionado, pero no haya sistematizado cronológicamente, el investigador debe volver para intentar recuperar su encadenamiento. Sin embargo, es necesario tener en cuenta que en las entrevistas biográficas la construcción de la temporalidad

que posee el investigador no siempre coincide con la que realiza el entrevistado, en tanto el tiempo es percibido y resignificado subjetivamente. Mientras que el investigador suele pensar y/o plantear una temporalidad macro-social en relación a coyunturas político-económicas (cambios de gobierno, crisis económicas, cierre de empresa, contextos de desempleo masivos), el entrevistado las revive en términos de su propia historia y, en este sentido, puede reconfigurarlas acorde a otros criterios diferentes a los macro-estructurales (cambios de trabajo, mudanzas, fin de relaciones afectivas, etc.).

Lo mismo puede ocurrir con los eventos o acontecimientos vitales que el investigador plantea a priori como relevantes en las trayectorias de vida y que los sujetos entrevistados cuestionan señalando otros nuevos. En este segundo momento de reflexividad, la diferenciación entre el tiempo biográfico (las secuencias típicas según los ciclos de vida de las biografías individuales) y el tiempo histórico (las posibilidades y las limitaciones históricas en las que la biografía se desarrolla) suele volverse fundamental para el análisis biográfico (Dombois, 1998).

En nuestro análisis de trayectorias laborales, por ejemplo, el ingreso a la empresa, el cierre o paso a manos privadas de la misma o el momento del despido configuraban, en nuestra hipótesis de investigación, momentos cruciales de bifurcación en las trayectorias. Sin embargo, no todos los trabajadores lo interpretaban así: muchos de ellos consideraban otros puntos temporales (rumores de despidos, situaciones conflictivas con compañeros, reasignación del sector o turno de trabajo debido a la reestructuración empresarial, enfermedades relacionadas al trabajo, crisis de parejas, etc.) como momentos de ruptura en sus trayectorias. En estos puntos, el investigador debe rever y complejizar constantemente su modelo temporal en función de la percepción subjetiva, el “tiempo micro”, de sus entrevistados (Mallimaci y Giménez Béliveau, 2006) y el momento del curso de vida que estos se encuentren transitando.

La cuestión de la delimitación de los puntos de bifurcación en las biografías puede ser ejemplificado con el siguiente relato, en el cual el trabajador entrevistado identifica hitos de quiebre diferentes a los presupuestos por el investigador:

Entrevistadora: ¿Cuándo dejaste de trabajar en la empresa?

Entrevistado: La fábrica la dejé... El último día que trabajé en la fábrica fue el día que falleció mi señora. Ahí me hicieron trabajar hasta el día que

falleció mi señora. (Eleva el tono de voz) A mí nunca me dijeron 'Martín andáte a tu casa', porque sabían la gravedad de mi señora. Mi señora se descompuso acá el día 23 de septiembre (...). Yo hasta ese día trabajé en la empresa, me agarré tanta bronca, porque mis hijas me dijeron después, por qué se portaron tan mal la cooperativa conmigo, tan mal, porque mis compañeros no fueron prácticamente nadie al velorio de mi señora, no porque no me querían sino porque no le avisaron que había muerto mi señora. Los que manejaban la cooperativa no les avisaron nada porque la gente iba a pedir permiso e iban a dejar de trabajar. Entonces... Entrevistadora: ¿Y usted nunca tuvo una licencia, por familiar enfermo? Entrevistado: No para nada. Por eso es que a mí me quedo una bronca tremenda encima, porque conmigo se portaron de lo peor. Había muerto, mirá lo que son las cosas, la última noche que trabajé en la cooperativa, que se llama COTRAVE, yo ese día me hablan por teléfono de que había fallecido la señora de un compañero mío. Entonces yo me, tenía todos los teléfonos, de toda la gente los teníamos ahí, entonces yo empiezo a llamar uno por uno para que los compañeros pudiesen ir al velorio que estaba en casa Betty de La Plata a acompañar a mi compañero, a todos llamé, uno por uno, los teléfonos que pude conseguir. Y llamé al consejo para que vayan también. Quiere decir que al otro día, cuando vino a trabajar la gente, la mayoría había ido al velorio de la señora del compañero mío. Entonces yo al otro día, me iba yo al velorio de la señora, porque estaba trabajando de noche y no podía ir, llegué con todas las ganas de ir pero vi a mi señora tan embromada que no me fui. Y bueno, no fui y falleció mi señora ese día. Y mis compañeros ese día, nadie se tomó el trabajo de hacer lo que hice yo. Haber llamado por teléfono, se enteraron muy poquitas personas y esas personas pidieron a la hora de almorzar, permiso y fueron al velorio. Entonces se portaron mal porque el consejo (de la cooperativa) no le informó a la gente, no hubo respeto para nada. Entonces mis hijas me dijeron, 'papá ¿dónde tenés tus compañeros vos?, en el trabajo, '¿dónde está la cooperativa?, no viste lo que han hecho, que no han sido capaz de venir a acompañarte a vos, ¿qué clase de compañeros tenés?' Entonces, ya venía embalado y ahí decidí dejar la cooperativa por problemas de salud y cansancio propios. (Fragmento de entrevista a Raúl, ex trabajador metalúrgico).

Asimismo, el ordenamiento secuencial de los acontecimientos biográficos y el establecimiento de relaciones de causalidad entre los mismos constituye otra instancia del trabajo de campo biográfico que invita a la reflexividad permanente. Al interrogarse por las estructuras procesales de los cursos de vida individuales (Schütze, 2010), el investigador debe poner en cuestión, a la luz de los hallazgos empíricos, la existencia de formas elementales presentes en diversas biografías. Así, la construcción de encadenamientos de eventos (por ejemplo: a la pérdida de empleo le sigue el inicio de una búsqueda laboral; la jubilación significa el retiro del mercado laboral, etc.) y/o las inferencias de comportamientos de acuerdo al curso vital de los entrevistados (adultez como sinónimo de independencia económica y afectiva de familia de origen, por ejemplo) son prácticas propias de la entrevista biográfica narrativa que requieren de la vigilancia epistemológica constante por parte del investigador, ya que, como afirma Jelin, “el sociólogo (...) no puede partir del supuesto de etapas universales del ciclo vital” (1976: 15). De no ser así se corre el riesgo de “ajustar a la fuerza” las biografías analizadas a las estructuras teóricas planteadas a priori, descartando los elementos que no encajen con ese patrón general.

Así, por ejemplo, en nuestro análisis sobre trayectorias laborales, al analizar la etapa de jubilación de ex trabajadores metalúrgicos, surgieron nuevos encadenamientos causales entre los acontecimientos que no teníamos previstos teóricamente, tal como deja testimonio la siguiente nota de campo:

De las últimas tres entrevistas parece surgir una nueva categoría: los problemas de salud de los trabajadores luego de producida la quiebra de la empresa. Los problemas cardíacos y de presión no los había siquiera contemplado antes de los encuentros. En estos casos la jubilación anticipada fue concebida como una estrategia económica para la familia frente a la pérdida del trabajo (Nota de campo, investigación sobre trabajadores del sector metalúrgico).

El tercer momento de reflexividad del investigador, que hemos denominado *analítico*, ocurre a posteriori de la entrevista, cuando el investigador reconoce y hace explícitos los hallazgos, errores, limitaciones y/o carencias que tuvo en el encuentro comunicacional (tales como la realización de preguntas direccionadas, la carencia de re-preguntas, la incapacidad para lograr un clima de confianza con el entrevistado, la falta de estrategias para “romper” un

discurso monolítico o apelar a la evocación de recuerdos, una desigual utilización del tiempo entre los tópicos de la entrevista, etc.) y puede replantear su estrategia de acercamiento al campo, su guion de entrevista y/o realizar una segunda instancia de entrevista, modificando, de esta manera, el subsiguiente trabajo de campo. En esta instancia también juega un rol importante el intercambio con otros colegas, a fin de reconocer hallazgos y limitaciones de las interacciones, más aún en el caso de investigaciones colectivas donde diferentes reflexividades analíticas se ponen de manifiesto.

Tomemos como ejemplo la última frase esbozada por un trabajador hacia el final de la entrevista: “a lo que son las relaciones laborales de hoy, de breve no tiene nada [se refiere a su propia trayectoria]. Al final me convenciste” (Fragmento de entrevista a José, trabajador del sector gasífero). Este extracto nos lleva, por una parte, a considerar qué error metodológico cometimos para que el narrador afirme que lo han convencido, cuando en la investigación social no se trata de promover posturas o juicios de valor en los entrevistados, sino de conocer cómo estructuran sus historias de vida. Por otra parte, puede llevarnos a preguntarnos en qué lugar el narrador ha puesto al investigador, es decir, si allí está operando la idea de una cierta jerarquía cognoscitiva de uno sobre otro, vinculada a la posición social de la investigadora.

En este momento el investigador también contrasta la información de los testimonios recogidos con sus nociones, teorías e hipótesis previas. Para lo cual la escritura de memos o de un diario de investigación puede constituir una herramienta de gran utilidad. Aunque “no es fácil establecer una frontera entre lo que constituye una recogida de información propiamente dicha y lo que constituye su análisis reflexivo e interpretativo” (Ruíz Olabuénaga, 2012, p. 292), creemos que esta instancia de reflexividad se completará, luego, en el análisis de los datos, cuando se evalúen los hallazgos y los emergentes del trabajo de campo, y en el momento de la escritura.

En la siguiente nota de campo, por ejemplo, se pone en evidencia este tiempo analítico de la reflexividad cuando la investigadora reconoce las propias limitaciones que tuvo la entrevista y manifiesta su preocupación por las consecuencias que pudiera tener sobre los hallazgos empíricos:

La entrevista transcurrió en su casa. En general se nota en el entrevistado una reticencia importante a dar información. No le gustó nada el tema del

grabador, dijo que le molestaba y por eso en algunas partes de la conversación lo apagamos. Parece ser un hombre muy tradicional y, en cierto sentido, conservador.

(...) identifiqué un tono duro en mis intervenciones como entrevistadora: a veces rebatiendo alguna posición del entrevistado, a veces preguntando incisivamente. Creo que mi desacuerdo en algunas cuestiones fue muy notorio.

No todos los entrevistados han sido igual de predisuestos. Por limitaciones propias o ajenas el entrevistado no llegó a entrar en confianza conmigo, no pude establecer una conversación realmente cómoda (Nota de campo, investigación sobre trabajadores del sector metalúrgico).

En nuestras investigaciones este tercer momento de reflexividad fue clave, en tanto nos invitó a revisar las preconcepciones que teníamos con relación a la temporalidad de las trayectorias laborales, y propició que utilizáramos distintos tipos de dispositivos para las entrevistas en función de la cercanía o distancia que hubiéramos podido establecer con los entrevistados. Así, decidimos, por ejemplo, intentar comenzar la entrevista solicitando una narración abierta de la historia de vida, incorporando luego del relato preguntas específicas que nos permitieran aclarar dudas, y en los casos en que esa narración no resultara posible (por las características discursivas del entrevistado) utilizamos una guía de preguntas armada previamente por nosotras. Transitamos así desde entrevistas biográfico narrativas a entrevistas biográficas semiestructuradas según la ocasión.

Finalmente, en este tercer momento *analítico* podemos también incluir la estrategia o modalidad de “devolución” de lo acontecido durante la entrevista que el investigador hace a sus entrevistados. En este sentido, por ejemplo, al documento final escrito para la investigación sobre ex trabajadores petroleros decidimos darle un formato de libro y hacer una presentación del mismo. Para esta instancia convocamos especialmente a asistir a los ex trabajadores entrevistados, uno de los cuales fue además invitado a exponer sus ideas sobre la publicación. Esta situación fue muy enriquecedora, en tanto como investigadoras pudimos observar la recepción de los entrevistados sobre el producto construido a partir de sus trayectorias laborales y conocer sus opiniones al respecto.

De esta forma, si bien asumimos que los sujetos comienzan un trabajo de reflexividad desde el momento en que son invitados por el investigador al encuentro de entrevista, creemos que el cierre de dicho encuentro o el momento de la devolución puede motivar una reflexividad *in situ* de lo acontecido que vale la pena considerar.

Reflexiones finales

En este capítulo nos hemos preocupado por analizar las particularidades que asume la reflexividad en la instancia del trabajo de campo en la perspectiva biográfica.

Señalamos así que hablar de reflexividad en el trabajo biográfico empírico implica, en principio, considerar una doble práctica, que supone, por un lado, una reflexividad por parte de los sujetos investigados que son invitados a narrar su propia historia y, por otro lado, una reflexividad por parte del investigador sobre su propio quehacer científico. Ambas prácticas se entrelazan en el propio devenir del trabajo de campo, especialmente en el acontecer de la entrevista que se transforma así en un interludio, es decir en una composición co-ejecutada por el entrevistador y el entrevistado en el momento central e intermedio de la investigación biográfica. De este modo, la puesta en práctica de la reflexividad supone un diálogo permanente entre la construcción del objeto y el análisis de los relatos de vida.

La entrevista biográfica, en tanto interludio del proceso de investigación social, se transforma así, desde nuestro punto de vista, en una comunicación entre narrador e investigador que genera una dinámica impredecible en sus efectos de cara a la reflexividad de ambos actores.

La complejidad del trabajo de campo biográfico nos permite entonces identificar analíticamente momentos o instancias diferenciadas de reflexividad por parte del narrador y por parte del investigador. Para el narrador, el proceso de reflexividad comienza cuando es convocado a contar su historia, y continúa durante la entrevista y posteriormente a ella. Hemos denominado a estos tres tiempos como momento *emergente*, el primero y previo al encuentro comunicativo, momento *discursivo*, el que ocurre en la construcción del relato, y momento de *resignificación* al finalizar la entrevista.

Por su parte, para el investigador, la reflexividad, si bien se inicia cuando delimita su problema de investigación, adquiere características distintivas du-

rante las diferentes etapas del trabajo de campo: en el diseño de la estrategia del trabajo empírico (momento *anticipatorio*), en el encuentro comunicativo con los sujetos investigados (momento *dialógico*) y en una primera revisión de la entrevista realizada (momento *analítico*).

Para finalizar, podemos entonces sostener que mientras el narrador desarrolla un proceso de reflexividad sobre su propia historia en tres tiempos analíticos diferentes y consecutivos denominados: *emergentes*, *discursivos* y *de resignificación*, el investigador despliega una reflexividad orientada a poner en cuestión y objetivar su propia práctica y el lugar que como investigador tiene en el trabajo empírico a lo largo de tres tiempos cualitativamente diversos, pero entrelazados en la práctica, que hemos nombrado como *anticipatorio*, *dialógico* y *analítico*.

Cabe resaltar que la construcción de este modelo de diferentes tiempos de reflexividad que hemos presentado tiene únicamente fines analíticos, pues permiten favorecer y profundizar la indagación sobre la reflexividad en instancias cualitativamente diferentes del trabajo de campo. Esta modelización apunta a poner de relieve la complejidad de este proceso y, como toda construcción heurística, es posiblemente limitada y perfectible.

Más allá de las diferenciaciones identificadas en este modelo, nos parece interesante recordar que el trabajo de campo biográfico presenta *per se* condiciones inigualables que propician fuertemente el ejercicio de reflexividad metodológica en las ciencias sociales y constituye un campo privilegiado para pensar las consecuencias metodológicas de las interacciones comunicativas.

Finalmente, retomando la concepción de reflexividad planteada por Giddens (1977), nos parece importante recordar que la reflexividad del investigador, en tanto intérprete de la acción social que permite “extender” los conocimientos disponibles para los actores sociales, está íntimamente ligada a las potencialidades de convertir a la teoría social en una teoría *crítica*. El quehacer (reflexivo) del científico social, en palabras de Giddens (1977, p. 77), permite a los actores sociales que “los fundamentos previamente desconocidos de la acción lleguen a ser utilizados para el monitoreo de su conducta”, es decir, que el mayor rango de conocimientos disponibles devenga en una potencial mayor autonomía racional de su acción.

Bibliografía

- Bertaux, D. (1983). *From the life-history approach to the transformation of sociological practice in Biography and society: The life history approach in the social sciences*. Beverly Hills: Sage Publications.
- Bertaux, D. (1993). La perspectiva biográfica: validez metodológica y potencialidades. En J. M. Marinas y C. Santamarina (Eds.), *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid: Debate.
- Bertaux, D. (1999). El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades. *Proposiciones*, 29.
- Bidart, C. (2006). Crises, décisions et temporalités: autour des bifurcations biographiques. *Cahiers internationaux de sociologie*, 120, 29-57.
- Bidauri, M. P. (2016). Identidades laborales de ex trabajadores de una empresa estatal privatizada. Un estudio de caso sobre los trabajadores de Gas del Estado en Tandil. *IV Jornadas sobre Estudios regionales y Mercados de Trabajo*.
- Bourdieu, P. (1986). L'illusion biographique". *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 62-63.
- Bourdieu, P. (1997). La ilusión biográfica. En: *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2005). El propósito de la sociología reflexiva (Seminario de Chicago). En P. Bourdieu y L. Wacquant. *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Denzin, N. (1989). *Interpretative Biography. Qualitative Research Methods*. Newbury Park: Sage Publications.
- Dombois, R. (1998). Trayectorias laborales en la perspectiva comparativa de obreros en la industria colombiana y la industria alemana. En T. Lulle, P. Vargas y L. Zamudio (Coords.), *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales*. Lima: Institut Français d'Études Andines - Anthropos Editorial - Universidad Externado de Bolivia.
- Elder Jr, G. H. (1985). *Life course dynamics: trajectories and transitions 1968-1980*. Ithaca: Cornell University Press.
- Ferrarotti, F. (1981). Sobre la autonomía del método biográfico. En D. Bertaux (Coord.), *Biography and society. The life approach in the social sciences*. Studies in International Sociology. Nº 23. Beverly Hills: Sage.
- Frassa, J. (2004). El mundo del trabajo en cambio. Trayectorias laborales de

- los ex trabajadores de OFA. *Trabajos finales Licenciatura en Sociología: 1985-2010*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Disponible en Memoria Académica, (FAHCE/UNLP): <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.563/te.563.pdf>
- Frassa, J. (2008). Rupturas y continuidades en el mundo del trabajo. Trayectorias laborales y valoraciones subjetivas en un estudio de caso. *Cuestiones de Sociología: Revista de Estudios Sociales*, 4, 243-268.
- Giddens, A. (1977). Hermenéutica, etnometodología y problemas del análisis interpretativo. En: *Studies in Social and Political Theory*. London: Hutchinson University Library.
- Godard, F. (1998). Uso de las historias de vida en las Ciencias Sociales. En T. Lulle, P. Vargas y L. Zamudio (Coords.), *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales* (vol. II). Barcelona: Anthropos.
- Halbwachs, M. (2011). *La memoria colectiva*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Hareven, T. y Masoaha, K. (1988), Turning points and transitions. Perceptions of the life course. *Journal of family history*, 13(3).
- Jelin, E. (1976). El tiempo biográfico y el cambio histórico: reflexiones sobre el uso de historias de vida a partir de la experiencia de Monterrey. *Estudios Sociales*, 1.
- Leclerc-Olive, M. (2009). Temporalidades de la experiencia: las biografías y sus acontecimientos. *Revista Iberforum*, IV(8).
- Leibovici, S. (1979). L'Expérience du psychanalyste chez l'enfant et chez l'adulte: Devant le modèle de la névrose infantile et de la névrose de transfert. *Actes del 39º Congrès des psychanalystes de langues romanes*.
- Lindón, A. (1999). *El trabajo y la vida cotidiana. Los modos de vida urbanos en el valle del Chalco*. Tesis doctoral. México.
- Mallimaci, F. y Giménez Béliveau, V. (2006). Historia de vida y métodos biográficos. En I. Vasilachis de Gialdino (Coord.), *Estrategias de investigación cualitativa*. México: Gedisa.
- Moscovici, S. (1989). Des représentations collectives aux représentations sociales: éléments pour une histoire. En D. Jodelet (Ed.), *Les représentations sociales*. Paris: PUF.
- Muñiz Terra, L. (2012). *Los (ex) Trabajadores de YPF. Trayectorias laborales a veinte años de la privatización*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Muñiz Terra, L. et al. (2015). De la entrevista guionada a la entrevista

- biográfico-narrativa: reflexiones en torno a un trabajo de campo colectivo. *IV Jornadas Internas del CIMECS “Reflexiones metodológicas situadas en torno a los procesos de investigación”* IdIHCS-FaHCE-UNLP. <http://libros.unlp.edu.ar/index.php/unlp/catalog/book/486>
- Piña, C. (1986). *Sobre las historias de vida y su campo de validez en las ciencias sociales*. Documento de trabajo N° 319. Chile. FLACSO.
- Piovani, J. I. (2007). El diseño de investigación. En A. Marradi, N. Archenti y J. I. Piovani. *Metodología de las ciencias sociales*. Buenos Aires: Emece.
- Pujadas Muñoz, J. J. (1992). *El método biográfico: El uso de historias de vida en ciencias sociales*. Cuadernos metodológicos N° 5. Madrid: CIS.
- Ricoeur, P. (1995). *Tiempo y Narración*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ruiz Olabuénaga, J. (2012). *Metodología de la Investigación Social*. Bilbao: Editorial Universidad de Deusto.
- Sautú, R. (1998). *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Schütze, F. (2007). *Biography Analysis on the Empirical Base of Autobiographical Narratives: How to Analyse Autobiographical Narrative Interviews—Part I*. European Studies on Inequalities and Social Cohesion.
- Schütze, F. (2010). Pesquisa biográfica e entrevista narrativa. En W. Weller y N. Pfaff, (Org.). *Metodología da pesquisa qualitativa em educação*. San Pablo: Editora Voses.
- Valles, M. (1997). *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis.

Del análisis a la escritura de textos biográficos: el lugar de la reflexividad en las interpretaciones y puestas en montaje de las biografías

Leticia Muñiz Terra y Eugenia Roberti

Introducción

Los estudios biográficos han ido adquiriendo un lugar destacado en el ámbito de las Ciencias Sociales en las últimas décadas, de la mano de la revaloración que experimentaron los métodos cualitativos a partir de finales de los años sesenta. En el marco de este impulso renovado, encontramos un vacío en torno al lugar que se le concede a la pregunta por la *reflexividad* en el proceso de análisis biográfico. Esto no significa, sin embargo, que al interior de este campo de estudios no se hayan efectuado operaciones reflexivas en las tareas de investigación; sino que, por el contrario, la vinculación entre biografía y reflexividad no se presenta como una preocupación explícita.

El presente capítulo se propone indagar sobre la reflexividad en los estudios biográficos, centrándose en la última etapa del proceso de investigación con historias de vida: el análisis y la elaboración del texto biográfico.¹

Para ello partimos de la presunción de que la fase de análisis y escritura involucra un *proceso de deconstrucción de la reconstrucción*, centrado fun-

¹ Esta división es meramente analítica, concebimos que la instancia de análisis e interpretación subyace a lo largo del proceso de investigación –en rechazo a una visión de etapas diacrónicas–. En este punto, cabe señalar que “el trabajo interpretativo no interviene después de la batalla empírica, sino antes, durante y después de la producción de los ‘datos’ que justamente nunca son dados sino que están constituidos como tales por una serie de actos interpretativos” (Lahire, 2006, p. 42).

damentalmente en el trabajo interpretativo del investigador. En otras palabras, sostenemos que en esta etapa el cientista social debe abocarse a desagregar la narrativa construida por el sujeto durante la entrevista biográfico-narrativa; en este punto, intentamos dilucidar específicamente la manera en que el investigador incorpora en el proceso de conocimiento su propia reflexividad metodológica, como también la operación reflexiva realizada por el narrador en ese contexto.

Seguimos en esta diferenciación las dos grandes categorías de los usos del término *reflexividad* empleadas por Denis Baranger en este libro. Así, por un lado, atendemos las contribuciones teóricas de Giddens, quien concibe la noción de reflexividad como un acto de comprensión y otorgación de sentido que subyace –en tanto condición ontológica– a todo actor social. No obstante, este autor señala la existencia de una doble hermenéutica que distingue entre la reflexividad de sentido común de todo actor social sobre sus propias acciones y la reflexividad del investigador, quien busca analizar la conducta del actor social para ofrecer explicaciones de los fundamentos desconocidos de su acción.

Por otro lado, retomamos los aportes de Bourdieu y Wacquant para señalar la necesidad de ejercer la reflexividad metodológica que despliega el cientista social en tres niveles distintos: a) el primero hace referencia a los condicionamientos que devienen de la posición ocupada por el sociólogo en el espacio social; b) el segundo, que tiene que ver con la posición del investigador dentro del campo intelectual; c) finalmente, el tercer nivel es el que deviene de la falacia escolástica, que consiste en confundir la teoría con la práctica.

Así, desde una mirada de la reflexividad centrada en las ideas teóricas giddensianas y metodológicas bourdieanas, sostenemos que la reflexividad es una condición ontológica de todo actor social, y que en el marco de una investigación social la misma debe adquirir ciertas particularidades que vale la pena analizar.

En este sentido, para el análisis que desarrollamos en este capítulo, consideramos que en las investigaciones biográficas pueden identificarse dos reflexividades específicas: la del investigador y la del narrador. La reflexividad del investigador consiste en ser consciente de su posición en el espacio social y en el campo intelectual, y en no confundir la teoría con la práctica, adoptando a lo largo de su investigación una mirada crítica que ponga en suspenso

(o cuestione) su mundo de representaciones anclado en las posiciones anteriormente señaladas, para poder aprehender las representaciones del “otro” y comprender en profundidad las particularidades de los trayectos vitales que pretende analizar.

La reflexividad del narrador alude, en cambio, al acto de repensar la historia de vida que realiza el entrevistado en el contexto específico de la investigación biográfica en la que participa. Dicha reflexividad se despliega antes, durante y después de la entrevista biográfica² y es expresada por el actor social de manera narrativa al transmitir en su relato sus propias interpretaciones sobre el transcurrir de su vida, sus representaciones temporales, la evaluación de las opciones que se le presentaron, las decisiones tomadas, etc.

Considerando especialmente esta diferenciación, en el presente capítulo planteamos los siguientes interrogantes: ¿Cuáles son las particularidades de la reflexividad realizada por el investigador en la instancia de interpretación? ¿Cuál es el lugar que se le otorga en el proceso analítico a la reflexividad que el sujeto realizó en la narración de su propia vida?

Con esta finalidad, en un primer apartado presentamos diferentes estilos de análisis utilizados tradicionalmente en la investigación biográfica, para luego abordar los *tres momentos* que, desde nuestra mirada, están involucrados en el proceso de interpretación de relatos e historias de vida³: la etapa de registro y transcripción, el posterior trabajo interpretativo que caracteriza a la fase analítica de una investigación, y, finalmente, la instancia de presentación de los datos o puesta en montaje del texto biográfico. En cada uno de los momentos recuperamos las particularidades de la reflexividad del investigador y la forma en que la reflexividad del sujeto es considerada en ese proceso interpretativo; a su vez, analizamos la manera en que se introduce la *dimensión*

² Para un mayor detalle sobre la reflexividad de narrador en el trabajo de campo biográfico ver el capítulo de Muñiz Terra, Frassa y Bidauri en este libro.

³ Muchos autores señalan la diferencia entre *relato de vida e historia de vida*, circunscriben el primero sólo a la versión (oral o escrita) que un individuo realiza de su propia vida. Caracterizan, en cambio, a la historia de vida por la utilización de una gran variedad de materiales (diarios personales, cartas, fotografías, archivos, testimonios de terceros, entre otros) para indagar en la vida de un individuo y construir su biografía, con compañía o no del propio relato (Piña, 1986; Pujadas Muñoz, 1992; Rojas Wiesner, 2001). El presente capítulo está centrado en el análisis de relatos de vida construidos en el marco de una entrevista biográfico-narrativa, sin considerar otras fuentes que también pueden aportar al análisis característico de estas investigaciones.

temporal, característica central de esta aproximación. Por último, a modo de ilustración, evocamos a lo largo del capítulo un conjunto de reflexividades situadas en torno al proceso de investigación biográfica a partir de estudios empíricos de nuestra autoría.⁴

Aproximaciones al análisis biográfico

En el presente apartado realizamos una breve descripción de distintos estilos de análisis biográfico con el objetivo de vislumbrar las ideas rectoras de cada una de estas aproximaciones. Luego, señalamos las características más relevantes de la aproximación analítica específica que desplegamos en nuestras investigaciones, con la intención de señalar la importancia que adquiere la imbricación de temporalidades como dispositivo de interpretación del dato biográfico. Esta última descripción sirve de base para analizar, en el próximo apartado, las especificidades que asume la indagación por la reflexividad en el campo del análisis de acontecimientos biográfico y momentos bifurcativos.

Para comenzar, es importante señalar que las estrategias de análisis seleccionadas que se engloban bajo este enfoque son múltiples, así como los abordajes teórico-metodológicos que subyacen a sus formulaciones. En este sentido, una primera perspectiva de análisis centra su interés en la estructura sincrónica de los relatos e historias de vida, identificando *nodos o tópicos temático-narrativos*. Cabe resaltar que el procedimiento de análisis temático es una estrategia tradicional al interior de las investigaciones cualitativas; alude a un “área temática” significativa y consistente que se encuentra asociada con la estructura narrativa del relato, pero carece de su secuencialidad y desarrollo temporal (Sautú, 2004; Duero y Limón, 2007).

Sin embargo, resulta fundamental destacar que al interior del campo de los estudios biográficos la preocupación central ha sido el análisis de las estructuras temporales del relato. Precisamente, esta perspectiva teórico-metodológica aporta la temporalidad necesaria para romper con la noción estática de ciertos abordajes sociales, al intentar dar seguimiento a lo largo del tiempo

⁴ Cabe señalar aquí, como matriz insumo de estas ilustraciones, la tesis de maestría de Eugenia Roberti (2015) que aborda las trayectorias laborales de jóvenes pobres y sus imbricaciones con otras esferas de la vida; y la tesis doctoral de Leticia Muñiz Terra (2012) sobre las trayectorias laborales de los ex trabajadores de la empresa petrolera argentina Yacimientos Petrolíferos Fiscales.

a una variedad de procesos. De allí que, en lo que respecta al carácter distintivo de la aproximación biográfica, la multiplicidad de enfoques interpretativos comparten la centralidad otorgada a la estructura diacrónica de la narración, caracterizada por una secuencialización de los datos biográficos como procedimiento para el análisis.

Un primer enfoque analítico preocupado por la estructura diacrónica de la narración es el que elabora Schütze (2010), quien se basa en una teoría narrativa según la cual existen principios básicos e intersubjetivos que estructuran el esquema comunicativo y que provocan el ordenamiento secuencial de los acontecimientos biográficos, que pueden ser analizados posteriormente por el investigador a través de las marcas lingüísticas y paralingüísticas utilizadas por el sujeto entrevistado. Así, este autor describe a la historia de vida como una sedimentación de estructuras procesales que están ordenadas secuencialmente, donde el análisis del texto se preocupa fundamentalmente por la narración del sujeto y sus representaciones temporales, sin otorgarle centralidad a la estructura histórico-social que condiciona las experiencias personales narradas.

Una segunda aproximación analítica se enmarca al interior de la *sociología del acontecimiento*, encaminada a entender el universo existencial de los individuos a través de la organización de las secuencias temporales de una vida. En este marco, Godard (1996) señala la existencia de tres modelos de temporalidad, concebidos como esquemas interpretativos que permiten hacer inteligible el dato biográfico: el arqueológico, el procesual y el estructural. Siguiendo esta propuesta, los enfoques precedentes están centrados no en el individuo, sino en los acontecimientos que organizan y pautan la vida del sujeto. Al organizar las biografías alrededor de los acontecimientos y coyunturas de la existencia de una persona, este dispositivo se focaliza en el análisis de la temporalidad social e histórica, dejando en un segundo plano las representaciones y capacidad de agencia del individuo.

En diálogo con este último modelo analítico, se encuentran aquellas aproximaciones que señalan la existencia de nudos o momentos claves en las biografías, que vislumbran períodos de transición de especial relevancia para el proceso de investigación con relatos de vida. Desde la sociología francesa, el trabajo de Leclerc-Olive (2009) formula la noción de *acontecimiento biográfico*, concebida como aquellos puntos de la biografía en que la vida “da un

giro” que marca su desarrollo posterior. En sintonía con este planteo, Bidart (2006) subraya el uso de la categoría *bifurcaciones biográficas* para hacer referencia a los cambios de orientación bruscos e imprevisibles que ocurren a lo largo de la vida de una persona, producto de una situación de crisis que abre un nuevo abanico de posibilidades. Por su parte, desde los estudios norteamericanos (Elder, 1985; Hareven y Masoaka, 1988) se delinea la idea de *puntos de inflexión* para señalar el posible advenimiento de momentos de ruptura en el trayecto vital de los actores sociales. En suma, estas perspectivas subrayan la relevancia de incorporar el análisis de los acontecimientos contingentes –objetivos y/o subjetivos– en los estudios biográficos, al ser la fuente de cambios significativos que inscriben un antes y un después en las trayectorias individuales.

Finalmente, encontramos un modelo específico de interpretación narrativo-biográfico fundado en el *análisis reticular del discurso* (Lozares y otros, 2003; Verd, 2006). Esta aproximación va más allá de una simple enumeración temática y/u ordenada de los acontecimientos narrados en el relato; se distingue por el desarrollo de una estructura de carácter tridimensional que pretende abordar, simultáneamente, la estructura sincrónica y la diacrónica presentes en cualquier texto narrativo. El procedimiento de análisis narrativo-biográfico se fundamenta en las aplicaciones de la perspectiva de redes sociales a la comprensión de textos y se orienta hacia un enfoque subjetivista, al centrarse en la utilización de jerarquías de conceptos que muestran la dimensión cognitiva de los enunciados del narrador, y en las relaciones de causalidad que vinculan los acontecimientos descriptos en la narración biográfica. De este modo, esta aproximación se orienta hacia la perspectiva del actor que narra su vida y su mundo de representaciones temporales.

A partir de este recorrido dilucidamos que el carácter distintivo de los estilos de análisis biográficos se asienta en su preocupación por la estructura diacrónica de la narración, que pone el acento en los múltiples factores causales –objetivos o subjetivos– de la acción a lo largo del tiempo. Sin embargo, la diversidad de estilos analíticos radica en el lugar que se le otorga en el proceso de conocimiento a la dicotomía estructura/acción, problemática que trasluce el modo en que se introduce la dimensión temporal en la instancia de interpretación y escritura biográfica.

De esta manera, mientras la teoría narrativa de Schütze (2010) y el análi-

sis reticular del discurso de Verd (2006) o Lozares y otros (2003) se orientan exclusivamente hacia las *temporalidades biográficas* de los sujetos, evidenciando una posición inductivista –el primero– y subjetivista –el segundo–, ambas fundadas en el interés central que adquiere el texto narrado, la sociología del acontecimiento de Godard (1996) se inscribe en una postura estructuralista que focaliza su mirada en el encadenamiento de acontecimientos y *temporalidades sociales* esperables en la vida de un sujeto (transición escolar, laboral, residencial, etc.), que están pautadas por la sociedad pero que se encarna en cada persona de manera específica. Por su parte, las perspectivas analíticas centradas en el acontecimiento biográfico de Leclerc-Olive (2009), la bifurcación biográfica de Bidart (2006) y el punto de inflexión de Hareven y Masoaka (1988) adoptan una posición intermedia, al atender los momentos de cambios –bruscos e imprevisibles– en la vida de las personas que encuentran sus orígenes en factores externos (crisis económicas, perturbaciones políticas, etc.) y/o en situaciones personales (fallecimientos, enfermedades, etc.), dando así relevancia a la imbricación entre las *temporalidades biográficas, socio-institucionales e históricas*.

Frente a esta diversidad de estrategias interpretativas, que le otorgan distinta relevancia a la estructura diacrónica de la narración y a la dicotomía estructura/acción, en nuestras investigaciones decidimos adoptar una mirada analítica integradora, que hemos denominado *análisis de acontecimientos biográficos y momentos bifurcativos* (Muñiz Terra, en prensa). Esta aproximación combina el análisis de la estructura sincrónica de los relatos e historias de vida con el análisis diacrónico aportado por la sociología de los acontecimientos (Godard, 1996) y de los eventos contingentes (Hareven y Masoaka, 1988; Bidart, 2006). La combinación de ambas miradas en un único dispositivo analítico resulta, en nuestra opinión, enriquecedora, en tanto posibilita una interpretación compleja de las biografías y sus bifurcaciones recuperando la importancia de la irresoluble tensión acción/estructura a través de una propuesta de enlace de las distintas temporalidades anteriormente señaladas.

Ahora bien, atendiendo a la preocupación por la reflexividad en el análisis biográfico, a continuación buscamos deconstruir la reflexividad del investigador y del narrador en cada uno de los tres momentos analíticos identificados en la introducción de este capítulo, a saber: la etapa de transcripción, de

análisis y de puesta en montaje del texto biográfico. En particular, describimos la manera en que la reflexividad se hace presente en esos tres momentos en el marco del análisis de acontecimientos biográficos y momentos bifurcativos, recuperando a modo de ilustración nuestras propias investigaciones sobre trayectorias laborales de diversos colectivos sociales.

Primer momento. La transcripción del relato biográfico: entre la re-escritura y la recreación narrativa

En esta primera instancia de transcripción se cristaliza la *reconstrucción* del relato biográfico, actividad mediante la cual el investigador buscó develar y promover la reflexividad del sujeto investigado, en el proceso de rememoración y narración de su propia vida, con el fin de acceder a las interpretaciones acerca del mundo en que se desenvuelve su biografía: “pues el sujeto no recita su vida, sino que reflexiona sobre ella mientras la cuenta” (Bertaux, 1999, p. 10). En este sentido, aunque entendemos que la reflexividad es una capacidad intrínseca a todo agente social en cuanto acto de comprensión y otorgación de sentido a sus acciones (Giddens, 1977), sostenemos que este proceso adquiere ciertas particularidades en el marco de la interacción de una entrevista biográfico-narrativa.

En efecto, durante la transcripción de la entrevista biográfica se busca aprehender la capacidad reflexiva de los sujetos para narrar su propia experiencia de vida. En términos de Schütze (2010), se trata de explorar la capacidad de explicación y abstracción del informante como especialista y teórico de su “yo”. De este modo, prima la voz del entrevistado al otorgarle un espacio a la reflexividad y la narración de sí mismo. Esto implica asumir la relevancia de la experiencia de los individuos para la construcción de conocimiento sociológico, desde una perspectiva que pone “al hombre ordinario no como un objeto de observación, de medición, sino como un *informante* y, por definición, como un informante mejor informado que el sociólogo que lo interroga” (Bertaux, 1999, p. 16).⁵

Este proceso de co-construcción del conocimiento resulta una característica del paradigma interpretativista propio de las investigaciones cualitativas.

⁵ Para una mayor profundización sobre el encuentro de reflexividades en la instancia del trabajo de campo, véase el capítulo de Muñiz Terra, Frassa y Bidauri del presente volumen.

En este sentido, la elaboración del texto biográfico –y, específicamente, la fase de transcripción– no debe concebirse como un ejercicio automático de traducción de la realidad, sino a partir de una actitud reflexiva sobre su contexto de producción, donde la posición (de clase, género, generación, etc.) que ocupa el investigador y el sujeto investigado en el espacio social afecta tanto el marco de interacción como también el escenario de interpretación de los datos: el sentido de la narración es inseparable del contexto en que se produce (Bourdieu y Wacquant, 2005). De esta forma, el relato que se obtiene como resultado de las sucesivas entrevistas es un producto contingente fuertemente condicionado por la relación que se establezca durante la entrevista, por el ámbito en donde tiene lugar el encuentro, por las características personales del investigador, entre otros (Güelman y Borda, 2014).⁶

La reflexividad por parte del investigador debe, entonces, permanecer durante la etapa de transcripción del relato biográfico. Precisamente, como apunta Lejeune: “transcribir no es una simple operación de copia (...). Es una recreación completa. Se intenta inventar una forma que exprese al mismo tiempo que la emisión del relato su audición” (1989, p. 42). De este modo, cuando la transcripción tiende a aparecer como “natural” –el mismo gesto de la copia–, engendra la forma más peligrosa de ilusión realista. En concordancia con esta posición, Bourdieu (2013), sostiene que transcribir una entrevista es, necesariamente, *reescribir*. Se debe restituir todo lo perdido en el paso de la oralidad a la escritura, tomando en cuenta los fenómenos paralingüísticos para incluirlos en el texto narrativo construido (Schütze, 2010); es decir, la pronunciación, la entonación, el ritmo, el lenguaje de los gestos, la postura corporal, etc. Asimismo, se aconseja aligerar el texto de ciertas frases confusas, muletillas o repeticiones.

Finalmente, por la centralidad que adopta la estructura diacrónica en el análisis de las entrevistas biográfico-narrativas, en compañía de la transcripción del relato biográfico, el investigador puede elaborar distintos registros (original, cronológico, de personas y temático) que le van a resultar de utilidad para el análisis y desarrollo de la investigación (Pujadas Muñoz, 1992).

⁶ En términos de Bourdieu y Wacquant (2005), el sociólogo debe objetivar tanto el objeto de investigación como objetivarse a sí mismo (objetivar el punto de vista objetivador). Es decir, debe ser consciente (y dar cuenta) del proceso de construcción del objeto de investigación y la relación situada que se establece con él.

De este modo, si bien en la instancia de *reconstrucción* del relato biográfico la reflexividad desarrollada por el sujeto adquiere un carácter primordial –en tanto la tarea principal del investigador es recuperar la temporalidad narrada que trasluce el esfuerzo realizado por el entrevistado para repensar su propia vida–, al mismo tiempo, se comienza a delinear tibiamente el proceso de *deconstrucción* del relato a través de la elaboración de registros tanto sincrónicos como diacrónicos (andamiajes del dispositivo cronológico y temático confeccionado durante el segundo momento) que introducen aspectos explicativos al recurrir a otras temporalidades (socio-institucionales e históricas) que complementan al registro biográfico-narrativo.

Asumiendo estas cuestiones, en nuestras investigaciones sobre trayectorias laborales, la apuesta reflexiva en esta instancia tuvo que ver con la definición de la manera en que íbamos a transcribir los relatos. La decisión incluyó entonces la necesidad de una desgrabación “literal” que incorporara marcadores paralingüísticos para los silencios, las risas y los llantos, expresiones no verbales que aparecieron con recurrencia. Junto a ellos nos ocupamos de introducir al principio de cada desgrabación las notas de campo del contexto de producción de entrevista, donde desarrollamos registros metodológicos (justificación de la selección de los entrevistados, criterios espacio-temporales para la realización de las entrevistas y estrategias metodológicas implementadas), registros descriptivos (vinculados con el marco de interacción entre investigador y sujetos investigados antes, durante y finalizada la situación de entrevista) y, por último, registros analíticos (formulación de las primeras hipótesis interpretativas). Asimismo, junto a la transcripción del texto de la narración biográfica, elaboramos un registro cronológico de los acontecimientos biográficos más significativos, donde se dejó de lado el orden secuencial del relato del entrevistado, en favor de un criterio que atendió la sucesión de las etapas temporales de una vida.

Segundo momento. Análisis e interpretación: un encuentro de reflexividades

Este segundo momento puede ser pensado como el tiempo de la *deconstrucción* propiamente dicha. En esta instancia, el investigador se ocupa de desmembrar el relato reescrito y recreado en la etapa de transcripción, interpretándolo a la luz de sus preocupaciones. El proceso de deconstrucción su-

pone así la fragmentación del relato en secuencias de eventos, bifurcaciones y nodos temáticos, que implican una reorganización por parte del investigador de la operación reflexiva realizada por el entrevistado en la narración de sus experiencias de vida.

Ese proceso analítico es realizado por el cientista social en función de su problema de investigación y de su mundo de representaciones. En este sentido, podemos señalar que el investigador queda preso, aún sin desearlo, de su propia mirada. Tal como señala Bourdieu: “El sociólogo no puede ignorar que lo propio de su punto de vista es ser un punto de vista sobre un punto de vista. No puede re-producir el correspondiente a su objeto y constituirlo como tal al resituarlo en el espacio social, más que a partir de su punto de vista” (2013, p. 543).

Ahora bien, en la construcción de esa mirada debe tomar posición sobre la estrategia interpretativa que va a desplegar para abocarse a comprender el relato biográfico. En nuestro caso, el camino seguido fue el *análisis de acontecimientos biográficos y momentos bifurcativos* (Muñiz Terra, en prensa). A partir de esta estrategia analítica pudimos combinar el análisis sincrónico, que nos permitió construir un corpus de categorías amplias para la investigación, con el análisis diacrónico, que posibilitó establecer conexiones entre las categorías y los acontecimientos narrados por los entrevistados con relación tanto a los distintos períodos transitados en sus trayectorias vitales como a sus bifurcaciones.

La perspectiva de análisis de acontecimientos biográficos y momentos bifurcativos adoptada se funda así en un primer momento de comprensión sincrónica, basada en lo que Alonso (1999) denominó “análisis socio-hermenéutico de los discursos”, es decir, un análisis pragmático del texto narrativo y de la situación social –micro y macro– que los generó. La idea central es que el investigador analiza los textos que posee buscando en ellos el mundo de los significados y percepciones que los actores le asignan a sus acciones en el particular contexto y momento en que tienen lugar. Desde esta perspectiva lo que se pretende es a “recoger hechos del habla y constituir con ellos un corpus de categorías que adquieren sentido en relación con los usos principales que, desde las hipótesis de la investigación, orientan el discurso de los enunciantes” (Alonso, 1999, p. 207).

El segundo momento de esta perspectiva analítica se centra en la com-

prensión de la estructura diacrónica de la narración. De ahí que los factores causales en los relatos suelen tomar un lugar central en las interpretaciones. Como ha destacado Ramos, la narración tiene “una interesante propiedad: que sugiere *fuertemente una lógica causal*” (2001, p. 71, cursivas en el original). La causalidad presente en una narración no es necesariamente una causalidad de carácter mecánico, se trata más bien de razones que brinda el narrador para explicar un determinado desarrollo de los acontecimientos (Verd, 2006).

En ese camino interpretativo, el investigador puede distinguir entre los “pequeños acontecimientos” –cuya narración no es indispensable para la comprensión de la trayectoria biográfica en su conjunto– y los “acontecimientos significativos” que conforman el armazón narrativo de los relatos que se recogen, y que constituyen en ocasiones momentos de bifurcación o de cambios importantes en la “manera de vivir y de relatar” una vida (Leclerc-Olive, 2009, pp. 4-5).

Esta doble función del acontecimiento –modificar la experiencia y marcar el tiempo por un lado, y participar en la constitución de un nuevo esquema *discreto* para pensar el tiempo por el otro– escapa a un análisis estrictamente secuencial del relato (Leclerc-Olive, 2009, p. 33). Desde este lugar, el análisis diacrónico abona por una perspectiva *poslineal* (Machado Pais, 2007) y recupera una imbricación de acontecimientos no necesariamente expresados como un encadenamiento cronológico.

La combinación de la mirada sincrónica y diacrónica de esta perspectiva de análisis de acontecimientos biográficos y momentos bifurcativos promueve, además, la construcción de tipologías como herramientas analíticas y de presentación de las historias de vida en el momento de escritura. Señala así la importancia de la construcción de tipologías como instrumentos que permiten articular la teoría sociológica con el análisis de la realidad empírica (López Roldán, 1996) para comprender las divergencias existentes entre las trayectorias vitales de los distintos narradores. La temporalidad adquiere en las tipologías una importancia vital, dado que se sedimenta con los relatos para colaborar en la delimitación de los diferentes tipos identificados.

La apuesta de esta perspectiva por un dispositivo de análisis tipológico que articule la multiplicidad de temporalidades y relatos se presenta como una herramienta heurística interesante, que busca partir pero también ir más

allá de los acontecimientos y la temporalidad narrada, al promover la introducción de las hipótesis, categorías teóricas y condicionamientos externos por parte del investigador, colaborando con ello a la construcción compleja del texto biográfico.

En este análisis sincrónico, diacrónico y tipológico, el investigador parte de sus preconociones sobre la estructuración de la vida del narrador, pero debe dejarse sorprender por el relato de este último y su reflexividad, poniendo en diálogo ambos puntos de vista, abonando así por un encuentro de reflexividades.

Ahora bien, ¿qué importancia tiene, entonces, la reflexividad del investigador y del narrador en este momento analítico?, ¿cómo se materializa ese encuentro de reflexividades?

Desde nuestro punto de vista la importancia de cada una de estas reflexividades radica en el lugar que ocupa en este momento analítico. Es decir, la reflexividad del investigador y del narrador se transforman en este momento en relevantes, en tanto son consideradas por el investigador en el desarrollo de su estrategia de análisis en dos instancias distintas: la primera está centrada en un análisis estrictamente narrativo del relato de vida recogido, por lo cual el proceso reflexivo del sujeto es especialmente considerado; la segunda, se basa en el entrecruzamiento del análisis desplegado en la primera instancia con las tipologías y teorizaciones construidas por el investigador con base a datos provenientes de otras fuentes de información (bibliografía, estadísticas, observaciones, entrevistas grupales, etc.). La reflexividad del cientista social adquiere así, en esta segunda instancia, un rol preponderante. Esta distinción analítica no debe, sin embargo, ocultar que ambas reflexividades se encuentran presentes en las dos instancias, ocupando una posición dialógica continua que puede pensarse como un encuentro de reflexividades.

En el análisis realizado para nuestras investigaciones, la relevancia de la reflexividad narrada por los entrevistados fue así central en una primera instancia. Concretamente, se materializó en la decisión que tomamos, por ejemplo, de dejarnos sorprender por el proceso reflexivo realizado por los trabajadores sobre los momentos bifurcativos de sus trayectorias vitales. Así, aunque nosotras habíamos partido en el análisis sincrónico y diacrónico de la suposición de que el ingreso a una empresa –en la que solía desarrollarse una fuerte identidad familiar y que otorgaba importantes beneficios materiales y salariales– constituía un antes y un después en su vida laboral, revisamos esas

ideas iniciales al observar que, en los relatos, los trabajadores habían naturalizado ese momento y no lo significaban como una bifurcación o ruptura en su trayectoria.

Nuestra apertura a la otredad contempló para esta instancia no solo la puesta en cuestión del encadenamiento de acontecimientos que como investigadoras habíamos inicialmente imaginado para las historias de vida, dado que las explicaciones narrativas no necesariamente representaban una secuencia de eventos previamente delineada, tal como señala Bourdieu (1997), sino que también reveló una tensión entre la temporalidad cronológica construida por las investigadoras y la temporalidad representada y narrada en las biografías. Frente a esta situación, nuestra reflexividad bregó por un encuentro de temporalidades que otorgó importancia explicativa a la construcción biográfica temporal de los narradores. Precisamente, nuestra presencia en el campo develó que los relatos de las entrevistas están lejos, muchas veces, de reflejar la secuencia lineal de acontecimientos pensada por el investigador. Más aún, las implicancias de una experiencia laboral evanescente –siempre discontinua e incierta–, como la que despliegan los jóvenes de sectores populares, imposibilitó vislumbrar un horizonte temporal sobre el conjunto de eventos personales, pues los entrevistados describían escenas cortas donde no se advertía un hilo conductor que otorgara inteligibilidad al rumbo biográfico, dificultad que se evidenció tanto en la construcción de relatos diacrónicos como en el olvido o no registro de marcadores espacio-temporales tales como fechas, tiempos de duración, lugares, secuencias diacrónicas que identifiquen el “antes” y el “después” de un recorrido.

Esta situación nos puso frente a una encrucijada en relación al análisis biográfico y nos invitó a realizar una operación reflexiva sobre la forma en que construimos nuestras propias explicaciones sobre las vidas ajenas. Visualizamos así diversas lógicas reflexivas y de ordenamiento temporal, no siempre regidas por criterios meramente cronológicos, lo que evidenció la existencia de un tiempo biográfico, en tanto experiencia subjetiva de la temporalidad, distinto a las habituales construcciones que realizan los investigadores desde esta aproximación.

Este encuentro de temporalidades, esa puesta en diálogo entre la reflexividad realizada por los narradores acerca de la temporalidad biográfica de sus vidas y la construcción analítica que decidimos adoptar ante ella, otorgándole

importancia a la temporalidad narrada, deja traslucir la operación reflexiva que realizamos como investigadoras. Decidimos así dejarnos sorprender por las representaciones ajenas y no imponer nuestra visión del mundo, en este caso, no inclinar el análisis hacia nuestra mirada sobre la estructuración cronológica posible.

Así, la temporalidad biográfica conclusiva en esta primera instancia fue la de los narradores, en tanto consideramos que poder recuperar su mundo de representaciones e interpretaciones sobre sus vidas era el objetivo principal desde el cual partimos y decidimos adoptar la perspectiva biográfica.

Ahora bien, en la segunda instancia analítica decidimos entrecruzar la temporalidad biográfica con las otras dos temporalidades que resultan centrales para comprender desde una mirada sociológica las historias de vida: los tiempos socio-institucionales y los tiempos macro sociales e históricos. Nos abocamos así a la tarea de imbricar el tiempo biográfico (experiencia subjetiva de la temporalidad del narrador tal como la expresó en el relato) con los tiempos meso y macro sociales.

Sedimentamos además los datos macro estructurales, contruidos con apoyo de otras fuentes de información, con la perspectiva de los entrevistados acerca de su propia vida, y construimos tipologías que clasificaban los distintos trayectos recorridos articulando nuestras nociones teóricas con las argumentaciones de los relatos que habían sido categorizadas y analizadas por nosotras de manera sincrónica y diacrónica.

En este procedimiento le otorgamos, en consecuencia, mayor peso a nuestra reflexividad, que consistió fundamentalmente en la adopción de una mirada crítica desde la cual cuestionamos nuestros saberes y prenociones y analizamos las múltiples temporalidades y características de los recorridos considerando varias fuentes de información, siendo conscientes, además, de que éramos sujetos situados en un determinado contexto socio-histórico.

Sin embargo, cabe destacar que aunque en esta última instancia la operación analítica y reflexiva del investigador adquirió mayor relevancia, la reflexividad del actor social estuvo también presente, en tanto fue especialmente considerado en el encuentro de reflexividades y temporalidades desarrollado inicialmente y articulado con posterioridad en el análisis.

Sintetizando, podemos entonces decir que en el momento de análisis e interpretación puede advertirse la relevancia de un encuentro de reflexivida-

des que bascula de acuerdo a la instancia analítica de que se hable. Así, mientras en una primera instancia la reflexividad realizada por la persona entrevistada adquirió una importancia central, en la segunda instancia la operación reflexiva del investigador fue mayormente considerada. En ambos momentos se advierte, sin embargo, la presencia de ambas reflexividades en un diálogo fructífero entre las miradas de investigadores y narradores.

Tercer momento. El montaje: reflexividades en la escritura del texto biográfico

En esta última etapa del proceso analítico se define la manera en que la experiencia de vida es representada y condensada en una forma textual. En efecto, esa escritura, que produce descripciones sobre la vida de aquellos sobre quienes se escribe, supone un asunto de montaje, de presentación, de puntos de vistas, que son controlados por el intérprete.

Así, en esta instancia, se retoma la identificación de los acontecimientos significativos para su posterior “puesta en montaje”, dado que los mismos constituyen la estructura narrativa de los relatos de vida.

La presentación del texto biográfico puede entonces adquirir distintos estilos, o lo que Lejeune (1989) llama encuadre, ya sea a partir de un prefacio en el que se desarrolla el análisis y luego la presentación de los relatos de vida, o en base a una articulación de interpretación científica y testimonio biográfico.

Dada la relevancia del papel ocupado por el investigador en este último momento, creemos que el testimonio y el proceso reflexivo del narrador pierden aquí cierta presencia de la mano del metalenguaje científico. Esto no significa que la historia de vida relatada y repensada a partir de ese acto desaparezca de la escena, sino que en el proceso de montaje el testimonio se sedimenta junto a ideas y conceptos teóricos para propiciar la interpretación analítica y la escritura por parte del investigador. La presentación textual puede recuperar la tipología (López Roldán, 1996) construida en el momento de interpretación, describiendo analíticamente cada uno de los tipos elaborados.

Así, en el momento del montaje, el encuentro de reflexividades pierde centralidad para dejar fundamentalmente lugar a la reflexividad del investigador, quien define de qué manera considerará los fundamentos racionales que el actor social utilizó en el proceso reflexivo de repensar y narrar su vida, y la

forma en que los combinará con las argumentaciones teóricas. En ese camino piensa y repiensa el estilo de escritura que adoptará y define de qué modo recuperará las voces narrativas, evitando imponer sus propios puntos de vista.

En este momento analítico, el montaje de nuestras investigaciones se ha caracterizado por una combinación y exposición del análisis conceptual e histórico-social con los relatos biográficos. La escritura realizada se centró así en la presentación de tipologías que entrelazaban la recuperación de la narración de los trabajadores con un análisis contextual y de los procesos sociales que tuvieron lugar en los momentos socio-históricos que fueron relatados por los entrevistados.

En cuanto a los estilos de presentación, nuestra escritura tomó formas distintas de acuerdo al tipo de texto construido pues, mientras en las ponencias y/o artículos de revistas las descripciones temporales y macro-sociales y los fragmentos de entrevistas debieron asumir una presentación más escueta, en las tesis y libros pudimos desplegar con mayor nivel de detalles nuestra argumentación, la articulación de temporalidades y los fragmentos de los relatos narrados.

Ahora bien, la extensión habilitada por el tipo de texto no condicionó, sin embargo, la recuperación y explicitación de las estrategias puesta en juego en el momento de interpretación.

Así, en las presentaciones textuales de los distintos tipos de trayectorias vitales identificados en las tipologías pusimos especial atención en mostrar la imbricación analítica desplegada entre las temporalidades biográficas narradas por los actores sociales y las temporalidades socio-institucionales y macro sociales e históricas. Recuperamos, de esta forma, las ideas de Godard (1996) en relación a la imposibilidad de eludir la teoría a pesar de la importancia otorgada a la transparencia del relato.

Cabe decir que, como la construcción de los distintos tipos de trayectorias de las tipologías estuvo en parte basada en los acontecimientos relatados por los narradores, para la descripción analítica de los mismos nos valimos de abundantes fragmentos de entrevistas que iluminaron nuestras argumentaciones.

En la investigación con trabajadores formales describimos, por ejemplo, tres tipos disímiles de trayectorias, ocupándonos especialmente por la bifurcación biográfica o los puntos de inflexión ocurridos en las trayectorias vitales de los trabajadores cuando perdieron su empleo en una fábrica en torno a la que habían organizado su vida laboral y familiar. Nuestra presentación textual estu-

vo centrada en la manera en que la desvinculación laboral, como consecuencia de la privatización de la firma, se transformó en un evento contingente externo que irrumpió en su biografía y marcó un antes y un después en su transitar.

En contraposición, en la investigación sobre trayectorias laborales juveniles, el eje analítico y expositivo en la reconstrucción de los itinerarios biográficos se alejó de la búsqueda de bifurcaciones o puntos de inflexión durante el recorrido laboral. En este caso, la tipología se elaboró y presentó textualmente a partir de concebir al trabajo como un ámbito central en la vida de los jóvenes y como un eje articulador en relación a otras esferas vitales: la educación, la familia, el barrio y los grupos de pares. De este modo, la tipologización habilitó un análisis y descripción de las regularidades y diferenciaciones que se constituyen en las trayectorias de jóvenes que pertenecen a un mismo medio socio-cultural.

Para finalizar podemos entonces señalar que, en este último apartado, nos hemos preocupado por resaltar las particularidades de la reflexividad realizada por el investigador en el proceso de montaje y presentación del relato biográfico. Durante esta instancia, el lugar otorgado en el proceso analítico a la reflexividad que el sujeto realizó en la narración de su propia vida queda en un segundo plano, primando la operación reflexiva del investigador, quien es el encargado de recuperar de manera analítica y selectiva la narración desarrollada por el entrevistado, la cual es interpretada en conjunción con el metalenguaje científico y en función de su reflexividad en torno al mundo de representaciones sociales que posee como resultado de su posición de clase, género, generación, etc. en la estructura social. En ese proceso analítico debe atender además a las temporalidades sociales, institucionales e históricas en las que se inscribieron las biografías analizadas.

El momento de montaje y escritura se presenta así como una instancia en la que el investigador se concentra en enlazar textualmente caminos de ida y vuelta entre los conceptos y los datos construidos para generar un producto biográfico que le permita develar la compleja red de configuraciones de la existencia que presentan las historia de vida que se ocupó de analizar.

Reflexiones finales

En este capítulo nos hemos preocupado por comprender las características que asume la reflexividad del investigador en el momento de análisis y

escritura del texto biográfico y el lugar que se le otorga en ese proceso analítico a la reflexividad que el sujeto realizó en el relato de su historia de vida.

Señalamos así que este momento analítico puede ser considerado como una instancia de *deconstrucción de la reconstrucción* centrado fundamentalmente en el trabajo interpretativo del investigador y delimitamos tres momentos distintos en el proceso de comprensión de relatos de vida: la etapa de registro y transcripción, el momento de análisis e interpretación y la instancia de montaje, identificando además la manera en que se introduce en el análisis la dimensión temporal, característica central de esta aproximación.

En la etapa de transcripción recuperamos la relevancia de aprehender la reflexividad desplegada por el narrador en la instancia del relato. Señalamos así que la operación reflexiva del investigador queda aquí en un segundo plano, adquiriendo importancia solo debido al empeño que debe poner en no incluir en la transcripción ideas y términos propios.

En el momento de análisis e interpretación identificamos la relevancia de un encuentro de reflexividades que oscila de acuerdo a la instancia analítica de que se hable. Así, mientras en un primer momento la reflexividad realizada por el narrador adquiere relevancia, en el segundo momento la reflexividad del investigador debe ser especialmente considerada. En ambos momentos se advierte sin embargo, la presencia dialógica de ambas reflexividades.

Por último, nos preocupamos por resaltar las particularidades de la reflexividad realizada por el investigador en el proceso de montaje y presentación del relato biográfico. Vimos entonces que durante esta instancia, el lugar otorgado en el proceso analítico a la reflexión que el sujeto realizó en la narración de su propia vida adquiere un carácter secundario, primando la operación reflexiva del investigador, quien es el encargado de recuperar de manera analítica y selectiva la narración desarrollada por el entrevistado, la cual es interpretada en conjunción con el metalenguaje científico y en función de su reflexividad en relación a su posición de clase, género, generación, etc. en la estructura social.

Más concretamente, luego del ejercicio comprensivo que hemos realizado en torno a la reflexividad en el momento de análisis y escritura del texto biográfico, podemos señalar que en esta instancia del proceso de investigación social que se encuentra fundamentalmente centrada en el proceso interpretativo del investigador, la relevancia de la reflexividad del mismo y del

narrador bascula entre uno y otro, pasando por un momento intermedio de encuentro de reflexividades.

Por otra parte, resulta interesante señalar que las especificidades que asume la indagación por la reflexividad en el campo de los análisis biográficos, se encuentra estrechamente ligada a la importancia que se le otorgue a las distintas temporalidades en los momentos de transcripción, análisis y montaje.

Así, mientras en la instancia de transcripción la temporalidad biográfica es central, en la instancia analítica el encuentro de temporalidades (macrosociales, institucionales o biográficas) asume una relevancia primordial y, finalmente, en la instancia de montaje y escritura se potencia el entrelazamiento de temporalidades como dispositivo de interpretación del dato biográfico en manos del investigador.

Es decir, desde nuestro punto de vista, la articulación entre la multiplicidad de temporalidades se encuentra siempre presente en el mismo proceso analítico, por lo cual el investigador debe ser consciente de que la importancia otorgada a alguna de ellas en detrimento de otras puede condicionar el análisis biográfico que realice.

Sostenemos entonces, para finalizar, que, en el momento analítico y de escritura, la reflexividad del investigador en torno a la temporalidad asume también un rol fundamental en tanto este realiza un proceso reflexivo sobre la historia narrada y sobre las múltiples temporalidades que la atraviesan. La consideración de dichas temporalidades en el análisis y la escritura que realice será sin duda central en tanto contribuirá a develar la compleja red de configuraciones de la existencia de las historias de vida que pretende estudiar.

Bibliografía

- Alonso, L. (1999). El análisis sociológico de los discursos: una aproximación desde los usos concretos. En L. Alonso (Ed.), *La mirada cualitativa en sociología* (pp. 187-220). Madrid: Fundamentos.
- Bertaux, D. (1999). El enfoque biográfico: su validez metodológica y sus potencialidades. *Proposiciones*, 29.
- Bidart, C. (2006). Crises, décisions et temporalités: auteurs des bifurcations biographiques. *Cahiers internationaux de sociologie*, 120.
- Bourdieu, P. (1997). La ilusión biográfica. En P. Bourdieu, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.

- Bourdieu, P. (2013 [1993]). Comprender. En P. Bourdieu, *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2005). La sociología como socioanálisis. En P. Bourdieu y L. Wacquant, *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Duero, D. y Limón, G. (2007). Relato autobiográfico e identidad personal: un modelo de análisis narrativo. *Revista de Antropología Iberoamericana*, 2(2).
- Elder, G. (1985). *Life course dynamics: trajectories and transitions. 1968-1980*. Ithaca: Cornell University Press.
- Giddens, A. (1977). Hermenéutica, etnometodología y problemas del análisis interpretativo. En A. Giddens, *Studies in Social and Political Theory*. London: Hutchinson University Library.
- Godard, F. (1996). El debate y la práctica sobre el uso de las historias de vida en las ciencias sociales. En R. Cabanes y F. Godard. *Uso de las Historias de Vida en las Ciencias Sociales*. Cuadernos del CIDS, serie II. Bogotá: Universidad de Externado de Colombia.
- Güelman, M. y Borda, P. (2014). Narrativas y reflexividad: Los efectos biográficos del enfoque biográfico. *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, 4(1). Disponible en: http://www.relmecs.fahce.unlp.edu.ar/article/view/relmecs_v04n01a03.
- Hareven, T. & Masoaka, K. (1988). Turning points and transitions. Perceptions of the life course. *Journal of Family History*, 13(3), 271-289.
- Lahire, B. (2006). *El espíritu sociológico*. Buenos Aires: Manantial.
- Leclerc-Olive, M. (2009). Temporalidades de la experiencia: las biografías y sus acontecimientos. *Revista Iberforum*, IV(8).
- Lejeune, P. (1989). Memoria, dialogo y escritura. *Revista Historia y fuente oral*, 1.
- López Roldán, P. (1996). La construcción de tipologías: metodología de análisis. *Papers*, 48.
- Lozares, C. Verd Pericás, J. M., Martí Olivé, J., López Roldán, P. (2003). Relaciones, redes y discurso: revisión y propuestas en torno al análisis reticular de datos textuales. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 101, 175-200. Disponible en: http://www.reis.cis.es/REIS/PDF/REIS_101_081166618241220.pdf.
- Muñiz Terra, Leticia (2012). *Los (ex) Trabajadores de YPF. Trayectorias laborales a veinte años de la privatización*. Espacio Editorial. Buenos Aires.

- Muñiz Terra, L. (en prensa). El análisis de acontecimientos biográficos y momentos bifurcativos: una propuesta metodológica para analizar relatos de vida. *Forum Qualitative Social Research Review*.
- Machado Pais, J. (2007). *Cholos, chapuzas y changas. Jóvenes, trabajo precario y futuro*. Barcelona: Antrhopos.
- Piña, C. (1986). Sobre las historias de vida y su campo de validez en las Ciencias Sociales. *Documento de Trabajo*, 319. Santiago de Chile: FLACSO.
- Pujadas Muñoz, J. (1992). El método biográfico: el uso de las historias de vida en ciencias sociales. *Cuadernos Metodológicos*, 5. Madrid: CIS.
- Ramos, R. (2001). *Narrativas contadas, narraciones vividas. Un enfoque sistémico de la terapia narrativa*. Barcelona: Paidós.
- Roberti, E. (2015). *La nueva condición juvenil en tiempos de desestructuración: un estudio de las trayectorias laborales de los jóvenes del barrio Aluvión y su imbricación con otras esferas vitales (La Plata, Pcia. de Buenos Aires)*. Tesis de Maestría en Ciencias Sociales. Universidad Nacional de La Plata. Disponible en Memoria Académica: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1101/te.1101.pdf>.
- Rojas Wiesner, M. L. (2001). Lo biográfico en sociología. Entre la diversidad de contenidos y la necesidad de especificar conceptos. En M. L. Tarrés (Coord.), *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*. México: Porrúa/El Colegio de México/FLACSO.
- Sautú, R. (2004). *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*. Buenos Aires: Editorial Lumiere.
- Schütze, F. (2010). *Biography Analysis on the Empirical Base of Autobiographical Narratives: How to Analyse Autobiographical Narrative Interviews - Part I*. Disponible en <http://www.biographicalcounselling.com/download/B2.1.pdf>.
- Verd, J. M. (2006). La construcción de indicadores biográficos mediante el análisis reticular del discurso. Una aproximación al análisis narrativo-biográfico. *REDES- Revista hispana para el análisis de redes sociales*, 10(7).

Nuevas fuentes de la imaginación sociológica:¹ la operación reflexiva y la construcción del objeto etnográfico

Paula Cuestas, Rodolfo Iuliano y Martín Urtasun

Introducción

Existen diferentes formas de construir un objeto de investigación en ciencias sociales. Se acepta que comprenden un conjunto de prácticas como la revisión bibliográfica y su sistematización, la definición de marcos temporales y espaciales, la aproximación al dominio empírico a estudiar, la selección de los interlocutores y la formulación de un problema de investigación. Las tradiciones cualitativas de investigación suelen enfatizar además el carácter flexible y emergente de este proceso, el cual culmina prácticamente junto con la propia investigación. Las tradiciones etnográficas confieren un peso especial a diferentes formas de implicación en una trama de relaciones como modo de producción de conocimiento.

En el presente trabajo exploraremos el modo en que la operación reflexiva, al enfocarse en las actividades referidas a la construcción del objeto etnográfico, puede representar un aporte a la imaginación teórica y empírica desplegada. Para ello, comenzaremos por presentar la categoría bourdeana de reflexividad, procurando promover un debate sobre la productividad del trabajo bibliográfico y conceptual en clave reflexiva, para la construcción de objetos de investigación etnográficos. A continuación, realizaremos un breve recorrido por la forma en que se ha abordado este tema, rastreando enfo-

¹ Retomamos aquí la formulación clásica de Wright Mills (1964)

ques y prescripciones en una serie de publicaciones actualmente en uso en la enseñanza de la investigación en ciencias sociales. Plantearemos las formas específicas en que se expresa la preocupación por la reflexividad en relación con la construcción del objeto etnográfico. Esto nos permitirá, en diálogo con las discusiones sobre las formas de entender la operación reflexiva, formular preguntas e interrogantes que creemos han sido menos recorridos en las propias tradiciones etnográficas. Intentaremos mostrar los alcances de esta pregunta reflexiva analizando la construcción de nuestros propios objetos de estudio, así como la tematización del trabajo bibliográfico en un conjunto de etnografías escogidas de entre nuestros principales interlocutores. Finalmente, retomaremos estos elementos y nos detendremos en las formas en las que efectivamente operan en la instancia específica de la construcción del objeto de investigación.

El ejercicio de problematización que nos proponemos asume dos limitaciones. En primer lugar, en lo que respecta al análisis de etnografías ajenas, la falta de acceso directo a las prácticas que entran en el proceso de construcción de objetos es reemplazada por el análisis de los productos que son el resultado de dichos procesos, siendo conscientes de las mediaciones del dispositivo de escritura, edición y publicación. En segundo lugar, nos centraremos en la construcción del objeto, atendiendo al trabajo bibliográfico y conceptual, pero asumiendo que este recorte es de tipo lógico más que cronológico, especialmente si hablamos de etnografía, donde la construcción del objeto de estudio comprende un conjunto de decisiones que involucran operaciones concomitantes de producción de datos, análisis y escritura.² No pretendemos con este recorte impugnar el lugar central que en las tradiciones etnográficas se le ha conferido al trabajo de campo, sino hacer un aporte a la explicitación de interrogantes y desafíos abiertos para la operación reflexiva en otras instancias.

Operación reflexiva y vigilancia epistemológica

¿Qué implica sostener la necesidad de una operación reflexiva por parte del investigador? En primer lugar, supone una toma de posición en un debate propio de las ciencias sociales sobre las fuentes y sentidos de la noción de reflexividad. En un trabajo dedicado a la discusión de las distintas nociones de

² El problema de la reflexividad en el campo y el análisis etnográficos será abordado en los capítulos de Aliano, Balerdi, Hang y Herrera y el de Boix y Welschinger del presente libro, respectivamente.

reflexividad y sus aplicaciones en la investigación social, Grimson identifica, en líneas generales, dos posturas: quienes entienden la reflexividad como un rasgo esencial de las formas en que investigamos, describimos y creamos cotidianamente nuestros mundos sociales (la vertiente etnometodológica fundada por Harold Garfinkel) y quienes la encuadran como una herramienta en la investigación científica para superar los enfoques naturalistas o positivistas. La reflexividad del investigador puede desplegarse en:

su relación con los sujetos que estudia, en la relación entre su objeto de estudio y su biografía, en relación a la construcción contextual en el campo –las modificaciones que produce su presencia–, en relación al contexto académico en el cual se produce el trabajo, en relación a la construcción del texto etnográfico (Grimson, 2002, p. 56).

El presente capítulo apunta a problematizar un conjunto de prácticas del investigador referidas a la objetivación de su posición en el campo académico, de sus orientaciones teóricas y disciplinares, como una “operación reflexiva”, un dispositivo de producción de conocimientos y de interpretación de los mismos que pone en el centro de la escena al investigador como un sujeto socializado, como el anudamiento de las diferentes configuraciones académicas por las que ha transitado.

En las tradiciones etnográficas, los debates en torno a los distintos tipos de centrismos (étnicos, de clase, de género, etarios, etc.) han ubicado algunos de los sesgos posibles priorizando la reflexión sobre las interacciones propias del trabajo de campo y los posibles obstáculos a una mejor comprensión de las perspectivas de los actores y los mundos investigados. Los trabajos de Hammersley y Atkinson y de Rosana Guber que abordaremos en el próximo apartado, podrían ubicarse dentro de esta propuesta de operación reflexiva. Al mismo tiempo, el efecto de las críticas posmodernas a las formas clásicas de construcción retórica de la autoridad etnográfica ha dejado un legado de debates en torno al etnógrafo como autor. Otros elementos, a pesar de ser reconocidos en los planteos teóricos, han quedado relegados como parte de estas operaciones reflexivas. Consideramos que la relectura de la intervención bourdeana en este campo de debates constituye un aporte para la elaboración perspectiva sobre la reflexividad orientada hacia la construcción del objeto en etnografía.

En *El oficio del científico* (2003) Bourdieu plantea que la condición de posibilidad de la objetividad en ciencias sociales está directamente relacionada con el grado de objetivación de la propia posición del investigador y de los intereses asociados a esa posición. La reflexividad,³ entendida así como “objetivación del sujeto de la objetivación”, implicaría entonces el uso de los propios métodos científicos para tomarse a sí misma como objeto, ejerciendo una “vigilancia epistemológica sobre sus procedimientos” que permita el reconocimiento de los obstáculos sociales al acceso a la verdad. Desde este enfoque, la búsqueda reflexiva de dichos obstáculos se debe emprender en tres niveles: en la posición en el espacio social global del científico, en la posición que ocupa en el campo específico de su disciplina, y en su pertenencia al universo “escolástico” que se caracteriza por una mirada intelectualista que sostiene la ilusión de un punto de vista puro o desinteresado, una “ilusión de la ausencia de ilusión”.

Podemos reconocer fácilmente el distanciamiento que marca Bourdieu con respecto a la noción etnometodológica de reflexividad, al considerar que se detiene luego de aplicar a la propia práctica científica los métodos científicos de objetivación, sin incorporar una crítica a las condiciones sociales e históricas que limitan y posibilitan las posiciones del propio investigador. También podemos reconocer una crítica a los enfoques narcisistas propios de ciertos autores posmodernos, en la medida en que su propuesta de “autoso-cioanálisis” busca superar la autoreferencialidad biográfica para desentrañar los orígenes sociales e históricos de un habitus científico personal, inserto en el campo de las ciencias sociales de su época. En este punto, la noción de campo científico y el reconocimiento de sus lógicas específicas y márgenes históricos de autonomía relativa se vuelve un punto central. En tanto herramienta reflexiva, el socioanálisis es pensado como medio y no como fin en sí mismo: la vigilancia epistemológica apunta a limitar la acción de determinismos históricos y sociales que pesan sobre el investigador a la hora de conocer y posicionarse sobre la realidad social. Esta reflexividad, para Bourdieu, no

³ Baranger en este mismo libro, sostiene que el término “reflexividad” es de tardía aparición en la obra de Bourdieu. Pero como advierte Wacquant, la ausencia del término no implica necesariamente la falta de una *operación reflexiva*, entendida como el imperativo de revisar la relación del científico social con su objeto, cuestión a la que Bourdieu se abocó desde los inicios mismos de su carrera y que continuó a lo largo de toda su trayectoria.

debe ser aplicada luego de realizada la labor de investigación, sino que debe estar incorporada a un habitus científico que actúe sobre el mismo proceso de investigación. Por esto mismo, la operación reflexiva no puede ser un ejercicio individual que se desarrolle en lo íntimo de la conciencia del investigador: es una tarea colectiva, resultado de un trabajo en equipo (Velasco Yáñez, 2004). En este sentido, es también una operación que refiere a las perspectivas teóricas vigentes y los oscurecimientos categoriales que se suceden en cada período (Grimson, 2002).

Creemos que esta forma de entender la operación reflexiva aporta una serie de interrogantes al acervo de discusiones sobre la construcción de objetos de investigación en la tradición etnográfica. Si, como señalaremos, la preocupación por la reflexividad desde las orientaciones etnográficas pierde intensidad o desaparece al conceptualizar la construcción del objeto, el concepto bourdeano de reflexividad permite repensar el rol que en este proceso tienen el trabajo conceptual y bibliográfico. ¿Cómo se producen las adscripciones a determinadas orientaciones teóricas en la construcción de objetos de investigación?, ¿qué elementos intervienen en esas elecciones y búsquedas?, ¿cómo juegan los agentes institucionales socializadores, los docentes, los pares?, ¿cómo interviene la accesibilidad a los repositorios bibliográficos?, ¿cómo influye el sistema de traducción y editorial?, ¿qué papel asumen los patronazgos y discipulados académicos y del sistema de investigación?, ¿cómo intervienen las economías del citado académico?, ¿cómo influyen las luchas dentro de los campos académicos en las elecciones teóricas y los diálogos bibliográficos que dan forma a los objetos de investigación?

Los manuales y la ausencia de la pregunta reflexiva en construcción del objeto

A continuación vamos a analizar el modo en que ha sido tematizada la construcción del objeto en publicaciones ampliamente referidas en materias, seminarios y talleres de enseñanza de la metodología cualitativa en general y etnográfica en particular, en Argentina. Procuramos específicamente dar cuenta del modo en que la preocupación por la reflexividad tiene lugar en estas producciones a la hora de abordar la construcción del objeto de investigación etnográfico. Para ello, indagamos en tres trabajos que ubican los debates sobre la reflexividad como centro de su argumento: *Etnografía. Métodos*

de investigación, de Martin Hammersley y Paul Atkinson (1994), *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo* (2004 [1991]) y *La etnografía. Método, campo y reflexividad* (2001), de Rosana Guber.

El problema de la reflexividad es ubicado por Hammersley y Atkinson en un lugar central en la estructura del libro que, de acuerdo con los autores, “está dedicado a detallar detenidamente las implicaciones que tiene la reflexividad para la práctica etnográfica”. (Hammersley y Atkinson, 1994, p. 14). En el primer capítulo “¿Qué es la etnografía?” toman posición en relación al debate sobre la reflexividad:

(...) para nosotros, el reconocimiento de la reflexividad implica que existen elementos de positivismo y naturalismo que deben ser dejados de lado; pero esto no significa que se deban negar todas las ideas asociadas con estas dos líneas de pensamiento. Así pues, no entendemos la reflexividad como el debilitado compromiso de los investigadores respecto al realismo. Según nuestro punto de vista, solo determina las formas ingenuas de realismo que asumen que el conocimiento se debe basar en ciertos fundamentos absolutamente seguros. De manera similar, no creemos que la reflexividad implique que la investigación sea necesariamente política, o que deba ser política en el sentido de servir a una causa política particular o a unos fines prácticos. Para nosotros, el principal objetivo de la investigación es, y debe seguir siendo, la producción de conocimiento (Hammersley y Atkinson, 1994, p. 11).

Sin embargo, en el capítulo 2, “El diseño de la investigación: problemas, casos y muestras”, donde se desarrollan buena parte de los tópicos relacionados con la construcción del objeto de investigación –como la formulación de problemas preliminares y del problema de investigación, la selección de casos y lugares, entre otras cuestiones–, no aparece ninguna referencia al valor del ejercicio reflexivo para la producción de conocimientos en clave etnográfica. Solo reaparece la preocupación por la reflexividad en el capítulo 4, “Relaciones de campo”, donde se aborda la particularidad del modo de producción de conocimiento empírico en etnografía a través de la interacción continuada con los sujetos de la investigación.

El trabajo señala el valor de asumir el conocimiento del sentido común como interviniente en la representación del mundo a conocer, mundo que ya no puede ser representado directamente sino que aparece mediado por la construcción del investigador. Sin embargo, no se problematizan en términos de reflexividad las condiciones objetivas de la socialización intelectual de los investigadores, en el marco de las cuales se formulan las preguntas de investigación, se adoptan las perspectivas teóricas, y se establecen los diálogos bibliográficos.

La investigación etnográfica depende en buena medida de los diálogos bibliográficos que despliegue. Ese trabajo bibliográfico, representa una fuente de hipótesis para pensar los problemas analíticos del propio campo y refinar categorías, que permitan llegar a generalizaciones más precisas y cuidadosas. Como señala Fonseca, aunque el enfoque etnográfico ya no se autoperciba abocado al desarrollo de “viajes literales” hacia alguna forma de la otredad radical, como en el canon clásico de la antropología, los “viajes literarios” que permiten un vínculo con investigaciones previas siguen siendo indispensables (Fonseca, 1998). Pero, si en párrafos anteriores observábamos que convencionalmente se acota la operación reflexiva principalmente a la instancia de trabajo de campo, podemos señalar ahora que en ocasiones, cuando aparece tematizado el trabajo bibliográfico parecería estar limitado al momento del análisis comparativo, debilitando así las posibilidades de la operación reflexiva que pone en relación el itinerario de los “viajes literarios” con la socialización académica del autor y los consensos teóricos de una época, entre otros aspectos.

Por su parte, Guber asigna una sección de cinco páginas dentro del segundo capítulo de *El salvaje metropolitano* a la dimensión específica de la construcción del objeto de estudio, denominada “Reformulaciones a la cuestión del objeto de conocimiento”, introduciendo en el capítulo 14 ejercicios al respecto. Allí sostiene que

Los esquemas teóricos promueven series de preguntas, priorizando determinadas relaciones y secundarizando otras (...) queda claro que en la formulación de un interrogante ya preexiste alguna orientación hacia la respuesta; y esta orientación está guiada por los modelos teóricos y de sentido común, según los cuales se interpreta lo real. Los conceptos

teóricos y sus relaciones permiten acceder a la empiria por determinado camino (Guber, 2004, pp. 63-64).

Estas orientaciones no constituyen únicamente un sesgo, ya que “En la labor antropológica no solo la teoría permite al investigador problematizar lo real, sino también su bagaje de sentido común propio de su sector social, de su grupo étnico, de su adhesión política, etcétera”, en la medida en que se tenga en cuenta que “(...) para iniciar la construcción del objeto de investigación es necesario explicitar y sistematizar los supuestos teóricos y explicitar los supuestos de sentido común” (Guber, 2004, pp. 64-65).

En *La etnografía* la construcción del objeto de estudio no tiene una sección específica, y el trabajo conceptual o con la bibliografía no es tematizado como un momento relevante para su discusión sobre etnografía y reflexividad. Su énfasis está puesto en la definición de un “enfoque” de la etnografía como el encuentro entre distintas reflexividades: la del investigador en tanto académico, en tanto sujeto social, y las de los nativos. Haciendo una lectura particular de los aportes etnometodológicos y bourdeanos, recupera de esta forma distintas vertientes de la noción de reflexividad para proyectarlas centralmente en el *trabajo de campo* como característica central y definitoria de la etnografía. Es allí donde se ubican los ejemplos paradigmáticos de operaciones reflexivas exitosas.

De esto se desprende que los trabajos de Guber consiguen identificar el problema de la conformación teórica de la pregunta de investigación, señalando la importancia de la explicitación de los supuestos teóricos, así como de los supuestos de sentido común del investigador. Sin embargo, el trabajo teórico y bibliográfico no es conceptualizado en el marco de la problematización sobre la reflexividad, quedando la operación reflexiva casi exclusivamente confinada a la instancia de trabajo de campo. Si bien es cierto que en la perspectiva de Guber, tanto la conceptualización como la producción de datos emergen del trabajo de campo, también lo es que esta perspectiva no imagina para esa instancia un trabajo de explicitación y objetivación de las influencias teóricas, de las atmósferas intelectuales y los círculos de sociabilidad académica; es decir, los horizontes conceptuales y las redes de influencia intelectual resultan imperceptibles para la definición de reflexividad que se compone.

Cabe señalar, sin embargo, que esta tendencia aparece matizada en un trabajo de reciente publicación, *La articulación etnográfica. Descubrimiento y trabajo de campo de la investigación de Esther Hermitte* (Guber, 2013), en el que la autora repone el conjunto de referencias bibliográficas y teóricas y de influencias intelectuales y académicas que estructuran los horizontes de una investigación doctoral sobre control social y poder sobrenatural en Chiapas, desarrollada por su mentora académica Esther Hermitte. Aquí la operación reflexiva en torno a la dimensión de las atmósferas académicas y los diálogos teóricos propia de la construcción del objeto tiene un grado de elaboración y explicitación que no es alcanzado en los manuales y textos programáticos de la autora.

La operación reflexiva entre el olvido presente y la reconstrucción retrospectiva en tres campos de investigación

Tomando esta suerte de vacío como punto de partida, nos proponemos explorar la potencialidad de la pregunta por la reflexividad enfocándola en tres procesos concretos de construcción de objetos etnográficos. Nos abocaremos al estudio de los recorridos bibliográficos, los condicionamientos institucionales y los efectos de legitimidad, en torno a dos conjuntos de fuentes: por un lado, los proyectos y primeras elaboraciones de los autores del presente artículo, inscriptos en diferentes campos de investigación; por el otro, en publicaciones de nuestros principales interlocutores en cada campo. Intentaremos enriquecer nuestro aporte en un contrapunto entre el análisis de procesos propios y ajenos. Esto implicará no solo jugar con dos formatos textuales disímiles, sino también considerar dos accesos diferentes a las fuentes: desde adentro y en sincronía con el proceso de elaboración del objeto, en el caso de nuestras investigaciones, y desde afuera y con posterioridad a la elaboración del objeto, en el caso de las obras escogidas de otros autores.

Intentaremos evitar en este análisis dos posibles dificultades. En primer lugar, la pretensión de dar cuenta cabal de un proceso de investigación, con todos sus determinantes, corre el riesgo de derivar en una demostración puramente autorreferencial de reflexividad del tipo narcisista que identificaba Grimson (2002). Pero incluso evitando este desplazamiento, nos encontramos también con los límites reales de un autosocioanálisis que es por de-

finición “interminable”.⁴ En esta ocasión no nos interesa agotar los procesos y determinantes detrás de nuestros objetos, ni asumir que al postular la existencia de posibles determinantes estamos dando por sentado el efecto de determinación. En cambio, procuramos evocarlos y objetivarlos para poner a prueba la supuesta productividad analítica de esta operación reflexiva aquí abordada. Se trata, entonces, de interpelar tanto a nuestros objetos como a aquellos que forman parte de nuestros propios viajes literarios, mostrando a partir de ellos cómo el despliegue de la operación reflexiva en torno al trabajo teórico y bibliográfico, o su ausencia, pueden promover o bien contener, las posibilidades de la imaginación sociológica en torno al trabajo etnográfico.

La operación reflexiva como conjura potencial del teoricentrismo y de la invisibilización del condicionamiento institucional.

Vamos a partir del análisis de las operaciones reflexivas en torno a un caso de construcción del objeto de investigación desarrollado en el marco de la postulación a una beca doctoral, con un proyecto etnográfico sobre la práctica del golf. Desplegaremos el análisis de este proceso en diálogo con el proceso de construcción del objeto representado en la publicación de una investigación etnográfica sobre el entrenamiento y la práctica pugilística.

Entre los elementos que podríamos aislar para comprender la decisión del aspirante a becario sobre la construcción de un objeto de investigación en torno a la práctica del golf, deseamos detenernos en el papel jugado por el acervo bibliográfico disponible y por los horizontes de evaluación imaginados.

El proyecto escrito en 2005 y desarrollado a partir de 2006 se interrogaba sobre la adopción de la práctica del golf por parte de un conjunto de actores filiados a las nuevas categorías sociales en ascenso, asumiendo en esa adhesión una estrategia capitalizadora y distintiva. La narrativa del proyecto construía su vacancia en la intersección de tres vectores: los estudios sociales del deporte (Archetti, 1985, 2001, 2003; Alabarces y Rodríguez, 1996; Alabarces, 1998; Garriga Zucal, 2005, entre otros) que aún no se habían interesado por el golf en Argentina; las sociologías que estudiaban los cambios recientes en la estructura social prestando especial atención las formas de so-

⁴ Para profundizar consultar la noción de “reflexividad interminable” en el capítulo de Baranger del presente libro.

ciabilidad y las pautas residenciales de los segmentos “ganadores” (Svampa, 2001, 2002 y 2004; Del Cueto, 2004), aunque desatendiendo a sus prácticas de esparcimiento, tiempo libre y deporte; y finalmente, los materiales etnográficos surgidos del contacto personal del sociólogo con la cotidianeidad de un club de golf a través de una vinculación laboral, que abrían los sentidos locales respecto del objeto a estudiar y no encontraban por aquel entonces otros puntos de comparación empírica.

Una mirada reflexiva retrospectiva nos permite sostener que esta elaboración transcurrió en la ausencia casi absoluta de toda operación reflexiva contemporánea a la construcción del objeto de investigación. El despliegue de una batería de preguntas reflexivas en torno a la construcción del objeto etnográfico quizás hubiera permitido detectar la atmósfera bourdeana (y muy lateralmente tourainiana) que dominaba el ambiente académico transitado por el sociólogo, y que habilitaba una conformación del objeto en los términos de una sociología instrumental, que naturalizaba a la búsqueda distintiva, de capitalización social y simbólica, como exclusiva modalidad de vinculación de determinadas categorías sociales con la práctica del golf.

El esmero depositado en la adhesión ciega a una atmósfera teórica habilitante como la bourdeana y las imposibilidades del momento para procesar y capitalizar las advertencias relativizadoras que al respecto realizaba nuestro director de beca, encontraban su perfecto complemento en las orientaciones y estímulos procedentes de los entramados académicos y en las condiciones institucionales de evaluación de proyectos por parte del sistema científico, en parte operantes, en parte imaginadas.

Al enterarse del inesperado pliegue que emergía en la trayectoria de inquietudes sociológicas del candidato a becario, desplazando las anteriores preocupaciones sobre el problema de la cosificación en Lukacs y Martínez Estrada (Iuliano, 2004), a manos de un conjunto de preguntas etnográficas por la sociabilidad del golf, un viejo profesor y maestro aconsejó: “¡Dale para adelante nomás y metele mucho Bourdieu!”. La alegría por el aval del profesor fue correlativa a la invisibilización de la ironía que lo habitaba o, puesto en los términos que aquí nos convocan, de la operación reflexiva que podía tener por fundamento: si la ironía podía funcionar como un alerta sobre las tendencias profesionalizantes que se configuraban en el campo de las ciencias sociales en aquella coyuntura, al punto de poner en riesgo una potencial tra-

yectoria de escritura ensayística e intervención intelectual, el consejo parecía ofrecer, al mismo tiempo, una clave de éxito ante las reglas del dispositivo de evaluación de becas y, a la vez, conferir un marco moral al proyecto de estudio del golf de la mano de la sociología crítica bourdeana.

En definitiva, es posible afirmar que el despliegue de la operación reflexiva en torno a la construcción del objeto por parte del candidato a becario doctoral podría haber conducido a una ponderación, visibilización y elaboración más calibrada de algunos elementos constitutivos de la conformación del objeto etnográfico cuando, como en este caso, se desarrolla en el encuentro entre el marco institucional universitario y el del sistema científico. Podría, entonces, haber contribuido a visibilizar el carácter teóricamente construido de nuestras preguntas de investigación (por declarado que sea nuestro descentramiento, relativización y abnegada que sea nuestra vocación emergentista y nativista), a dar cuenta del carácter habilitante de los acuerdos teóricos y conceptuales establecidos en los diferentes ámbitos académicos y en las diferentes coyunturas históricas, y a elaborar el peso que tienen en la construcción del objeto las estrategias de justificación de los objetos por referencia a bibliografías canónicas en el marco de proyectos que serán evaluados en comisiones conformadas a tal fin.

Tomando esto en cuenta, vale la pena situar como punto de comparación el antecedente de una investigación etnográfica que consuma en la publicación del trabajo, aquello que en nuestro caso asomaba de manera incipiente en la formulación del proyecto. La puesta en perspectiva de estas producciones permitirá considerar la gravitación y los alcances de la mirada reflexiva en cuanto a su potencial de visibilización, conceptualización e intervención sobre los efectos teóricocéntricos de las atmósferas teóricas, los consensos bibliográficos y los marcos institucionales en la construcción de objetos etnográficos.

La publicación en castellano del trabajo de Wacquant, *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*, permite también reconocer la influencia de la atmósfera bourdeana, tanto en el modo en que adopta dicha perspectiva teórica, como en el hecho de que Bourdieu aparece representado en el texto en su papel de orientador y regulador de la investigación del autor, por ejemplo: “PB [Pierre Bourdieu] me decía el otro día que temía que ‘me dejara seducir por mi objeto’ si de verdad supiera ¡dónde estará ya la seducción! (Wacquant, 2004, p. 22).

En términos metodológicos, Wacquant fundamenta la incursión con observación participante o, puesto en sus términos, “participación con observación”, señalando su potencialidad para dar cuenta de la experiencia cotidiana de los actores, por fuera de la “(re)presentación teatralizada y altamente codificada que le gusta dar sobre sí mismo en público y que los reportajes periodísticos y las novelas traducen y magnifican siguiendo sus propios criterios” (Wacquant, 2004, p. 24), procurando por este camino evitar el “paralogismo ecológico”. El autor se esfuerza en explicitar aspectos del proceso de investigación relacionados con el oportunismo de su acceso al espacio etnográfico, los tres años de duración de su trabajo de campo, los roles asumidos por el etnógrafo, entre otras cosas. Así, el trabajo elabora detalladamente el fundamento de la incursión en la cotidianeidad de los boxeadores, y de la necesidad de la propia práctica como herramienta de conocimiento del fenómeno, como un camino necesario para superar el “exotismo prefabricado” en el abordaje del boxeo. Hay un marcado énfasis en el conocimiento desde el cuerpo, con el cuerpo, y en el desarrollo de una sociología carnal. Si el ejercicio reflexivo parece tener lugar tanto para representar el acceso al campo (Wacquant, 2004, p. 26) como en el entramado de interacciones propias de la situación de campo mismo, no tiene un correlato equivalente para la elaboración del objeto a partir del trabajo bibliográfico. Sabemos sobradamente cómo el autor elabora sus propias experiencias corporales como materiales de su investigación, pero el trabajo conceptual y bibliográfico aparece invisibilizado a lo largo de la investigación, y en particular, en la construcción de su objeto, que es el aspecto que aquí nos interesa. Si atendemos al modo en que el investigador representa en el texto las operaciones de construcción del objeto, pareciera ser que su socialización teórica (y a la vez política, en el sentido de su posición en la disputa por los haberes que hay en juego en el campo académico) fuese un elemento subjetivante que gravita menos en la construcción de objetos de investigación que su inscripción geográfica, su color de piel, su explicitación mayor o menor de los propósitos de la investigación, etc. (Wacquant, 2004, p. 26). *Entre las cuerdas* pone en evidencia una concomitante, aunque no paradójica, omnipresencia de la perspectiva teórica de la sociología de la práctica bourdeana, retóricamente sobrerrepresentada y empíricamente intocada, y a la vez, una proliferación de materiales empíricos y etnográficos que aparecen subanalizados.

A partir de los materiales analizados, procuramos situar una pregunta sobre las potencialidades de la operación reflexiva en torno a las atmósferas teóricas e institucionales que atraviesan a la construcción del objeto etnográfico: en el primer caso, como objetivación del determinismo teórico e institucional, es decir, como herramienta anticipada de gobierno del proceso de construcción del objeto frente a la acción de los centrismos ciegos, y de forma complementaria con el efecto de reflexividad que el propio trabajo de campo habilitaría respecto de la construcción del objeto; en el segundo caso, como instancia para superar la aparente situación paradójica de una sobre-determinación teórica del punto de mira y al mismo tiempo un subanálisis de la realidad etnográfica interpelada.

***La reflexividad en la construcción de objetos “ilegítimos”:
entre tramas institucionales y exigencias sociales***

Los primeros pasos de una investigación no representan una tarea sencilla. Las elecciones a tomar no son pocas y suelen presentarse como una receta prescriptiva que, raramente, contempla las muchas operaciones que atraviesa el investigador. En la mayoría de los manuales metodológicos la definición del marco teórico-conceptual se presenta como parte de la etapa inicial de ese proceso y se muestra como una decisión autónoma por parte del investigador. En la práctica, sin embargo, el recorrido no es tan lineal ni las estrategias asumidas tan independientes. No significa esto que el trayecto se realice a ciegas o de manera ingenua, pero ciertas tramas institucionales, así como ciertos marcos político-sociales, cooperan en la determinación de los caminos que atravesamos. A continuación se reconstruirá la forma en que estas variables pueden haber operado en la experiencia concreta de construcción de un “objeto ilegítimo” por parte de una estudiante, en diálogo con la lectura en clave reflexiva de uno de sus principales interlocutores bibliográficos.

Hacia el final de la carrera de grado y con la exigencia de tener que presentar una tesina para la obtención del título universitario, los estudiantes podemos sentirnos muy desorientados (cuando no frustrados). Por aquel entonces, la alumna se encontraba cursando un taller de investigación en el que se entrecruzaban cuestiones vinculadas a la literatura y la cultura con perspectivas sociológicas seductoras. Fue en ese marco que comenzó a cobrar forma lo que sería el trabajo final de su licenciatura en Sociología, el cual se abocó

al estudio de las experiencias y sensibilidades movilizadas por un grupo de aficionados a la saga Harry Potter (HP) y de todo el universo paralelo que esta historia conlleva, a partir de un abordaje marcadamente empírico (Cuestas, 2014). Pero mucho antes de llegar a presentar la tesina tuvo que convencerse de la elección de aquel objeto, no por el interés sociológico que el fenómeno indudablemente le despertaba, sino por la supuesta relevancia política y social que se espera de nuestras producciones. Por más que la singularidad del fenómeno pudiera llamar la atención, trabajar con jóvenes, de sectores medios, que se reúnen para tomar clases de pociones, tener duelos de magia o jugar al “quidditch” montados sobre escobas que no vuelan buscando recrear un mundo de fantasía no es exactamente lo que se reconoce como un área de vacancia que revista la necesidad, social y académica, de ser indagada.

Sucede a menudo que, a los científicos sociales que trabajan con objetos y sujetos de investigación no directamente vinculados con problemáticas sociales emergentes o discusiones políticas de agenda, se les exige justificar la relevancia de estas elecciones. En primer lugar, ante nuestros sus colegas, en segundo término, frente a instituciones académicas, por último, frente a la sociedad en su conjunto que reclama legitimidad a estos objetos “no legítimos”. Las decisiones que se toman respecto del marco teórico-conceptual con el que dialogar en sus producciones etnográficas también hacen a la resolución de esta demanda que se le realiza al investigador.

En este sentido, para abordar su “incómodo objeto”, la estudiante, devenida en investigadora, recuperó trabajos que buscaban discutir con ciertas líneas predominantes en el campo de la sociología cultural (desde las perspectivas claramente esteticistas hasta los análisis con un mayor sesgo sociológico-normativos de Bourdieu) y que restablecían el rol de los sujetos como protagonistas de sus propias prácticas culturales. Se trataba de recuperar una perspectiva enmarcada en una teoría de la acción que considerara los planos de performatividad y politicidad de los actores sociales con los que trabajaría, inclusive cuando estos actores vincularan su afición a productos masivos identificados con la industria cultural. De esta forma, ciertas lecturas académicas venían a dar sustento a una discusión que sostenía la investigadora con las miradas más normativas y estigmatizantes ligadas al consumo de *bestsellers*, basada a su vez en una cercanía personal con experiencias en torno al gusto compartido por HP.

Ahora bien, no llegó a esas lecturas por un golpe de suerte o por mera casualidad. Fueron, en su gran mayoría, los autores y paradigmas abordados en el mencionado taller los que orientaron su producción etnográfica en un determinado sentido. Cabe resaltar que quienes conformaban este cuerpo docente (profesores y adscriptos) eran, a su vez, integrantes de proyectos de investigación comunes así como de espacios informales de donde emergían grupos de lecturas, por los que circulaban libros y referencias bibliográficas afines y en donde, en más de un caso, se consolidaron vínculos de tipo tesista-director/a. En la mayoría de los casos, sus trayectorias académicas se encontraban ligadas al análisis de prácticas empíricas concretas. En este sentido, también estaban atravesados por su propia atmósfera teórica y esto se expresaba en las lecturas que se abordaban en dicho taller.

La elección de estas producciones resultó central a la hora de definir y delinear su propio objeto de estudio, ya que arrojó luces sobre ciertos aspectos que hacían (y hacen) a dicho entramado, y ayudó a lidiar con exigencias, propias y externas. De algún modo, esta inscripción le permitió el acceso a una determinada posición desde la cual comprender y describir el fenómeno que tenía frente a sí y, en lugar de volcarse al análisis del libro o de las formas en que era juzgado por “especialistas” y literatos, su trabajo se abocó a entender qué encontraban esos lectores en la saga de HP y cómo esa experiencia de lectura podía ser entendida como una práctica sociocultural. Dicha elección supuso excluir otras posibles aristas que este fenómeno ofrecía. Una operación reflexiva más alerta y atenta, en esta instancia, podría haber enriquecido el abordaje de las líneas que finalmente se analizaron en ese trabajo inicial, así como volver explícitos aquellos recorridos que no se transitaron y los motivos por los que no se lo hizo, pero mostrando sus muchas ramificaciones e indagaciones posibles. Su consideración retrospectiva nos señala la importancia de considerar a las cátedras, proyectos de investigación y otros ámbitos formales dentro de las tramas institucionales como espacios capaces de nuclear distintas generaciones de académicos en torno a afinidades teóricas, metodológicas o temáticas, actuando como un espacio de producción y reproducción de posicionamientos en el campo más amplio de las ciencias sociales. Entre las formas en que se disputan y proyectan dichos posicionamientos, la construcción de agendas problemáticas a partir de la circulación y apropiación bibliográfica ocupa un lugar importante, mediando de esta

forma en la construcción de objetos. A su vez, otros mecanismos de reproducción, como la incorporación de estudiantes bajo la figura de adscriptos y la constitución de relaciones entre tesis y directores dentro del grupo, actúan como condicionantes no siempre visibles en la elección de qué leer y con quién discutir.

Entre los diálogos bibliográficos entablados resultó clave *El fanático de la ópera. Etnografía de una obsesión* (2012) de Claudio Benzecry, libro al que también accedió por la orientación de quienes conformaban esos espacios de discusión de los que formaba parte. El acceso a esta producción bibliográfica, en los inicios de su proceso de investigación, ayudó a dar forma al propio objeto de estudio y brindó herramientas teóricas y metodológicas para abordarlo. Al igual que en el caso de la investigadora (y aunque por motivos diferentes que lo acercan más a la experiencia abordada en el apartado anterior), Benzecry se enfrenta a las tensiones propias de un objeto amenazado por el fantasma de la ilegitimidad. No obstante, vale la pena detenerse en el análisis de algunas cuestiones.

En este trabajo el autor busca desplazar la discusión desde el análisis del entramado cultural de una práctica social específica, como lo abordaría la sociología cultural bourdeana, hacia una sociología de la pasión, al reconstruir los modos de fanatismo y “amor por” la ópera entre los asistentes de los pisos altos del Teatro Colón de la Ciudad de Buenos Aires. Benzecry presenta las particularidades de su inserción en el campo de investigación y las pone en relación con su objeto: tampoco él es un completo extranjero, ya que desde pequeño su padre se dedicaba a la música y trabajaba en el mencionado teatro. Se acerca entonces a este universo tratando de encontrar asociaciones a través de su trayectoria y la de sus interlocutores entre gusto, clase y espacio social. En este sentido, es posible percibir en sus primeras reflexiones de qué manera disloca el objeto de estudio y cómo él mismo se va redefiniendo a partir del desplazamiento desde la pregunta por la clase/estatus hacia una pregunta por el gusto y “el amor por”. La operación reflexiva, por lo tanto, si bien no aparece confinada únicamente a la instancia del trabajo de campo, juega un rol más gravitante en relación con el acceso y la posición del investigador en su universo de análisis que en las discusiones bibliográficas que transita para repensar su propio objeto de investigación.

Por otro lado, vale la pena realizar una advertencia respecto de este trabajo, ya que Benzecry luego de sumergirse entre los fanáticos y las formas de amor que constituyen su objeto de estudio, vuelve a los debates teóricos hegemónicos de su campo, reinstalando preguntas sobre las clases sociales y los problemas de estatus para ofrecer una explicación respecto de la “decadencia del teatro y de la sociedad argentina”. Nos preguntamos, en consecuencia, si aquel salto podría responder más a la estrategia de posicionamiento en un campo académico que a la elaboración conceptual de sus hallazgos, y que una mayor radicalidad de la operación reflexiva en el plano teórico podría haber anticipado y superado. Sin embargo y de acuerdo con lo que se mencionó anteriormente, también es posible entender esta vuelta de tuerca analítica como una estrategia política por parte del autor para devolverle legitimidad académica (¿y porque no social?) a un objeto que, *a priori*, pareciera carecer de ella.

Vemos así cómo, en algunos campos, la elección de ciertas producciones se vuelve central a la hora de definir y delinear un objeto de estudio no solo, entonces, por aquellos aspectos que nos permite iluminar, sino también por la apelación a determinados autores y/o tradiciones teóricas para reponer politicidad a esos objetos. Objetos que pueden generar “ruido” dentro de las tramas académicas e institucionales hegemónicas, pero a los que una mirada atenta y alerta de la propia realidad social puede rápidamente devolver su relevancia. Más allá de las especificidades de los fenómenos que analizan Benzecry y la autora de esta sección, y de las notables diferencias que ambos presentan, la reconstrucción de esas tramas sociales a partir de las experiencias de los propios aficionados a esos universos permite recomponer los modos en los que los sujetos participan activamente en la reconfiguración de su devenir sociocultural y cómo lo modifican a partir de sus prácticas y acciones. Para transitar los “viajes literarios” que nos permiten generar este tipo de construcciones, la operación reflexiva se torna fundamental: nos ayuda a recorrer el camino de forma menos dogmática y nos alerta frente a posiciones académicas y sociales ingenuas. Y es que, aun cuando el resultado no sea un abandono de la perspectiva utilizada, conocer sus condiciones de viabilidad así como sus límites nos permite una mejor visibilización y elaboración de los presupuestos con los que trabajamos y de sus posibles efectos en la construcción de objetos de investigación.

La Videovigilancia: objetos deslumbrantes, distanciamiento y operación reflexiva

Ciertos objetos tienen la capacidad de remitirnos a teorías, autores y análisis considerados ejemplares, despertando por esta vía nuestra imaginación. El uso extendido de cámaras de seguridad para vigilar espacios públicos, cada vez más común en nuestras ciudades, es uno de ellos: su mención activa una serie de intuiciones, miedos y denuncias construidas principalmente sobre la idea de una reactualización del panóptico benthamiano a escala urbana. La enorme difusión de la obra de Michel Foucault, en particular de *Vigilar y castigar*, convierte a la hipótesis panóptica en una matriz interpretativa disponible y altamente seductora para encuadrar al nuevo fenómeno, incorporándose como sentido común académico sobre el tema (Bauman y Lyon, 2013). Al mismo tiempo, el vínculo con un problema público de primer orden, como la “inseguridad”, le otorga al estudio de la videovigilancia un componente de legitimidad extra académica, en términos de una supuesta relevancia política y social.

Esta combinación de encuadres teóricos seductores y buenas credenciales para una ciencia social crítica y comprometida hacen que la videovigilancia pueda pensarse como un caso opuesto a la relativa ilegitimidad de los fanatismos trabajados en el apartado anterior. Sin embargo, esta situación no se condice con la existencia real de este campo de estudios en nuestro país, siendo incluso muy incipientes los aportes en esta temática en toda América Latina. Como señala uno de los contados investigadores abocados al tema, los distintos dispositivos de vigilancia electrónica han conseguido expandirse rápidamente por la región sin superar su situación marginal dentro del campo más amplio de estudios sobre el delito, el sistema penal y las fuerzas policiales (Arteaga Botello, 2012). Se suma así un argumento más a favor de investigar la videovigilancia: la consabida vacancia en el estado del arte y la necesidad de emprender estudios específicos (Urtasun, 2016).

Seducción teórica, relevancia política y vacancia, estos tres elementos estuvieron presentes en la decisión de tomar a un organismo municipal de videovigilancia como objeto de una investigación doctoral en curso. La opción por un abordaje etnográfico, centrada en la observación participante del trabajo cotidiano de vigilancia en las salas de monitoreo del sistema, pretendía establecer una serie de distanciamientos para con estos tres princi-

pios de legitimidad. En primer lugar, la apropiación que el investigador hacía del enfoque etnográfico suponía la necesidad de suspender la aplicación de grandes interpretaciones sobre el objeto para dar lugar a estudios empíricos, rechazando uno de los efectos más negativos del sentido común foucaultiano: la asunción de que ya se puede deducir teóricamente de qué se trata la videovigilancia y cuál es su interés para las ciencias sociales. Sin descartar necesariamente un diálogo con las miradas foucaultianas, la propuesta partía de reconocer el estado muy incipiente de conocimiento y la necesidad de relacionarse de una forma más flexible y emergente con la teorización.

La etnografía ofrecía también una forma de establecer diálogos y posicionarnos dentro del campo de estudio internacional, fuertemente dominado por los *surveillance studies* del mundo anglosajón y su interés por resolver dos preguntas casi excluyentes: la eficacia de las cámaras para bajar el delito, o su potencial en términos de vulneración de derechos. Los pocos trabajos etnográficos que se preguntaban por el “cómo” del funcionamiento cotidiano de estos dispositivos permitían identificar una línea de estudios sobre la cual montar nuestros propios esfuerzos. Finalmente, la identificación de una “vacancia” en torno al estudio de la videovigilancia, junto con el carácter “emergente” de los hallazgos etnográficos, brindaban argumentos convergentes para justificar un vínculo débil con los aspectos teóricos y la pertinencia de un estudio “exploratorio”, reforzado semánticamente esta debilidad con términos como “abordaje” y “acercamiento”.

Aunque este triple uso de “lo etnográfico” jugara un papel fundamental en la construcción del objeto desde sus primeras formulaciones, sorprende retrospectivamente la falta de diálogos entablados realmente con otras etnografías. De hecho, “lo etnográfico” cumplía un papel ambiguo en el proyecto de investigación: principal rasgo declarado del enfoque, oficiaba como mediador no explicitado de otras lecturas más que como indicador de cómo y con quién discutir. La literatura sobre el delito, el sentimiento de inseguridad, las políticas de seguridad y la institución policial, daban un marco en el cual referenciar a la videovigilancia como objeto, aun cuando de estos viajes literarios no se volviera con nada más que algunas pocas ideas sobre qué investigar. Una pregunta reflexiva sobre las condiciones de producción de la videovigilancia como objeto hubiera apuntado a las referencias a autores y estudios “por compromiso”, mostrando la influencia de ciertos espacios

académicos e institucionales en los que el becario estaba inmerso, así como también el peso de cierto imaginario sobre gustos y orientaciones de quienes evalúan las presentaciones a becas otorgadas por las instituciones que financian la investigación científica. Las decisiones y argumentos que componen teórica y bibliográficamente un objeto de investigación se ensamblan en este juego entre intereses personales, atmósferas teóricas y tramas institucionales, cobrando aún más relevancia estas últimas, en este caso, por la situación de investigador en formación, con una menor autonomía para con los ámbitos de legitimidad académica ya establecidos. De hecho, otros diálogos posibles, por ejemplo, con la dimensión tecnológica o la centralidad de las imágenes, no llegarían hasta mucho después, como fruto de hallazgos del trabajo de campo que no encontraban diálogos fructíferos con la bibliografía previamente considerada.

El costo de esta tardía apertura al diálogo productivo con otras bibliografías se hizo notar en el subregistro de ciertas dimensiones en las notas de campo, como por ejemplo el papel desempeñado por los distintos artefactos tecnológicos y el rol de las imágenes producidas por las cámaras. A su vez, el uso del “abordaje etnográfico” como forma de posicionamiento frente a otras preguntas y metodologías asumía acriticamente una delimitación primaria del campo bibliográfico relevante a estudios sobre videovigilancia, quedando sin explorar el intercambio con otros objetos cercanos, como por ejemplo lo que podríamos llamar “prácticas vigilantes” u “olfato policial” propio de las fuerzas policiales. El resultado fue, entonces, un compromiso formal con las referencias necesarias para inscribir al objeto dentro de un campo legítimo de estudio dominado por la policía como objeto hegemónico, resaltando una situación de vacancia que reducía al mismo tiempo los posibles diálogos con otros estudios dentro de este campo. En términos generales este análisis retrospectivo muestra un déficit en la construcción conceptual del objeto, escondido detrás de la invocación de su carácter emergente, dificultando la recuperación de un ámbito de debate en el cual el análisis y exposición del trabajo de campo pudiera intervenir con argumentos que superaran una descripción superficial.

Todo este recorrido encuentra en *Videovigilâncias, videovoyeurismos e (re)produção imagética na tecnologia digital*, tesis doctoral de Bruno Cardoso en la que realiza una etnografía del sistema de videovigilancia de Río

de Janeiro, un paralelismo, un punto a la vez de apoyo y de comparación. Cardoso parte de la misma necesidad de distanciamiento etnográfico del sentido común foucaultiano, aunque con resultados distintos. El autor elige un enfoque, un método, y construye su objeto por oposición a lo que entiende como un sesgo compartido por defensores y detractores de la videovigilancia: la “sobredeterminación técnica” que confiere al componente tecnológico un poder excesivo, ya sea positivo o negativo, sin dar lugar al “factor humano” (Cardoso, 2010, p. 225). Hacer etnografía permitiría reponer las formas concretas de la tarea cotidiana de vigilancia, permitiendo que paranoias teóricas y distopías tecnológicas cayeran “una a una” en el trabajo de campo, “como manda o figurino antropológico” (Cardoso, 2010, p. 61).

También Cardoso realiza este desplazamiento apoyándose en los contados estudios etnográficos dentro de los *surveillance studies* de la academia anglosajona, pero en su caso se encuadra además dentro de la teoría del actor-red, a través de una serie de conceptos provenientes de la obra de Bruno Latour, como la idea de redes complejas de “agenciamientos sociotécnicos” de elementos “humanos” y “no humanos”. Aun cuando estos conceptos se mantengan en estado latente o no cumplan un papel importante en sus descripciones y análisis, este apoyo le permite legitimar su objeto, enrolándolo en un nuevo campo de debates en torno a la tecnología y a la capacidad de agencia de los objetos, bajo una insignia teórica que goza actualmente de reconocimiento como enfoque innovador. Al mismo tiempo, aunque no lo explicita demasiado en sus referencias bibliográficas, su tesis participa de discusiones propias del campo más amplio de las etnografías brasileñas contemporáneas. Al explorar el consumo, circulación y reelaboración de audiovisuales provenientes de la videovigilancia en internet, Cardoso abre la posibilidad de una autoetnografía, una práctica de la que se declara nativo y participante.

¿En qué medida esta elaboración nos permite pensar el proceso de reflexividad en la construcción del objeto? Al igual que en el canon etnográfico argentino, Cardoso se preocupa por objetivar las formas de acceso a los ámbitos que investiga, sus relaciones con distintos actores y con la propia videovigilancia como práctica y producto audiovisual. Su distanciamiento del teoricismo de inspiración foucaultiana le permite no solo justificar la necesidad de una investigación empírica, sino también asumirse en parte como un nativo, quitándole exotismo a su objeto. Incorporando al debate los re-

gímenes de vergüenza de las nuevas generaciones, para las que no siempre ser visto es estar siendo dominado, problematiza incluso los vínculos entre visión, poder y dominación, preguntándose por el vínculo que entablan los propios operadores de cámara, entre la “mirada suspicaz” con fines securitarios, y la mirada “voyeur” que busca diversión o placer estético. En este sentido, aunque su tesis comience con las consabidas referencias al campo de estudios local sobre el delito y las políticas de seguridad, su perspectiva se nutre de otras discusiones que le permiten reconstruir un objeto no ya como un caso particular de la “nueva prevención del delito”, sino como forma del “mirar contemporáneo”.

Cardoso logra desplegar las operaciones reflexivas necesarias para lograr un desplazamiento dentro del campo de estudios en el que se inserta, con visibles ganancias teóricas y empíricas. Sin embargo, esta reflexividad está sobre todo dirigida a la explicitación de los vínculos durante el trabajo de campo. Las opciones y decisiones con las que construye viajes literarios y debates académicos para subvertir ciertas fronteras entre temas y enfoques no son tematizadas, ni se reflexiona en la tesis sobre las condiciones de posibilidad de este trabajo bibliográfico. De esta manera corre el riesgo de estar haciendo un uso no controlado de la legitimidad de ciertos aparatos conceptuales que se imponen como modas teóricas, reemplazando el uso acrítico de Foucault por la aplicación de conceptos de Latour y manteniendo, en todo caso, la característica dependencia teórica de las ciencias sociales latinoamericanas.

Evidentemente, la posibilidad de rastrear operaciones reflexivas, reales o potenciales, en torno a la construcción bibliográfica de los objetos de dos etnografías depende fuertemente del acceso al proceso y el contexto de investigación. Es difícil, entonces, establecer con certeza en qué puntos una etnografía ajena podría haberse beneficiado de una mayor reflexividad. Entre el deslumbramiento propio del sentido común foucaultiano, que se ha demostrado empíricamente estéril, y el atrincheramiento detrás de un afán descriptivo que inhibe el avance en los diálogos con otros objetos y su conceptualización, Cardoso logra encontrar nuevos puntos de apoyo para interrogar al fenómeno de la videovigilancia. Incorporar una lectura de esta operación en clave reflexiva nos recuerda que no podemos reducirla al producto del encuentro entre un investigador y su trabajo de campo: mal que le pese, cada et-

nógrafo se inscribe en una serie de tramas institucionales, atmósferas teóricas y debates que configuran su mirada, habilitando o inhibiendo dimensiones de su objeto de estudio.

Una vuelta reflexiva sobre los viajes literarios

En las últimas décadas la noción de reflexividad se ha expandido ampliamente como un imperativo en el campo de la antropología y, en buena medida, también en el de la sociología. Simultáneamente, los enfoques etnográficos han experimentado un importante crecimiento en el campo de las ciencias sociales locales, acompañado de una consolidación de su legitimidad y sus credenciales académicas en Argentina. En este proceso tuvo un papel importante la tarea de traducción, reelaboración, edición y publicación desarrollada por una serie de autores locales (Guber, 2001, 2004 y otros). Estos enfoques señalan la flexibilidad, el carácter emergente e inacabado de la construcción de sus objetos de estudio, otorgando un lugar central al encuentro entre investigador y “nativos” en el trabajo de campo. La operación reflexiva, como característica fundamental de esta propuesta, se enfocaría principalmente en la forma de construir y analizar las relaciones entabladas por el investigador con los “otros” de su trabajo de campo, siendo la “ignorancia metodológica” una manera de evitar los distintos centrismos capaces de encorsetar la interpretación del investigador (Guber, 2001).

Ante este planteo surgen dos preguntas: en este diálogo con los otros, ¿qué lugar tendrían los interlocutores que el investigador porta en tanto sujeto posicionado en un cierto campo académico? ¿Puede considerarse un avance jugar con la ficción de una imaginada “ignorancia” que mantiene por fuera de la operación reflexiva a una serie de trabajos y prácticas bajo el supuesto de su ineficacia, de su irrelevancia?

En este capítulo, hemos procurado poner en evidencia el valor de la operación reflexiva al visibilizar, problematizar y abordar la instancia de indagación bibliográfica y la del trabajo de elaboración y objetivación teórica en relación a la dimensión de construcción del objeto. Hemos interrogado los procesos de construcción de nuestros objetos de estudio, explorando retrospectivamente el límite entre la conciencia de las decisiones tomadas y sus condiciones de posibilidad. Cada inmersión ilumina aspectos distintos, en la medida en que se trata de procesos únicos marcados tanto por la especificidad

del objeto en cuestión como por una infinidad de aspectos biográficos particulares. Esto no quita, sin embargo, que el recorrido deje también un saldo de indicios y aristas compartidas en las que anclar la pregunta reflexiva. Las atmósferas teóricas, las tramas institucionales y las agencias evaluadoras, así como las diversas estrategias bibliográficas con las que se busca legitimar nuestros objetos, surgen así como ámbitos privilegiados para una interrogación constante.

Por su parte, las obras escogidas del itinerario seguido por nuestros viajes literarios nos permitieron poner a prueba una misma pregunta en un escenario distinto: el de una investigación ajena, finalizada y publicada. En este punto, como se señaló, la mediación del dispositivo textual y la falta de acceso por otras vías al proceso de investigación suponen un desafío y, sin dudas, una limitación. De todas formas, entre las citas de autoridad y los debates con que todo cientista social explicita sus “marcos teóricos” y “estados del arte”, pero también en los silencios y supuestos entrelíneas, encontramos rastros de estas operaciones reflexivas. Recuperando la tarea de ensamblado bibliográfico con que Wacquant, Benzecry y Cardoso construyen sus objetos, vislumbramos algunos elementos de las atmósferas académicas en las que cada autor escribe. Sintomáticamente, las tramas institucionales o aspectos del mundo académico que actúan como condiciones de posibilidad de la investigación son para las tres obras analizadas, un punto ciego. Los casos abordados muestran dos formas, aparentemente opuestas, de vincular los respectivos viajes literarios con la propia investigación: o bien los desplazamientos teóricos son subsidiarios de la experiencia en el campo, o bien formatean conceptualmente el abordaje empírico. En todo caso, las operaciones reflexivas se centran en las instancias de trabajo de campo, mientras que el investigador se presenta como un sujeto plenamente soberano respecto de sus opciones conceptuales y metodológicas. Esta remisión de la reflexividad al campo podría estar alimentando así un supuesto desinterés por los debates bibliográficos y la construcción teórica, en un retorno “reflexivo” de la fuente tradicional de legitimidad etnográfica: el haber “estado allí” en interacción con los otros. La advertencia bourdeana nos indica entonces la siguiente interrogación: ¿qué intereses puede estar ocultando el imaginado “desinterés” en el trabajo bibliográfico?

La respuesta a esta pregunta debe ser situada y requiere de un trabajo de investigación colectiva mucho más profundo que tome a la etnografía,

en tanto práctica científica, como objeto de estudio, más allá del análisis del dispositivo textual. Pudimos vislumbrar algunas dimensiones a tener en cuenta a partir de nuestros ejercicios de autosocioanálisis, tomando las condiciones bibliográficas e institucionales de producción de nuestros propios procesos de investigación como objeto de una operación reflexiva a posteriori: la administración de los riesgos teorocéntricos en el diseño de un proyecto de beca sobre las formas de sociabilidad y esparcimiento de categorías emergentes, los desafíos sociológicos e institucionales ante la ilegitimidad académica de un objeto de circulación masiva transferida a la investigación sobre los fanáticos de dicho objeto, y por último, la preocupación por el control del proceso de investigación, ante el carácter teóricamente deslumbrante y políticamente relevante de un objeto construido en torno a la videovigilancia.

Hemos intentado mostrar por un lado, cómo el ejercicio reflexivo permite visibilizar el modo en que los consensos teóricos, los recorridos bibliográficos, las tramas académicas y los marcos institucionales operan sobre nuestros objetos, sin que esto implique que todas sus características puedan deducirse de aquellos órdenes de determinación; y por otro lado, hemos intentado poner de relieve el potencial de descubrimiento propio de la operación reflexiva, el plus de imaginación conceptual que se pone en juego al posar su mirada en procesos de construcción del objeto etnográfico.

Señalamos aquí la importancia de objetivar los estados de discusión, la filiación en equipos o grupos de investigación, los circuitos de circulación académica, así como los requisitos de las instituciones financiadoras, y cómo estos factores son decisivos a la hora de determinar las relaciones de interdependencia y las figuraciones académicas que estructuran y explican buena parte de la dinámica de la construcción de objetos de investigación en ciencias sociales. Esto implica, como muestra María Graciela Rodríguez, un esfuerzo por objetivar la estructura del campo de investigación dentro del cual construimos objetos de investigación (Rodríguez, 2013). Podemos sostener, en definitiva que, por este camino, la operación reflexiva promueve un distanciamiento respecto de los efectos estructurantes del campo académico y un mayor grado de soberanía sobre los procesos de producción de conocimiento.

En un ejemplo de este tipo de operaciones reflexivas retrospectivas, aunque sin denominarlas de ese modo, Howard Becker se refiere a su trabajo en sociología de la desviación sosteniendo que:

(...) mi premura por mostrar que esa literatura (...) estaba equivocada me condujo a ignorar el verdadero tema de mi investigación. Yo había pasado por alto, y luego procedido a ignorar, una pregunta más abarcadora y mucho más interesante (...) Creo, mirando hacia atrás, que mi estudio habría hecho una contribución más profunda si lo hubiera orientado hacia esas preguntas. Pero la hegemonía ideológica del enfoque dominante sobre el estudio de las drogas me venció. No sé cómo harán los otros para saber cuándo la bibliografía comienza a deformar su argumentación. Es el clásico dilema de quedar atrapado en las categorías de nuestro propio tiempo y lugar. Lo mejor que podemos hacer es reconocer la ideología dominante (...) buscar su componente ideológico, y tratar de encontrar un enfoque científico más neutral del problema. Usted sabrá que va por buen camino cuando los demás le digan que va por mal camino. (...) Todo académico serio debería inspeccionar rutinariamente las maneras competitivas de hablar de un mismo tema (Becker, 2011, p. 186).

Becker pone de relieve el valor de la operación reflexiva, en tanto operación de desfamiliarización teórica y académica en la instancia de la construcción del objeto etnográfico, que permite relativizar los horizontes de imaginación del linaje, clan o grupo académico de pertenencia, para controlar los propios posicionamientos teóricos y explorar nuevas posibilidades de la creatividad etnográfica y la imaginación sociológica. Aunque con una teoría de la práctica distinta, Bourdieu también remarca las posibilidades que el socioanálisis ofrece para obtener mayores márgenes de libertad, o bien operar sobre esos márgenes de forma racional y estratégica. Es en este sentido que la operación reflexiva, anclada en la dimensión bibliográfica y conceptual de la construcción del objeto, implica una ganancia real para la etnografía, no solo en tanto nos advierte de posibles sesgos u olvidos en la investigación, sino también al operar como guía para la profundización del conocimiento del propio objeto en direcciones inesperadas.

Bibliografía

- Alabarces, P. y Rodríguez, M. G. (1996). *Cuestión de pelotas. Fútbol, deporte, sociedad, cultura*. Buenos Aires: Atuel. Alabarces, P. (1998). ¿De qué hablamos cuando hablamos de deporte? *Nueva Sociedad*, 154.

- Archetti, E. (1985). *Fútbol y ethos*. Buenos Aires: FLACSO, Serie investigaciones. Archetti, E. (2001). *El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. Archetti, E. (2003). *Masculinidades, fútbol, tango y polo en la Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Arteaga Botello, N. (2012). Surveillance Studies: An Agenda for Latin America. *Surveillance & Society*, 10(1), 5-17.
- Bauman, Z. y Lyon, D. (2013). *Vigilancia Líquida*. Buenos Aires: Paidós.
- Becker, H. (2011). Abrumado por la bibliografía. En *Manual de escritura para científicos sociales. Como empezar y terminar una tesis, un libro o un artículo*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Benzecry, C. (2012). *El fanático de la ópera. Etnografía de una obsesión*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Bourdieu, P. (2003). *El oficio del científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J.-C., Passeron, J.-C. (2002). *El oficio del sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Cardoso, B. (2010). *Todos os Olhos. Videovigilâncias, videovoyeurismos e (re)produção imagética na tecnologia digital*, Tesis presentada para el programa de posgraduación en Antropología y Sociología de la Universidade Federal do Rio de Janeiro.
- Cuestas, P. (2014). *Conociendo el mágico mundo de Harry Potter: sus fans, la relación con la obra y los vínculos que se tejen en el club de lectores*. (Tesis de grado). Universidad Nacional de La Plata, FaHCE. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1087/te.1087.pdf>.
- Del Cueto, C. (2004). Los únicos privilegiados. Estrategias educativas de las nuevas clases medias. Tesis de Maestría, Universidad Nacional de General San Martín, IDAES, publicada como Del Cueto, C. (2007). *Los únicos privilegiados. Estrategias educativas de familias residentes en countries y barrios cerrados*. Buenos Aires: Prometeo-UNGS.
- Fonseca, C. (1998). Quando cada caso nao e um caso. Pesquisa etnografica e educacao. *XXI Reunion Anual de ANPED*, Caxambu.
- Garriga Zucal, J. A. (2005). Lomo de macho. Cuerpo, masculinidad y violencia de un grupo de simpatizantes del fútbol. *Cuadernos de Antropología Social*, 22, 201-216. Grimson, A. (2002). Algunas consideraciones

- reflexivas sobre la reflexividad en antropología. *Oficios Terrestes*, 14, Disponible en: http://perio.unlp.edu.ar/oficios/documentos/pdfs/Oficios_14.pdf.
- Guber, R. (2001). *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Editorial Norma.
- Guber, R. (2004 [1991]). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Guber, R. (2013). *La articulación etnográfica. Descubrimiento y trabajo de campo de la investigación de Ester Hermitte*. Buenos Aires: Biblos.
- Hammersley, M., y Atkinson, P. (1994). *Etnografía: métodos de investigación*. Buenos Aires: Paidós.
- Iuliano, R. (2004) *Insectos y paseantes: Pensamientos contemporáneos de la cosificación* (Tesis de grado). Universidad Nacional de La Plata, FaHCE. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.656/te.656.pdf>.
- Rodríguez, M. G. (2013). Conclusiones ¿Qué es un campo, y tú me lo preguntas? En J. Branz, J. Garriga Zucal y V. Moreira, *Deporte y ciencias sociales*. La Plata: Edulp.
- Svampa, M. (2001). *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*. Buenos Aires: Biblos. Svampa, M. (2002). Las nuevas urbanizaciones privadas. Sociabilidad y socialización: la integración social “hacia arriba”. En A.A. V.V., *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*: Buenos Aires: Biblos.
- Svampa, M. (2004). *La brecha urbana*, Capital Intelectual, Buenos Aires.
- Urtasun, M. (2016). *Vigilancia detrás de cámara: Acercamiento etnográfico a un sistema de videovigilancia*. Tesis de grado. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. En Memoria Académica. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1245/te.1245.pdf>.
- Velasco Yáñez, D. (2004). Reflexividad y reunificación de las ciencias sociales. La herencia intelectual de Pierre Bourdieu. *Revista Metapolítica*, 8(33).
- Wacquant, L. (2004). *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Wright Mills, C. (1964). *La imaginación sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica.

Reflexividad y roles en el trabajo de campo etnográfico

Nicolás Aliano, Soledad Balerdi, Julia Hang y Nicolás Herrera

Introducción

Partiendo de cuatro experiencias etnográficas particulares¹, este capítulo se propone abordar la relación entre reflexividad y roles en el trabajo de campo etnográfico. A través del análisis de diferentes situaciones de interacción que tuvieron lugar en distintas etapas de nuestros trabajos de campo, problematizamos algunos rasgos del proceso en el cual investigadores e interlocutores nos asignamos y negociamos diversos roles de manera dinámica durante dicho trabajo.

Buscaremos mostrar que el ejercicio reflexivo sobre distintas situaciones de interacción con nuestros interlocutores (que en ocasiones podemos percibir como errores o traspies) nos permite comprender algo de nuestros campos: lejos de ser “un obstáculo, una distracción o una pérdida de tiempo” (Guber, 2014, p. 29), esas situaciones incómodas o problemáticas nos dejan ver los sentidos que se construyen en el interjuego entre la reflexividad del investigador y la de los sujetos con quienes nos relacionamos en el campo.

A partir del análisis de situaciones de interacción con diversos “otros” (fans de música, afrodescendientes, deportistas y militantes de organizaciones populares) el capítulo se articula en torno a dos ejes problemáticos: el

¹ Las cuatro experiencias etnográficas surgen de nuestras propias investigaciones individuales. Por lo tanto, si bien el artículo fue escrito en conjunto utilizando la primera persona del plural, en los casos específicos de cada campo la reflexión está presentada en primera persona del singular.

primero referido a las *expectativas* que provoca la presencia del investigador en el campo y cómo posicionarse frente a ellas, y el segundo, enfocado en los *desafíos* que genera la búsqueda de “familiarización/desfamiliarización” con las prácticas y sentidos de “nuestros nativos”. Estos dos ejes y las escenas en ellos analizadas, nos permitirán iluminar el *carácter procesual* de un trabajo de campo etnográfico en el cual las distintas etapas atravesadas habilitan y demandan una serie de roles diferenciales y su consiguiente renegociación.

Antes de introducirnos en el análisis de ambos ejes es necesario aclarar que entendemos que estos roles son construidos en el campo a partir de las propias características con las que el investigador se inserta en él como sujeto situado (por el género, la clase, la generación, etc.), lo cual condiciona las relaciones que establece con sus interlocutores.² Sin embargo estos roles no son estables y se van redefiniendo a lo largo del trabajo de campo. En este proceso dinámico, la reflexividad opera como una herramienta analítica central que nos permite convertir ciertas tensiones del campo –como las generadas entre las expectativas y representaciones recíprocas entre interlocutores e investigadores, o las producidas en los intentos por acercarnos y/o distanciarnos del mundo de prácticas y valores de los sujetos con quienes investigamos– en datos etnográficos verdaderamente sensibles a la perspectiva del actor.

Sobre las *expectativas* que genera el investigador en campo y cómo posicionarse frente a ellas

Como señala Guber (2009) los primeros roles que los informantes asignan al investigador durante el trabajo de campo no recorren un círculo arbitrario sino que siguen la experiencia de los sujetos, sus marcos interpretativos y su sentido común. En tal sentido entendemos que reconstruir este proceso de asignación y negociación de roles permite comprender dimensiones centrales del marco de sentidos desde el cual los actores nos hablan y en el cual inscriben sus prácticas (Frederic, 1998).

² Además, como sostiene Guber en este libro, la reflexividad no sólo contempla la persona del investigador (su raza, su género y otros aspectos), sino que también “contempla el campo, la perspectiva teórica y la elaboración del texto”. En este sentido, entendemos que *la reflexividad no corresponde a una instancia o momento del trabajo de campo, pero tampoco corresponde exclusivamente al trabajo de campo en sí mismo, sino que ocupa un lugar importante a lo largo de todo el proceso de investigación* (como se vio en el capítulo precedente y se verá en el próximo).

Así, preguntarnos ¿qué ven cuando nos ven? no solo implica llevar a cabo un ejercicio de reflexividad metodológica (Bourdieu, 2003; Bourdieu y Wuaquant, 2008) sino que permite, centralmente, acceder a la reflexividad nativa siguiendo la *trama de expectativas que el investigador ha generado* durante su trabajo etnográfico (Guber, 2009). Buscando problematizar este proceso, a continuación presentamos dos ejemplos extraídos de nuestras propias notas de campo referidas (en el primer caso) a la presentación que como investigadores hemos hecho al momento de *ingresar* a un campo determinado, y (en el segundo) al proceso interactivo de negociación y redefinición de roles *durante* el trabajo de campo.

Escena 1. El ingreso al campo, el periodista y la construcción moral del fan³

En línea con otras etnografías contemporáneas (Auyero, 2001; Garriga Zucal, 2012), en mi ingreso al campo atravesé un sistemático equívoco en relación al rol que los “informantes” me asignaban. A pesar de mis repetidas aclaraciones, yo, el sociólogo devenido “etnógrafo urbano” dispuesto a estudiar la configuración identitaria de jóvenes de sectores populares que se reclaman “fanáticos” de un artista de rock, pasaba a ser considerado automáticamente como un “periodista”. En términos generales, Auyero y Grimson (1997) han encontrado en este equívoco el índice de una *relación instrumental* que el mundo popular busca tener con los medios de comunicación, desde la cual diversos actores buscan visibilizarse y visibilizar sus demandas en la esfera pública. Frente al “periodista” los actores reconocen “un interlocutor que es un canal directo hacia el ámbito público” (1997, p. 8). En este sentido, si la identificación del lugar de “sociólogo” o “antropólogo” con la del “periodista” ya ha sido referida por otras etnografías en sectores populares –y la confusión dista de ser una singularidad de mi caso–, cabe pensar a su vez que ella visibiliza sentidos específicos de mis informantes en relación con ciertos “usos del periodista” que se ponen en acto si contemplamos “qué somos” nosotros para ellos. En este acceso inicial al campo cabía preguntarse entonces, ¿de qué aspecto específico del universo social indagado

³ La siguiente experiencia de campo responde a la investigación que sustenta la tesis doctoral, titulada “Música, afición y subjetividad entre seguidores del Indio Solari. Un estudio sobre procesos de individuación en sectores populares” (Aliano, 2015).

me informaba esa identificación que los actores realizaban con el periodista? En otros términos, ¿qué tipo de “dato” construía ese equívoco? (Auyero y Grimson, 1997).

El acceso al campo desde el “recital masivo” como evento etnografiable implica un desafío a la observación participante. Esta “escena”, desde el punto de vista de la observación, constituye un enmarañado curso de interacciones y secuencias de situaciones que se encadenan desde el contexto de la “previa” hasta el momento mismo del show. En este sentido una de las estrategias de acceso al campo para “asir” este abigarrado flujo de acciones, fue el intento de iniciar conversaciones con algunos fans que realizaban y exhibían sus “banderas” o “trapos”. En este contexto, ante la interpelación sobre los motivos para realizar la bandera, la identificación con el “periodista” resultaba instantánea: “¿sos periodista?”, “¿de qué medio?”, “¿para qué revista?”, “¿dónde se va a publicar esto?”. Y lo que todas esas preguntas activaban era un discurso que tenía el siguiente esquema prototípico:

- ¿Por qué la hicieron así, con esa frase, con cada dibujo, en particular?
- En sí porque representa lo que vivimos cada uno, es lo que vos vas viendo en recitales. Uno mismo va mirando banderas ajenas, y vas rescatando algo de cada cosa o de lo que vivís, y por ahí eso te da una manera de explicarse las cosas que vos... vas aprendiendo, y esto, vos acumulas, y te salen las cosas, que sé yo... Es la verdad, es así... es un sentimiento, no se explica. Eso sale de lo que se vive a cada momento. Pero no sé vos, que andás por todos lados grabando a la gente, ¿te dan las mismas explicaciones?

Yo pretendía obtener –y *esperaba* escuchar– un *discurso narrativizado* de los modos de hacer la bandera: su “historia”, sus peripecias, su relación con la música y la identidad individual o grupal de sus hacedores, de sus trayectorias, de sus motivaciones, de sus anhelos y angustias. Y si bien todo ello aparecía, lo que encontraba, sobre todo, era un discurso estereotipado de la pasión. Más allá de los “contenidos” de cada historia –que giraban en torno a unos pocos motivos como “representar el barrio” o al “grupo de amigos”– lo que habilitaba ese lugar del periodista, antes que nada, era un discurso *escenificado de la pasión*: “*esto no se explica, esto se siente*”. Una “escenificación” de la identidad del fan. Porque estos fans se creen o se saben objeto

de noticia; entonces lo que había que mostrar al periodista, era la *pasión* y el *esfuerzo*. En consecuencia: ¿era eso lo que los fans eran? ¿Especie de autómatas sentimentales y prerreflexivos que repetían, caso tras caso, que para eso no había explicación y solo había el sentimiento? ¿O eso era lo que querían que yo mostrara? ¿O sería “lo mostrable a un periodista” de acuerdo con las *expectativas* que depositaban en esa figura social?⁴

La sensación era que me manejaba en un terreno demasiado superficial: que lo que me estaban presentando no era *lo que ellos hacían con la música* sino lo que *ellos querían que se mostrara de lo que hacían con la música*. Y que entre eso que “ellos me mostraban de su rol de fan” y su “rol de fan” la relación era mediada, y en todo caso no era (y no podía serlo) transparente. Sin embargo *algo* de lo que en sus sentidos prácticos “ellos eran” se ponía en juego durante esa presentación de la persona. Porque como sugieren Auyero y Grimson “al hablarnos *desde* ese sentido, también –si sabemos escuchar– nos hablan *de él*” (1997, p. 12).

¿Pero qué tipo de “dato” era ese que construía a partir de considerar la reflexividad de los actores? Se trataba de una presentación de la persona que, en todo caso, trascendía el esquema narrativizado que yo pretendía encontrar y –“epistemocéntricamente” – forzar. En cambio la situación daba lugar a una escena en la que se ponía en acto performativamente (con la gestualidad, la entonación y las expectativas de que “el periodista lo grabe”) una presentación *moral* de la persona. Una conexión específica –*desde el cuerpo* y en una *situación “extraordinaria”*– entre moral, identidad y búsqueda de reconocimiento (por la dedicación conferida, por el esfuerzo depositado) de un modo parcialmente captado en expresiones como “esta bandera me explica”, “explica lo que soy”, “necesitamos ser escuchados”. En este sentido, como señalan Auyero y Grimson:

⁴ Con relación a este punto Auyero y Grimson (1997) reflexionan:

¿Estoy escuchando sus opiniones, sus pensamientos o lo que ellos quieren que yo diga en algún medio de comunicación, una suerte de presentación de su persona frente al público mediático? Como bien nos enseñara Goffman hace ya algunos años, lo que creen y opinan no está tan divorciado [como pareciera a primera vista] de la manera en que diseñan estrategias para presentar públicamente sus creencias y opiniones. En otras palabras, lo que nos dicen, la manera en que intencionalmente construyen una narrativa pública, guarda alguna relación con sus percepciones y creencias. Sin embargo, tomar lo que dicen [y, sobre todo, lo que “nos” dicen] como lo que piensan constituye un serio error epistemológico (p. 2-3).

En la medida en que los actores identifican al etnógrafo con el periodista es probable que tiendan a desarrollar los discursos que desean que alcancen el ámbito público, buscando desarrollar argumentaciones que demuestren la particularidad de su situación y la necesidad de ayuda, su situación de desprotección, etcétera. (Auyero y Grimson, 1997, p. 8).

En mi caso sucedía algo similar a lo observado por los autores. Se trataba de algo que brotaba siempre y cuando un sujeto, a la sazón devenido “informante”, se encontraba con otro sujeto (yo mismo) con un grabador en mano: “activaba” un discurso que quería que apareciera en los medios de comunicación; una “presentación pública” que se deseaba que los demás advirtieran que ellos encarnaban. Pero esa presentación, en este caso, no era tanto una narrativa de la “necesidad de ayuda” o de la visibilización de una “demanda colectiva”, sino de *la exposición de una dimensión de la moralidad del grupo que se juzga digna de exhibición*: la ética del esfuerzo y la pasión, la voluntad de expresión de una “diferencia” y de su reconocimiento público, un deseo de afirmación pública de sí. Lo que ocurría era un modo de implicación personal con el objeto de afición, una vinculación que tal vez no habría podido reconstruir discursivamente pero que se me aparecía con toda la fuerza bajo la forma *performativa* del discurso de la pasión (Hennion, 2012). Desde esta construcción moral que daba cuenta de una búsqueda *esforzada* de trascendencia personal y reconocimiento social, es que las banderas y sus fans “se presentan”.

En suma, ¿de qué nos habla esta escena de ingreso al campo? En la situación referida el *rol atribuido* “de periodista” contribuyó, a la vez, a dar cuenta de una *dimensión moral específica del sentido práctico de mis informantes* y a visibilizar *mi actitud “epistemocéntrica”*, esa tendencia intelectualista del investigador que construye el mundo social desde una mirada teórica, un “ojo contemplativo” (Bourdieu y Wacquant, 2008), como si fuera un espectáculo y no desde la lógica práctica de los actores. Adquirir cierta reflexividad sobre los efectos de este “ojo contemplativo” me permitió advertir que en la “pobreza narrativa” que juzgaba encontrar en las “historias de banderas” se hallaba el signo de mi epistemocentrismo, antes que la carencia de sentidos nativos.

La presentación teatralizada (centralmente mediada por el cuerpo, la gestualidad y la acción, y muchas veces realizada en estados de alteración o arrebato provocados por el uso de drogas o alcohol) me indicaba una conexión

específica entre *moral, afición e identidad*, que no podía ser recuperada desde mi angosta idea inicial de “reconstrucción narrativa” de la experiencia, y a la vez visibilizaba mi tendencia al verbalcentrismo (Semán, 2011) en la construcción del “dato” etnográfico. De modo que el atender al juego entre las expectativas que generaba la figura que yo *encarnaba* en mi rol de periodista y las expectativas que yo *depositaba* en mis informantes, me permitió comenzar a construir un aspecto del *sentido práctico* que articulaba la moralidad del grupo: el vínculo entre *música, afición y búsqueda de reconocimiento*. Pero solo el comenzar a tener reflexividad sobre los efectos de la presencia propia en el campo (y los supuestos que mantenía en ella), me permitió comenzar a construir como “dato”, durante todo ese recorrido, la *relación* con mis informantes en campo.

Llegados a este punto cabe preguntarse: ¿Cómo se *redefine* esta relación entre expectativas esperadas y generadas una vez atravesada esta “presentación” en campo? Y a su vez, dicha redefinición de expectativas mutuas ¿asume la forma de un “ajuste” más o menos lineal en las múltiples relaciones de campo que se entablan? La escena siguiente permite problematizar estas dimensiones.

Escena 2: Sobre los cambios y diferencias que asumen los roles durante el trabajo de campo⁵

En el marco de una investigación doctoral que busca comprender la reproducción de fronteras étnicas en contextos festivos, decidí hacer parte de mi trabajo de campo siguiendo la participación de los miembros de una asociación que nuclea a los afrodescendientes en Argentina durante la Fiesta Provincial del Inmigrante. Allí, en buena medida, lo que me interesaba conocer eran los sentidos que estas personas otorgan al hecho de participar en una festividad que dramatiza ritualmente, año tras año, el relato mítico del crisol de razas (con toda su carga simbólica respecto al lugar del inmigrante europeo en tanto eje articulador de una matriz cultural que invisibiliza el aporte de otros colectivos étnicos).

⁵ La siguiente experiencia de campo responde a la investigación que sustenta mi tesis de maestría, titulada “La Fiesta Provincial del Inmigrante (Berisso, 1978-2015). Un ritual conmemorativo a través del cual la comunidad se imagina a sí misma” (Herrera, 2017).

Fue así que al acercarme hasta dicha asociación me encontré con un señor de aproximadamente 60 años, quien pintando los marcos de una de las puertas de entrada se presentó como José, me invitó a pasar y amablemente me preguntó quién era, qué necesitaba y si estaba buscando a alguien. Ante sus preguntas me presenté dando mi nombre, comenté que era sociólogo, docente de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), becario doctoral del CONICET y estaba realizando un trabajo sobre la Fiesta Provincial del Inmigrante donde me interesaba conocer algunos aspectos de la participación que allí realizaban los afrodescendientes. Mientras la primera mitad de mi presentación (referida al “quién soy”) pareció no importarle en absoluto o directamente molestarle (desvió su mirada, se enfocó nuevamente en el pincel, la pintura y la puerta sin hacer ningún comentario o exclamación que me permitiera sentir que para él yo estaba ahí) la segunda parte de ella (referida “al tema” de mi investigación) hizo que su postura cambiara completamente: regresó su mirada hacia mí, dejó el pincel junto a la lata de pintura, me ofreció una silla, pidió que lo esperara unos minutos mientras terminaba su tarea y dijo que luego me mostraría la sede del club mientras “charlamos de lo que quieras saber”.

En ese recorrido por la institución, José me contó que no era afrodescendiente, se había casado con una persona que sí lo era, sus hijos participaban activamente de la institución y me invitó a seguir yendo “al club” (sobre todo insistió para que fuera a las reuniones de la Comisión Directiva a charlar ahí con el resto de sus miembros). Además me comentó que ocasionalmente había sido secretario de actas en la entidad que organiza la Fiesta Provincial del Inmigrante, y se mostró totalmente dispuesto a contarme cómo había sido el proceso a través del cual la asociación de afrodescendientes había empezado a participar de la misma. Así, José aparecía como un informante clave para mis intereses de investigación y una puerta de acceso para establecer vínculos con el resto de los miembros de la institución.

Tal vez porque no le importó decirlo (ni a mí preguntarlo), en aquel primer encuentro José no hizo mención a qué se dedicaba: con el tiempo me contaría que –al igual que yo– era egresado de la Facultad de Humanidades de la UNLP y trabajaba como docente en algunas escuelas públicas. Sin dudas, otros aspectos de su vida quedaron por fuera de aquella charla inicial, pero aquel “silencio” sobre su profesión terminaría siendo importante para el vínculo entre ambos.

Semanas después decidí acercarme a las reuniones de la Comisión Directiva, como José me había sugerido. A medida que iban llegando sus miembros, José me los presentaba, mencionando mi nombre y diciendo que estaba interesado en conocer diversos aspectos sobre la participación de la colectividad en dicha festividad, sin mencionar dato alguno sobre mi formación académica ni mi rol docente. El hecho, otra vez y en aquel contexto, no me sorprendió. Sin embargo durante esa reunión de Comisión Directiva sucedió algo que comenzó a llamarme la atención: mientras los minutos pasaban y la reunión no comenzaba porque aún no había llegado uno de sus miembros, el resto de los presentes se referían a la persona ausente como “la doctora” de manera irónica. Mejor dicho, no se referían en malos términos hacia la persona sino que al decir “la doctora” el término era pronunciado con cierto desagrado, sorna y una postura corporal que simulaba altanería.

Pasada media hora “la doctora” llegó y se disculpó por la demora haciendo referencia a un inconveniente que había tenido “en el laboratorio”. Terminada la reunión aproveché el hecho de que aún no me había presentado ante ella, me acerqué para hacerlo y fue así que conocí a Graciela, quien yo suponía que era médica. Cuando al presentarme di mi nombre y mencioné qué era lo que motivaba mi presencia en el lugar, ella me preguntó –de manera distante y desinteresada– si yo era periodista y por qué quería hacer ese trabajo. Ante estas preguntas, puse en escena aquella primera parte de mi presentación que José había desdeñado: “soy sociólogo, docente de la UNLP, becario del CONICET, espacio para el cual estoy haciendo una investigación doctoral sobre... etc.” Esta presentación académica hizo que su postura inicial de desinterés/distancia mutara completamente en una exposición detallada y amable de su persona, en la cual me contó que ella era bioquímica y le había costado muchísimo hacer el doctorado. Así fue que, finalmente, Graciela me ofreció contar con ella para lo que necesite “saber sobre ese tema” ya que entendía “muy bien lo que es hacer una investigación doctoral”: Graciela no era médica, sino una bioquímica con título doctoral.

Con el correr de los encuentros y a medida que iba generando cierto vínculo con los miembros de la Comisión Directiva, José me comentó que el sábado siguiente ellos iban a estar limpiando el club porque lo habían alquilado para un evento. Me invitaba a ir ya que, si bien iban a estar trabajando,

existía la posibilidad de prestarme más atención que lo que pasaba durante las reuniones de la Comisión Directiva, al menos así lo entendía él.

Cuando ese sábado llegué al club encontré que muchas de las personas que había conocido en las reuniones de Comisión Directiva estaban ocupadas en distintas tareas, y decidí ayudar a José con las que él estaba realizando. Fue ahí que, molesto, me señaló: “viste, estamos todos laburando menos ‘la doctora’”. Graciela no estaba entre los presentes. Decidí simular que no sabía por qué le decían “la doctora” y directamente le pregunté si era por su profesión como médica, a lo cual José, riéndose, respondió que no: que era bioquímica y le decían así “porque ella está todo el tiempo tirándote el título de Doctora en la cara. Igual vos lo viste, no es que la llamamos así por atrás, se lo decimos en la cara. Y para colmo... ¡a ella le encanta que la tratemos de doctora!”.

Fue en ese momento cuando empecé a notar que algo pasaba respecto al lugar que dentro de ese grupo de personas tenía el hecho de ser (o no ser) académico, profesional, doctor. Instantáneamente José terminó de darme los elementos necesarios para entender lo que pasaba: su relato refirió a que entre los afrodescendientes pocos tenían estudios primarios completos, mientras que eran mucho menos los que habían terminado el secundario, menos aun los que habían accedido a la universidad y casi nulos los que la habían terminado. En esa progresión, tener un doctorado era claramente un diferencial sumamente significativo.

Pero ese no era todo el asunto, sino que el malestar de José hacia “la doctora” estaba referido a que “ante cualquier cosa que discutimos, ella te tira su doctorado en la cara”. El uso contextual de un diferencial profesional era lo que Graciela ponía a operar en diversas situaciones para –así lo entendía José– legitimar un argumento. Frente a esto, una sanción moral en torno a su “falta de humildad” era lo que José accionaba frente a Graciela, entendiendo que ella lo hacía para imponer una opinión o marcar distancia a partir del título académico. En ese momento, José cierra la charla contándome que él también era “profesional y de hecho docente” pero que jamás se le ocurriría “como a ‘la doctora’, hacer gala de eso o tirárselo en la cara a alguien para lo que sea”.

Pasaron las horas, cada uno fue avanzando en las tareas que había asumido y cerca de las 14hs interrumpieron sus trabajos para llevar a cabo un almuerzo al que fui invitado. A medida que la comida avanzaba –tal vez por-

que todos los presentes sabían quién era yo y qué hacía ahí— la charla estuvo referida a temáticas migratorias, el lugar de los afrodescendientes en la sociedad argentina y el racismo (en sus palabras) que existía sobre todo lo que pudiese entrar bajo la etiqueta de “negro” (afros, pobres, peronistas). En ese contexto sentí que lo que ellos esperaban de mí era que les brinde una opinión “profesional” sobre dichos temas: decían una frase y me miraban esperando ver si asentía o no, si prefería decir algo o continuaba comiendo. No era únicamente yo quien estaba “evaluando” la situación y a mis interlocutores (intentando registrar en mi memoria temas, posturas, argumentos, etc.), sino que ellos me estaban “evaluando” de una u otra manera. Fue así que decidí ponerme a hablar desde el lugar desde el cual entendí (tal vez erróneamente) que ellos me estaban pidiendo que lo hiciera: desde un supuesto saber legitimado sobre el tema, el del investigador profesional, docente con pretensiones doctorales.

Intentando reforzar mis argumentos comencé a dar datos sobre migraciones, informes sobre racismo en Argentina, referencias autorales, etc. Fue así que —mientras algunos de los presentes hicieron un silencio solo interrumpido por gestos de adhesión y otros desviaron su atención— José (sentado frente a mí) interrumpió su almuerzo, me miró fijo, se disculpó ante el resto de los presentes y se retiró abruptamente.

En suma, ¿de qué nos habla esta segunda escena extraída de mis notas de campo? Si la reflexividad metodológica —al menos en Bourdieu (2003 y 2008)— exige una vigilancia epistemológica que no solo objective al sujeto de conocimiento sino también al sujeto cognoscente y la relación situada entre ambos, es claro que, pese a notar que en dicho campo existía un límite moral respecto a la “actitud poco humilde” de quienes utilizaban sus títulos académicos para legitimar su discurso y legitimarse a sí mismos, no tuve en cuenta que el rol de académico que yo había armado para justificar mi presencia en él estaba bajo la evaluación constante de mis interlocutores.

Así, solo el hecho de objetivar la propia posición en el universo de producción cultural (Bourdieu y Wacquant, 2008) es lo que me permitió comenzar a objetivar algunas dimensiones de la relación establecida con mis informantes. Relación que además —y acá radica buena parte de la productividad del ejercicio reflexivo de esta escena— *se constituía de manera diferencial con cada uno de ellos a partir de la tensión existente entre el rol que yo había*

elaborado para presentarme y los roles que ellos me asignaban durante el trabajo de campo.

Luego de que José se levantara intempestivamente del almuerzo, mirándome fijo, entendí por qué su mirada se había apartado de mí el día que nos conocimos: le molestaba el hecho de que yo justificara mi presencia y sostuviera mis argumentos a partir de la profesión, el título académico o el saber que pudiera tener. Con él, el hecho de que me posicionara en esos elementos del rol propuesto era, como mínimo, improductivo. De manera opuesta, en la relación con Graciela ese rol de sociólogo con pretensiones doctorales funcionaba perfectamente ya que ella era, ahí, quien “conocía perfectamente las dificultades de llevar a cabo una investigación doctoral”. Tal vez Graciela se mostró indiferente respecto “al tema” que yo buscaba comprender -o me trató de manera desinteresada, confundiéndome con un periodista- porque mi aspiración académica le permitía hablar sobre sus logros profesionales.

En síntesis, creo que el vínculo entre un análisis sobre la propia posición en el campo y la comprensión de los sentidos que los actores le otorgan a ella (elaborado en este caso a partir de la pregunta por la asignación y negociación de roles) permite analizar situaciones de interacción que por suponerlas plagadas de “metidas de pata” podríamos dejar de abordar, desconociendo la lógica práctica de los actores y los datos que ella nos permite construir sobre el campo que estudiamos. Y si “los datos de campo no vienen de los hechos sino de la relación entre el investigador y los sujetos de estudio” (Guber, 2011, p. 4), declinar el análisis sobre esta relación nos llevaría inevitablemente, a limitar nuestras posibilidades de conocimiento.

Las escenas recuperadas hasta aquí iluminan la productividad del ejercicio reflexivo sobre las *expectativas* que nos atribuyen y depositamos en nuestros informantes, mostrando a la vez aspectos de su carácter relacional: este ejercicio se trata de un *proceso* que no es unívoco, lineal, o exento de dimensiones conflictivas. Se trata de un proceso que, como se desprende de la última escena, conforme se avanza en las interacciones en campo, asume formas diferenciales en las múltiples relaciones que entablamos.

En la próxima sección abordaremos otra de las dimensiones que asume la elaboración de un “rol” de investigador: la tensión que, en la “negociación de roles”, provoca la relación entre familiarización y desfamiliarización con nuestros informantes.

Sobre los desafíos que genera la búsqueda de “familiarización” / “desfamiliarización” como doble exigencia

En el marco del proceso de negociación de roles en campo, el investigador se enfrenta a una doble exigencia: por un lado, la búsqueda por ser aceptado, ser “socializado” en el universo de prácticas y sentidos de sus interlocutores, de recibir un “lugar en las redes sociales locales” (Lins Ribeiro, 1989, p. 197), y por el otro, de desmarcarse, de construir una distancia con esas prácticas y sentidos cuando le son familiares (Frederic, 1998, p. 89). Esta doble exigencia nos pone siempre ante múltiples desafíos.

Dentro de este proceso en el cual desplegamos diversas estrategias para familiarizarnos y/o desfamiliarizarnos, una de las inquietudes surge cuando nos preguntamos por el modo en que hacemos trabajo de campo cuando estamos insertos en el grupo en el cual estudiamos. La construcción del rol de investigador requiere la elaboración de una distancia epistemológica, cuestión nada sencilla, ya que se va estableciendo a partir de la negociación entre los roles de observador participante y participante con observación (Guber, 2011).

Esta tensión entre la distancia y la cercanía, o más específicamente, entre los modos en que como investigadores vamos recorriendo ambos polos, será elaborada a continuación tomando como referencia dos episodios de dos campos particulares. En primer lugar, se analizará la preocupación de una investigadora por construir una “distancia” analítica con el campo y ser percibida como tal por sus interlocutores. En la segunda escena, reflexionaremos sobre el caso de una “investigadora-nativa” y los modos en que ambos roles se van superponiendo a lo largo del trabajo de campo.

Escena 3: De extensionista a investigadora. Recorriendo la tensión entre familiaridad y distancia⁶

A partir del año 2011 ingresé como integrante de un proyecto de extensión universitaria a un barrio de la periferia de la ciudad de La Plata conformado por población *qom* proveniente de la provincia de Chaco. A mediados de 2014, el desarrollo de una obra hidráulica de ensanchamiento de un arroyo, sobre cuyos márgenes se asientan muchas de las viviendas del barrio,

⁶ La siguiente experiencia de campo forma parte de los avances de investigación doctoral y han sido parcialmente abordados en Balerdi (2017).

impulsó un conflicto entre sus habitantes, motivado centralmente por las relocalizaciones prevista en el proyecto de la obra.

Por entonces comenzaba mis primeros pasos en mi investigación doctoral sobre etnicidad y política en el barrio, y decidí llevar adelante mi trabajo de campo etnográfico sobre este conflicto. En este escenario complejo, en el que convergían habitantes del barrio, referentes, agentes universitarios, funcionarios públicos y dirigentes políticos, mi inserción se dio primero como “extensionista”, dado que el proyecto en el que participaba se involucró desde el comienzo en el reclamo que iniciaron los habitantes del barrio. Esto no me preocupó en principio, ya que me fue permitiendo participar de asambleas, reuniones de negociación, entrevistas con funcionarios, y muchas otras instancias de campo que, creía, hubiesen sido de difícil acceso de otra manera.

En este marco, comencé a involucrarme en diversas actividades, de la mano del dirigente de una organización con inserción en el territorio que, en articulación con los miembros del proyecto de extensión, comenzó a conducir el reclamo por las relocalizaciones. Con él participé de las asambleas en el barrio, de distintos recorridos con los vecinos para evaluar si un determinado terreno era adecuado según sus expectativas como destino para la relocalización, de reuniones mantenidas en la universidad, etc. Y fue él quien en este proceso me fue asignando distintas tareas, como la de registrar fotográficamente los recorridos o llevar la lista de los vecinos presentes en las asambleas. Con él, mi lugar en el campo era el de “la chica de la universidad que está participando del reclamo con nosotros”, pero no “la chica de la universidad que *además* está escribiendo sobre nosotros”.

Con el correr de los meses, el conflicto se fue intensificando y la participación del proyecto de extensión en él también. En ese contexto, empecé a temer el quedar anclada ante mis interlocutores únicamente en el lugar de extensionista, y que eso me impidiera luego la posibilidad de realizar entrevistas con ellos. A pesar de que decía creer en que la participación en el proceso me brindaba una posición privilegiada para la etnografía, fui cayendo en la “preocupación naturalista del observador distante y neutral” (Frederic, 1998, p. 92), esperando el momento en que, pasado el conflicto, se me viera como una investigadora externa al mismo y pudiera llevar a cabo entrevistas con los actores, diferentes a las tantas conversaciones mantenidas con ellos durante el proceso.

Con esas preocupaciones, una tarde mientras recorríamos calles de tierra en su camioneta, encontré el momento para comentarle al dirigente de la organización que quería hacerle una entrevista. Yo esperaba que pudiera ser algo reactivo a ello, ya que en otra ocasión me había contado de “unos chicos de [la facultad de] trabajo social que habían hecho un trabajo con la organización para la universidad y después *se borraron*”. Dada mi participación extensionista en el conflicto, entendía que él no debía tener ese recelo para conmigo, pero como precaución, para aminorar una posible tensión, intenté plantearle la cuestión en el tono bromista en el que en muchas ocasiones nos hablábamos mutuamente. Así, le comenté que pronto iba a comenzar a escribir sobre el tema y luego agregué “¿cómo te ves con el grabador?”.

En lugar de reconocer el papel central que él tenía en el conflicto y lo mucho que una entrevista suya aportaría a mi investigación, mi pregunta sugería un “¿te vas a animar a hablar y que yo te grabe?” que lo posicionaba en el lugar del “sujeto (objeto) estudiado” y a mí en el de quien piensa, conceptualiza y escribe sobre eso.

Ante mi comentario, él sonrió y respondió: “sí, y escribí lo que quieras, total después le ponemos el nombre de todos”. Forcé de su parte la actitud que quería evitar: el recelo ante la posible utilización individual del proceso del que todos estábamos siendo parte para un provecho académico propio. Su respuesta, además, sugería que él, todos y no solo yo, también podían pensar, conceptualizar (y escribir sobre) lo que estábamos viviendo.

Afortunadamente la conversación prosiguió y la tensión se diluyó. Pero mi intención de desmarcarme de mi rol de extensionista y legitimar mi papel de investigadora en el campo había ocultado en el fondo esa “preocupación naturalista” que Sabina Frederic (1998) identificó en su trabajo de campo como tesista y como agente municipal. Como si el hecho de formar parte activa del campo imposibilitara en el fondo la construcción de conocimiento y se requiriera en cambio para ello la posición del “observador pleno” (Guber, 2009).

Ahora bien, esta conversación mantenida con el dirigente de la organización, así como tantas otras que también se pueden enmarcar dentro del proceso de negociación de roles en el trabajo de campo, si bien en el momento fue experimentada por mí como una “metida de pata”, también puede ser

productiva desde una mirada reflexiva que atienda a los roles que nuestros interlocutores nos asignan, los modos en que nos construyen, para conocer algo del universo en el que se configuran sus prácticas y discursos.

Así, este episodio me permitió luego comprender el marco de sentidos puesto a jugar en muchas ocasiones por el dirigente de la organización, que otorga un valor moral a la militancia política asociada al desinterés personal, en oposición a la concepción amoral del investigador que se aprovecha de una experiencia de “todos” para escribir algo que llevará luego solo “su nombre”. En ese planteo se reafirmaba el valor particular que para él tenía su rol como dirigente de la organización, y como actor clave en el reclamo por las relocalizaciones.

También hacer uso de la reflexividad metodológica sobre este episodio me permitió comprender la dimensión del conflicto que se expresaba en esta negociación de roles.⁷ Quién podía o no producir sentidos sobre el acontecimiento que vivíamos se tramaba en la tensión hacia mi adscripción a un proyecto de extensión que podía estar disputando con la organización, desde la óptica de su dirigente, la legitimidad en el territorio.

La importancia de la reflexividad sobre los encuentros y desencuentros en el proceso de negociación de roles –siempre constante y parcial– del trabajo de campo etnográfico, y en las intenciones allí tramadas por familiarizarse o distanciarse, radica en lo que ese proceso nos permite comprender del mundo de sentidos de nuestros interlocutores.

Esta escena abordó una modalidad específica de la búsqueda de distancia con el mundo social investigado y sus implicancias: la búsqueda –no libre de “pretensiones naturalistas”– de la investigadora de ser reconocida como tal por sus interlocutores. La escena siguiente recorrerá otra forma en que puede constituirse esta tensión entre familiarización y desfamiliarización: la de la búsqueda por parte de una “investigadora nativa” por elaborar una distancia epistemológica que le permita construir como “otros” a sus interlocutores.

⁷ En este sentido coincido con Victoria Gessaghi (2014) al afirmar que “el terreno puede ponerte nervioso y que -lejos de ser un contrato entre iguales- [es necesario] comprender el ‘campo como conflicto’. Dicho de otro modo, como una configuración de relaciones intersubjetivas que son negociadas constantemente, que no son simétricas (varían de acuerdo con las relaciones de género, de edad, de clase, etc.) y que cambian a lo largo del tiempo” (p. 162).

Escena 4. “Socióloga nativa”. Entre la superposición de roles y la búsqueda de distancia como exigencia para la desfamiliarización⁸

Durante el año 2011, como parte de mi tesina final de la licenciatura en sociología, llevé a cabo una investigación sobre nadadores master, donde me propuse describir y analizar los sentidos y las moralidades que se ponen en juego en torno a una práctica deportiva, y al mismo tiempo sociable, como es la natación “master” (competitiva y de adultos) en el Club Universitario de La Plata. La investigación me encontró representando un doble papel: por un lado, como analista del fenómeno estudiado, y por otro, como uno de los informantes miembro del grupo de nadadores investigado, ya que hacía varios años que participaba del equipo de natación. Este conocimiento y este “ser parte de mi propio objeto de estudio” supuso un enorme esfuerzo para tratar de distanciarme y reflexionar sobre algunas cuestiones (tales como el aprendizaje de una técnica corporal o las relaciones sociales al interior del equipo) que para mí estaban naturalizadas por haber sido nadadora gran parte de mi vida y haber formado parte del equipo durante mucho tiempo. No sin dificultades, y valiéndome de algunas estrategias de relativización, procuré transitar el camino de nadadora nativa a investigadora. Con miedo a que mi investigación generara rechazo o desconfianza entre mis compañeros, mis temores se disiparon una vez que les conté acerca de mi intención de estudiar a *los master*. Todos se mostraron felices, orgullosos de ser elegidos como tema de investigación, dispuestos a charlar conmigo y contarme sus experiencias.

Ya presentada como investigadora, me aboqué al trabajo de campo. En un primer momento, realicé observaciones participantes en competencias, eventos sociales, reuniones y entrenamientos. Las condiciones de la interacción fueron guiando el trabajo de campo y por la lógica del mismo y mi posición en él, la observación participante fue transformándose cada vez más en participación con observación. Conociendo de antemano que el objetivo del equipo es tratar de ganar las competencias, entendí que si iba a un torneo, además de observar tenía que competir, dado que, en función de los códigos nativos, eso le otorgaba un plus de legitimidad a mi presencia en el campo. Si iba a observar un entrenamiento, en algún momento me sentía en la obliga-

⁸ Algunas de estas reflexiones forman parte de un artículo más amplio sobre la práctica etnográfica en torno al deporte (véase Hang, 2015).

ción de tirarme a la piletta y nadar unos metros. Así, el acercamiento al objeto fue siempre bajo las reglas del campo, y al asumirme como investigadora terminé involucrándome y comprometiéndome cada vez más.

Ahora bien, pese a haber reflexionado largamente sobre mi rol en el campo, de poner en juego estrategias de distanciamiento y de leer etnografías donde otros investigadores dan cuenta de conflictos que han tenido en el trabajo de campo relacionados con la toma de distancia, el relativismo, la reflexividad, hubo momentos en los que la puesta entre paréntesis de mis preconcepciones y prejuicios me resultó imposible, generando así algunas situaciones de tensión sobre las que más adelante pude reflexionar.

Cuando comencé mi trabajo sobre “los master”, no tenía claro cuál sería mi objeto de investigación, sino que el mismo fue tomando forma a medida que iba llevando adelante la investigación. Así, durante los primeros meses, toda nota, información o publicación que encontraba sobre los master me parecía relevante. En ese contexto, conocí a Martín, un nadador de M. R. (un equipo de natación master de la ciudad de Buenos Aires), sociólogo, quien se fue convirtiendo en un informante clave, a la vez que en un interlocutor privilegiado de mi trabajo. Martín es un apasionado de la natación y, como sociólogo, mi trabajo le parecía fascinante, por lo que fuimos forjando una relación cada vez más cercana e intensa. Durante un par de meses mantuvimos largas conversaciones sobre los *master*, la sociología, mi tesis, su tesis, etc., hasta que un día me invitó a participar junto a sus compañeros de equipo de una competencia denominada “Las 24 horas de la YMCA”. Martín me comentó que les faltaba una mujer para completar uno de los equipos, y que había pensado en mí para que cubriera ese lugar. La carrera consistía en que durante 24 horas, cada equipo, formado por 12 nadadores, intentaría cubrir la mayor distancia posible. Cada nadador realizaría cuatro pasadas de media hora cada una, separadas por seis horas de descanso. En principio, la propuesta me pareció una locura. Primero, porque consideraba que no había estado entrenando lo suficiente y que no estaba en condiciones de participar de una prueba tan exigente, y segundo, porque tenía miedo de decepcionar a mis compañeros de equipo.

Deseando que me dijera que no, le pregunté a mi entrenador si le parecía que estaba en condiciones de participar de la prueba. Él, sin dudar, me respondió que por supuesto que sí, y agregó: “si sos nadadora, ¿cómo no

vas a poder nadar media hora seguida?”. Él representa para mí la palabra autorizada en los saberes referentes a la natación, de modo que la seguridad en su respuesta fue el empujón que necesitaba para terminar de decidirme. Yo creía que debía ir, no solo por la buena predisposición que Martín había tenido para con mi investigación, sino porque me parecía una buena ocasión para conocer un poco sobre otros nadadores master, lo que me ayudaría a descentrarme y, a través de la comparación, comenzar a detectar algunas especificidades sobre la natación master.

Una vez tomada la decisión de participar, intensifiqué mis entrenamientos durante unas semanas y, aunque no estaba conforme con mi rendimiento, ya no había mucho que pudiera hacer para mejorar. Cuando llegó la fecha de la competencia, armé mi bolso, me tomé el micro a Buenos Aires, y llegué a la pileta. Allí me recibió Martín con un abrazo, agradeciéndome por formar parte de la competencia. Me presentó a Pablo, un muchacho de unos 40 años, entrenador de M.R, a quien pensaba entrevistar una vez finalizada la competencia. Yo me sentía nerviosa y presionada por participar con gente que no conocía y temía no estar a la altura de las expectativas de mis compañeros de equipo. Le agradecí a Pablo por haberme invitado, y añadí, sin pensarlo: “Igual soy malísima, no esperes mucho de mí”. Pablo, quien además de entrenar al equipo es nadador, me preguntó entonces cuántos metros nadaba en media hora. Yo le respondí que más o menos 1.800 metros. Entonces me miró a los ojos, y muy seriamente me dijo: “es más de lo que nado yo”. Inmediatamente los dos callamos y la conversación terminó ahí. Pablo se puso a conversar con otros nadadores. Sentí que había metido la pata. Si yo pensaba que era *malísima*, que nadaba 1.800 metros en media hora, él, que nadaba menos y además era varón, era mucho peor nadador que yo. Lo había insultado a él como nadador, y a la mayoría de sus alumnos, que tampoco eran capaces de nadar esa distancia. Además, creía que había herido su masculinidad, ya que existe una representación generalizada en la natación acerca de que los varones son más veloces que las mujeres. Si bien a lo largo de la competencia se mostró muy amable conmigo y agradecido por haber participado con ellos, yo seguía con una sensación de incomodidad, por lo que, angustiada, le planteé la situación a Martín, a quien mi “metida de pata” le resultó sumamente graciosa, y me decía que no me preocupara, que ellos realmente estaban agradecidos de que yo hubiera ido a participar. Sin embargo yo no

podía evitar sentirme muy mal, y seguía creyendo que todos pensaban que era una “agrandada”.

La competencia me resultó durísima, pero a pesar del agotamiento, logré mantener un ritmo constante de nado, principalmente porque no quería decepcionar a mis compañeros. El evento, que había comenzado el viernes a las 18:00 horas, finalizaba el sábado a esa misma hora. A medida que se iba acercando el final, los nadadores de todos los equipos alentaban a sus compañeros que estaban nadando, cantaban, y se iba creando un clima cada vez más festivo. Finalmente, a las 18 horas, sonó una chicharra. Todos los nadadores se felicitaban entre sí, nuestro equipo había logrado el sexto puesto entre 24 equipos, y Pablo, a quien lo vi muy emocionado, se acercó nuevamente a felicitarme y agradecerme.

Krotz (1994) sostiene que la pregunta antropológica es la pregunta por la igualdad en la diversidad y por la diversidad en la igualdad. Cuando hacemos etnografías en casa, dada la ausencia de distancia con el otro, muchas veces podemos cometer el error de pensar que los otros son iguales a nosotros y que van a pensar y entender el mundo de la misma manera que nosotros. En la situación anterior, vimos cómo a partir de un comentario mío acerca de ser una “malísima nadadora”, generé una situación de tensión con Pablo. Este incidente no implicó una ruptura de la relación etnográfica, y reflexionando un tiempo después, ni siquiera pienso que haya sido tan grave como yo lo sentí. Ahora bien, creo que volver la mirada sobre ese malentendido me permitió reflexionar sobre cuál era efectivamente mi posición en el campo. Quiero decir con esto que, si a mí me interesaba dar cuenta de las representaciones de los nadadores master acerca de la práctica, a partir de ese momento pude comprender y objetivar qué es lo que yo pensaba. Yo partía de una representación del ser “buena nadadora”, anclada en mi experiencia de “ex nadadora de élite”. De este modo, al comparar mi desempeño de ese momento con el de años anteriores, consideraba que no estaba en un buen momento, expresado en el “soy malísima”. Por otra parte, Pablo y la mayoría de sus nadadores, son personas que comenzaron a nadar siendo adultos, que tienen objetivos diferentes a los míos y a los de la mayoría de mis compañeros del club Universitario de La Plata, quienes también habían sido nadadores de élite. Esta cuestión me resultó interesante y sumamente productiva para comprender los sentidos de una de las clasificaciones nativas que estructura el campo de la natación master, aquella

que diferencia entre ex nadadores y nadadores novatos. En este sentido, cuando mi entrenador me dijo “por supuesto que podés, si sos nadadora”, estaba activando también esta clasificación. Mientras que en uno de los grupos, el de mis compañeros del Club, operaba tal clasificación –que a su vez sostenía que los hombres deben ser más veloces que las mujeres– en el de M.R. los valores movilizados por sus miembros eran otros, tales como la superación personal en la edad adulta, o el mero hecho de participar. Por lo que efectivamente se mostraban agradecidos de mi participación allí.

Si la etnografía es principalmente una relación personal con un otro, sería una ilusión pensar que en ella podemos deshacernos completamente de nuestros condicionamientos sociales (posiciones sociales de clase y género, políticas y académicas) y nuestras maneras de ver y sentir el mundo. En mi caso, mostré cómo los roles de investigadora y nadadora se superpusieron a lo largo del trabajo de campo, y se encontraban atravesados al mismo tiempo por mis emociones y afectos. Cuando le dije a Pablo que era “malísima”, lo hice desde mi lugar de nadadora, no de investigadora. A la vez que cuando accedí a participar de la competencia, entre los motivos que puse en consideración a la hora de decidirme, no solo se encontraba mi interés por la investigación, sino que desempeñó un papel fundamental la relación que había construido con Martín, uno de mis informantes de ese momento.

En ambas escenas, reponer esta superposición de roles (extensionista, nadadora, investigadoras) nos permite, en principio, discutir con la idea del investigador objetivo que está por fuera de la realidad social que investiga y que va al campo a “recolectar” sus datos. Como pudimos ver en ambos casos, a pesar de recorrer la tensión entre familiaridad y distancia inicialmente guiadas por una “preocupación naturalista” por erigirnos en observadoras neutrales, la reflexividad metodológica sobre esos procesos nos permitió ver que en las interacciones con los sujetos con quienes estudiamos vamos asumiendo, negociando y modificando roles, con mayores o menores grados de participación e involucramiento, y que es en ese tránsito donde se van construyendo los datos etnográficos de nuestra investigación. Otra vez aquí, entonces, hemos podido ver el modo en que, en distintas etapas del trabajo de campo, los roles que vamos asumiendo se van modificando en función de las relaciones personales que vamos estableciendo con nuestros interlocutores.

Conclusiones

Hemos abordado la relación entre *reflexividad* y *roles* en el trabajo de campo etnográfico a partir de dos dimensiones de análisis: las expectativas mutuas que investigador e interlocutores ponen en juego en el campo, y la tensión que el investigador experimenta entre familiarización-distanciamiento. En este sentido, esta propuesta de reflexión “de segundo grado” sobre la reflexividad en el trabajo de campo no tuvo como pretensión sistematizar una propedéutica rígida de dicho proceso (cuestión que conspira contra la concepción que aquí se asume del mismo), pero tampoco quiso reducirse a un relato impresionista de “anécdotas” que lleve a confundir la reflexividad con aquel narcisismo del investigador asiduamente esgrimido como instancia legitimante de un haber “estado allí”.

En la primera sección, a partir de las escenas presentadas advertimos que el ejercicio reflexivo sobre la dimensión de las “expectativas”, permite no solo visibilizar aspectos del sentido práctico de nuestros informantes, sino los marcos desde los cuales nosotros mismos buscamos entablar nuestras relaciones de campo, destacando la complejidad y multidimensionalidad del “dato” etnográfico (cuestión que ilumina la escena 1), así como la multiplicidad de las relaciones de campo que se entablan y que asumen configuraciones diferenciales de la relación entre *roles propuestos* y *atribuidos* (dimensión presentada a partir de la escena 2).

En la segunda sección, en las escenas 3 y 4, mostramos cómo la reflexividad sobre los procesos de negociación de roles en campo y, en ese marco, sobre la búsqueda de familiarización y/o desfamiliarización por parte del investigador, nos permitió comprender con mayor profundidad el universo de sentidos que nos proponíamos conocer. La reflexividad sobre las tensiones atravesadas durante dos investigaciones etnográficas particulares en la búsqueda por construir una distancia con el mundo social investigado nos permitió ver cómo lo que creemos que son errores o “metidas de pata” en el camino de construcción de los roles de campo, nos permite construir datos que dicen algo acerca del mundo de valores de los sujetos con quienes estudiamos.

A la luz de estas escenas, en suma, buscamos subrayar y dar cuenta de tres cuestiones. En *primer lugar*, que las negociaciones de roles con nuestros interlocutores son siempre dinámicas y van adquiriendo nuevas y diversas formas a lo largo del desarrollo de las interacciones en campo. No somos en

una primera interacción lo que somos en las últimas, ni con un interlocutor lo que somos con otro. Guber sostiene en este libro que “la etnografía nos cambia y ya no volveremos a ser como antes de partir”, lo que supone que el ejercicio de reflexividad es ante todo, un *proceso* –nunca un “momento” ni una “etapa” de un esclarecimiento progresivo– que se constituye en la definición, siempre zigzagueante, múltiple y situada, de estas relaciones, que indefectiblemente nos van *afectando* en nuestros modos de pensar, sentir y relacionarnos con los sujetos que vamos construyendo como *otros*.

En *segundo lugar*, que la percepción de algunas situaciones incómodas para el investigador como “metidas de pata” no solo nos permite construir datos etnográficos, sino que también supone reconocer la dimensión moral que existe en toda relación de campo. Inmersas en una economía moral del don-intercambio (Mauss, 2012), las relaciones de campo son siempre parte de un sistema de transmisión y devolución con nuestros interlocutores, en el que nos sentimos obligados a devolver el “don” que hemos recibido de su parte en la relación etnográfica.⁹ En tanto el don no devuelto pone en “posición de inferioridad a aquel que lo ha aceptado” (Mauss, 2012, p. 229), actuamos en muchas ocasiones guiados por un sentimiento de culpa que nos conduce a involucrarnos de diversas maneras en el campo. A través de las escenas recuperadas vimos algunos de estos modos de involucramiento, como la sensación de que estamos defraudando una expectativa ajena ante una obligación moral incumplida (al sentirnos culpables cuando en nuestro intento por ser reconocidos como investigadores, quedamos sin quererlo en el lugar del académico externo que no participa ni colabora del proceso que investiga), o el intento de compensar a nuestros interlocutores con lo que creemos puede ser un “contra-don” (al participar, por ejemplo, de una competencia a pesar de no desearlo, porque nos sentimos en deuda ante la “amabilidad” de nuestros interlocutores). Estos ejemplos, en suma, dan cuenta de este intercambio moral con nuestros interlocutores en campo (y al campo como el resultado de este intercambio moral).

En *tercer lugar*, un elemento central que vale la pena remarcar es que las relaciones de campo lejos de ser transparentes, asumen diversas formas de

⁹ Agradecemos esta observación a José Garriga Zucal, así como también su lectura crítica del borrador del capítulo.

opacidad entre investigador e interlocutores, configurándose siempre de maneras más o menos conflictivas. En efecto, reponer la idea del campo como intrínsecamente conflictivo nos permite estar atentos a la multiplicidad de relaciones y sentidos sociales que colaboran a dar cuenta de la heterogeneidad del mismo. Tensionando, a la vez, la seducción que las ideas de neutralidad y objetividad continúan ejerciendo sobre los investigadores sociales.

En definitiva, estas reflexiones sobre nuestros trabajos de campo buscaron reponer y sistematizar algunas cuestiones a las que, como investigadores sociales, debemos estar atentos. ¿Qué se espera de nosotros en el campo?, ¿qué esperaríamos de nuestros interlocutores?, ¿cómo negociamos y renegociamos nuestros roles?, ¿cómo nos afectan las relaciones que vamos construyendo en el campo?, Y, más inquietante, ¿por qué sentimos que “metemos la pata”? Interrogantes legítimos que no solo contribuyen a una mejor comprensión de las personas que habitan los mundos sociales que investigamos, sino también de nosotros mismos como investigadores. Así, la reflexividad como ejercicio constante e ininterrumpido sobre nuestro trabajo, se vuelve una dimensión indispensable para mejorar nuestra comprensión del mundo social que indagamos.

Bibliografía

- Auyero, J. (2001). *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*, Buenos Aires: Manantial.
- Auyero, J. y Grimson, A. (1997). Se dice de mí. Notas sobre convivencias y confusiones entre etnógrafos y periodistas. *Apuntes de Investigación del Cecyp*, 1, 81-93.
- Bourdieu, P. (2003). *El oficio del científico*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2008). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Frederic, S. (1998). Rehaciendo el campo. El lugar del etnógrafo entre el naturalismo y la reflexividad. *Publicar*, VI(7).
- Garriga Zucal, J. (2012). “Josecito... te van a cagar a piñas”. Miedo y sentido común en el trabajo de campo. *Estudios en Antropología Social - CAS/IDES*, 2(1).
- Gessaghi, V. (2014). Elogio de los imprevistos. Una experiencia etnográfica con la “clase alta”. *Ensamblajes en sociedad, política y cultura*, 1(1).
- Guber, R. (2009). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento*

- social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- Guber, R. (2011). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Guber, R. (2014). *Prácticas etnográficas. Ejercicios de reflexividad de antropólogas en campo*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Hang, J. (2015). “Igual soy malísima, no esperes mucho de mí”. Reflexiones sobre la práctica etnográfica en torno al deporte. *Revista Impetus*, 9(1).
- Hennion, A. (2012). Melómanos: el gusto como performance. En C. Benzecry (Comp.), *Hacia una nueva sociología cultural. Mapas, dramas, actos y prácticas*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Krotz, E. (1994). Alteridad y pregunta antropológica. *Alteridades*, 8, 5-11.
- Lins Ribeiro, G. (1989). Descotidianizar. Extrañamiento y conciencia práctica, un ensayo sobre la perspectiva antropológica. *Cuadernos de Antropología Social*, 2(1).
- Mauss, M. (2012). *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Semán, P. (2011). Introducción. *Revista Argentina de Estudios de Juventud*, 4.

¿Un pase de magia? Ejercicios de reflexividad a través de dos procesos de análisis etnográficos¹

Ornela Boix y Nicolás Welschinger

Introducción

¿Bajo qué condiciones los datos producidos a lo largo de una investigación etnográfica se tornan significativos en el proceso de análisis? ¿Cómo se ensamblan los datos con una propuesta teórica específica? ¿De qué manera se ordena la evidencia en un argumento o una tesis? Implicados en la práctica de realizar trabajo de campo, registrar los sucesos, reunir bibliografía, hacer emerger lo significativo y presentar avances de nuestra investigación, perdemos de vista estas preguntas hasta que es demasiado tarde y nos encontramos escribiendo el texto final. Es probable entonces que nuestras decisiones analíticas –en sí mismas imbricadas en todo el proceso de investigación y seccionadas en este libro como efecto de la división del trabajo y de los capítulos– conformen una zona opaca para el trabajo de la reflexividad. Como es usual, el punto quedará meramente sugerido y aparecerá como “un pase de magia” dentro del proceso de investigación.

Recurrir a la literatura metodológica de las ciencias sociales puede resultar más frustrante que iluminador cuando tratamos de esclarecer estas

¹ Agradecemos la lectura de una primera versión de este capítulo por José Garriga Zucal, que nos ayudó a enfocar el problema y recuperar referencias bibliográficas. Asimismo, no queremos dejar de agradecer la orientación que en numerosas instancias nos dio Pablo Semán sobre estas discusiones. En particular, los desarrollos sobre las descripciones analíticas se debatieron en un seminario de métodos etnográficos dictado en la FaHCE (UNLP) por Pablo Semán, Cecilia Ferraudi Curto y Ornela Boix en el año 2015. Como reza la fórmula, los posibles desaciertos corren por nuestra cuenta...

preguntas. Parte de esta bibliografía ha intentado responder estos interrogantes a partir de modelos normativos formalizados, que postulan relaciones abstractas entre los datos y el análisis. Estas propuestas se revelan inadecuadas cuando se trata de investigaciones en las que, como ha argumentado Guber (2013, p. 325), no se procede por pasos generales sino por preguntas a cuestiones y situaciones específicas. Por su parte, al interior de las publicaciones que discuten la etnografía, la reflexividad del investigador se suele acotar al rol del campo que este produce y negocia con sus “informantes”. De esta manera, si los etnógrafos creemos que los pasajes entre los datos y las interpretaciones no se resuelven con estrategias estandarizadas, no acostumbramos a ejercer la reflexividad sobre el movimiento de las descripciones y registros a los llamados informes parciales y finales (bajo la forma de tesis, artículos, libros). En el contexto local, muy pocos trabajos dan cuenta de los vínculos entre ambas instancias de la investigación. La “investigación sobre una investigación” que aplica Guber (2013) a la tesis doctoral de Esther Hermitte es una de las excepciones y ella misma afirma al respecto que no conoce otras iniciativas de esa clase, ya que se trata de la “la cara más oscura de la investigación antropológica” (Guber, 2013, p. 323).

En este trabajo buscamos participar de este debate desde la posición que afirma que el proceso de análisis no se debe abordar en “abstracto” sino a través de recomponer experiencias de los procesos de investigación en sus claroscuros y decisiones concretas. Los textos que han avanzado en este problema, y con los que dialogamos en los apartados de este capítulo, desconfían de que resulte fructífero abordarlo desde un debate sobre la relación entre las técnicas y sus resultados (porque eso siempre tiende a remitir a un debate de las técnicas en abstracto). En su lugar, proponen un proceso de contextualización, de concretización, que mire el proceso en acto. Dado nuestro enfoque en el momento analítico –como instancia lógica y no cronológica del trabajo etnográfico–, puntualizamos aquí solo algunas dimensiones de dos recorridos etnográficos específicos: uno centrado en un proceso de profesionalización entre jóvenes músicos y artistas que conforman una red estética en la ciudad de La Plata (Boix, 2016), el otro sobre el proceso de traducción de las políticas públicas de inclusión digital en las tramas de una escuela de la misma ciudad (Welschinger, 2016). Ambas etnografías se corresponden a nuestras

tesis de doctorado en ciencias sociales² defendidas en la misma institución de educación superior e inscriptas en una red de tesistas que trabajan con temas y/o enfoques similares. De allí que compartan perspectivas teóricas sobre el trabajo etnográfico que enmarcan el tipo de análisis realizado, tal como desarrollamos en el próximo apartado (“*Simetría e interlocución*”). Luego de reponer concretamente los casos, el recorrido del capítulo continúa con el desarrollo de dos dimensiones que atraviesan estas investigaciones y que consideramos centrales para el análisis etnográfico: la gravitación de la descripción y la consideración de las explicaciones “nativas” en nuestras interpretaciones (“*Las descripciones analíticas*” y “*Las agendas explicativas en interlocución*”). Nos preguntamos: ¿Cómo se elaboran las descripciones etnográficas desde una perspectiva que las toma como pieza fundamental de la producción de conocimiento social? ¿Cuál es la consecuencia analítica de considerar a la etnografía como una interlocución con los nativos?³ Al interrogar nuestros casos de esta manera nos proponemos continuar la discusión en este campo de debates metodológicos, intentando no derivar en los dos polos de la tensión que siempre acompaña al desafío de recuperar los procesos de trabajo etnográfico, como dice Guber, entre la pura anécdota o la pura estandarización (2013, p. 141).

Simetría e interlocución

Antes de recuperar los casos concretos, es preciso elaborar algunos puntos teóricos en común entre ambas investigaciones que también produjeron nuestro análisis: una perspectiva sobre el actor social, la reflexividad y la re-

² Luego de obtener nuestras licenciaturas en sociología, realizamos etnografías en posgrados de tipo generalistas, no especializados en antropología, lo que sin duda marca el estilo de trabajo etnográfico que realizamos y nos orienta a hablar más de ciencias sociales que de antropología o sociología a secas. Pero esta postura debe tanto a nuestras trayectorias académicas personales como al estado actual del campo, en el que los sentidos sedimentados que asimilan etnografía y antropología no pueden desconocer los usos realmente existentes de la primera. Contemporáneamente, estos usos involucran tanto a sociólogos como antropólogos, comunicadores, cientistas de la educación, entre otros profesionales. Los modos en que en años recientes se han construido los objetos de estudio dentro de un campo de interlocución que podría sin mayores inconvenientes describirse como socio-antropológico refuerza esta posición.

³ Por cuestiones de espacio, privilegiamos uno u otro caso para tratar cada una de estas preguntas.

lación de investigación o de campo. En primer lugar, ambas etnografías coinciden en haber encontrado en la premisa de “seguir a los actores” (Callon, 1986; Latour, 2008) una orientación fundamental. Este postulado no solo remite a un seguimiento espacial de las conexiones dentro de la red de asociaciones sino a un sentido semiótico (Latour, 2008, p. 56), a la decisión de seguir a los actores en sus interpretaciones, recorridos, metáforas, apuestas, dudas y no solamente en su interpretación global. “Seguir a los actores” implica tanto captar el sentido de las preguntas que se realizan los actores como también los modos en que las responden, los términos en que lo hacen, y los modos en que se asocian para lograrlo. La consideración de los sujetos como actores, es decir como aquello que es irremplazable o insustituible, es la base teórica de esta perspectiva, en una crítica a las sociologías funcionalistas, estructuralistas y, en particular, bourdieanas. Como se verá más adelante, este principio de “seguir a los actores” encontró perfecta correspondencia con nuestra pretensión de elaborar descripciones finas, precisas, conceptualmente guiadas y lo más sistemáticas posibles de nuestros respectivos focos empíricos.

En segundo lugar, en el tratamiento de los materiales etnográficos nos guía una noción de la reflexividad fundada en el principio de simetría, que retomamos a nuestro modo de la obra de Latour (2007). La lógica simétrica intenta volver llano lo que estaba jerarquizado: sujeto/objeto, cultura/naturaleza, moderno/primitivo, antropólogo/nativos. A partir de cuestionar estas oposiciones clásicas, Latour discute tanto con la que considera una concepción estrecha de “lo social”, que otorga el monopolio de la agencia a los “sujetos”, como con los privilegios que se arrogan los científicos para explicar la sociedad (Latour, 2008). En este capítulo abordaremos nuestros casos en relación con este último punto.⁴ En el campo local, Renoldi (2014) reelabora esta dimensión del concepto de simetría a partir de lecturas de Bruno Latour y

⁴ En nuestras respectivas tesis la actancia de los objetos fue también fundamental para elaborar el análisis: en el caso de Boix (2016) la música se consideró una red mediada por tecnologías musicales, redes sociales virtuales, entornos performáticos, instrumentos, relatos y compromisos morales; en el caso de Welschinger (2016) el interrogante por la interpelación de una política pública de inclusión digital se tradujo en una pregunta por las habilitaciones de la trama que conforman los objetos movilizados por su accionar, en un escenario en que las netbooks del programa –la conectividad, la digitalización– tornan posible en las aulas cursos de acción anteriormente improbables. Dejaremos la reflexión sistemática sobre esta dimensión de la perspectiva simétrica para futuros trabajos.

Eduardo Viveiros de Castro, para afirmar la necesidad de reconocer la equivalencia de derechos entre los discursos de la antropóloga y sus nativos, además de la forma en que se constituyen uno al otro. Desde esta postura, aboga por el reconocimiento de las perspectivas nativas y sus bases epistemológicas, retomando la noción de Guber (2009) de que es en la relación entre los procedimientos reflexivos de los nativos y los propios donde se produce la comprensión y el análisis en términos etnográficos. Estos desarrollos reelaboran y actualizan en la tradición etnográfica las formulaciones clásicas de Garfinkel (2006). Para Garfinkel, la reflexividad es atributo tanto del investigador como de los investigados: estos no son “idiotas culturales” manipulados por fuerzas que ignoran y que el analista podrá develar. Por último, cabe aclarar que al retomar el principio de simetría en estos términos no suponemos la idea, bien distinta, de una supuesta “igualdad” o una pretendida “armonía” entre las distintas perspectivas en juego en la investigación. El tema tan trabajado por la tradición etnográfica sobre la constitución de las relaciones de campo, la negociación de roles, las diferencias de posiciones en cuanto a poder, fuerza, clase, género, no se encuentra en un nivel del todo asimilable a la problemática sobre “el esfuerzo simétrico” que debe emplearse para efectivizar el diálogo o la integración de nuestras categorías y las de las personas con las que realizamos la investigación. Entonces, no pretendemos ignorar el conflicto en el campo o no considerar la posibilidad de producir o reforzar asimetrías entre el investigador y los “nativos”. El esfuerzo de reflexionar sobre esta cuestión es central para una mirada simétrica –no obstante, al ser los roles y posiciones de campo el tema del capítulo anterior, no será el eje de este texto.

Finalmente, es preciso asentar desde el principio que a lo largo del capítulo nombraremos a nuestros “nativos” como interlocutores, a fin de dar cuenta de su interés en la investigación que les propusimos, su vínculo con nosotros y su papel en la conformación de nuestros análisis. De esta manera, apostamos a singularizar y volver objeto de la reflexividad la relación de campo, tal como lo plantean desarrollos contemporáneos de la antropología. Los usos de la noción de informante, especialmente cuando se la emplea acriticamente, parecen suponer que la investigación realmente existente dependiera solo de las decisiones del investigador y sus competencias académicas. Se oculta de esta manera el proceso de conocimiento, en el que tienen lugar también (y uno central) las decisiones de las poblaciones o grupos que

investigamos y las características del vínculo que construyen con nosotros (Guber, 2013, p. 205). En este sentido, Borges (2011) ha propuesto, a partir de un trabajo de campo sobre la política de la vivienda con mujeres brasileñas y sudafricanas, la noción de anfitriones/as para nombrar a quienes la reciben en su vida, en sus propias casas, como una visita pasajera. Lo hace contra nociones peyorativas y objetivantes como nativos u objetos, pero también para referir de manera específica a una relación de campo que no puede agotarse en categorías dadas de antemano. Es así que elige la palabra anfitriones/as una vez que ha hecho una investigación codo a codo con quienes la recibieron y construyeron/compartieron con ella sus propias teorías sobre el mundo. En el campo local, la etnografía de Ferraudi Curto (2014) continúa la propuesta de singularizar la reflexión sobre la relación de campo.

Una vez planteados estos elementos, a continuación presentamos un relato por cada uno de los procesos de investigación ya mencionados. En cada caso, no reponemos la totalidad de investigación, más bien realizamos un recorte que pone en acto las dimensiones que nos interesan para argumentar sobre el momento analítico de nuestras etnografías. Repasamos así el foco empírico, el problema de investigación, una selección de discusiones con la literatura y parte del trabajo de campo realizado, dado su carácter articulador (en el sentido de Guber, 2013) de todo el proceso. A fin de reponer este último punto, cada una de las presentaciones se guio por preguntas que Guber dirige a los registros de campo e informes de Hermitte: ¿Qué desarrollos empíricos y analíticos previos orientaban a la investigadora, es decir, cuál es su punto de partida? (Guber, 2013, p. 105). En cuanto al registro en el diario de campo: ¿hay datos que la trabajadora de campo no entendía al momento de transcribirlos?, ¿dónde radicaba la incompreensión?, ¿en rasgos cuya significatividad no reconocía?, ¿en datos aparentemente contradictorios? (Guber, 2013, p. 148). ¿Qué categorías llevó consigo al campo, cuáles encontró en el trabajo con los “nativos” y cuáles utilizó en su texto final? (Guber, 2013, p. 185).

La reformulación de la oposición amateur/profesional desde una red estética local

A lo largo de un trabajo etnográfico comprendido entre los años 2011 y 2015 acompañé a una red de jóvenes músicos, diseñadores gráficos, fotógrafos e ilustradores de la ciudad de La Plata. Esta red se conformaba en un

“sello musical” llamado Concepto Cero al que distinguí del sello discográfico tradicional, en tanto instancia que remite menos a la grabación y al contrato y más a una serie de actividades por las que se produce la organización social de la música. Las prácticas de estos músicos originaron un concepto de sello que poco tiene que ver con lo aludido por la noción de sello de la época del imperio de las discográficas: la producción de un catálogo de discos era acompañada por la organización de fiestas, festivales y recitales; la elaboración de video-clips, el montaje de muestras de arte visual y fotográfico, la fabricación de objetos de diseño relacionados con los artistas, etc. A partir de estas actividades, mis interlocutores se habilitaron oportunidades de trabajo y de ganancia económica en la música y las artes, desvinculadas en alto grado de los mecanismos de la industria discográfica tradicional. Como parte de mi trabajo etnográfico, participé en las reuniones internas del sello y de los eventos públicos que allí se organizaban; asimismo, me involucré en las tramas de las vidas cotidianas de sus integrantes. Registré nuestras interacciones en ámbitos sin duda musicales (festivales, recitales, fiestas, estudios de grabación) y también en otros que en un principio me parecían ajenos a estas prácticas, no del todo convencida de su beneficio para el análisis.

Llegué a Concepto Cero luego de un recorrido de investigación en la escena musical emergente de La Plata (2009-2011) donde capté el papel articulador de la sociabilidad musical que los sellos tenían. Esa misma investigación previa, junto a parte de la literatura temática especializada, me habían alertado sobre nuevas formas de trabajo, vocación y profesión entre los jóvenes contemporáneos. Esta literatura comenzaba a despegar su foco de la relación entre consumo musical e identificación juvenil, predominante hasta entonces en los abordajes de las ciencias sociales, para preguntarse por las formas emergentes del vínculo de los jóvenes con la música y los medios de producción de música. Se enfatizaban así las prácticas de auto-producción musical a partir de las nuevas tecnologías de grabación y de difusión, especialmente Internet, que posibilitarían prescindir de las grandes discográficas (Ochoa, 2003; Yúdice, 2007). La facilidad creciente en el acceso a instrumentos de producción y reproducción de música era relacionada asimismo con proyectos de “semi-profesionalización” musical y obtención de medios de vida a partir del arte (Semán y Vila, 2008) y de nuevos experimentalismos musicales que no podían clasificarse como amateurs o profesionales en un sentido tradicional (Yúdice, 2007).

Armada tanto de estos avances bibliográficos como de mi recorrido de campo, en la primera versión de mi proyecto doctoral (Boix, 2010) presenté a la música como una posibilidad de nuevo tipo en la articulación de diversas posiciones profesionales en el trayecto de vida de los jóvenes. Desde mi perspectiva, la crisis del par dicotómico amateur/profesional que señalaba Yúdice facilitaba a los músicos redefinir dichas categorías, posibilitándoles construir su propia versión de la profesión y del trabajo en la música. Lo que no sabía, y por lo tanto me preguntaba, era qué forma adquiriría este vínculo con la música:

¿Cómo entender las prácticas musicales en relación con los proyectos de vida?, ¿cuándo un pasatiempo deja de ser un hobby para ser una profesión?, ¿aparecen estas instancias de forma separada o antagónica para los actores?, ¿se constituyen en categorías o expectativas relevantes en la planificación de sus actividades? (Boix, 2010).

Como puede leerse, la pregunta por la profesión se formulaba a partir de los recorridos de los músicos y no interrogaba aún las distintas instancias de las que la música emerge, clave de análisis resultante de mi investigación.

Parte de la bibliografía presenta estas intervenciones musicales como artesanales y precarias, incapaces de constituir una carrera (García Canclini, 2012), correspondientes a un saber no profesional en materia de gestión y a una pérdida de inversión más que a la producción de ganancias (Palmeiro, 2005; Corti, 2007; Quiña, 2012). Estas apreciaciones comparaban implícitamente las prácticas musicales estudiadas con las correspondientes a la industria discográfica tradicional, para encontrar en las primeras una situación de carencia. Durante el transcurso de mi primer año de trabajo etnográfico, percibía que este era también el tono con el que músicos de Concepto Cero y de sellos amigos conceptualizaban su situación: ocupar una posición “marginal” en la industria musical, desarrollarse “muy a los tumbos” y hacer “todo a pulmón”. Todo ello no los disponía a abandonar un proyecto en el que combinaban el placer de “hacer lo que se quiere” con una perspectiva de trabajo y ganancia, aunque ninguno sabía aún cómo organizar el trabajo ni ganar dinero con la música.

En este marco, la oposición amateur/profesional circuló desde el comienzo del período, transferida al diario de campo a partir de mis interacciones.

Este sentido no resultaba unívoco y aparentaba, en mi modo inicial de ver el fenómeno, cierta contradicción con el deseo de “ser profesionales”. Generalmente, las referencias a lo “profesional” se establecían a propósito de los sujetos: los músicos “profesionales” eran aquellos que “vivían de la música”, en el sentido de originar recursos que les permitían acceder totalmente a medios de vida. Esta imagen coincidía con las posiciones estelares y masivas que mis interlocutores justamente no tenían, y tampoco eran su principal aspiración. A partir del año 2012 y cada vez más a lo largo del período, fue volviéndose evidente para los propios músicos que, en el intersticio abierto por la crisis de la industria discográfica y la masificación y abaratamiento de las tecnologías musicales, su propuesta podía “profesionalizarse” y no resultaba descabellado pretender “vivir de la música” fuera de la estructura de consagración clásica asociada a la industria discográfica.

Antes de que esta posibilidad se hiciera plenamente consciente para los músicos y se convirtiera, alrededor del año 2013, en el centro de experimentos prácticos y debates sobre la existencia y significado de un “nuevo modelo” de trabajo y profesión en la música, mi etnografía venía registrando un proceso de profesionalización a nivel tecnológico. Mis registros acerca de las compras regulares de instrumentos y de equipos, la formación en el instrumento (no necesariamente escolarizada), los montajes de estudios de grabación y de los escenarios, además de las conversaciones y escuchas de la mezcla y masterización de los materiales sonoros, me permitieron captar ese cambio, interpretado por ellos en un sentido progresivo. A pesar de no comprender al momento de la transcripción en mi diario (especialmente por mi desconocimiento del universo de términos técnicos específicos sobre estos temas) qué era y qué sentido tenía, por ejemplo, contar con un programa específico de procesamiento de audio como Pro Tools y con una computadora que lo “corriera bien”, empeñarme en registrarlo redundó, mucho más tarde, en su ensamblado como datos del argumento de un proceso de profesionalización que aspiraba a la mejora del sonido y el audio, para lo que se valía de forma intensiva de las tecnologías.

En el diario también podía leer cómo estos músicos se embarcaban en distintas actividades, según decían tendientes a ser “más prolijos” y “profesionales”. Algunas de ellas eran: la planificación cada vez más detallada de los distintos eventos; la inclusión de luces, escenografía, visuales y vestuario específicos

en la *performance*; la elaboración de gacetillas de prensa; el armado de bases de correos electrónicos para difusión e intentos de seguimiento del público en los eventos (por ejemplo, a partir de invitaciones a los asistentes a dejar su correo electrónico); la cobertura en fotografía y video de los eventos; la coordinación de estrategias de prensa; la realización de contratos discográficos entre el sello y las bandas. A partir de todas estas prácticas de gestión, la profesionalización comenzaba a expandirse más allá de lo sonoro, y las tecnologías seguían acompañando este recorrido en tanto objetos y herramientas informáticas.

Todavía más: mientras tomaban cuenta de estas actividades, los distintos miembros del sello se iban focalizando en alguna de ellas, en un proceso de “aprendizaje” en el que recurrían no solo a la práctica concreta sino a talleres de formación, conferencias de expertos, lecturas de publicaciones sobre el tema, etc. En este proceso de división del trabajo se moralizaba positivamente el “compromiso” con el trabajo en el sello y se activaban oposiciones entre los que estaban “comprometidos” y los que no, en vistas de la necesidad de “no quedarse tocando para veinte tipos”. La profesionalización aquí se manifestaba a nivel de los sujetos pero de una manera sensiblemente diferente a la establecida al comienzo de la investigación: el músico profesional ya no era quien, dadas sus competencias en la creación y manipulación de sonidos, puede vivir de la música y organizar una carrera en ella. El músico profesional era quien en esa apuesta transformaba su status: se había comprometido no solo en tocar sino en la gestión de su propia música, especializándose y formándose en algunos de sus aspectos. Profesional era quien organiza, gestiona y compromete competencias personales, recursos monetarios, aprendizajes y subjetividades en una producción musical que se hace cargo de todas las instancias por la que emerge la música. Estos cambios eran motivo de debate permanente entre los músicos: estaban tan interesados como yo en la estructura de la música y sus posiciones en ella, por lo que leían sobre la temática, organizaban talleres formativos y me requerían a mí como una especie de profesional de la conceptualización. Es así que actuaban, en palabras de Hennion, como “profesores de sociología” (citado en Tironi, 2012, p. 129)⁵ de su vínculo con

⁵ Al referirse a los amateurs o amantes de la música, Hennion los nombra como “pequeños profesores de sociología, pequeños profesores de nuestra relación y vínculo con el mundo”, con lo que quiere implicar “situar la reflexividad de su lado y no solamente en los sociólogos” (Hennion, 2012 citado en Tironi, 2012, p. 129).

la música y con el mundo. La hipótesis detrás de esta expresión señala que los actores implicados tienen un conocimiento único del fenómeno y que la reflexividad está tanto de su lado como de la investigadora.

Estos registros tomados en los escenarios de la performance musical y de la vida grupal de mis interlocutores me permitieron analizar el problema de la profesión en este mundo musical a partir de la noción de su multidimensionalidad: el carácter profesional era conformado por el trabajo en las numerosas instancias de las que emerge la música, en lugar de ser definido en una sola de ellas. Al reflexionar sobre su manera de vincularse con estas distintas instancias de trabajo musical, mis interlocutores huían de categorías de profesión de amplia circulación como manager, productor y empresario de la música. De esta manera, me alertaban de no caer en la tentación de subsumir sus prácticas a identidades profesionales previas que podían incluso tener el mismo nombre, pero habían surgido de un sistema de relaciones estéticas donde los vínculos posibles con la música eran otros. Estos jóvenes no se ajustaban a una noción de profesión provista por un campo musical petrificado (hegemonizado por las prácticas y conceptos de la industria discográfica), sino que producían su propia versión de la profesión. Elaboré esta interpretación en una crítica a la bibliografía que veía aquí simple amateurismo, y con suerte transiciones semi-profesionales, en una continuidad de un viejo modelo que de nuevo solo tendría el nombre.

De esta manera, no había perdido tanto tiempo en tejer vínculos y realizar observaciones más allá de los espacios de performance musical. Para captar la lógica en la que estos músicos se volvían “profesionales” había sido necesaria la observación de las escenas en las que la música se ejecuta, como de aquellas en las que los actores introducen música en ámbitos extra musicales. Luego de este recorrido, la música “profesional” era tramada a partir de una serie de dispositivos, objetos, oposiciones morales, modos de trabajo y actores específicos. A la vez, elaborar teóricamente el hecho de seguir un proceso dinámico y cuyo estado se encontraba históricamente abierto, me advirtió de las reformulaciones a las que eran sometidos conceptos y momentos clave de esta configuración musical, tales como “profesión”, alejándome de mi primera aproximación de meras “contradicciones”. De esta manera, pude volver sobre la oposición amateur/profesional: con un aviso de su crisis había llegado al campo y ya en él dialogué con mis interlocutores en sus términos.

Al término del proceso, entendí que estas categorías no podían remitir a los extremos de un proceso general bajo el que subsumir (o medir) una variedad de experiencias musicales. El proceso me había mostrado la manera en que una versión de la profesión resultaba del encuentro entre una generación, unas posibilidades tecnológicas y una práctica que involucraba la estética y la gestión. A pesar de que suelen concebirse como un par dicotómico de pretensión universal, amateur y profesional son dos términos no solo relacionales entre sí –como ya sabían los analistas y los músicos– sino también relativos a la configuración musical singular que se tome en consideración. Fue así que desplegar las múltiples mediaciones involucradas en esa relación fue el objetivo de mi texto monográfico final.

Las políticas públicas de inclusión digital no solo vistas desde sus marcos conceptuales

A partir de 2011 comencé una investigación etnográfica sobre la traducción en las tramas escolares del Programa Conectar Igualdad (PCI): una política pública de inclusión digital que durante el periodo 2010-2015 impulsó un proceso de masificación de las nuevas tecnologías de un modo transversal a distintos sectores sociales al distribuir más de cinco millones de computadoras personales (netbooks) a cada estudiante y docente de las escuelas secundarias e institutos de formación de gestión pública del país. En mi trabajo tuve la intención de comprender cómo el PCI era apropiado por sus beneficiarios en una escuela de la ciudad de La Plata que llamé la *Escuela III*, y así poder enfocar el accionar concreto de esta política *desde* lo que sucedía cotidianamente en las aulas.

En un comienzo, al igual que la mayoría de los docentes y estudiantes de la *Escuela III*, me fui enterando poco a poco de qué se trataba y a qué apuntaba esta política que se presentaba como “la revolución educativa del siglo XXI”. La retórica legitimante que la política fue construyendo sobre sí misma fue algo que desde la escuela fuimos viendo desarrollarse en simultáneo a que se producían las acciones y los esfuerzos de los actores institucionales por lograr la implementación del programa. Diseñadores y formuladores de políticas, expertos pedagogos como tecnológicos, científicos sociales, agentes de capacitación docente, agentes ministeriales, publicistas, periodistas especializados: una red de actores impulsaron desde distintas agencias (ANSES,

Ministerio de Planificación, Ministerio de Educación) y programas estatales (Argentina Conectada, *Edu.ar*, Plan Nacional de Educación Digital) los marcos de sentidos en que esta política buscó cobrar relevancia. En este proceso, el discurso, los marcos conceptuales, las categorías de análisis que la política construyó sobre su propio accionar influyó y fue compartido tanto en las evaluaciones como en buena parte de la producción académica. Estas producciones sobre el PCI trazaban sus análisis desde una mirada de esta política “desde arriba”, es decir, partiendo desde los objetivos propuestos por el programa, y desde el momento y la lógica del diseño de la política pública. Su mirada era una mirada subsidiaria de los marcos conceptuales con que esta se había formulado. Conceptos como “brecha digital”, “nativos digitales”, “inmigrantes digitales” y “buenas prácticas tecnológicas” fueron introducidos en el campo de la educación por los actores promotores del PCI en su estrategia de legitimar a este como política pública, y que luego la bibliografía hizo suyas al confirmarlas en sus análisis sobre lo que sucedía en las escuelas. Desde esta posición se consideraba como “no escolares” o “consecuencias no buscadas” de la acción de la política, a un amplio mundo de prácticas y acciones emergentes que mis registros de las interacciones en las aulas me fueron mostrando como acciones significativas y productivas para los estudiantes, docentes y directivos, incluso más que los “impactos” medidos por las evaluaciones hechas desde esta mirada “desde arriba”.

En particular la metáfora de “brecha digital” y “nativos e inmigrantes digitales” era compartida y utilizada tanto en los textos producidos como evaluaciones de los resultados del programa, como por los análisis académicos. El concepto nativos digitales forjado por Prensky (2001) fue localmente popularizado por el libro homónimo de Alejandro Piscitelli, *Nativos Digitales* (2009). En la serie de publicaciones promovidas por este último (quien entre 2003 y 2008 dirigió como gerente general de contenidos *Educ.ar*, el portal educativo del Ministerio de Educación) se retoma y opera la noción de Prensky que define como nativos digitales a aquellos jóvenes que naturalizan la presencia de las tecnologías y sus habilidades en torno a estas, producto de que “pasaron toda su vida rodeados por y usando computadoras, videojuegos, lectores de música, cámaras de video, celulares. Su lengua nativa es el idioma digital de la computadora, los videojuegos e Internet” (2001, p. 1).

Sobre la base de mi trabajo de campo, el argumento empírico que me permitieron elaborar mis registros, contrastaba con esa bibliografía que entendía a los jóvenes beneficiarios del PCI como “nativos digitales”. ¿No invitan las metáforas de “brecha digital” y “nativos e inmigrantes digitales”, a una descripción congelada de las diferencias? Al presuponer *a priori* las habilidades que los jóvenes deberían poseer, ¿no se favorece una descripción que naturaliza los trabajosos y desiguales procesos de transmisión y adquisición de saberes en los cuales las personas (“nativos” o “inmigrantes”) aprenden ciertas maneras de hacer con estas tecnologías?

La decisión que tomé de seguir durante tres años a un grupo de estudiantes beneficiarios del programa y rastrear sus vínculos heterogéneos con estas tecnologías fue producto de la confrontación entre una categoría bibliográfica (“nativo digital”) y una serie de registros de campo que fui elaborando, cada vez en mayor medida, guiados por la incomodidad con estas categorías lejanas a lo que sucedía en la escuela.

Una primera contrastación con la comprensión de estos jóvenes como “nativos digitales” la aportaban los registros de mi diario, que me permitían demostrar que el proceso de apropiación de las tecnologías comenzaba incluso antes que con la posesión física de estas. Cuando inicié mi trabajo de campo en agosto de 2011, las netbooks del PCI no habían llegado aún a la *Escuela III*. A su vez, estos primeros meses de mi ingreso al campo transcurrieron simultáneamente a la instalación en el colegio por parte de los técnicos contratados por el programa de la infraestructura necesaria para garantizar el acceso de las netbooks del PCI al servidor de la red escolar e Internet. Con este propósito, los técnicos irrumpían en las aulas colmados de cables, herramental y escaleras con el objetivo de colocar, cercanos al cielo raso, los módems que posibilitan la interconexión de las netbooks dentro de la red escolar. Todo lo cual aportó un escenario fértil para excitar la imaginación sobre la llegada de las netbooks no solo de los jóvenes estudiantes, sino también de los docentes, directivos y personal de la escuela. Los interrogantes, las dudas, incertidumbres, versaban sobre los cambios que con la llegada de las netbooks a las aulas podrían generarse en las interacciones, en los modos de los docentes de dictar y llevar las clases, en los modos de los estudiantes de comportarse, en las exigencias de los directivos, en los modos de evaluar, en las formas de contener los usos lúdicos. En particular, durante este primer

periodo, las expectativas juveniles sobre las netbooks se centraron principalmente sobre las mayores posibilidades que estas podrían aportar en distintos espacios para actuar sobre su entorno cotidiano más inmediato: (I) en la posibilidad que estos jóvenes percibieron de poder intensificar los usos lúdicos que practicaban a través de estas; (II) en el mayor grado de autonomía que pudieran proporcionarles sobre las negociaciones familiares por los usos y tiempos compartidos de la pc hogareña; (III) en la posibilidad de que inclusión de las netbooks por parte de los docentes pudiera retribuir en clases más “divertidas” y más “rápidas”, más “actuales”. Debido a ello, cuando luego de once meses, en Julio de 2012, las netbooks del PCI fueron finalmente entregadas en la escuela, mis notas de campo contenían distintos registros que hablaban sobre el despliegue de un juego de expectativas recíproco desatado por la promesa de la llegada de las netbooks, que me permitió considerar que incluso ya con anterioridad a la entrega efectiva de las computadoras, la implementación del PCI había comenzado a operar sobre la cotidianidad escolar. Y a su vez, ver que este conjunto de expectativas se montó y articuló con un imaginario previo de los sentidos que los actores atribuían a las nuevas tecnologías y sobre cómo debería incluirse a la educación. Lo cual imposibilitaba que el análisis pueda realizarse en términos de “acceso o no acceso” a la posesión física o propiedad de la tecnología como lo presupone tanto el concepto de “brecha digital”, como el de “nativos digitales”, entendidos como aquellos que han naturalizado la presencia de estas tecnologías desde su socialización primaria.

Una segunda diferencia se plasmaba en los registros del diario que, en relación directa con las notas de los primeros meses de mi ingreso a la escuela, me permitieron enfocarme en intentar captar el carácter relacional del proceso de socialización con las tecnologías (Winocur, 2009) a través de describir las acusaciones cruzadas entre docentes y estudiantes que escuché infinidad de veces mientras realicé el trabajo de campo. Mientras los docentes decían que los jóvenes usan las netbooks solo “para jugar” y “distraerse”, nunca para estudiar, los estudiantes, por su parte, sostenían que los docentes no las incorporaban a las clases (“no las piden”) y que no saben usarlas “para enseñar”. Si bien mis observaciones sobre lo que sucedía en el aula mostraban más bien lo contrario (los jóvenes intentan utilizar las netbooks no solo para jugar y entretenerse, sino también para “estar actualizados”, “buscar información”,

“hacer las cosas de la escuela”, y algunos docentes se esfuerzan por lograr “dar las clases con las netbooks”, “enseñar a buscar información con las computadoras”), la persistencia de estas acusaciones cruzadas significaba que aún para ellos el estado actual de cosas les era hostil a sus altas expectativas sobre el accionar del programa. Los registros de las acusaciones, de las tensiones que emergían, me volvieron visible cómo las categorías, las percepciones y valoraciones sobre las netbooks se iban conformando relacionamente; las posiciones de los actores con sus dudas, cavilaciones, posiciones normativas, contradicciones y controversias sobre la incorporación de estas tecnologías a la educación, me permitieron discutir contra la supuesta existencia de dos grupos separados, “nativos e inmigrantes digitales”, que se postula en el par categorial como compartimentos disociados y estancos.

Un tercer contraste que resultaba de mi participación en las aulas siguiendo a este grupo de jóvenes durante sus clases me permitió captar cómo el proceso en que estos adquieren cierto “saber hacer” con las nuevas tecnologías no está naturalizado para ellos, ni subjetivamente exento de angustias, rechazos y conflictos. Me propuse así realizar el movimiento inverso al que realizaban las descripciones de los análisis guiados conceptualmente por la noción de nativos digitales: en vez de excluir la autopercepción de los jóvenes en la construcción teórica de las categorías, buscaría incluirlas lo más posible al explorar qué categorías emplean ellos mismos para definir sus experiencias (internas) y su vínculo con las netbooks del PCI. Las descripciones que produce mostraban que para estos jóvenes las prácticas tecnológicas de mayor significación son las vinculadas con la sociabilidad con sus pares, con la expresión de sus gustos e intereses, con las búsquedas que hacen en la construcción de su propia autenticidad. Desde su llegada a las aulas, las netbooks fueron usadas por los jóvenes para explotar los recursos y cursos de acción que la conectividad les habilitaba: “estar conectado” era la categoría que centralmente organizaba lo que sucedía en su sociabilidad. Para explicar la intensidad de este vínculo, el momento de máximo entusiasmo en el que se está “re emoción” es un momento inicial que describen como fascinación y exploración intensa que genera situaciones gratificantes, que evocan con agrado. Pero el estado de exaltación, “re emoción”, se debe aprender a controlar y dejar paso a un estado medido, en el cual el autocontrol prime sobre los riesgos de quedar “viciando mal”. Cuando ello sucede, el tipo de

vínculo que se configura se piensa y se expresa bajo la metáfora del “vicio” a la computadora (“sin facebook no puedo vivir”, “soy re vicioso del face”, “voy a intentar pasar un día sin conexión”). Incluso, llevado a los extremos, este tipo de vínculo entra en tensión con otras formas de sociabilidad (como las que propone el dispositivo áulico: la atención focalizada, la interacción cara a cara). El “vicio” era experimentado como una tensión entre los requerimientos escolares impuestos y la elección de invertir el tiempo de clase en tiempo de conexión, en horas navegando, horas “enviado” con la computadora. “Ser vicioso” entra en tensión con los requerimientos del “buen alumno”: buenas notas versus horas de juego, amigos y conexión versus cumplir consignas en el aula. Son constricciones externas las que hacen emerger estas reflexiones internas sobre su vínculo con la sociabilidad tramada en las interacciones online. “Enviciarse” a su vez genera angustias, malestar, preocupación; los jóvenes movilizan recursos, energías y tiempo con el objetivo de no quedar desconectados, pero también se esfuerzan por autocontrolarse y no ser “viciosos mal”, para no sufrir las consecuencias. Así, “estar re vicio” tiene el peligro latente de posibilitar el pasaje del estar al ser: “ser re vicio” es valorado negativamente y vivido con preocupación. La atracción generada por este primer estado de “re-emoción”, de fascinación, de suspensión del tiempo (“me colgué navegando”, “pasaba toda la noche jugando”, “prendido, re zombi”), deja paso, con el tiempo, a un vínculo que puede tornarse problemático si no se aprende el (auto)control necesario. Incluso, algunos se consideraban a sí mismos “rescatados”. Aquellos que se reconocen “normales” en su uso de las netbooks lo hacen en relación a su pasado de “vicios” y presente de “rescatados”. Sin embargo, estar constantemente conectado es condición necesaria pero no suficiente para ser “vicio”. Quienes son acusados por sus pares de “viciosos”, se contraponen con los “tecnológicos”, que son aquellos considerados en el aula como quienes hacen un uso productivo de los recursos de la conexión (incluso de los juegos). Los “tecnológicos” pueden estar “re emoción” con la computadora, pero eso no los hace “viciosos”. Es la disputa sobre qué es considerado un uso productivo de los recursos que habilitan las netbooks y la conexión lo que define en la situación del curso, en la dinámica del grupo de pares, estas clasificaciones. Y esa disputa tiene otras lógicas e inciden en ella otros procesos que no son solo los de la posesión física o propiedad de las tecnologías (como dice el enfoque tecnocista).

Las netbooks no llegan a las escuelas en el “vacío”, libres de conflictos, ni tampoco “impactan” como algo externo en la realidad escolar que postulan las teorizaciones sobre el vínculo tecnología-sociedad presentes en el diseño y evaluaciones del PCI; sino que son apropiadas y personalizadas por los actores dentro de una estructura de jerarquías morales y desigualdades categoriales.

Entonces, antes que “nativos digitales”, encontré una gama de vínculos desiguales y diferenciados como tales por los jóvenes: “los viciosos”, “los rescatados”, “los normales”, “los tecnológicos”. El acrítico y a su vez extendido uso que la literatura hacía de este modo de conceptualización contribuía a invisibilizar el rol del trabajoso (y en casos angustioso, problemático, conflictivo) proceso mediante el cual, a lo largo de sus trayectorias, estos beneficiarios del programa han ido incorporando los saberes con estas tecnologías. Por el contrario, más que “naturalización” del vínculo, lo que mis registros me permitían mostrar era la trama de un proceso cada vez más individualizado de esforzados aprendizajes y autocontroles, no exento de angustias y limitaciones. Como también, mostrar la trama relacional en la cual, tanto las acusaciones cruzadas como la interiorización por parte de estos jóvenes de la posición docente en los modos de explicarse a sí mismos sus vínculos con las tecnologías, hacen estallar la imagen de “nativos e inmigrantes” como grupos cerrados y estancos.

Por lo que enfocados en conjunto, estos tres niveles de registros de mi participación en la cotidianeidad escolar me posibilitaron desprenderme de la imagen homogeneizadora que –mirando “desde arriba” y poniendo en el centro los objetivos del diseño del programa– intentaba comprender lo que sucedía con esta política pública, bien como “resultados”, bien como “consecuencias no buscadas” de la acción estatal, viendo como un déficit de la política a las tensiones y conflictividades que, en concreto, al tornarla significativa para los actores, la hacían posible.

Las descripciones analíticas

Como adelantamos en la introducción de este trabajo, nuestras investigaciones etnográficas convirtieron a la descripción en su fundamento: poder detallar escenas, atender al estado de cosas concreto, encontrar la forma adecuada de dar cuenta de una situación específica, fue nuestro objetivo tanto en el momento del registro en el diario de campo como del

análisis en el texto final –habida cuenta de que “registro” y “análisis” no están plenamente delimitados–. Queríamos lograr un movimiento en el que las descripciones llamaran a los conceptos, intentando no reemplazar con conceptos las descripciones. Nos inspiraban investigaciones en las que la narración etnográfica recurre a “las claves interpretativas más abstractas una vez que estas tienen cabida plena y plena capacidad discriminante en la descripción...” (Semán, 2014, p. 11). ¿Cómo hicimos entonces nuestras descripciones? ¿De qué manera estas se orientaron y ensamblaron con una perspectiva teórica?

Las lecturas y prácticas con las que fuimos socializados en la etnografía como perspectiva de conocimiento nos señalaron la importancia de esforzarse, especialmente al comienzo de la investigación en “registrarlo todo” y en elaborar “descripciones lo menos interpretativas posibles”. En cuanto al primer punto, toda observación es por definición selectiva y está mediada tanto por categorías culturales abarcadoras como por criterios teóricos propios de la investigación (Guber, 2009). Por lo tanto, es tan técnicamente imposible registrarlo como productivo intentarlo. A este respecto, seguimos el truco de Howard Becker⁶ (2009), que aboga por realizar “descripciones totales y completas” en las que reunir todo aquello que es o podría ser relevante para nuestro tema. Tal como afirma Becker, no debemos tomar este truco de manera literal, sino como “horizonte de posibilidades que mostrará qué clase de elecciones hacemos cuando, inevitablemente, dejamos cosas afuera” (Becker, 2009, p. 105). En cuanto al segundo punto, Becker nos advierte que, aunque se afirme que la observación y la descripción ya sean en sí mismas selección y construcción (lo que nos resguarda de tentaciones positivistas), hay como quien dice “descripciones más interpretativas” que otras (2009, p. 109). Como bien lo expresa: “decir que alguien parece tener prisa para llegar a su casa con la bolsa de las compras requiere una inferencia de motivaciones que decir que está caminando rápido no requiere”. Pero a medida que

⁶ Somos conscientes que Becker no es un nombre que se invoque generalmente como referencia para tratar la perspectiva etnográfica. No obstante, creemos que en su manera de elevar la descripción a pieza fundamental de una teoría del conocimiento sociológico y sus propuestas a favor del razonamiento inductivo y analógico guardan familiaridad con dimensiones de lo que nosotros entendemos por método etnográfico y nutren a la vez nuestra práctica y comprensión de este mismo método.

transitamos el campo aprendemos qué es lo rápido y cuáles sus oposiciones, en otras palabras, incorporamos a nuestras descripciones las perspectivas o teorías de los actores.

Para aproximarnos a la cuestión de cómo las descripciones así realizadas se encontraron con perspectivas teóricas más amplias, introducimos un fragmento del diario de campo de uno de nosotros, dedicado al seguimiento de una red de producción musical. La investigadora creía haber comenzado su diario con registros amplios y sin demasiado foco, aunque había llegado al campo con una pregunta por la profesión musical. Sus lecturas de Becker (2008) sobre la red de colaboraciones en que se hacen los objetos estéticos y de Hennion (2002) sobre las mediaciones humanas y no humanas de las que emerge la música le habían advertido que lo relevante para comprender lo musical se encontraba también en ámbitos en principio extra-musicales: el arte no era un objeto, sino una red que tenía que desplegarse. La selección corresponde a un momento en el que la investigadora continúa su recorrido etnográfico al tiempo que relee el diario de campo (elaborado desde mayo de 2011) y rotula sus descripciones con distintas categorías: Proyectos, Relaciones/redes, Políticas estatales, Política, Formación/capacitación, Catálogo, Sociología/ciencias sociales, Amistad, Profesional, Estética, La Plata, Carretera, Masculinidad, Sexualidad, Prolijidad/cuidado, Tecnologías, Universidad, Compromiso, Sonoridad, entre otras. A raíz de las categorías que se propone para organizar el material seguidamente apunta:

Estoy organizando la información y me voy dando cuenta de que a medida que pasa el tiempo y las páginas soy bastante insensible a lo podríamos llamar ‘la música propiamente dicha’. La música, como sonoridad, cada vez aparece menos. De hecho, sumo la categoría sonoridad recién hoy a la lista de nociones para organizar los registros (...). Pero pienso algo más: también he notado que la música como sonoridad es una preocupación que está a tono con otras en la gente del sello o en los espacios en los que yo he participado (Diario de campo de Ornela Boix, 14 de mayo de 2014).

Ir al campo con la prescripción metodológica de registrarlo todo y con la especificación teórica de que la música no era un objeto sino una red la habían orientado a describir mucho más que “la música propiamente dicha”.

En el diálogo con sus interlocutores definió ese todo en relación con el interés profesional: ¿cuáles eran todos los elementos que los músicos hacían intervenir en su práctica de profesionalización musical? En ese ida y vuelta entre las descripciones cada vez más informadas por las perspectivas de los músicos, la investigadora tuvo que establecer qué elementos componían esa red y cómo se relacionaban entre sí, no sin sentirse en falta porque algunos elementos muy tematizados por la bibliografía no fueran, a fin de cuentas, tan importantes en su todo necesariamente incompleto. Al menos dos cuestiones emergen aquí: la primera es que la aspiración inicial de totalidad en el diario de campo se encuentra cada vez más con lo que constituye el todo relevante para los interlocutores. A medida que el diario progresa, se orienta cada vez más por preguntas e intereses de los actores en diálogo con una teoría sobre el funcionamiento de la música y la sociedad. De esta manera, no puede conducir a muchas más empresas analíticas que la que le dio origen. Encontramos entonces un tinte positivista en la afirmación de Marcel Mauss en el *Manual de Etnografía* (2006 [1926]), para quien la fortaleza de un diario de campo radica en su capacidad de dar lugar a nuevas interpretaciones. Para nosotros, por la propia lógica de su elaboración, las descripciones llamaban a los análisis a, b y c, pero no a todo el abecedario.

La segunda cuestión nos introduce en la problemática del próximo apartado: nuestras descripciones no solo se elaboran en relación con postulados metodológicos y teóricos, sino en vínculo con los intereses de nuestros interlocutores. La pregunta por los elementos que intervenían en la práctica musical profesional no era solo de la investigadora: se manifestaba de distintas formas en el campo y había sido motivo explícito de varias conversaciones y capacitaciones organizadas por los músicos en las que participó. Fue así que los contenidos estéticos y profesionales de la “sonoridad” (las especificaciones sobre el audio, la competencia técnica en el instrumento, los estilos musicales) tuvieron que compartir su protagonismo con las tecnologías, las prácticas de gestión, los recursos económicos y, entre otras cuestiones, los entornos estéticos más amplios compuestos por fotografías, videos, vestuarios, escenografías. De esta manera, podemos comprender el giro analítico en el cual la música en tanto red era lo que se volvía “profesional” y no solo las posiciones sociales de los sujetos músicos.

Las agendas explicativas en interlocución

Como sugerimos en el apartado anterior, ese “todo” que queremos desplegar debe encontrarse cada vez más y de manera más ajustada con aquello que es relevante y significativo para nuestros interlocutores. Este procedimiento es típico de la etnografía como perspectiva de conocimiento: en palabras de Guber (2009) la perspectiva del actor debe ser parte de la explicación de lo real; según Peirano (2008), se trata de practicar la etnografía como diálogo que incorpore la “teoría vivida” de los actores; de acuerdo a Balbi (2012), la etnografía aspira a lograr una “integración dinámica” o “analítica” de las perspectivas nativas en la descripción etnográfica.

Esta orientación característica de la etnografía, la de un análisis que tome como consideración central la perspectiva del actor, en nuestro caso fue extremada por la decisión de seguir teóricamente el principio de la simetría y entender la relación de campo como interlocución. Así, de la misma manera que concebir a las personas como “informantes” y al proceso del trabajo de campo como “recolección de datos” marca las condiciones de las interpretaciones posibles (ver los señalamientos de Guber, 2013), una investigación producida con “interlocutores” señala otras condiciones de posibilidad para la producción de conocimiento (Briones, 2013) y, como aquí intentamos mostrar, también del análisis etnográfico. Intentar ser consecuentes con estas diferencias implicó para nosotros un énfasis en la descripción analítica, intentar seguir hasta la última línea las interpretaciones nativas y, por lo tanto, exigirnos no interpretar por autoridades externas al propio campo de interlocución establecido en el devenir del proceso de investigación.

Este señalamiento suma una especificación a la orientación etnográfica por dialogar con las perspectivas nativas al concentrarse en lo que Briones, en una forma singular de asumir las implicancias de la idea de interlocución en la etnografía, llama “las agendas explicativas” de los actores. Briones sostiene que “no hay buena etnografía cuando el quehacer etnográfico no compromete sus contextualizaciones con las agendas explicativas de nuestros interlocutores” (2013, p. 5). Y afirma que debemos considerar no solo los conocimientos y prácticas de nuestros interlocutores, sino también *sus maneras de explicarlas* a fin de ver “cómo ellas dialogan con saberes/problemas antropológicos (y no solo), *incluyendo en esto el ver cómo nos permiten redefinirlos*” (2013, p. 13, resaltado por nosotros). Entonces, ¿cómo incluimos

en el proceso de análisis las agendas explicativas de nuestros interlocutores? ¿Cómo su inclusión nos permitió redefinir las problematizaciones con que elaborar el análisis? Las interpretaciones que –de modos distintos– en ambos procesos de investigación intentamos recuperar a través de las descripciones, forman parte de esas agendas explicativas. El hecho de tomar en serio, es decir, simétricamente, la capacidad heurística de estas agendas nos permitió redefinir nuestras claves interpretativas y conformar los criterios por los cuales esos registros y descripciones se integran (o no) al análisis –otra razón por la cual dijimos que registros y análisis no están delimitados *a priori*.

En el caso de la investigación del PCI la interlocución con la agenda explicativa de los actores involucrados en la traducción de la política en la *Escuela III*, permitió redefinir el análisis de su accionar al problematizar sobre modos de “periodización/contextualización”, “problematización” y “conceptualización” –dimensiones que para Briones (2013) componen agendas explicativas– que de otro modo el investigador –solo guiado por las categorías de la bibliografía– no habría explorado y comprendido.

En el proceso de análisis, la redefinición de la contextualización del problema resultó de considerar la posición de los implicados en la red de su implementación en la *Escuela III* –docentes, directivos, estudiantes– que explicaban los conflictos emergentes con la llegada de las netbooks a las aulas como producto de una serie de acontecimientos que remitían a antiguas problemáticas (por ejemplo, la disolución de la frontera del adentro/afuera escolar, la pérdida del poder de interpelación, la erosión de la cultura letrada). Y explicaban el desarrollo de esta problemática desde una periodización (no dicotómica, “antes o después del PCI”, sino situada en “las rateadas masivas” de estudiantes organizadas por las redes sociales a partir de 2006 como punto de partida), muy distinta a la que guiaba el análisis en un comienzo (en el proyecto de tesis doctoral) resultado de tomar el periodo y las fases de la política pública (2011-2015).

A su vez, seguir la contextualización que los interlocutores daban a este proceso implicaba la redefinición de las problemáticas a analizar, las categorías y los registros de campo con qué hacerlo. Los actores pensaban al accionar del PCI como un parte de una problemática emergente que le precedía, y que el programa intensificó: la digitalización de las interacciones escolares. Para explicar los cambios que los actores percibían que producía la digitaliza-

ción, cambiaron sus modos de conceptualización de las relaciones escolares. En al menos dos dimensiones, la inclusión de esos modos de explicar de los interlocutores redefinieron el análisis: en la posibilidad de confrontar una categoría bibliográfica –“nativos digitales” – con los modos de autoexplicarse de los jóvenes, y en la captación de la incidencia que los modos de conceptualizar el vínculo tecnología-educación de los docentes tenía sobre las tensiones que emergen con el PCI en las aulas.

Las tres líneas de registros –detalladas antes en el apartado– que intentaron no excluir la autopercepción de estos jóvenes y sus modos de explicar su vínculo problemático con las netbooks de la construcción teórica de las categorías analíticas con que se interpretarían sus experiencias, permitían ir integrando otras más cercanas/ajustadas a la interacción interrogada. Mediante el diálogo con las categorías utilizadas por los jóvenes para explicarse sus experiencias, las descripciones producidas descentradas de la noción de nativos digitales reclamaban otros conceptos –apropiación, habilitaciones, configuración–, y luego se potenciaban al ser cada vez más informadas y guiadas por lo que estos conceptos reclaman enfocar en este caso: el carácter relacional de la producción de la agencia juvenil en los aprendizajes y el rol de las disputas intergeneracionales en ellos. Al mismo tiempo, los modos docentes de conceptualizar y explicarse a sí mismos los cambios que experimentaban incluían centralmente estas categorías. Fueron los docentes quienes utilizaban la explicación de “nativos e inmigrantes digitales”, en un sentido muy preciso, para justificar sus estrategias (de bloqueo normativo, de contención instrumentalizadora, de alianzas potenciadoras) ante las posibilidades que la inclusión masiva de estas tecnologías estaban habilitando en sus clases. Y fue este modo de conceptualizar lo que contribuyó a instalar entre los docentes “el imaginario de dilución de la asimetría en las relaciones de transmisión” en la enseñanza (ver Ros *et. al*, 2014) que los movilizaba a cuestionarse sobre “el rol docente” y replantearse una conversión de su oficio. Así, si “nativos digitales” no es una categoría que aporte un poder heurístico para guiar las descripciones o las claves interpretativas de lo que sucedía con los jóvenes, sin embargo, se re-introdujo en el análisis como una categoría central de la agenda que los docentes produjeron para explicarse y afrontar el cambio que percibían en la relación intergeneracional. Ello permitía componer un argumento empírico sobre el porqué de las tensiones que intensificaba la llegada del PCI.

A través de estas inclusiones y redefiniciones, el criterio de significatividad de los registros, tanto como el análisis de estos, se guiaba por el resultado de la confrontación entre categorías y agendas explicativas, triangulando entre las explicaciones de la bibliografía académica, de los interlocutores, y las producidas por el investigador al participar del campo.

Reflexiones finales

En este capítulo nos propusimos avanzar en el debate sobre el análisis en etnografía a partir de la discusión concreta de nuestras investigaciones, interrogadas desde dos dimensiones a nuestro juicio centrales: la relación de los registros y las descripciones con las interpretaciones y las formas en que dejamos que las perspectivas “nativas” informen, orienten y se integren al análisis etnográfico. Abordamos discusiones comparativamente muy poco visitadas en la literatura sobre estos temas, si consideramos que es el trabajo de campo el que concentra los mayores esfuerzos de reflexividad metodológica. Entendemos entonces que esta propuesta, en línea con otras que la preceden, extiende el ejercicio de la reflexividad a decisiones y prácticas que solemos abandonar a una zona oscura, creídos de que podemos confiar, nuevamente, en lo que Malinowski llamaba “la magia del etnógrafo”. Como ha planteado Guber (2013), la reflexividad tiene que estar presente en todos los momentos del proceso de investigación y en sus articulaciones, en otras palabras, debe ser ubicua a él.

En los dos procesos de investigación, la preeminencia otorgada a la descripción hizo que esta se fuera ensamblando con los conceptos en una especie de espiral: en una primera vuelta las descripciones llamaban a otros conceptos (tal como indica Semán, 2014), y en una segunda vuelta de la espiral, los conceptos informaban a las descripciones, que ya se producían guiadas por lo que estos conceptos reclamaban problematizar. Incorporamos en este ensamble la interlocución con los actores, desde una reflexión sobre las simetrías en el análisis que, a nuestro criterio, nos permitió alejarnos tanto de la sobreinterpretación como del empirismo ingenuo. Este mecanismo de ensamblado exigió estrategias de textualización centradas en la descripción de escenas etnográficas y en el despliegue de las agendas explicativas de los actores como parte del argumento empírico, a fin de no desarrollar un discurso supra, sobre-interpretado, o carente de sus teorías, ingenuamente empirista. Asimismo-

mo, el mostrar el desarrollo de un proceso de digitalización en un caso y de profesionalización musical en el otro exigió estrategias narrativas e incluso la elaboración de una historia. Apuntamos aquí, para futuros trabajos, una pregunta acerca del vínculo entre las formas de practicar el análisis y las formas textuales. Es cierto que el problema de la etnografía como escritura ha sido ampliamente trabajado, especialmente a partir de la intervención posmoderna en la antropología. No menos cierto resulta que para los posmodernos la reflexividad es principalmente “textual”, por lo que la forma específica de abordar el texto, a partir de sus problemas de retórica, narración, convenciones y técnicas literarias, interroga secundariamente a este texto como mediador de una interpretación (Reynoso, 1991; Guber, 2014; Balbi, 2012).

En cuanto a las agendas explicativas, mostramos cómo tratar con interlocutores y no con “informantes” tiene otras implicancias sobre el modo en que entendemos la relación entre la situación que estudiamos y la construcción de los datos para analizar esa situación (Guber, 2013). La interacción con ellos debe incidir en la conformación de los marcos de interpretación de lo que hacen y de lo que interpretamos que hacen. No podemos afirmar la capacidad reflexiva de los actores para luego incorporar sus perspectivas a matrices de análisis que no la consideran. No basta con incorporar los conceptos nativos, desplegarlos, o con recuperar las preguntas que los actores se hacen: nuestro análisis debe seguir de alguna manera los suyos. Es así que en esta versión de la etnografía el analista pierde el privilegio de la interpretación. Esta posición no puede confundirse con la acusación superficial, basada en los privilegios disciplinares e intelectuales de que, al fin de cuentas, “la investigación la hacen los nativos”. Al tomar en serio la agendas de nuestros interlocutores no estamos negando las agendas académicas, ni mucho menos las autonomías relativas entre ellas. Pero si estamos afirmando que la investigación no resulta sólo del monólogo de un pretendido interlocutor en un diálogo de sordos, ni resulta de las explicaciones que hacen los actores, como tampoco de las que hace el investigador: resulta del proceso por el cual se establece el campo de interlocución y se triangulan posiciones (Briones, 2013) o se articulan como proceso etnográfico (Guber, 2013). La interlocución en la investigación etnográfica es la chispa que resulta de un choque de espadas...

La posición que guarda el monopolio de la reflexividad para el investigador suele recordar que lo relacional no emerge sin una problematización

teórica (por ejemplo, el enfoque sobre la dominación). De modo que reconoce y reclama una preeminencia de la explicación por sobre la descripción o la interrogación de los actores. Sin embargo, al momento de concretarse en investigaciones, estas posiciones suelen producir explicaciones que no incluyen a los actores o se dedican a “develar” algo que ellos captan y que los actores ignoran, y que comúnmente no es más que la confirmación de sus intereses o diversos centrismos (ver la ya clásica advertencia de Grignon y Passeron, 1991). Aquí, al incluir la reflexividad de los interlocutores al proceso de análisis, renunciamos a ese monopolio pero no a la problematización y las explicaciones que hacen emerger lo relacional o la desigualdad como dimensión en el análisis. La constatación del poder en la producción musical emergente no surgió del compromiso previo con una teoría que predica un abismo tan estructural como genérico entre producciones culturales dominantes y dominadas, sino de la manera en que los músicos aproximaban teorías sobre su marginalidad en la industria discográfica y la manera de contestarla, propiciaban rupturas y compromisos con los parámetros estéticos del *mainstream* y luchaban por obtener la legitimidad de sus nuevas figuras profesionales. Las desigualdades operantes en los vínculos individualizados con las tecnologías introducidas por una política pública de orientación universalista no emergieron de un golpe teórico inaugural por asumir a priori un enfoque en abstracto. Fueron los descentramientos sobre los modos de problematizar de la bibliografía, posibilitados a partir de incluir las diferencias que los interlocutores establecían al interior del grupo de pares, y sus modos de explicarlas, los que reclamaba una forma más ajustada de conceptualizar la heterogeneidad de esas experiencias juveniles. Y su vez, reclamaban enfocarla sin omitir –o ver como déficit– la conflictividad resultante del desfase entre los universos de comprensiones y prácticas propuesto por el accionar de la política, y los universos en que los actores inscribieron la apropiación de los recursos movilizados.

Entonces, ¿de qué resultan las problematizaciones que conducen al análisis? ¿De lo que puede interrogar críticamente un enfoque teórico a la empiria para hacer emerger de ella una explicación develadora? ¿De la restauración de la preeminencia de la reflexividad del investigador que se comienza por denegar? Por el contrario, las problematizaciones: ¿son solo el resultado de la autonomía relativa que guardan las agendas explicativas de la academia y los

interlocutores? Y si seguimos una perspectiva simétrica, ¿hasta dónde acompañar a los actores? ¿Cómo las diferentes teorías sociales habilitan o limitan este acompañamiento? Al entender la reflexividad como ejercicio ubicuo al proceso de investigación, estas preguntas pasan a tensionar cualquier tentativa de respuesta en abstracto o pretendidamente generalista. A lo largo de este capítulo sostuvimos que la reflexividad en el análisis no es un momento aislado de las condiciones de producción que generamos para él durante el devenir del proceso: desde los primeros registros y descripciones vamos trazando los caminos posibles como también conformando los criterios de validez en diálogo con las agenda académica y de los interlocutores. Por ello trabajar la reflexividad en el análisis es un trabajo de la mayor singularización posible del proceso de cada investigación etnográfica.

Bibliografía

- Balbi, F. (2012). La integración dinámica de las perspectivas nativas en la investigación etnográfica. *Intersecciones en Antropología*, 13(2), 485-499.
- Becker, H. (2008). *Los mundos del arte. Sociología del trabajo artístico*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Becker, H. (2009). *Trucos del oficio. Cómo conducir su investigación en ciencias sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Boix, O. (2010). Música, juventud y “profesión” en la zona metropolitana de Buenos Aires. Los músicos “independientes”. Plan de trabajo de doctorado. Mimeo.
- Boix, O. (2016). Música y profesión: organizaciones sociomusicales y trayectorias emergentes en la ciudad de La Plata (2009-2015). Tesis para optar por el grado de Doctora en Ciencias Sociales. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.
- Borges, A. (2011). Mujeres y sus casas: retrospectiva y perspectiva de un sendero en antropología y sociología. *Revista Estudios Sociológicos del Colegio de México*, 24(87), 981-1000.
- Briones, C. (2013). Conocimientos sociales, conocimientos académicos: Asimetrías, colaboraciones, autonomías. En *Working Paper Series* No. 39, Berlin: Research Network on Interdependent Inequalities in Latin America.

- Callon, M. (1986). *Éléments pour une sociologie de la traduction. La domestication des coquilles Saint-Jacques et des marins-pêcheurs dans la baie de Saint-Brieuc. L'Année sociologique*, 36, 169-208.
- Corti, B. (2007). Las redes del disco independiente: apuntes sobre producción, circulación y consumo. En: VV.AA., *Las Industrias Culturales en la Ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Observatorio de Industrias Culturales de la Ciudad de Buenos Aires, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.
- Ferraudi Curto, M. C. (2014). *Ni punteros ni piqueteros. Urbanización y política en una villa del conurbano*. Buenos Aires: Editorial Gorla.
- Garfinkel, H (2006) Las propiedades racionales de las actividades científicas y de sentido común. En H. Garfinkel. *Estudios en etnometodología*. Rubí (Barcelona): Anthropos Editorial; México: UNAM. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades; Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- García Canclini, N. (2012). De la carrera a los proyectos. En N. García Canclini, M. Urteaga Castro Pozo y F. Cruces (Coords.), *Jóvenes, culturas urbanas y redes digitales*. Madrid: Ariel y Fundación Telefónica.
- Grignon, C. y Passeron, J. C (1991). *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Guber, R. (2009). *El Salvaje Metropolitano: reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- Guber, R. (2013). *La articulación etnográfica Descubrimiento y trabajo de campo en la investigación de Esther Hermitte*. Buenos Aires: Biblos.
- Guber, R. (2014). Introducción. En R. Guber (Comp.), *Prácticas etnográficas. Ejercicios de reflexividad de antropólogas de campo*. Buenos Aires: Miño y Dávila-IDES.
- Hennion, A. (2002). *La pasión musical*. Barcelona: Paidós.
- Latour, B. (2007). *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor red*. Buenos Aires: Manantial.
- Mauss, M. (2006). *Manual de etnografía*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ochoa, A. M. (2003). *Músicas locales en tiempos de globalización*. Buenos Aires: Norma.

- Palmeiro, C. (2005). *La Industria Del Disco. Economía de las PyMEs de la Industria discográfica en la ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Investigaciones OIC, Secretaria de Cultura del Gobierno de la ciudad de Buenos Aires.
- Peirano, M. (2008). Etnografía, ou a teoria vivida. *Ponto Urbe* [Online], disponible online el día 06 Agosto 2014, consultado el 11 Junio de 2016. <http://pontourbe.revues.org/189>.
- Piscitelli, A. (2009). *Nativos digitales: dieta cognitiva, inteligencia colectiva y arquitecturas de la participación*. Buenos Aires: Santillana.
- Prensky, M. (2001). Digital Natives, Digital Immigrants. *On the Horizon*, 9(5).
- Quiña, G. (2012). Entre la libre creación y la industria cultural. La producción musical independiente en la Ciudad de Buenos Aires desde 1999 a la actualidad. Tesis de Doctorado. Doctorado en Ciencias Sociales. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Renoldi, B. (2014). El secreto, el informante y la información: indagaciones reflexivas sobre la etnografía y la investigación policial. En R. Guber (2014). *Prácticas etnográficas. Ejercicios de reflexividad de antropólogas de campo*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Reynoso, C. (1991). Presentación. En C. Reynoso (Comp.), *El surgimiento de la antropología posmoderna*. México: Gedisa.
- Ros, C. et al. (2014). *Inclusión digital y prácticas de enseñanza en el marco del Programa Conectar Igualdad para la formación docente del nivel secundario*. Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación.
- Semán, P. y Vila, P. (2008). La música y los jóvenes de los sectores populares: más allá de las ‘tribus’. *Revista Transcultural de Música*, 12.
- Semán, P. (2014). Destropicalizar, sin perder la ternura jamás. Prólogo a Blázquez, G. (2014). *Bailaló. Género, raza y erotismo en el cuarteto cordobés*. Buenos Aires: EPC-Gorla.
- Tironi, M. (2012). Para una sociología pragmática del gusto. Antoine Hennion en entrevista. En: J. Ossandon y L. Vodanovic (Eds.). *Disturbios Culturales*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Winocur, R. (2009). *Robinson Crusoe ya tiene celular: la conexión como espacio de control de la incertidumbre*. México: Siglo XXI Editores.
- Welschinger, N. (2016) “La llegada de las netbooks”. Una etnografía del proceso de incorporación de las nuevas tecnologías al escenario

escolar a partir del Programa Conectar Igualdad en La Plata (2011-2015). Tesis para optar por el grado de Doctor en Ciencias Sociales. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.

Yúdice, G. (2007). *Nuevas tecnologías, música y experiencia*. Barcelona: Gedisa.

Métodos mixtos y reflexividad: explorando posibles articulaciones

Javier Santos, Pilar Pi Puig y María Eugenia Rausky

Introducción

La investigación social basada en la utilización de perspectivas metodológicas combinadas supone un sinnúmero de desafíos. Los mismos devienen principalmente de la complejidad en la construcción y fundamentación de los objetos de conocimiento, de los conocimientos metodológicos necesarios para el diseño de la investigación y para la producción de los datos cuantitativos y cualitativos, de la complejidad específica que asume el análisis e integración de los datos producidos, o de la forma de validar y/o garantizar la calidad de los productos de investigación.

De todos estos desafíos, en este capítulo nos concentraremos con el último de ellos en particular, evaluando cómo y en qué medida la reflexividad, entendida como un recurso metodológico¹ que habilita a “pensar lo que se hace” (Hidalgo, 2006), que evalúa el papel del investigador en el proceso de producción de conocimiento y que niega la idea de que la investigación social pueda realizarse en un territorio aislado de la sociedad y de la biografía del investigador (Hammersley y Atkinson, 1994), puede abonar a la robustez de los estudios basados en abordajes mixtos.

En el campo de los saberes metodológicos mucho se ha discutido en

¹ Entendiendo a la metodología como la reflexión en torno al método, como el núcleo central de un continuo de análisis crítico entre el estudio de los postulados epistemológicos que hacen posible la investigación social y la elaboración de técnicas de investigación (Marradi, Archenti y Piovani, 2007).

torno a las posibilidades de articular métodos y técnicas. Pese a estos señalamientos, los abordajes mixtos han proliferado, sostenidos por argumentos de distinto tipo, pero principalmente asociados a que todo acto de investigación reúne un mix de cualidad y cantidad (Chiesi, 2002), que los métodos y fuentes de datos están menos ligados a paradigmas que lo que se supone (Bryman, 2004) o que la complejidad de los fenómenos sociales es tal que el uso de abordajes múltiples deviene indispensable.

Ahora bien, a pesar de que los debates en torno a las posibilidades y potencialidades de combinar métodos han sido extensos e intensos (Guba, 1990; Guba y Lincoln, 2005; Denzin, 1970; Tashakkori y Teddlie, 1998; Creswell, 2011),² la discusión centrada en el interrogante por la reflexividad no ha tenido una presencia significativa en ellos. En efecto, pese a que la reflexividad ocupa un lugar destacado en los debates metodológicos de los últimos años —mucho puede reconocerse en torno a su problematización asociada a las prácticas etnográficas y cualitativas—, es reciente su abordaje explícito como recurso para el desarrollo de métodos mixtos.

Teniendo en cuenta este cuadro de situación, en el presente capítulo nos interrogamos acerca de la posibilidad de incluir la pregunta por la reflexividad en investigaciones basadas en abordajes mixtos y aportar ideas en torno a sus usos e implicancias en este tipo de investigaciones. Para ello, nos proponemos anclar algunas de las características claves de los métodos mixtos para desde allí indagar acerca de la presencia, usos y condiciones de posibilidad de la reflexividad en la producción de conocimiento basada en métodos mixtos.

La exposición está organizada en tres apartados. En el primero se hace una breve presentación sobre los métodos mixtos y sus características. En el segundo, se aborda la noción de reflexividad, que, lejos de ser un concepto unívoco, está permeado por cargas teóricas, matices y significados muy diversos (Hidalgo, 2006, Guber, 2014) y se reconstruye la presencia y sentido que se le asignó en el campo de los métodos mixtos. Para ello, se analiza el caso del *Journal of Mixed Methods Research* (JMMR) por ser la primera publicación periódica internacional que se focaliza en la difusión de artículos empíricos, metodológicos y teóricos asociados con los métodos mixtos. Con

² Cabe señalar que los debates y la producción en torno a los métodos mixtos han sido prolíficos en Europa y Estados Unidos, no así en América Latina, en donde su abordaje es más reciente.

base en dicho análisis, y a partir de los indicios que allí surgen, se reconstruye la propuesta de Pierre Bourdieu en relación con la reflexividad, por considerarla solidaria con un tipo de diseño de investigación en el cual la utilización de métodos mixtos es estratégica. Por último, en el tercer apartado se avanza en la presentación del trazado de posibles puentes que pueden oficiar de articulaciones entre los estudios basado en métodos mixtos y las prácticas de investigación reflexivas.

Ciencias sociales y métodos mixtos

A pesar de que las discusiones y prácticas basadas en métodos mixtos han cobrado fuerte interés en los últimos años, su uso puede reconocerse con mucha anterioridad. Intentos sistemáticos por producir articulaciones metodológicas para el abordaje de los fenómenos sociales empíricos se hallan con anterioridad a siglo XX. En efecto, antes de que el positivismo lógico de los años treinta y cuarenta tuviera una notable influencia en la ciencia social, las técnicas cuantitativas y cualitativas eran utilizadas como recursos complementarios aunque sin un profundo control intelectual. Trataba de momentos incipientes del debate metodológico y de la reflexión sobre las formas de producción y reproducción de los mismos. Estudiosos del siglo XIX, como Le Play, Booth o Mayhew y, un poco más adelante, durante las primeras décadas del siglo XX, integrantes de la Escuela de Chicago, trabajaban con datos provenientes de ambos métodos en un sentido complementario (Santos, 2012).

Sin embargo, el desarrollo del método cuantitativo basado en la técnica de encuestas y el análisis estadístico –ayudado por la creciente influencia de la filosofía positivista– hizo que quienes lo utilizaban tendieran cada vez más a considerarla una tradición metodológica autosuficiente, deviniendo hegemónica durante una buena parte del siglo XX (Hammersley y Atkinson, 1994). De hecho, particularmente después de la segunda posguerra, las prácticas de investigación metodológicamente complementarias menguarían frente al fuerte avance de la Encuesta, coronada desde ahí como la forma legítima del hacer ciencia empírica en el contexto del denominado consenso ortodoxo de las ciencias sociales³. La crisis de ese consenso, a finales de la

³ Esta hegemonía, denominada consenso ortodoxo de las ciencias sociales (Giddens, 1979) estaba basada en la conformación de bases definicionales paradigmáticas (teoría, métodos, técnicas) asociadas a las perspectivas del Estructural Funcionalismo Parsoniano, el Método Hipó-

década de 1960, contribuyó, por un lado, a la reapreciación de la perspectiva cualitativa –actualizando, resignificando y reinterpretando las prácticas anteriores al consenso– y por otro, a la apertura de recuperación de las prácticas multimetódicas previas al mismo.

En este contexto, el término “triangulación” cobró un papel destacado como referencia y motor de una práctica de investigación definida como superadora. No se trataba de un término nuevo pero adquiriría un papel importante en los debates metodológicos y las prácticas y divulgación de investigación social.

El primer uso del término “triangulación” en el campo de la metodología de la investigación social parece haber sido el de Campbell y Fiske (1959, p. 101) en la discusión sobre la validación (convergente / divergente) de los instrumentos de medición. Más adelante la triangulación fue trabajada en Webb, Campbell, Schwartz y Sechrest (1966) –con la idea de *unobstrusive methods*– y se la introdujo en la discusión del método cualitativo a través de Denzin (1970)⁴.

Según Bryman (2004) tanto la idea como el término triangulación fueron rápidamente adoptados por los textos metodológicos, sobre todo, a partir de la tipología desarrollada por Denzin. Este último, además de extender la idea de triangulación hacia otras áreas –que exceden la discusión metodológica (se pueden triangular teorías, datos, investigadores)– focaliza su aporte en la triangulación de métodos. En este último caso configura dos tipos posibles: por un lado, la triangulación intra-metodológica, sustentada en la idea de combinar técnicas que provienen de un mismo método, y por otro lado, la triangulación inter-metodológica, desde la que se sugiere utilizar conjuntamente métodos y técnicas cuantitativas y cualitativas. Esta última, es el tipo de propuesta metodológica con la que se designa en la actualidad a la investigación multimétodo o basada en métodos mixtos.

tético Deductivo Popperiano y la investigación por encuesta, principalmente desde el uso de la teoría de la probabilidad a la selección de muestras.

⁴ En estos desarrollos iniciales estaban asociados a las prácticas de medición en las ciencias sociales y de la conducta y bajo la concepción de que, si una proposición podía ser confirmada por dos o más mediciones independientes, la ambigüedad sobre su interpretación se podría reducir significativamente a través de la triangulación en el proceso de medición (Cohen y Piovani, 2008).

Desde entonces, el término triangulación ha tenido un uso extendido que, a pesar de haber sido originalmente desarrollado por investigadores cuantitativos, se ha convertido en uno de los pocos términos técnicos empleados por los investigadores cualitativos y, asimismo, en un aspecto clave de los debates sobre la investigación con métodos mixtos. Si bien a menudo se lo trata como si su sentido fuera claro y su valor universalmente aceptado, existen interpretaciones divergentes y su valor como medio para responder a las preguntas fundamentales ha sido cuestionado desde diferentes visiones y disciplinas (Blaikie, 1991; Massey, 1999).

Sin embargo, es recién en los años ochenta que la idea en torno a articular, complementar y/o triangular métodos y técnicas vuelve a ocupar un lugar en la agenda de la investigación social (Valles, 1997). Y esto ocurrió debido a la pérdida de peso relativo del argumento epistemológico en el debate metodológico. Durante la década de 1980 la controversia epistemológica empezó a perder fuerza y comenzó a pensarse que la cuestión entre lo cualitativo y cuantitativo no se resolvía en el plano de las discusiones filosóficas sobre la realidad sino en el plano de la racionalidad entre el problema cognitivo, el diseño de investigación apropiado y los instrumentos técnicos más adecuados para resolverlos. Bajo esta lógica, los métodos cualitativos y cuantitativos serían vistos como medios apropiados para alcanzar diferentes objetivos cognitivos (problemas de diferente índole) y la tarea del investigador sería no apegarse acriticamente a un modelo sino tomar las decisiones técnicas más pertinentes en función del problema de investigación. Por lo tanto, luego de la guerra de los paradigmas con auge en los años ochenta, los noventa dieron lugar a una posición más pragmática que permitió a los métodos mixtos obtener un status igualitario con las escuelas positivistas e interpretativistas, habilitando el uso de métodos cuantitativos y cualitativos bajo un argumento técnico (Tashakkori y Teddlie, 1998; Moon y Moon, 2004).

En efecto, el avance de la integración metodológica debe ser pensado como parte del proceso de superación de las concepciones de enfrentamiento paradigmático / metodocentradas hacia otra de pluralismo pragmático, en donde las estrategias de combinación aparecen como su fundamento operativo (Pawson, 1994). Esto es un claro reflejo del avance del argumento técnico, por sobre el epistemológico, en el discurso sobre la distinción cualitativo/cuantitativo a nivel

metodológico⁵. Se trata de un momento clave –del cual los métodos mixtos son un referente– que procura la superación de la relación cuantitativo/cualitativo centrándose en lo relacional y procurando que la discusión se desplace hacia la mejor articulación entre estrategias que puedan dar cuenta de la conexión entre mecanismos, contextos y agentes (Piovani, Rausky y Santos, 2011).

En este contexto, comienzan a producirse y circular algunos artículos y libros con el objetivo de problematizar y/o promover el desarrollo de articulación metodológica. Un trabajo clave y pionero es el de Bryman: *Quantity & Quality in social research*, editado en 1988, en el que dedica un capítulo a la combinación de métodos cuantitativos y cualitativos (Olsen, 2004). Otro hito –aunque mucho más cercano en el tiempo– es el *Handbook of Mixed Methods in Social & Behavioral Research*, coordinado por Tashakkori y Teddlie que aparece en su primera edición en 2003, editado por SAGE y motivado por la necesidad de legitimar el campo de los métodos mixtos en tanto alternativa a los métodos cualitativos y cuantitativos y de organizar/sistematizar más el campo. Siete años después, se publica una segunda edición del *Handbook* con motivo de hacer una crónica de los avances conseguidos en los años transcurridos y poder presentar una especie de foto instantánea del campo de los métodos mixtos al comienzo de la década del 2010 (Teddlie y Tashakkori, 2010).

Estos trabajos dan el puntapié para cristalizar y extender la idea de que la investigación con métodos mixtos implica la combinación de aproximaciones cuantitativas y cualitativas dentro de un mismo estudio (Bazeley, 2003; Creswell, Shope, Clark & Green, 2006; Johnson y Onwuegbuzie, 2004; Teddlie y Tashakkori, 2010; Yin, 2006) y asume por tanto una posición legitimadora del pluralismo metodológico, así como también la suscripción a una aproximación iterativa, cíclica de la investigación, que incluye una lógica deductiva e inductiva en el mismo estudio, pasando por resultados observacionales, inferencias generales e hipótesis (Teddlie y Tashakkori, 2010).

⁵ El argumento epistemológico parte de la idea kuhniana de paradigma y se apoya en la constatación empírica de la existencia de paradigmas rivales en el seno de las ciencias sociales, que remiten a formas distintas de concebir la sociedad y de conocerla. Según esta postura, la adscripción a un paradigma implica también una elección metodológica. El argumento técnico, por su parte, sostiene que los métodos cuantitativos y cualitativos “son apropiados para distinto tipo de problemas de investigación, e implican que el tema en consideración determina (o debería determinar) el estilo de estudio a emplear” (Bryman, 2004).

Fundadas sus bases, las investigaciones con métodos mixtos han tendido a expandirse y a lograr un mayor avance de la reflexión metodológica (Bryman, 2007). Una muestra de ello es la recuperación de la experiencia del campo y su sistematización en tipologías de diseños mixtos⁶. Estos aportes tipológicos han contribuido a la cristalización de experiencias reflexivas sobre las propias prácticas de investigación, así como también han oficiado de guías de referencia clave para los investigadores del campo social (Teddle y Tashakkori, 2006).

Si bien las producciones tipológicas son múltiples, principalmente por las características complejas y heterogéneas de los distintos diseños, es importante marcar el papel que algunos criterios clasificatorios han tenido como ordenadores originarios. Así, el tipo de integración metodológica propuesta –completa o parcial–, el número de fases –una o múltiples– y el tipo de implementación –secuencial o concurrente– han abierto el camino para el reconocimiento y caracterización de un conjunto amplio de diseños que sirven como referencia para el avance del campo.

Por último, cabe hacer mención a una cuestión: todos los desarrollos en este campo anteriormente consignados no han dejado a un lado cierto clima de confrontación en lo relativo a las posibilidades que la articulación/combinación de métodos contiene. Si bien no es objeto de este capítulo explorar tales discusiones, es posible pensar que los avances en este campo forman parte de una respuesta –en varias direcciones– a tales críticas.⁷

Una de esas direcciones ha sido la que opera en una diferenciación semántica de la noción de triangulación a la de métodos mixtos. Aunque la triangulación podría ser un término útil para pensar los procesos de reflexividad en la investigación en ciencias sociales, en nuestro trabajo optamos por abordar la segunda por dos razones. Por un lado, porque como sostiene Hammersley (2008), el término triangulación se encuentra afectado a múltiples sentidos y su aplicación no es homóloga al uso mixto de métodos cuantitati-

⁶ Véase Bazeley (2003); Greene (2006); Leech & Onwuegbuzie (2009); Morse (2003, 2010); Tashakkori y Teddlie (1998) y Teddlie & Tashakkori (2006, 2010).

⁷ Por ejemplo, Massey (1999) ha sido enfático al afirmar que las bases ontológicas y epistemológicas de la triangulación son erróneas, provocando que quienes se valen de tales procedimientos arriben a afirmaciones inexactas. El autor lista un conjunto de “errores lógicos” a los que sucumben quienes creen que triangular métodos es posible.

vos y cualitativos. Particularmente, el sentido original de triangulación –en el marco de la literatura metodológica de ciencias sociales– está fuertemente asociada con el proceso de validación de una interpretación –o inferencia descriptiva– basada en una fuente de información a través de su confrontación con otra fuente de datos diferente. Esta concepción, muy extendida, no necesariamente implica el uso de diferentes métodos de producción de información, sino de fuentes en el marco del desarrollo de un mismo método (sin necesidad de articulación inter-metodológica). Así, una razón obvia para abordar los métodos mixtos es que triangulación es una referencia que puede implicar el uso de diferentes fuentes de datos cualitativos, o cuantitativos, y no necesariamente plantearse el cruce entre ambos abordajes.

Por otro lado, la noción misma de métodos mixtos también busca subrayar la importancia de un tipo de investigación que procura socavar la tendencia a asumir que hay fronteras impermeables entre lo cuantitativo y lo cualitativo buscando generar puentes onto / epistémico / metodológicos. Sin embargo, una preocupación fundamental que persiste, además de las discusiones acerca de las condiciones de posibilidad de aplicar métodos mixtos, es que la noción misma de métodos mixtos preserva la división cuantitativo- cualitativo, incluso y pese a que en su misión se busca avanzar en tender puentes sobre ella.

La cuestión de la reflexividad

Ciencias sociales y reflexividad

La pregunta por la reflexividad en las ciencias sociales, y en especial por la reflexividad metodológica, ha ganado terreno desde hace al menos 40 años. Se trata de un tema central, extendido, pero que no ha logrado amplios consensos definicionales y por tanto tampoco tipológicos. Sus múltiples apelaciones no son unívocas y constituyen un espacio polisémico en disputa. Esto se observa con claridad en el hecho de que, para algunas teorías sociales, la reflexividad se encuentra asociada a una capacidad humana esencial, mientras que para otras es una propiedad sistémica e incluso, en otras, se trata de un acto crítico o autocrítico (Lynch, 2000). Ahora bien, sin adentrarnos en los múltiples sentidos asignados a la noción, o las dimensiones que puede abarcar, hay algo en común en varios de los referentes del campo que la tematizan y que, de manera muy simplificada, podría resumirse como la necesidad de problematizar el lugar del investigador en el proceso de producción del cono-

cimiento en investigaciones cualitativas (Denzin y Lincoln, 2005). Por ejemplo, este vínculo entre investigaciones cualitativas y reflexividad se reafirma al observar cómo se define la noción en la edición de *The Sage Encyclopedia of Qualitative Research Methods* (2008): “la reflexividad puede ser descrita de manera general como un compromiso por parte de los investigadores cualitativos, en la continua examinación y explicación sobre cómo ellos han influenciado en el proceso de investigación”.⁸

Adicionalmente, la reflexividad, es referenciada muy frecuentemente como una virtud metodológica y la fuente de una visión superior o conciencia, pero es una referencia que difícilmente establezca con claridad sobre qué bases se reivindica. Cada una de las reflexividades implica algún tipo de giro recursivo y son funcionales con las divisiones entre escuelas, programas y perspectivas de la filosofía y las ciencias humanas (Lynch, 2000).

Ahora bien, ¿cuándo y cómo surge la necesidad de incluir esta premisa en las prácticas de investigación? Claramente la posibilidad de abrir paso a semejante interrogación se vio posibilitada por el alejamiento que la etnografía hizo de las tradiciones inscritas en el naturalismo, al reconocer que el investigador forma parte del mundo que estudia y que, por ende, su lugar en el proceso de producción de conocimiento debe ser problematizado. Como sugieren Hammersley y Atkinson (1994) tanto el positivismo –asociado al método cuantitativo– como el naturalismo –ligado a la etnografía–, a pesar de sus diferencias, tienen varios aspectos en común, tal es el caso del compromiso de ambos con la idea de que los fenómenos sociales existen con independencia de quien los investiga y de que es posible alcanzar un conocimiento objetivo eliminando los efectos del investigador sobre los datos. El positivismo creyó esto posible estandarizando los procedimientos de investigación, mientras que el naturalismo lo alimentó a través de la creencia en que la experiencia directa y la participación total del investigador en campo tornarían posible la recepción neutral de las experiencias culturales que estudia. Ambas miradas en torno al proceso de investigación “desatienden su reflexividad fundamental: el hecho de que formamos parte del mundo social que estudia-

⁸ Existen numerosos intentos por trazar mapas de la reflexividad. Por ejemplo, la *Encyclopedia of Reflexivity and Knowledge* de Ashmore, publicada en 1989 es un buen ejemplo de ello. En el caso de Argentina, los trabajos de Hidalgo (2006) y Guber (2014) hacen un intento en esa dirección.

mos y que dependemos del conocimiento basado en el sentido común y en los métodos de investigación” (Hammersley y Atkinson, 1994, p. 36).

Si por su naturaleza, los métodos mixtos combinan aproximaciones cuantitativas y cualitativas ¿cómo no pensar la pregunta por la reflexividad en el campo de los métodos mixtos? Un primer indicio lo esbozan Hammersley y Atkinson (1994) al subrayar la necesidad de llevar adelante esta tarea no solo en el espacio de las investigaciones etnográficas sino también en el campo de los abordajes cuantitativos de investigación. En palabras de los autores:

(...) no cabe duda de que la reflexividad es un mecanismo significativo dentro de la investigación social. De hecho, en un sentido todas las investigaciones sociales toman la forma de una observación participante: esto implica la participación en el mundo social, en el papel que sea, y verse reflejada en los productos de esa participación (...). No existe una manera en la que podamos escapar del mundo social con la intención de estudiarlo (...) (1994, pp. 31-32).

Y esto es así para todos los investigadores sociales, independientemente de las perspectivas metodológicas que empleen. Por eso “redefinir la investigación social en términos de su reflexividad también ilumina la relación entre aproximaciones cuantitativas y cualitativas” (1994, p. 36).

Reflexividad y métodos mixtos: el caso del *Journal of Mixed Methods Research* (JMMR).

El objetivo de este apartado es reconstruir los diálogos que se han entablado en torno a los abordajes basados en métodos mixtos y la reflexividad. Para observar dicha cuestión de la manera más exhaustiva posible, en un campo que se reconoce como joven, elegimos analizar lo producido en el ámbito del JMMR. En la medida en que la comunicación en revistas científicas especializadas es un indicador de legitimación del campo y en tanto este se ha transformado en el espacio autorizado y ponderado para la circulación de conocimiento científico, la selección de esta revista se justifica principalmente por ser el órgano más importante de difusión del campo de los métodos mixtos.

El JMMR es la primera publicación periódica internacional que se focaliza en la difusión de artículos empíricos, metodológicos y teóricos asociados

con los métodos mixtos.⁹ Nació en enero de 2007 y edita, desde entonces, 4 números al año. Aunque es una publicación relativamente reciente, ha alcanzado un alto reconocimiento en el campo de las ciencias sociales, ocupando la séptima posición –de 95– en el ranking de revistas de Ciencias Sociales Interdisciplinarias, con un factor de impacto de 2,18. Asimismo está indexado en SCOPUS y en el *Social Sciences Citation Index*, entre otros.

Esta revista tiene como propósito manifiesto officiar de puente entre los académicos, a fin de promover el debate de las cuestiones de relevancia en la investigación con métodos mixtos, para así aportar una referencia que ilumine las cuestiones de diseño y procedimiento en el desarrollo de la investigación con combinación inter metodológica (Creswell y Tashakkori, 2007).

A pesar de que la reflexividad ocupa un lugar destacado en los debates metodológicos de los últimos años, puede decirse que es reciente su abordaje como recurso y guía para el desarrollo de investigaciones basadas en métodos mixtos. Atendiendo a todo lo publicado en el JMMR, puede observarse una escasa presencia del término reflexividad –lo que puede llevar a pensar en una incipiente preocupación por ella– y menos aún de su apelación como dispositivo asociado a los métodos mixtos.

Para profundizar acerca de esta cuestión, consideramos oportuno abordar la articulación entre métodos mixtos y reflexividad tomando como corpus analítico a todos los artículos (incluidas las editoriales y las reseñas) del JMMR, de modo que se pueda reconocer la importancia relativa del tema de la reflexividad en las producciones del campo, describir sus apariciones, explicitar y analizar los sentidos que le han sido asignados.

El primer acercamiento al corpus mostró pocos términos, y con baja frecuencia relativa de aparición, relacionados a la noción de reflexividad. De hecho, dos fueron los términos más frecuentes y cercanos semánticamente: reflexivo (*reflexive*) y reflexividad (*reflexivity*). En el total de los 235 artículos explorados, solo en 28 tuvieron aparición los términos antes mencionados. Reflexivo, acumuló 151 apariciones en un total de 28 artículos. Y el térmi-

⁹ Como señala Creswell (2011) este *Journal* y el *International Journal of Multiple Research Approaches* creado el mismo año son hasta ahora los únicos específicos abocados a los métodos mixtos. Otras revistas metodológicas que suelen contener publicaciones sobre métodos mixtos son: *Quality & Quantity*; *Field Methods* y el *International Journal of Social Research Methodology* –que incluye un volumen dedicado a los métodos mixtos–.

no reflexividad, por su parte, tuvo una frecuencia de 82 menciones en solo 9 artículos. Dos de esos nueve artículos, detentan el 80,5% del total de las menciones y solo uno el 64,6% de las mismas.

El contenido semántico del término reflexividad en los 9 artículos no fue unívoco, aunque pudieron encontrarse particularidades que, *grosso modo*, pueden caracterizarse en dos tipos de apelaciones:

- Las que asocian la reflexividad al contexto de las investigaciones con abordaje cualitativo y ligado a un acto crítico para la problematización del lugar del investigador, cuestionando los supuestos sobre las que se apoya la construcción del conocimiento en investigaciones de este tipo.

- Las que vinculan la reflexividad con las investigaciones basadas en métodos mixtos. Sin embargo, cabe hacer una diferenciación en ellas: mientras que algunas lo plantean sin hacer profundizaciones ni aportes específicos, otras toman como desafío contribuir a la interrelación entre los métodos mixtos y la reflexividad con énfasis en una dimensión teórica y/o metódico-técnica.

Estas pocas referencias a la reflexividad, e incluso el acotado o superficial modo de abordarla, aportan rápidamente algunos indicios sobre la forma en que se la ha tematizado en el campo de los métodos mixtos, más bien ligada a aspectos técnicos y alejada de una práctica de la que se vale el investigador a fin de mejorar sus investigaciones.

En el primer grupo se encontraron 3 artículos. Todos ellos refieren a la reflexividad en el sentido más extendido de revisión crítica sobre el papel del investigador en el proceso de producción de conocimiento, asociado a la perspectiva cualitativa: por ejemplo, Shammas (2017) sostiene que la reflexividad es un volverse sobre sí mismo y un proceso de auto referencia crítica sobre los supuestos, valores y compromisos normativos subyacentes del investigador, en un sentido amplio (personal e institucional), en el que se lleva a cabo la investigación; Biddle y Schafft (2014) lo definen como un ejercicio de reconocimiento crítico centrado en la relación entre el investigador y el investigado, identificando los valores y los supuestos que sustentan la investigación, y analizando su papel en la conformación de las prioridades de investigación y opciones metodológicas; por último, Balomenou y Garrod (2016) encuadran la idea de reflexividad en un mismo sentido.

En el segundo grupo se encontraron 6 artículos. Por un lado, se hallaron 3 trabajos que apelaron a la reflexividad en relación con los métodos mixtos

que, si bien marcan un corrimiento del sentido asignado en el primer grupo, no se propusieron como meta profundizar o aportar en particular, sino más bien remarcar la necesidad / potencialidad que el uso de la reflexividad tendría en las prácticas de investigación y en la resolución de algunos aspectos asociados a ellas. Jones (2016), quien aborda el tema de la subjetividad en la toma de decisiones sobre indicadores o mediciones cuantitativas en investigaciones con métodos mixtos, sugiere que la reflexividad podría ayudar a identificar puntos de similitud entre las técnicas analíticas cuantitativas y cualitativas. Por su parte, Feilzer (2010), en su apuesta por la realización de investigaciones mixtas desde una perspectiva pragmática, plantea que el análisis y la interpretación de datos mixtos requerirían del uso de la reflexividad para el logro de una mayor robustez. En la misma línea, Archibald (2016) refiere a la reflexividad como recurso para abordar la triangulación de investigadores, recuperando sus múltiples perspectivas y reconociendo los temas en tensión. En síntesis, cada uno de estos autores apela a la reflexividad asociada a los métodos mixtos como un recurso potencialmente útil en etapas diferentes de la investigación: uno, más centrado en la construcción de los datos, otro en la instancia del análisis, y otro con relación a la articulación teórica en contextos interdisciplinarios. Sin embargo, pese a estas referencias explícitas, estos trabajos, antes que aportar respuestas específicas a las posibles articulaciones, vienen a ratificar la necesidad de generar esos puentes donde la reflexividad podría tener un papel importante.

Dentro del segundo grupo, otros 3 artículos recuperan el término de reflexividad pero, a diferencia de los anteriores, buscan tomarla como eje del relato. Dos de estos artículos: “A methodological self-study of quantizing: negotiating meaning and revealing multiplicity” (Seltzer-Kelly, Westwood y Peña Guzmán, 2012) y “Reflexive methodological pluralism: the case of environmental valuation” (Popa y Guillermin, 2017) aportan referencias metodológicas y técnicas sobre cómo pensar la reflexividad devenidas de sus propias experiencias de investigación empírica con uso de métodos mixtos. El otro, “Bourdieu’s reflexive sociology as a theoretical basis for mixed methods research” (Fries, 2009) se sitúa más bien en un plano teórico.

Seltzer-Kelly, Westwood y Peña Guzmán (2012) sostienen que la reflexividad en métodos mixtos no puede ceñirse a una forma de meta análisis

en torno a la relación del investigador-investigado en el proceso de investigación (de corte cualitativo), sino que debe ser un aspecto crítico siempre presente en todas las instancias y prácticas de investigación con este tipo de abordaje metodológico complejo. Los autores aportan, desde esa visión, los aprendizajes de su experiencia de cuantitativización de datos cualitativos en procesos de codificación, pasando de una perspectiva de confiabilidad entre codificadores a una perspectiva más dialógica. En este marco, demuestran que la reflexividad se asocia al esfuerzo por examinar el proceso analítico, y que tal esfuerzo no se circunscribe a la instancia de análisis de datos cualitativos, sino al proceso de articulación cuali-cuantitativa del dato, que minuciosamente deconstruyen en el texto.

Popa y Guillermin (2017) se interesan por ver el contexto teórico y normativo en el cual las metodologías pluralistas son diseñadas y aplicadas, lo que trae a un primer plano la cuestión de la reflexividad. Argumentan que, para avanzar hacia un pluralismo metodológico más reflexivo, se necesita una discusión explícita sobre los fundamentos ontológicos, epistemológicos, metodológicos e ideológicos de diferentes campos disciplinarios comprometidos con la investigación colaborativa. Por lo tanto, el desafío que encuentran los autores es identificar formas de combinar métodos a través de campos disciplinares y tipos de *expertise* que faciliten la construcción del conocimiento. En este sentido, exploran el tipo de contribuciones que la reflexividad puede hacer a las investigaciones multimétodo, concentrándose en dos aspectos de la reflexividad: la reflexividad crítica y la reflexividad transformativa. La primera se refiere a un proceso de reflexión, individual o colectiva, en el marco de comunidades disciplinares, basadas en expertos, sobre las suposiciones, valores y compromisos normativos subyacentes a la investigación y al contexto político, social e institucional en el que la investigación tiene lugar. A su vez, la dimensión crítica de la reflexividad puede ser complementada útilmente con procesos de participación y experimentación social en comunidades transdisciplinares que permitan la convergencia sobre entendimientos y valores y la cogeneración reflexiva de normas, contribuyendo al cambio social.

Estas dos dimensiones –crítica y transformativa– informan y se refuerzan una a la otra como parte de un proceso de aprendizaje de ida y vuelta, donde los métodos y los objetivos de indagación son modificados y rede-

finidos sobre la base de nuevos datos y conocimiento mejorado. En este sentido, se afirma que la deliberación, el aprendizaje social, y la conciencia crítica de las suposiciones, valores, y el contexto social pueden contribuir a la robustez y legitimidad del conocimiento, en iniciativas concretas de investigaciones multimétodo.

El trabajo de Fries (2009) tiene como objetivo demostrar cómo la sociología reflexiva de Bourdieu puede proveer las bases teóricas para las investigaciones basadas en métodos mixtos. Para dar cuenta de ello, el autor se vale de un estudio de caso que ha conducido en el campo de la salud, más específicamente de la medicina alternativa. En dicha investigación se pregunta por la interrelación entre condiciones sociales objetivas (clase, género, etnia, educación) y decisiones subjetivas en torno al uso de la medicina alternativa, cuestión que lo lleva a explorar el interjuego agencia-estructura desde la perspectiva bourdiana. Sin ahondar en una descripción detallada del desarrollo del texto, lo interesante es que el esfuerzo del autor se dirige a mostrar cómo determinados fenómenos sociales no pueden más que explorarse relacionamente, es decir, en su dimensión objetiva y subjetiva, y que para hacerlo se requiere del uso combinado de métodos cuantitativos y cualitativos. De esta forma, Fries equipara la noción de reflexividad al programa teórico de Bourdieu: la sociología reflexiva.

En su trabajo se destaca una preocupación por la reflexividad que apela a los métodos mixtos en su fundamento teórico / onto / epistemológico y en otros más asociados a prácticas metódico-técnicas. La pregunta onto-epistemológica es una pregunta central y de vigencia actual en torno a las condiciones de posibilidad de los MM. Y en este sentido, entendemos que avanzar en esa dimensión es importante para poder destacar una mirada sobre la reflexividad en este campo. En concordancia con Fries (2009), sostenemos que la sociología reflexiva bourdiana puede operar como un potente basamento teórico para los diseños de investigación con métodos mixtos, y puede ser un recurso útil para pensar las estrategias metódico-técnicas fuera de ella.

Por tanto, en lo que sigue, recuperamos sintéticamente un conjunto de aspectos del programa bourdiano como medio para pensar puentes que permitan posicionar la pregunta por la reflexividad en el campo de los métodos mixtos, tanto en su dimensión teórica como metódico-técnica.

Bourdieu y la sociología reflexiva

No es difícil advertir que a lo largo de su obra, el sociólogo francés Pierre Bourdieu se esfuerza por tematizar la cuestión de la reflexividad. De hecho, Wacquant al describir el pensamiento del autor advierte que:

(...) si hay alguna característica que hace sobresalir a Bourdieu en el paisaje de la teoría social contemporánea es su obsesión por la reflexividad. Desde sus tempranas investigaciones (...) ha tornado sistemáticamente hacia sí mismo los instrumentos de su ciencia (...). Sus análisis de los intelectuales y de la mirada objetivadora de la sociología, en particular, así como su disección del lenguaje como instrumento y arena del poder social, implican muy directamente, y a su vez descansan sobre, un autoanálisis del sociólogo como productor cultural y una reflexión sobre las condiciones sociohistóricas de posibilidad de una ciencia de la sociedad (2008, p. 64).

“Sociología reflexiva”, “reflexividad”, “vigilancia epistemológica”, “autoanálisis del sociólogo”, “autosocioanálisis” “sociología de la sociología” y “objetivación participante” son términos que recurrentemente se encuentran en la obra de Bourdieu y que brindan las pistas para comenzar a delinear la interrelación entre métodos mixtos y reflexividad.

En concordancia con Fries (2009), creemos que la sociología reflexiva puede operar como un potente basamento teórico para los diseños de investigación con métodos mixtos, empezando por su intento de captar el interjuego sujeto-estructura. En el diagnóstico que Bourdieu traza sobre las ciencias sociales, uno de los aspectos que destaca como problemático es la presencia de falsas antinomias: sujeto vs. estructura, teoría vs. metodología, individualismo vs. holismo, las que no resultan más que un engaño y obstáculo para el correcto desarrollo de la ciencia social (Bourdieu y Wacquant, 2005).

De hecho, en lo que respecta a la primera de las antinomias mencionadas, el corazón de su propuesta teórica se va a edificar con la convicción de que lo social tiene una doble existencia, tanto en las cosas como en los cuerpos (Bourdieu y Wacquant, 2005). A esta aproximación reflexiva la denomina “sociología genética” o “constructivismo estructuralista”.¹⁰

¹⁰ En una de sus publicaciones teóricas más sustantivas *El sentido práctico*, destina los

Objetivismo y subjetivismo aparecen en las ciencias sociales como abordajes que pueden conjugar dos niveles de análisis. Uno, en el ámbito de la teoría sociológica, que opone universos conceptuales para entender lo social, que remiten a dos puntos de partida distintos: preeminencia del mundo objetivo o preeminencia de los sujetos. Otro, en el ámbito de la epistemología sociológica que, al enfrentarse a la construcción del objeto, prioriza un punto de vista externo o un punto de vista interno. De este modo, el reto para los sociólogos que quieran evitar tomar uno u otro camino es doble. En la dimensión teórica deben mejorar el modo en que dan cuenta de las relaciones entre lo objetivo y lo subjetivo. En la dimensión epistemológica, establecer puentes entre el punto de vista externo y las formas en que los actores experimentan sus acciones. Esta segunda dimensión requiere de la puesta en práctica de una reflexividad sociológica, ya que en el proceso de construcción del objeto el sociólogo debe integrar una reflexión sobre su propia relación con el objeto (Corcuff, 2013).

El programa relacional de Bourdieu busca entonces dar respuesta a ambos retos articulados en la propuesta de una sociología reflexiva que llama a “retornar a la práctica, ámbito de la dialéctica del *opus operatum* y del *modus operandi*, de los productos objetivados y de los productos incorporados de la práctica histórica, de las estructuras y de los *habitus* (Bourdieu, 2007, pp. 85-86). Los ya conocidos conceptos de campo, capital y *habitus* le permitirán construir una estrategia teórica superadora –parafraseando a Bourdieu– de la oposición más ruinosa que divide artificialmente a la ciencia social: aquella que opone el objetivismo al subjetivismo.

Reconociendo que en el espacio social hay tanto factores estructurales objetivos (clase social, género, etnia, etc.) como subjetivos (conductas, sen-

dos primeros capítulos a discutir con las posiciones teóricas que encarnan el objetivismo y el subjetivismo. Sintéticamente plantea que quienes adhieren al primero adoptan “un punto de vista del espectador imparcial que, aferrado a comprender por comprender, se ve llevado a poner esta intención hermenéutica en el principio de la práctica de los agentes, a hacer como si ellos se plantearan las preguntas que él se plantea a propósito de ellos” (Bourdieu, 2007, p. 53). Por su parte, las vertientes subjetivistas –encarnadas en la antropología sartreana, la fenomenología y las teorías de la elección racional– son incapaces de dar cuenta de la necesidad del mundo social. En definitiva, en el análisis de lo social el objetivismo no hace más que afirmar la preminencia de lo objetivo, y consecuentemente de un punto de vista externo, mientras que el subjetivismo vuelca la mirada sobre lo subjetivo y el punto de vista interno.

timientos, representaciones), y entendiendo que los mismos se corresponden entre sí, para su estudio se requieren entonces aproximaciones metodológicas plurales y articuladas.

Según Baranger (2012), muy tempranamente Bourdieu planteaba la necesidad de trabajar complementariamente con datos cuantitativos y cualitativos. Ya en *Trabajo y trabajadores en Argelia* reivindica el uso de la estadística en tanto forma de superar la dualidad entre formación científica y humanística, pero desde una posición que lo aleja del positivismo.¹¹ Allí argumenta que ni la estadística es la medida de todo, ni hay que prohibirse conocer las cosas que no pueden ser mensuradas. Cualquier aproximación unilateral al dato resultará insatisfactoria: “las regularidades estadísticas tienen un valor sociológico solamente en el caso de que puedan ser comprendidas. E inversamente las relaciones subjetivamente comprensibles solo constituyen modelos sociológicos de los procesos reales si se las puede observar con un grado de confianza significativo” (Baranger, 2012, p. 97). Sumamente crítico del análisis estadístico estándar que aísla variables y que en definitiva no explica nada, propone el análisis de correspondencias múltiple que va a parecer:

(...) como una solución milagrosa, ya que cada indicador, cada modalidad de cada variable podrá ubicarse en el espacio de las propiedades en una posición de alejamiento-acercamiento diferencial respecto a los otros. En suma, esta determinación contextual del valor de cada indicador es lo que torna indispensable un análisis previo de la significación social de los indicadores para que los resultados de una encuesta puedan ser objeto de una lectura propiamente sociológica (Baranger, 2012, p. 115).

La sociología reflexiva de Bourdieu demanda la construcción de objetos de investigación que puedan ser conocidos científicamente desde una epistemología que reconozca tanto el punto de vista interno como externo, y desde abordajes metodológicos que lo garanticen, tal es el caso de las aproximaciones cuantitativas y cualitativas. Al hacer un trabajo de investigación articulado, el investigador no hace más que reconocer que las diferentes técnicas,

¹¹ En el libro *El Oficio del sociólogo* (2008) escrito junto a J.-C. Chamboredon y J.-C. Passeron se extienden sobre las críticas al positivismo.

a su manera y con sus límites y posibilidades, pueden contribuir al conocimiento del objeto, pero para esto se requiere una reflexión metódica sobre las condiciones y límites de su validez, que va a depender de la adecuación al objeto de estudio (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 2008). Todo conocimiento sociológico necesita someter a la interrogación epistemológica a todas las operaciones que realice, y esto no es patrimonio exclusivo de la etnografía, sino que la estadística también lo requiere. Siguiendo la propuesta de Simiand, entienden que a la estadística “no hay que exigirle ni hacerle decir más de lo que dice, por eso hay que preguntarse en cada caso lo que dice y puede decir, en qué límites y bajo qué condiciones” (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 2008, p. 67).

Sin embargo, la propuesta de Bourdieu no se agota aquí. La sociología reflexiva requiere de la reflexividad como requisito y forma del trabajo sociológico, es decir, como un programa epistemológico de acción para la ciencia social (Wacquant, 2008). Para superar la antinomia aparente de los dos modos de conocimiento, se requiere subordinar la práctica científica a un conocimiento del sujeto de conocimiento (Bourdieu, 2007). Aunque Bourdieu no es el primero en tematizar la noción de reflexividad, sí hay que reconocer como distintiva la posición que erige sobre ella, ya que a diferencia de lo que ha sucedido con Garfinkel, Marcus Fisher, Rosaldo o Geertz, entre tantos otros, la construye como una teoría de la práctica intelectual.

Bourdieu reconoce que la puesta en cuestión y el descubrimiento de los elementos personales que intervienen en una investigación –sentido que varios antropólogos y sociólogos le han asignado a la reflexividad– si bien son una pieza importante en la práctica del oficio, ignoran o dejan afuera otros elementos que pueden alterar la percepción sociológica:

Lo que necesita ser objetivado entonces no es el antropólogo realizando el análisis antropológico de un mundo externo sino el mundo social que ha hecho tanto al antropólogo como a la antropología consciente o inconsciente que él compromete en su práctica –no solo sus orígenes sociales, su posición y trayectoria en el espacio social, sus creencias o adherencias religiosas y sociales, género, edad, nacionalidad, sino también, y más importante, su posición particular dentro del microcosmos de los antropólogos (2003, p. 283).

Para Bourdieu, al sesgo más obvio del que puede ser víctima el analista social –reconocer sus orígenes y coordenadas sociales– se suman otros dos que han sido escasamente tematizados. Uno, la posición que el analista ocupa en el campo académico. El otro –y más original– el sesgo intelectualista que lleva a construir el mundo como espectáculo, como significaciones a ser interpretadas y no como haz de problemas concretos que requieren de resoluciones prácticas. Así planteado, el asunto de la reflexividad es el campo científico en su totalidad, la organización social de la ciencia social (Wacquant, 2008).

Para el sociólogo francés, la herramienta metodológica que permite controlar estos sesgos es la objetivación participante:

La objetivación participante se compromete a explorar no la experiencia vivida del sujeto cognoscente sino las condiciones sociales de posibilidad –y por lo tanto sus efectos y sus límites– de esa experiencia y, más precisamente, del acto de objetivación en sí mismo. Se propone objetivar la relación subjetiva respecto del objeto que, lejos de llevar a un subjetivismo relativista y más o menos antiscientificista, es una de las condiciones de objetividad científica genuina (Bourdieu, 2003, p. 282).

En resumidas cuentas, la reflexividad en Bourdieu presenta distintas aristas. En primer lugar, la propuesta teórica es reflexiva en la medida en que busca relacionar al individuo con la estructura social: lo social es objetivo y subjetivo a la vez; tal reconocimiento requiere de posicionamientos epistemológicos (recuperación de un punto de vista externo e interno) y metodológicos que lo acompañen (usos de métodos cuantitativos y cualitativos). Paralelamente, toda esta labor es insuficiente si no puede ser acompañada de una teoría de la práctica intelectual, la cual, según Wacquant (2008), a diferencia de las posiciones más difundidas, no pone en el centro de la escena al sujeto investigador sino al inconsciente social e intelectual fijado a herramientas y operaciones analíticas; es una empresa colectiva y no la carga de un investigador solitario, y busca aumentar el alcance y solidez del conocimiento científico social, lo que lo aleja de varias formas de reflexividad.

Reflexividad y métodos mixtos: posibles articulaciones

La noción de reflexividad no es nativa de los métodos mixtos ni tampoco detenta un sentido unívoco en el lugar del cual proviene. Conforme esto, se

gún como se la considere, su contenido semántico puede implicar diferentes potencialidades y recursos de cara a su aplicación en el campo de los métodos mixtos. Las visiones ligadas a la reflexividad textual, por ejemplo, no habilitarían tal traspaso. En cambio, la reflexividad en su sentido más extendido “como forma que habilita a pensar lo que se hace” (Hidalgo, 2006) o en un sentido algo más restringido en tanto “práctica que demanda el análisis del papel del investigador en el proceso de producción de conocimiento” (Hammersley y Atkinson, 1994), o siguiendo a Bourdieu, bajo una dimensión teórica que comprende un posicionamiento onto-epistemológico específico, sí abre posibilidades para pensar posibles articulaciones.

En este apartado, y con base en los desarrollos que lo preceden, nos proponemos aportar un conjunto de ideas que sirvan para pensar en los aspectos en que la pregunta por la reflexividad puede llevarse al campo de los estudios basados en métodos mixtos. Para eso, distinguimos analíticamente dos dimensiones que vuelven posible la vinculación, una teórica y otra metódico-técnica.

Para ilustrar el sentido de la primera dimensión, se recupera la propuesta de Bourdieu en torno a la sociología reflexiva. Si bien la misma no es la única posible, como señala Fries (2009), los aportes bourdianos pueden operar como puente interesante entre los métodos mixtos y la reflexividad, a través de la necesidad de articular la dimensión objetiva y subjetiva en el estudio de los fenómenos sociales. En la medida en que lo social tiene una doble existencia, en las cosas y en los cuerpos, su estudio requiere de aproximaciones epistemológicas y metodológicas que permitan abordar su complejidad, lo que lleva a la necesaria integración de estrategias cuantitativas y cualitativas. El carácter reflexivo de los métodos mixtos se deriva hasta aquí de una necesidad fundada teóricamente.

Sin buscar caer en reduccionismos, y reconociendo que, como se ha visto en el apartado anterior, la noción de reflexividad en Bourdieu es bastante más compleja, uno de los aportes más sustantivos que podemos recobrar es el que deviene de interpretarla como teoría de la práctica intelectual, pensando en los sesgos potenciales que el investigador puede cometer en sus investigaciones. Ahora bien, no se trata de hacer un ejercicio sobre aquello que es “más obvio” –por demás tematizado– sino que propone a través de la objetivación participante recuperar –entre otras cosas– el lugar que el analista ocupa en

el campo académico.¹² Para aquellos que sigan la perspectiva bourdiana, los conceptos de campo, capital y habitus aparecerán como la clave teórica para la superación de la falsa antinomia entre objetivismo y subjetivismo y, la objetivación participante, el recurso interno del programa para objetivar la relación subjetiva respecto del objeto.

En esta línea de pensamiento, el reto para los investigadores sociales que utilicen métodos mixtos devendría doble. Por un lado, en una dimensión teórica, donde debe centrar la atención en el modo en que se da cuenta de las relaciones entre lo objetivo y lo subjetivo. Y, por el otro, en la dimensión epistemológica, con la necesidad de establecer puentes entre el punto de vista externo y las formas en que los actores experimentan sus acciones. En esta segunda dimensión es donde, sobre todo, se requiere de la puesta en práctica de la reflexividad, ya que en el proceso de construcción del objeto el sociólogo debe integrar una reflexión sobre su propia relación con el objeto, y se trata de un proceso no cualitativo ni cuantitativo, sino mixto. Todo conocimiento social necesita someter a la interrogación epistemológica a todas las operaciones que realice, sean estas de abordaje cuantitativo, cualitativo o mixto.

Como ya planteamos, si bien la noción de reflexividad ha sido ampliamente tematizada, emergió y se expandió con fuerza en el campo de la etnografía y de los abordajes cualitativos de investigación social. Una de las ideas más extendidas es aquella que asocia la reflexividad al intento por comprender los múltiples efectos que ejerce el investigador en su vínculo con los sujetos que investiga. Sobre esta cuestión, Hammersley y Atkinson (1994) desarrollaron algunos planteos sugerentes al subrayar la necesidad de llevar adelante esta tarea no solo en el espacio de las investigaciones etnográficas –en sus versiones antinaturalistas– sino también en el campo de los abordajes cuantitativos. En la medida en que se reconoce que todas las investigaciones sociales se basan en la capacidad humana para participar en la observación,

¹² Y es en relación con esto que cabe una observación con respecto a los métodos mixtos: este tipo de aproximaciones ocupa un lugar subordinado en el campo metodológico, que lucha por un mayor reconocimiento y legitimación. Trabajos como el de Yin (2006), o la introducción misma a la segunda edición del *Handbook* de Teddlie y Tashakkori (2010), en el que los autores sostienen que la estructura organizacional del manual puede ser vista como un proyecto en evolución para el campo de los métodos mixtos, son muestras del esfuerzo que los investigadores realizan en esa dirección.

los efectos y consecuencias de tal participación deben analizarse con independencia de los métodos y técnicas empleados.

Un caso ejemplificador es el de Schuman (1982) –conocido por sus aportes al método de investigación por encuestas– quien desde una perspectiva crítica argumenta sobre la importancia de reflexionar sobre los problemas, obstáculos y dispositivos que emergen del proceso de diseño e implementación de una encuesta. Lejos de otorgarle al instrumento un carácter neutral/objetivo –típico de una posición canónica–, con su apelación a la distinción entre “acto” y “artefacto” no hace más que poner en el centro la artificialidad del proceso como construcción humana con sus múltiples implicancias. Esta reflexión es válida para todos los métodos, ya que no tiene que ver con el método en sí mismo, sino con el uso que de él se hace. Si el método es tratado como una manera en la que se busca el significado de la acción humana, entonces incluso sus aspectos de artefacto colaboran en esa búsqueda. Cualquiera sea el método utilizado, siempre se está tratando con datos sobre la realidad social, no con la realidad social en sí misma, siempre se están ensayando inferencias, haciendo interpretaciones, testeando ideas mediadas por el investigador, algo en lo que Bourdieu también se ha explayado (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 2008).

La segunda dimensión (metódico-técnica) plantea la posibilidad de ampliar y/o transferir la noción de reflexividad en su sentido más utilizado a la práctica de investigación con métodos mixtos. Se trata de pensar la aplicación de los recursos de observancia sobre los efectos que articulan la relación entre el investigador y el investigado, que pueden presentarse en el conjunto amplio de decisiones –con distinto grado de complejidad– asociadas al diseño e implementación de la investigación en sus diferentes núcleos decisionales básicos: selección, recolección y análisis.

De este modo, la dimensión metódico-técnica de la reflexividad llevada a los métodos mixtos puede ser un recurso utilizado para colaborar en el proceso de validación, en un sentido amplio, del conocimiento construido desde una perspectiva innovadora y creativa. Si bien existen criterios de control de calidad y validación en torno a factores internos y externos de la investigación aportados por las distintas tradiciones metodológicas, los métodos mixtos en términos de su integración están atravesados por una tensión entre utilizar los criterios de validación preexistentes y avanzar en su desarrollo en función de su dimensión metódico-técnica.

A diferencia de las investigaciones más estandarizadas, en donde existe una lógica de secuencialidad y rigidez en la toma de decisiones y en el control del proceso, en los abordajes basados en métodos mixtos esta mecanicidad no tiene asidero, porque no existe un vínculo automático entre las decisiones metódico-técnicas, por ello es que la reflexividad puede devenir útil en tanto dispositivo que aporta al control, validación y garantía del proceso de construcción del conocimiento.

Particularmente, es importante pensar que la reflexividad podría ser un recurso útil para proveer los argumentos a través de los cuales se fundamenta la elección específica de métodos mixtos (esto implica asumir que no son autoevidentes), para explicitar con claridad el diseño que se propone y lo que se gana aplicándolo, para describir con precisión cómo se dan los procesos de selección, recolección y análisis cuantitativos y cualitativos, para mostrar cómo se dan las vinculaciones entre los métodos y técnicas propuestos y las preguntas de investigación seleccionadas, y, por último, para mostrar cómo los hallazgos cuantitativos y cualitativos se retroalimentan en la integración y la forma en que lo hacen. Por caso, valen las referencias asociadas a su aplicación en la configuración de los instrumentos de producción/recolección de datos, en la interacción investigador-investigado durante el trabajo campo (Poppa y Guillermin, 2015) y en los procesos de análisis de datos (Seltzer-Kelly, Westwood y Peña Guzmán, 2012).

Se cree que el hecho de ignorar o no atender a estas cuestiones puede llevar a reproducir prácticas de investigación acríticas que pueden alimentar una tendencia a asociar los métodos mixtos en sí mismos como forma más completa y válida de abordar los fenómenos sociales.

Conclusiones

Este capítulo se propuso indagar cómo y en qué medida la pregunta por la reflexividad en tanto recurso metodológico puede llevarse al campo de los abordajes mixtos.

Es consensuado que los métodos mixtos han ganado terreno y han logrado un gran desarrollo en el contexto de la producción de conocimiento en ciencias sociales que, sin embargo, no estuvo acompañado de un mismo esfuerzo por generar dispositivos de control de calidad que dieran cuenta y fundamentaran las condiciones de posibilidad y pertinencia de ese tipo de in-

vestigación. De hecho, pareciera que, en su uso más extendido, su apelación fuera una garantía *per se* de superioridad como abordaje y de calidad –en sentido amplio– de producto científico (Hammersley, 2008; Bryman, 2004).

En este contexto es que se cree necesario instalar la cuestión de la reflexividad en tanto modo de “pensar lo que se hace” pero anclado en las especificidades de las investigaciones basadas en métodos mixtos. En efecto, se trata de un recurso con potencialidad que puede aportar herramientas críticas de justificación que operen frente a la expandida naturalización que tiende a ubicar a los métodos mixtos como una fundamentación autoevidente.

Los métodos mixtos deben reconocer que no son en sí mismos garantía de calidad en el proceso de construcción de conocimiento, que necesitan justificar y fundamentar sus prácticas. Por lo tanto se entiende que la reflexividad podría aportar insumos sustantivos a este campo en torno a las dos dimensiones analíticas mencionadas: la teórica y la metódico-técnica. En efecto, desde la primera, debería poder aportar al modo en que se da cuenta de las relaciones entre lo objetivo y lo subjetivo, así como de la necesidad de establecer puentes entre el punto de vista externo y las formas en que los actores experimentan sus acciones. Desde el punto de vista metódico-técnico, debería ser capaz de aportar a la observancia de los efectos que articulan la relación entre el investigador y el investigado en (y entre) distintas decisiones y prácticas asociadas con la selección, recolección y análisis en una investigación con métodos mixtos. Particularmente, un desafío central es el que se plantea en torno a la justificación de las propuestas basadas en métodos mixtos, y en ellos el aporte de recursos para pensar y utilizar tanto criterios de validación monometódicos preexistentes, como el desarrollo de criterios propios, ajustados a las necesidades del diseño.

Con esto se quiere dejar en evidencia que los métodos mixtos no escapan a la obligación de dar cuenta y fundamentar el conjunto amplio de decisiones que se ponen en juego en el proceso de investigación. De hecho, el análisis sobre el corpus que se realizó en este capítulo demuestra el lugar acotado que, en las investigaciones basadas en métodos mixtos, tiene la puesta en juego y explicitación crítica del proceso de construcción del conocimiento.

Este ha sido un primer esfuerzo por aportar a la interrelación reflexividad-métodos mixtos. Resta entonces seguir avanzando y profundizando esta discusión vital para la robustez de los productos basados en métodos mixtos, evitando el recurso a clichés y tecnicismos con poco control intelectual.

Bibliografía

- Archibald, M. M. (2016). Investigator Triangulation: A Collaborative Strategy with Potential for Mixed Methods Research. *Journal of Mixed Methods Research*, 10(3), 228-250.
- Ashmore, M. (1989). An encyclopedia of reflexivity and knowledge. En *The Reflexive Thesis*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press.
- Balomenou, N. y Garrod, B. (2016). A review of participant-generated image methods in the social sciences. *Journal of Mixed Methods Research*, 10(4), 335-351.
- Baranger, D. (2012). *Epistemología y metodología en la obra de Pierre Bourdieu*. Posadas 2° edición (1ª electrónica).
- Bazeley, P. (2003). Teaching Mixed Methods. *Qualitative Research Journal*, 3, 117–126.
- Biddle, C. y Schafft, K. A. (2014). Axiology and Anomaly in the Practice of Mixed Methods Work: Pragmatism, Valuation, and the Transformative Paradigm. *Journal of Mixed Methods Research*, 9(4), 320–334.
- Blaikie, N. (1991). A critique of the use of triangulation in social research. *Quality and Quantity*, 25, 115-136.
- Bourdieu, P. (2003). Participant Objectivation. *The Journal of the Royal Anthropological Institute*, 9 (April 2002), 281–294.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P., Passeron, J.C. y Chamboredon, J. C. (2008). *El oficio de sociólogo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bryman, A. (2004). Triangulation. En M. S. Lewis-Beck, A. Bryman & T. Futing Liao (Eds.), *Encyclopedia of Social Science Research Methods*. Londres: SAGE.
- Bryman, A. (2007). Barriers to integrating quantitative and qualitative research. *Journal of Mixed Methods Research*, 1(1), 8–22.
- Campbell, D.T. y Fiske, D.W. (1959). Convergent and discriminant validation by the multitrait-multimethod matrix. *Psychological Bulletin*, 56, 81-105.
- Chiesi, L. (2002). Qualità e quantità: un outline del dibattito e una proposta. *Sociologia E Ricerca Sociale*, 67.

- Corcuff, P. (2013). *Las nuevas sociologías*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Creswell, J. W. (2011). Controversies in mixed methods research. En N. K. Denzin & Y. S. Lincoln (Eds.), *The SAGE Handbook of Qualitative Research* (4th. ed., pp. 269-284). Thousand Oaks: SAGE.
- Creswell, J. W. y Tashakkori, A. (2007). Exploring the Nature of Research Questions in Mixed Methods Research. *Journal of Mixed Methods Research*, 1(3), 207-211.
- Creswell, J. W., Shope, R., Clark, V. L. P., & Green, D. O. (2006). How Interpretive Qualitative Research Extends Mixed Methods Research. *Research in the Schools*, 13(1), 1–11.
- Denzin, N. K. (1970). *Sociological Methods: a Sourcebook*. New York: McGraw Gill.
- Denzin, N. K., y Lincoln, Y. S. (2005). Introduction: The discipline and practice of qualitative research. En N. K. Denzin & Y. S. Lincoln (Eds.), *The SAGE Handbook of Qualitative Research* (3rd ed., pp. 1-32). Thousand Oaks: SAGE.
- Feilzer, M. (2010). Doing Mixed Methods Research Pragmatically: Implications for the Rediscovery of Pragmatism as a Research Paradigm. *Journal of Mixed Methods Research*, 4(1), 6–16.
- Fries, C. J. (2009). Bourdieu's Reflexive Sociology as a Theoretical Basis for Mixed Methods Research. *Journal of Mixed Methods Research*, 3(4), 326–348.
- Giddens, A. (1979). *Central problems in social theory*. Berkeley: University of California Press.
- Greene, J. C. (2006). Toward a Methodology of Mixed Methods Social Inquiry. *Research in the Schools*, 13(1), 93–98.
- Guba, E. G. y Lincoln, Y. S. (2005). Paradigmatic controversies, contradictions, and emerging influences. En N. K. Denzin & Y. S. Lincoln (Eds.), *The Sage Handbook of Qualitative Research* (3rd ed., pp. 191-215). Thousand Oaks: SAGE.
- Guba, E. (1990). Carrying on the Dialog. En E. Guba (Ed.), *The Paradigm Dialog* (pp. 368-378). Thousand Oaks: Sage.
- Guber, R. (2014). Introducción. En R. Guber (Comp.), *Prácticas etnográficas. Ejercicios de reflexividad de antropólogas de campo* (pp. 13-40). Buenos Aires: Miño y Dávila.

- Hammersley, M. (2008). Troubles with triangulation. En M. Bergman (Ed.), *Advances in Mixed Methods Research* (22-36). London: Sage.
- Hammersley, M. & Atkinson, P. (1994). *Etnografía: métodos de investigación*. Buenos Aires: Paidós.
- Hidalgo, C. (2006). Reflexividades. *Cuadernos de Antropología*, 23, 45–56.
- Johnson, R. B., y Onwuegbuzie, A. J. (2004). Mixed Methods Research: A Research Paradigm Whose Time Has Come. *Educational Researcher*, 33(7), 14-26.
- Jones, K. (2016). Using a Theory of Practice to Clarify Epistemological Challenges in Mixed Methods Research: An Example of Theorizing, Modeling, and Mapping Changing West African Seed Systems. *Journal of Mixed Methods Research*, 11(3), 355-373.
- Leech, N. L. y Onwuegbuzie, A. J. (2009). A typology of mixed methods research designs. *Quality and Quantity*, 43(2), 265-275.
- Lynch, M. (2000). Against Reflexivity as an Academic Virtue and Source of Privileged Knowledge. *Theory, Culture & Society*, 17(3), 26-54.
- Marradi, A; Archenti, N. y Piovani J. (2007). *Metodología de las Ciencias Sociales*. Buenos Aires: Emecé.
- Massey, A. (1999). Methodological triangulation, or how to get lost without being found out. En G. Walford & A. Massey (Ed.), *Explorations in Methodology (Studies in Educational Ethnography* (vol. 2) (pp. 183-197). Emerald Group Publishing Limited.
- Moon, J. y Moon, S. (2004). The Case for Mixed Methodology Research: A review of literature and methods.
- Morse, J. M. (2003). Principles of mixed methods and multimethod research design. En Tashakkori, A. y Teddlie, C. (Eds.), *Handbook in mixed methods in social and behavioral research* (pp. 189-208). Thousand Oaks: SAGE.
- Morse, J. M. (2010). Simultaneous and sequential qualitative mixed method designs. *Qualitative Inquiry*, 16(6), 483-491.
- Olsen, W. (2004). Triangulation in Social Research: Qualitative and Quantitative Methods Can Really Be Mixed. M. Haralambos & M. Holborn (Ed.), *Developments in Sociology*. Causeway Press Ltd.
- Pawson, R. (1994). Quality and Quantity, Agency and Structure, Mechanism and Context, Dons and Cons. *World Congress of Sociology*, ISA. Bielefeld.
- Piovani, J. I. (coord.) et al. (2008). Producción y reproducción de sentidos en

- torno a lo cualitativo y lo cuantitativo en la sociología. En N. Cohen y J. I. Piovani (Comps.), *La metodología de la investigación en debate*. La Plata: Edulp - Eudeba.
- Piovani, J. I., Rausky, M. E. y Santos, J. A. (2011). Sobre la observación participante en la Escuela de Chicago: un análisis de las monografías fundacionales. *Temas Sociológicos*, 14, 233-254.
- Popa, F. y Guillermin, M. (2017). Reflexive Methodological Pluralism: The Case of Environmental Valuation. *Journal of Mixed Methods Research*, 11(1), 19-35.
- Santos, J. A. (2012). Desarrollo de una aproximación metodológica triangulada en torno a los estudios de caso en la Escuela de Chicago. *III Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales*. Universidad de Caldas. Universidad de Manizales. Manizales, Colombia, 30 y 31 de agosto y 1 de septiembre.
- Schuman, H. (1982). Artifacts are in the mind of the beholder. *The American Sociologist*, 17, 21–28.
- Seltzer-Kelly, D., Westwood, S. J., y Peña-Guzmán, D. M. (2012). A methodological self-study of quantitizing: Negotiating meaning and revealing multiplicity. *Journal of Mixed Methods Research*, 6(4), 258-274.
- Shammas, D. (2017). Underreporting Discrimination Among Arab American and Muslim American Community College Students: Using Focus Groups to Unravel the Ambiguities Within the Survey Data. *Journal of Mixed Methods Research*, 11(1), 99-123.
- Tashakkori, A. y Teddlie, C. (1998). *Mixed methodology: Combining Qualitative and Quantitative Approaches*. Thousand Oaks: SAGE.
- Teddlie, C. y Tashakkori, A. (2006). A general typology of research designs featuring mixed methods. *Research in Schools*, 13(1), 12-28.
- Teddlie, C. y Tashakkori, A. (2010). Overview of contemporary issues in mixed methods research. C. Teddlie & A. Tashakkori (Ed.), *SAGE Handbook of Mixed Methods in Social & Behavioral Research* (pp. 1-42). Thousand Oaks: SAGE.
- Valles, M. (1997). *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis.
- Wacquant, L. (2008). *Urban Outcasts: A Comparative Sociology of Advanced Marginality*. Cambridge: Polity Press.

- Webb, E. J., Campbell, D.T., Schwartz, R. D., y Sechrest, L. (1966). *Unobtrusive Measures: Nonreactive Research in the Social Sciences*. Chicago: Rand McNally.
- Yin, R. K. (2006). Mixed methods research: Are the methods genuinely integrated or merely parallel? *Research in the Schools*, 13(1), 41-48.

Acerca de las/os autoras/es

Nicolás Aliano

Licenciado en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata, Magister en Sociología de la Cultura por la Universidad Nacional de San Martín y Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de La Plata. Becario posdoctoral del CONICET con lugar de trabajo en el IDAES - UNSAM. Ayudante diplomado de Antropología Cultural y Social, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

María Eugenia Ambort

Profesora y Licenciada en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Becaria doctoral del CONICET con lugar de trabajo en el CIMECS – IdIHCS, UNLP- CONICET. Candidata a Magister en Estudios Sociales Agrarios por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Argentina.

Soledad Balerdi

Licenciada en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Becaria doctoral del CONICET con lugar de trabajo en el CIMECS – IdIHCS, UNLP-CONICET. Doctoranda en Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP. Ayudante diplomada de Epistemología y Metodología de las Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

Denis Baranger

Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Magister en Sociología por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, México y Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Director

del Programa de Postgrado en Antropología Social de la Universidad Nacional de Misiones (PPAS-UNaM).

María Paz Bidauri

Profesora y Licenciada en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Especialista Docente en Políticas y Programas Socio-educativos (Instituto Nacional de Formación Docente-Ministerio de Educación de la Nación). Becaria doctoral en Temas Estratégicos del CONICET con lugar de trabajo en el CIMECS – IdIHCS, UNLP-CONICET. Doctoranda en Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

Ornela Boix

Licenciada en Sociología, Magister en Ciencias Sociales y Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de La Plata. Becaria postdoctoral de CONICET con lugar de trabajo en CIMECS – IdIHCS, UNLP-CONICET. Ayudante diplomada en Metodología de la Investigación Social II, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

Michael Burawoy

Bachelor of Arts en Matemática por la Universidad de Cambridge, Magister en Sociología por la Universidad de Zambia y Doctor en Sociología por la Universidad de Chicago. Profesor de Sociología en la Universidad de California, Berkeley. Ex presidente de la *American Sociological Association* (ASA) y de la *International Sociological Association* (ISA).

Paula Cuestas

Profesora y Licenciada en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Becaria doctoral de CONICET con lugar de trabajo en el CIMECS – IdIHCS. UNLP-CONICET. Doctoranda en Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP. Auxiliar diplomada en Didáctica especial y prácticas de la enseñanza en Sociología y Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

Juliana Frassa

Licenciada en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Magister en Ciencias Sociales del Trabajo por la Universidad de Buenos Aires y

doctoranda en Ciencias Sociales por la misma universidad. Profesora Adjunta Regular del Instituto de Ciencias Sociales y Administración de la Universidad Nacional Arturo Jauretche y Ayudante diplomada ordinaria de Sociología de las Organizaciones, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

Bárbara Guevara

Licenciada en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Becaria doctoral del CONICET con lugar de trabajo en el IdIHCS, UNLP-CONICET. Doctoranda en Ciencias de la Educación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

Rosana Guber

Licenciada en Ciencias Antropológicas por la Universidad de Buenos Aires. Magister en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Argentina y Doctora en Antropología Social por Johns Hopkins University. Investigadora del CONICET en el CIS-IDES/CONICET y directora de la Maestría en Antropología Social, IDES-IDAES/Universidad Nacional de San Martín. Docente en el Programa de Posgrado en Antropología Social de la Universidad Nacional de Misiones.

Julia Hang

Licenciada en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Becaria doctoral de CONICET con lugar de trabajo en el CISH-IdIHCS, UNLP-CONICET. Doctoranda en Ciencias Sociales por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

Nicolás Herrera

Licenciado en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata y Magister en Sociología de la Cultura y el Análisis Cultural por el IDAES-Universidad Nacional de San Martín. Doctorando en Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Plata. Ayudante diplomado ordinario de Sociología General, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

Rodolfo Iuliano

Licenciado en Sociología y Magister en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de La Plata. Candidato a Doctor en Antropología Social por

el Instituto de Altos Estudios Sociales/Universidad Nacional de San Martín. Docente-investigador categoría III y Jefe de Trabajos Prácticos de Metodología de la Investigación Social II, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

Magdalena Lemus

Licenciada y Profesora en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Becaria doctoral del CONICET con lugar de trabajo en el CIMeCS – IdIHCS, UNLP-CONICET. Doctoranda en Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP. Profesora de Perspectiva Socio-Política en el Instituto de Formación Docente 17, La Plata.

Leticia Muñiz Terra

Licenciada y Profesora en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Magister en Ciencias Sociales del Trabajo y Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Investigadora Adjunta de CONICET con lugar de trabajo en el CIMeCS – IdIHCS, UNLP-CONICET y Profesora Adjunta Regular de Metodología de la Investigación social II, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

Juan Ignacio Piovani

Magister en Métodos avanzados de investigación social y Estadística por City, Universidad de Londres y Doctor en Metodología de las Ciencias Sociales por la Universidad de Roma. Investigador Principal del CONICET con lugar del trabajo en el CIMeCS – IdIHCS, UNLP-CONICET y Profesor titular de Metodología de la Investigación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

Ana Pilar Pi Puig

Licenciada en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Becaria doctoral del CONICET con lugar de trabajo en el CIMeCS – IdIHCS, UNLP- CONICET. Doctoranda en Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

María Eugenia Rausky

Licenciada en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Ma-

gister en Metodología de la investigación social por la Universidad Nacional de Tres de Febrero y la Universidad de Bolonia. Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Investigadora del CONICET con lugar de trabajo en el CIMECS-IdIHCS, UNLP-CONICET. Profesora Adjunta de Teoría Social Contemporánea “A”, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

María Eugenia Roberti

Licenciada en Sociología y Magíster en Ciencias Sociales por Universidad Nacional de La Plata. Becaria doctoral del CONICET con lugar de trabajo en el CIS-IDES. Doctoranda en Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP. Ayudante Diplomada Regular de Sociología General, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

Javier Santos

Licenciado en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Magíster en Metodología de la investigación social por la Universidad Nacional de Tres de Febrero y la Universidad de Bolonia. Doctorando en Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP. Docente de Herramientas informáticas para el análisis de datos cualitativos en Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

Martín Urtasun

Licenciado y Profesor en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Becario doctoral del CONICET con lugar de trabajo en el CIMECS-IdIHCS, UNLP-CONICET. Doctorando en Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

Nicolás Welschinger

Licenciado en Sociología y Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de La Plata. Becario postdoctoral de CONICET con lugar de trabajo en el CIMECS-IdIHCS, UNLP-CONICET. Ayudante diplomado en Sociología General, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

ISBN 978-987-722-323-1



Este libro presenta una revisión crítica de la reflexividad metodológica en las ciencias sociales, tanto en el plano teórico como en el empírico. Mientras que la exploración teórica se centra en la noción de reflexividad y sus usos en la metodología, la sociología y la antropología, en el plano empírico se propone un análisis de su importancia en tres aproximaciones de investigación específicas: la perspectiva biográfica, la etnografía y los métodos mixtos. Para ello, se considera el lugar de la reflexividad en relación con distintos aspectos del proceso de investigación social empírica, desde la construcción del objeto a la escritura, pasando por el trabajo de campo y el análisis de los datos, entre otros.

Partiendo de la presunción de que no existe una única manera de concebir y abordar la reflexividad metodológica, el libro interpela a las ciencias sociales e invita a preguntarse si en el marco de estas disciplinas los procesos de investigación empírica están inevitablemente condenados a la reflexividad.



CLACSO

Editorial Biblos